LA NOVELA ILUSTRADA
II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS — NÚM. 214

DIEGO CORRIENTE

TOMO QUINTO

POR M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

El conde cayó del caballo lanzando un jemido.

35 CTS.

R 43.198

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

DIEGO CORRIENTE

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO QUINTO

LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibañez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.
MADRID

A-7-600/29

OBRAS PUBLICADAS POR LA NOVELA ILUSTRADA

1.—Renata Mauperin, por J. y E. Goncourt.
¡Centinela alerta! por Matilde Serao.
2.—Los mil y un fantasmas, por A. Dumas.
3.—El hijo de la parroquia, por C. Dickens.
4.—Carmen, por Próspero Merimée, y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
5.—Hércules el atrevido, por A. Dumas.
6.—El doctor Rameau, por Jorge Ohnet.
7.—Humo, por Iván Turguenef.
8.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
9.—Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
10.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
13.—Amor de española, por J. R. d'Aureville.
15.—Fuerte como la muerte, por G. Maupassant.
16.—La dama vestida de blanco, por W. Collins.
17.—Crímen y castigo, por F. Dostoyewsky.
18.—Miss Mefistófeles, por Fergus Hume.
19.—El sombrero del cura Cirilo, por E. Marchi.
20.—Tiempos difíciles, por Carlos Dickens.
22.—Las aguas del monte Oriol, por Guy de Maupassant.
23.—El hombre del antifaz negro, por E. W. Bornung.
24.—Venganza corsa, por Próspero Merimée.
25.—Padre y fiscal, por Francisco Coppé.
26.—El ilustre Cantasirena, por G. Rovetta.
27.—El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
28.—El ídolo de los ojos verdes, por P. Brehner.
30.—Los buscadores de oro, por E. Conscience.
31.—La bohemia, por Enrique Murger.
33.—La peña del muerto, por Quiller Couck.
34.—Los caballeros del bosque, por Jorge Sand.
167 al 169.—El hijo de Artagnan, por Paul de Feval; tres tomos.
170 al 172.—La señorita de Montecristo, por Carlos Solo; tres tomos
173.—El oro sangriento y
174.—Flor de alegría, por Daniel Lesueur.
175 y 176.—Novelas ejemplares, por Cervantes; dos tomos.
177.—Eugenia Grandet. Los avaros de provincias, por H. Balzac.
200.—El gran tacaño, por Francisco de Quevedo.

COLECCIÓN CONAN DOYLE

11.—Sable en mano.
12.—Al galope.
14.—La bandera verde.
21.—La tragedia del Korosko.
29.—El millón de la heredera.
32.—El vendedor de cadáveres.
43.—El robo del diamante azul.

COLECCIÓN VICTOR HUGO

35.—Bug-Jargal.
36.—Han de Islandia.
37.—El noventa y tres.
38.—El hombre que ríe; dos tomos.
39.—Los trabajadores del mar.
40.—Nuestra Señora de París.
41 y 42.—Los miserables; dos tomos.

COLECCIÓN TOLSTOI

44.—Resurrección.
45.—La guerra y la paz.
46.—La Sonata de Kreutser.
47 y 48.—Ana Karenine; dos tomos.

COLECCIÓN ROCAMBOLE POR PONSON DU TERRAIL

77.—La herencia de los doce millones.
78.—El tonel del muerto.
79.—El club de los Veintiocuatro.
80.—El Rival de Baccarat.
81.—La estocada de los siete luises.
82.—El juramento de la gitana.
83.—Las dos Condesas.
84.—El triunfo del mal.
85.—Rocambole tiene miedo.
86.—El espectro de la guillotina.
87.—Los caballeros del Claro de Luna.
88.—La sombra de Diana.
89.—El pacto de las tres mujeres.
90.—El hombre de las gafas azules.
94.—El número ciento diez y siete.
95.—La cárcel de mujeres.
96.—Los lobos de la nieve.
97.—El telegrama falso.
98.—Las garras de color de rosa.
99.—La taberna de la muerte.
100.—El fantasma de las cadenas.
101.—Las canteras del crímen.
102.—El cadáver de cera.
103.—La viuda de los tres maridos.
104.—Las fieras de la selva.
105.—El barril de pólvora.
106.—Los tres verdugos.
107.—El molino sin agua.
108.—El plan del hombre gris.
109.—El cementerio de los ajusticiados.
110.—Una cita de amor.
111.—Los dos detectives.
112.—El reo de muerte.
113.—La cuerda del ahorcado.
114.—La niña muda.
115.—El secreto de la cartera.
116.—La casa de las rosas.
117.—Los papeles del asesino.
118.—El rapto de una muerta.
119.—El hilo rojo.

COLECCIÓN DUMAS

49 y 50.—Los tres mosqueteros; dos tomos.
51 á 53.—Veinte años después; tres tomos.
54 á 59.—El vizconde de Bragelonne; seis tomos.
60 á 63.—El Conde de Montecristo; cuatro tomos.
64 y 65.—Ascanio; dos tomos.
66 á 68.—Las dos Dianas; tres tomos.
69 y 70.—El paje del Duque de Saboya; dos tomos.
71.—El Horóscopo.
72 y 73.—La reina Margarita; dos tomos.
74 á 76.—La dama de Monsereau; tres tomos.
91 á 93.—Los cuarenta y cinco; tres tomos.
120 á 125.—Memorias de un médico; seis tomos.
126 á 129.—El collar de la reina; cuatro tomos.
148 á 150.—Angel Pitou; tres tomos.
151 á 158.—La Condesa de Charny; ocho tomos.
165 y 166.—El Caballero de Casa Roja; dos tomos.
178 á 180.—Los compañeros de Jehú; tres tomos.
186 á 196.—Los Mohicanos de París; once tomos.
197 á 199.—Las lobas de Machecul; tres tomos.

ORTEGA Y FRIAS

136 á 138.—El Tribunal de la sangre; tres tomos.
139 á 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.

MAYNE REID

159.—La venganza del Amarillo.
160.—El bosque sumergido.
161.—El barco negrero.
162.—Los náufragos de la Pandora.
163.—Las dos hijas del bosque.
164.—Mano Roja.
181.—Los balleneros.
182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos.
184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

FERNANDEZ Y GONZALEZ

200 á 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
204 á 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
210 á 215.—Diego Corrienre; seis tomos.

DIEGO CORRIENTE

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Cuando llegó, había obscurecido ya.

El coronel se metió de rondón en la tienda del montañés, causando un movimiento de sorpresa de éste, y una mirada de recelo.

No le agradaba mucho tener encima á un tremendo coronelazo de dragones; y no se crea que lo que hacía el marqués de Vadoclaro, estaba en contradicción con su rango, ya se le considerase como grande de España, ya como coronel de un bravo regimiento de caballería.

Las tiendas de montañeses estaban ya como están hoy, muy concurridas por toda clase de personas, y especialmente por señoritos, que eran los que dejaban la gran ganancia; porque, ¿dónde beber manzanilla fresca del Puerto sino en las tiendas de los montañeses? ¿Ni para qué estas tiendas habían de tener buen cocinero y buen repuesto de platos sabrosos y delicados, si no iban á consumirlos los ricos, amigos de broma y eternos gastadores de dinero?

A la gente común la bastaba con los huevos de bonito y con los arencones para llamar al vino.

Así es que nada de extraño tenía la presencia de un coronel de caballería en la tienda de montañés, de Espantitos, que estaba acostumbrado á albergar en ella, y hasta hora muy avanzada de la noche, á lo más aristocrático de Sevilla; ciudad en que ha habido y hay más aristocracia que en ninguna otra ciudad del mundo.

Pero no le agradaba mucho aquella noche á Espantitos un testigo tal, porque esperaba á Diego Corriente; y cuando se espera á un personaje de tal especie, gentes de la categoría del marqués, estorban.

Sin embargo, repuesto de su sorpresa, saltó fuera del mostrador y salió á recibir al marqués, á quien hizo acatamiento, y tan profundamente, que éste hubo de decir:

—¡Eh! no te encorves tanto, muchacho, que me parece que cuando tanto bajas la cabeza pides perdón de antemano por lo malo de tus comidas y bebidas.

—Perdone usía, mi coronel—dijo enderezándose Espantitos—, que si yo saludo tan humildemente á usía, es por el debido respeto, pero no porque mis guisos y mis vinos dejen de ser sobresalientes y exquisitos, como verá usía si tiene la bondad de probarlos.

—Yo no soy usía, sino vuecencia—dijo el marqués.

—Perdone vuecencia; pero yo creí que vuecencia era usía.

—Perdonado; y te perdonaré mucho más si haces que se me sirva inmediatamente una buena sopa de macarrones, una liebre estofada, un par de platos de pescado y otro par de mariscos; y todo esto pronto, prontísimo, porque no puedo invertir en mi comida más que una hora.

—Buenas noches—dijo entrando á la sazón un capitán de infantería—: á la orden de usía, mi coronel.

—Gracias, señor capitán — contestó el marqués—, y dispense usted el tratamiento.

—Gracias, mi coronel.

—¿Viene usted á cenar aquí, capitán?

—Sí, señor, sí—dijo el recién llegado.

—Pues invito á usted.

—Gracias, mi coronel: no quisiera abusar.

—De ninguna manera, señor mío: yo tendré mucho placer en que me acompañe á la mesa un bravo oficial, porque por el número que veo en los botones de la casaca, pertenece usted al regimiento de Saboya; del cual tengo noticias no hay un solo oficial que no sea bizarro.

—Gracias por el regimiento de Saboya, mi coronel.

—Pero entremos, entremos, si á usted le parece—dijo Vadoclaro—: que doblen la ración, montañés, ¿entiendes? oye: y para hacer boca, que nos traigan cuatro ó seis docenas de ostras y un cañaveral, ¿eh?

—Al momento, mi coronel. ¡Aana, Anilla!—añadió Espantitos acercándose á la puerta de la sala-comedor, en cuanto hubieron pasado el coronel y el capitán—: saca el mejor mantel que haya en casa, el más fino, el más blanco, los mejores cubiertos y la mejor loza para servir á estos señores que son gente muy principal ¡Ah! mira: tráete también aquellos candeleros, que aunque no son de plata lo parecen, y pon además sobre la mesa, en dos búcaros, dos ramilletes de flores.

—Se dispensan las flores—dijo el coronel—: cuando cómo, no me gusta oler nada más que la comida.

—Pues mira, no traigas flores, pero despacha mujer, despacha, que estos caballeros están muy de prisa.

Anilla, que había aparecido al llamamiento de su amo, desapareció.

Espantitos asió sin ayuda de nadie una gran mesa cuadrada, y la puso en el centro de la sala.

Luego, de un aposento inmediato sacó dos sillones, aunque antiguos, cómodos, y los colocó uno á un lado y otro á otro lado de la mesa.

El coronel y el capitán se sentaron.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?—dijo el marqués.

—El honor es mío, señor coronel—dijo el capitán—: yo me llamo don Gonzalo de Arias, y vengo con real licencia de seis meses á Sevilla; hé aquí mi pasaporte expedido por el capitán general de Extremadura.

Y el capitán sacó una cartera, y de ella un papel doblado.

—Basta, basta, señor capitán—dijo el marqués rechazando el pasaporte.

—No, no, mi coronel, me gusta acreditar mi persona: hágame usted el favor.

El coronel arrojó una mirada sobre el pasaporte.

—Bien—dijo—; ¿pero aún no se ha presentado usted al capitán general?

—Pienso hacerlo mañana.

—Estas cosas, cuanto antes, cuanto antes, señor capitán: puede usted tener un lance en Sevilla, y mamarse algunos meses de arresto por no haberse presentado inmediatamente al capitán general; los militares somos esclavos de la disciplina. ¡Valiente muchachota!—añadió el coronel refiriéndose á Anilla, que se había acercado á la mesa con un mantel terciado en el brazo—: ¿quieres sentar plaza en mi regimiento, chiquilla?

—Lo que yo quiero es que se esté usted quieto, que no soy guitarra ¿sabe usted? y si usted no se acorta de manos no pongo la mesa ¿usted entiende?

—Vaya, mujer, perdona; y por si te has ofendido, allá va eso para que te desenfades.

Y arrojó una onza sobre la mesa.

La Anilla la cogió y se la guardó en el pecho, diciendo:

—Muchas gracias, señor.

Y luego miró con codicia al capitán.

—¿Tiene usted familia en Sevilla?—dijo el marqués mientras Ana extendía el mantel.

—No, señor, pero soy oriundo de esta ciudad, donde vivieron mis abuelos, y vengo á reclamar unos bienes que me corresponden por derecho de herencia en línea recta, y que me han sido usurpados, para lo cual traigo buenas cartas de recomendación para los señores de la Audiencia; y me alegro de haber encontrado además, y tan amable conmigo, al coronel de dragones excelentísimo señor marqués de Vadoclaro.

—¡Cómo! ¿usted me conoce?

—No hemos hablado nunca, mi coronel, pero todo el mundo sabe en el ejército que el coronel de dragones del Rey, número uno, es el excelentísimo señor marqués de Vadoclaro, grande de España.

—¡Ah! sí, sí, es verdad—dijo lleno de una necia prosopopeya el marqués—: mi nombre le conoce todo el mundo.

—Y tenía yo grandes deseos de hablar con usted, porque he oído contar de usted cosas muy buenas.

—¡Sí! ¿y qué cosas buenas son esas?

—El pleito que trae usted con su tío el señor marqués de Rodovilla, pleito empezado por su padre de usted y continuado por usted con el mejor humor del mundo, porque el pleito creo que es sobre un gato de Angola.

—Poco á poco, señor don Gonzalo, yo no mantengo ese pleito, que quien lo mantiene es el ridículo de mi tío; yo bien he querido transigirlo, pero mi tío se ha negado obstinadamente á ello.

A este tiempo, la Anilla había acabado de poner el servicio, esto es, los candeleros, los platos, servilletas, cubiertos, todo bueno, y de tal manera, que sostenía el crédito de la tienda de montañés de Espantitos.

A este tiempo, también otros dos prójimos habían entrado en la sala y se habían sentado en un rincón.

Estos dos prójimos eran, uno el Sata, el otro el señor Silvestre Ardilla.

Los columbró el coronel, esto es, columbró al señor Silvestre, porque en cuanto á Sata, no le conocía.

—¡Eh! ¡peletero! ¡peletero del diablo!—dijo el marqués.

—¡Ah! que está vuecencia ahí—dijo levantándose y acercándose el señor Silvestre—: perdone vuecencia si no le he saludado respetuosamente, como debía, pero no he visto á vuecencia; ando delicado de los ojos, y particularmente de noche, no veo.

—¿No ha ido á su casa de usted don fray Zoilo de Manosmuertas?—preguntó el marqués.

—No, señor, yo no he tenido el gusto de ver hoy en todo el día á su paternidad, y lo siento mucho, porque su paternidad debe de estar malo cuando no ha pasado hoy por mi casa.

—Pues don fray Zoílo me dijo cuando me separé de él que iba á venir inmediatamente á su casa de usted.

—¿Y cuándo se separó vuecencia de su paternidad?—preguntó el señor Silvestre.

—Al obscurecer.

—¡Ah! pues ha de saber vuecencia, que su paternidad, para llegar desde su convento á mi casa, echa dos horas largas de reloj, y eso cuando viene de prisa.

—Pues si hoy viene más de prisa que otras

veces, hágame el favor de irse á su casa á esperarle.

—¿Y no me dejará vuecencia comer una chuletita, á que me ha convidado este amigo mío?

—Cómase usted esa chuleta y otra por mi cuenta, pero inmediatamente, váyase usted á su casa, que hace usted allí falta, y una falta grave.

—Muy bien, señor marqués, muy bien: ¿tiene vuecencia alguna otra cosa más que mandarme?

—Nada más.

———

El señor Silvestre se volvió á la mesa que estaba en el rincón.

Sata volvía accidentalmente la espalda al coronel y al capitán.

—Oiga usted, compadre—dijo Sata al señor Silvestre en cuanto se sentó—: ¿usted ve aquel buen mozo que está sentado con ese señor marqués?

—Sí que le veo—dijo el señor Silvestre—: ¡y es una arrogante figura! ¡y vaya si le sienta bien el uniforme!

—¡Pues y ya lo creo! ¡como que no parece sino que se lo han hecho á él!

—¿Pues á quién se lo han hecho?

—¡Qué «gilí es usted, compadre!—dijo Sata corrigiendo su «lapsus linguæ»: ¿pues no sabe usted que la mayor parte de los sastres, cuando le hacen á uno ropa, parece que se la han hecho al vecino? y si no, míreme usted á mí, que estoy aquí envarado y echando el alma porque el difunto era más chico. ¡Cal'a, por dónde asoma el otro!—dijo para sí Sata—: ¡maldito Colorín, en cuanto me vea y me huela que yo convido á éste, va á estar encima y me ha á hacer gastar los cuartos!

Había aparecido en la puerta de la sala un soldado del regimiento de Saboya que miró, vió á Sata, le hizo un guiño, y un meneo con la mano como diciendo allá voy, y luego adelantó hacia la mesa donde estaban el capitán y el marqués, y llegándose al primero y quitándose su sombrero de tres picos, dijo:

—Mi capitán, con permiso del señor coronel, si usted me necesita para algo ¿usted entiende? allá fuera estoy yo con ocho ó diez buenos muchachos, paisanos míos, que me he encontrado aquí y que me han convidado á beber.

—Nada se me ocurre—dijo con cierto desabrimiento Diego—, que ya habrán comprendido nuestros lectores que éste era el capitán, y me harás mucho favor en acordarte para otra vez de que cuando yo esté con persona de grandes respetos, no debes presentárteme sino cuando yo te llame.

—Vamos, déjele usted, señor don Gonzalo: parece un buen chico, un buen soldado; ¿son así todos tus camaradas, muchacho?

—Así sobre poco más ó menos somos todos, mi coronel, y usía no sabe... siempre deseando meter mano; y cuando estamos en paz como ahora, no vivimos porque todos somos viejos en el oficio, digo en la milicia, que es un oficio como otro cualquiera; ¡y digo! ¡yo que he sido siempre de á caballo y verme ahora de á pie!...

—¿Andalucillo, eh, muchacho?—dijo el marqués, á quien habían puesto alegre unas cañas de manzanilla que se había embocado ya.

—Sí, señor; de Porcuna, mi coronel.

—Vaya, trágate ese par de cañas, y tú y tus amigos bebed lo que queráis por mi cuenta.

—Mire usía—dijo Colorín rascándose detrás de la oreja, si mi capitán me da licencia para ello, yo con mil amores, ¡porque si viera usía qué genio tiene mi capitán y cómo las gasta!...

—Bébete esas dos cañas que ha hecho la dignación de darte el señor coronel—dijo Diego—, y ya que su excelencia quiere, bebed tú y tus amigos; pero cuenta con embriagarse, que hombre borracho no sirve para nada, ni con armar escándalos, que ya sabes que á mi no me gustan los escandalosos: vamos, despacha, y vete.

Colorín se bebió las dos cañas, y dijo al coronel haciendo una profunda, aunque grotesca reverencia.

—Muchas gracias por todo, mi coronel: á la orden de vuecencia, á la orden de usted, mi capitán, si se le ofrece algo, afuera estamos.

Y se fué, poniéndose marcialmente el sombrero.

———

—Buena gente—dijo el marqués de Vadocano; pero lo que me parece, á juzgar por ese muchacho, es un poco indisciplinada.

—¡Ca, mi Coronel!—exclamó Diego—: ¡indisciplinada! basta con que yo los mire, para que tiemblen de los pies á la cabeza.

—¡Eah! pues me pareció

—Es que, como buen andaluz, charla por largo, y en cuanto se le da un poco el pie, se toma la mano.

—Eso será: y usted también me parece andaluz.

—No, señor marqués, no: yo soy castellano viejo, nacido en Burgos.

—Pues el acento...

—Es que mis abuelos y mis padres fueron andaluces.

—¡Ah, ya! eso es otra cosa; pero cóma usted ostras, señor capitán; yo como mucho más de prisa que usted.

—Pues mire usted: no será porque á mí no me gusten las cosas crudas; la carne cruda me gusta á perder, sobre todo cuando la mato yo.

—Buen militar.

—Gracias.

—¿Pero qué diablos hacemos con este peso en las cabezas? Mira tú, muchacha, pon mi casco donde no se manche, y lo mismo el sombrero de ese señor.

———

Anilla puso el casco y el sombrero sobre una mesa, y se fué en busca de los macarrones, que ya estaban á punto.

—Ahora, bien, amigo mío—dijo el marqués—: alguien ha debido contar á usted lo del pleito del gato de Angola.

—Sí, por cierto, señor marqués, me lo ha contado Dolores, y me ha dicho también que usted tenía un gran empeño en casarse con ella. ¿Es esto cierto?

—Lo fué—dijo el coronel que había cambiado de manera de mirar al capitán y le observaba profundamente—; pero no tengo ya tanto empeño en casarme con ella.

—Sí, sí, ya sé—observó Diego—: usted ha dejado de tener empeño en casarse con su prima Dolores, desde que se ha enamorado de una hermosa rubia, hija de alguien que está muy cerca de nosotros.

Creció en fijeza y en intensidad la mirada que el marqués mantenía sobre el imperturbable semblante de Diego.

—Dígame usted—preguntó dominando mal su impaciencia:—¿cómo sabe usted que yo estoy enamorado de esa rubia?

—¡Vaya!—contestó Diego—: porque la ví esta mañana en la iglesia de Santa Clara, adonde había ido por estar cerca de una mujer á quien adoro; me pareció esa rubia un bocado exquisito, la seguí, ví dónde entraba con su hermana y su madre, y la hermana también, la pelinegra, me gusta mucho; supe que era hija del peletero Silvestre Ardilla, y como no soy hombre que me gusta andar rondando á mujeres, porque se hace mala figura, mandé á mi asistente Canario, que así se llama de mal nombre, se anduviese por aquí á fin de ver de qué manera me podía yo introducir en la casa, porque Canario es muy á propósito para estos asuntos; por el ojo de una aguja se mete, y todo lo huele y de todo se entera.

—¡Poder de Dios!—exclamó el marqués dejando caer con fuerza la cuchara sobre el plato.

—¿Qué es eso, mi coronel?—dijo con su imperturbable calma Diego Corriente.

—Que estos macarrones queman y están salados—exclamó el marqués, inventando al vuelo una respuesta evasiva.

—Pues dejémoslos enfriar, y gracias por haberme advertido, porque si no, yo me quemo también.

—Dígame usted, señor mío—dijo el marqués dejando conocer ya algo lo mal templado que estaba:—¿qué mujer es esa que usted adora, y para estar más cerca de la cual ha ido usted esta mañana á la iglesia de Santa Clara?

—La señorita doña Dolores de Valcárcel, hija del señor marqués de Rodovilla y prima hermana de usted.

—¿Qué usted adora á mi prima?

—Cierto que sí.

—Y ella...

—Está loca por mí.

—¡Señor capitán!—exclamó el marqués dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Mi coronel!—contestó Diego sin alterarse en lo más mínimo—: Dolores me adora y nada tiene esto de extraño; es mi novia, y nos hemos jurado solemnemente amarnos hasta morir, y casarnos, pasando por encima de todas las dificultades del mundo.

—Pero ¿dónde, cuándo, cómo ha sido usted novio de mi prima? yo no he tenido noticia de ello.

—Nuestros amores han sido muy secretos, señor marqués.

—Pero ¿dónde?

—En Sevilla.

—¡Pero, señor, si hace dos años que mi prima no ha estado en Sevilla, desde la última vez que se la llevó su padre á Utrera, hasta ahora que la ha traído para encerrarla en el convento de Santa Clara, por ciertos amores que hacen muy poco honor á la familia!

—¡Cómo! ¿usted cree que haga poco honor al señor marqués de Rodovilla ni á usted, el que su prima me ame á mí?

—¡Pero hombre, si mi tío ha sentenciado á su hija al claustro porque ha tenido noticia de que su hija introducía por el jardín en la casa á un gañán que cometió una atrocidad en Utrera! aunque, fuerza es confesarlo, una atrocidad de valiente, y huyó; y anda por esos caminos de Dios desnudando á Poncio Pilatos.

—¡Bah! mi coronel, quien entraba en el jardín de la casa del marqués en Utrera, era yo.

—¡Cómo! ¿es usted Diego Corriente?—exclamó el coronel mirando de una manera hosca y feroz á Diego.

Diego se echó á reir.

—Pues me parece bien—dijo el marqués—: haga usted el favor de explicarse.

—Hay aquí una equivocación muy graciosa que nace de un suceso muy natural—dijo Diego Corriente—, y por eso me río; tranquilícese usted, mi coronel, yo soy quien soy.

—¿Y en qué consiste esa equivocación?

—Mi coronel, antes de enamorarse usted perdidamente de la Pepita como lo está, estaba loco por su prima, y dió usted en la locura de salir al camino y quitársela á su padre: un gañán salvó á Dolores de usted. Dolores agradecida á aquel gañán le mandó llamar, y habló con él por la reja algunas noches para favorecerle, y con conocimiento mío, porque siempre que Dolores hablaba con el gañán ,estaba yo junto á ella; como que entraba de noche en la casa.

—¿Sabe usted que me está usted dando la cena, señor capitán, y que esto va á acabar muy mal?

—Por el contrario, acabará muy bien: usted ya no se interesa por su prima, porque se ha enamorado usted con toda su alma de Pepita, y espero que usted me ayude para que me case con Dolores.

—Bien, bien, veremos—dijo el marqués—: por darle yo un doble disgusto á mi buen tío, soy ca-

paz de todo; pero adelante, siga usted explicándose, porque no comprendo bien todavía.

—Pues bien, señor marqués: acontecía que Diego Corriente tenía una querida, la cortijera del Almendralejo.

—¡Pillo! una buena moza.

—Pues bien, no faltó quien dijo á esa buena moza que Diego Corriente hablaba todos los sábados con la hija del marqués de Rodovilla, por la reja; montó en celos la cortijera, y se fué á sorprender á su amante á la calle de Porras la misma noche en que usted fué á ella, contando con que el señor marqués su tío estaba aquí, y con que Hormiguilla le había prometido á usted abrirle la puerta para que se llevase á su prima.

—¿Y cómo sabe usted esto?

—Porque aquel mismo día Hormiguilla me lo contó.

—¡Cómo! ¿pues qué Hormiguilla no tenía intención de cumplir lo que me había prometido?

—¡Ca, no señor! Hormiguilla es un pícaro que engañó á usted por sacarle dinero.

—Pues le rajo, no hay remedio, le rajo: para eso solo voy á volver á Utrera; pero en todavía no veo claro.

—Pues la cosa es muy sencilla. La cortijera se acercó á usted, y creyendo que su amante era novio de la hija del marqués, se lo reveló.

—Pero ¿quién ha contado á usted eso?

—¡Bah! sus asistentes de usted que lo habían oído, se lo contaron á todo el mundo, y yo lo supe porque andaba escondido en Utrera.

—¡Pero, señor mío, si usted viene ahora de Extremadura, donde está su regimiento de guarnición!

—La fecha de mi pasaporte es de hace un mes, señor coronel: mi principal objeto era Dolores, á quien no había visto en mucho tiempo.

—¡Ah, ya! pero usted es demasiado atrevido, señor don Gonzalo: el capitán general de Sevilla puede y debe extrañar que no se le haya usted presentado antes.

—Traigo muy buenas recomendaciones para el capitán general.

—¡Ah! eso es distinto; y vamos claros: ¿fué usted quien estropeó al corregidor, á los alguaciles, á los migueletes y á mis dragones? con franqueza.

—¡Ah! no, no señor: fué Diego Corriente; y lo prueba, que desesperado al verse perseguido por la justicia, y con causa bastante para que le ahorcaran, se metió á bandido.

—Pero ¿cómo fué eso?

—Como que venía á la reja de Dolores, que todos los sábados le daba de sus ahorros, secretamente, un socorro para él y para su madre, y llegó al tiempo en que usted era herido de un escopetazo, en que llegaba el corregidor con la ronda y acudieron los dragones que guardaban á usted las espaldas; el corregidor vió á un hombre, quiso prenderle, Diego Corriente tenía mal genio, y le tiene, acometió al corregidor, á su ronda, á los dragones: hizo, al fin, lo que usted sabe, y escapó.

—Bien, muy bien—dijo el coronel—: así se comprende todo. ¿Y dónde estaba usted, señor capitán, cuando acontecía eso?

—Dentro del jardín, hablando amorosamente con Dolores.

—Señor capitán—dijo el marqués—, exijo de usted una confianza más: ¿qué género de amores son los que usted ha tenido con mi prima?

—Los más puros y los más dignos del mundo—contestó Diego Corriente—; se lo juro á usted por mi honor.

—Bien, lo creo; y esto tiene gracia ¡vive Dios! aunque es una gracia que no me hace reir: en fin, hágame usted el favor de trinchar esta liebre, porque me ha puesto usted temblón y no acertaré. ¡Vamos! está visto: Pepita me ha vuelto loco, porque la verdad es que me importa muy poco que mi prima Dolores quiera á usted ó no le quiera. Gracias—añadió tomando el plato de liebre que le servía Diego Corriente—: ¿dice usted que mi prima está resuelta á casarse con usted?

—De todo punto, señor marqués.

—¡Diablo! es el caso que á mí me convenía que mi prima fuera monja; pero en fin, ¿qué más me da? yo no me puedo comer la renta que tengo aunque tire el dinero.

—Yo tampoco quiero las riquezas de Dolores: yo me he adquirido una fortuna bastante para vivir decorosamente con ella.

—Pues amigo mío, aunque su móvil de usted no sea la gran fortuna de mi prima, necesariamente ha de ser marquesa de Rodovilla, porque la otra vino después.

—¿Qué otra?

—Nada, nada: yo me entiendo.

—Cuento con que usted me proteja, señor marqués, y lo espero tanto más cuanto que el habernos encontrado es una de esas casualidades que auguran bien.

—¿Y de qué manera quiere usted que le proteja? ¡Diablo! me estoy sofocando, no puedo pasar bocado, sudo: ¿quiere usted que continuemos hablando en la calle, adonde correrá algún aire?

—Con mucho gusto, mi coronel.

El marqués llamó, dando fuertes golpes sobre la mesa, y acudió Anilla.

—Dale al señor capitán su sombrero, y á mí el casco, la dijo.

Obedeció Anilla.

El marqués arrojó una onza sobre la mesa, y echó á andar.

—Sobra, señor—dijo Anilla.

—Pues guárdate lo que sobre para alfileres.

—Muchas gracias, señor—dijo Anilla—: puede usted disponer de una servidora.

—¡Mira, mira, y cómo se reblandece esa mala

hembra!—exclamó Sata—¿Si creerá que no tengo yo también una onza de oro? A la fin, moza de posada, porque esto y una posada es una misma cosa.

Entretanto, salieron el marqués y Diego Corriente.

En la tienda estaba Colorín con otros ocho hombres, rodeando una mesa en que había cañas de manzanilla y arencones.

Colerín se levantó.

—¡Todos quietos!—dijo Diego Corriente como quien agradece una manifestación de respeto—; pero aquella fué una orden.

Colorín y los ocho bandidos de la partida de Diego, que tales eran los paisanos que con Colorín estaban, se sentaron.

Salieron á la calle el marqués y Diego, y echaron á andar hacia el convento de Santa Clara que estaba próximo.

Pero antes de continuar necesitamos hacer algunas aclaraciones, y para ello pasar á otro capítulo.

II

Dos cosas habrán extrañado nuestros lectores al ver á Diego Corriente bajo la nueva forma que le hemos presentado.

En primer lugar, su disfraz de capitán de infantería, y después el lenguaje que había usado hablando con el marqués de Vadoclaro; lenguaje muy superior á la esfera social en que Diego Corriente, por las desgracias de su madre, se encontraba colocado.

Esto se explica en muy pocas palabras.

Isabel había recibido una buena educación, y la había transmitido á su hijo, que había vivido á su lado hasta que cumplió los quince años.

Isabel era una mujer fina, una mujer de espíritu, y había dormido á su hijo, durante muchos años, leyéndole buenos libros, dándole lecciones de urbanidad.

Cierto es que Diego cuando andaba entre sus iguales hablaba como ellos, y que se había bastardeado lo bastante para parecer por sus palabras un hombre de campo.

Pero cuando necesitó hablar como capitán de infantería, es decir, como un caballero, le costó poco trabajo recordar el buen lenguaje que su madre le había hecho aprender.

De esto nacía en gran parte la elevación de ideas en Diego Corriente.

Veamos en qué consistía el disfraz de Diego.

Algunos días antes del en que marcha la acción de nuestra historia, Diego había salido de las Marismas para tomar el camino de Extremadura, por donde se sabía había de pasar una gran recua de muletas, y con intento de apoderarse de ellas.

Ahora bien, apenas habían entrado en el camino real de Extremadura, cuando se encontraron con un capitán de infantería que iba á caballo, pálido, y al parecer enfermo, acompañado de su asistente que iba caballero en un bagaje mayor entre dos baúles, equipaje sin duda de capitán.

Colorín avanzó y les dió el alto.

—Y bien—dijo el capitán—, me hacéis un favor, porque no podía tirar ya de la jornada; me abrasa la calentura.

Entonces adelantó Diego.

—No hay que asustarse, caballero—le dijo—, que nosotros somos buena gente, que no asesinamos ni maltratamos á nadie, y mucho menos á enfermos.

—¿Y qué más me da?—dijo el capitán—: tengo encima de mí unas cuartanas que me matarán; vosotros debéis conocer la tierra, y me haríais un gran favor si me llevaseis adonde me dieran una cama aunque fuese mala.

—¿Conoces tú por aquí, Colorín?—preguntó á su teniente Diego.

—Pues á propósito: allí, detrás de aquellos árboles, está el cortijo de Pellico, que es muy amigo mío. ¿Y cuartanas dice usted que tiene? pues diga usted que al encontrarse con nosotros ha encontrado usted la salud y al encontrarse en este sitio, porque Pellico tiene una receta, y con ciertas hierbas y un mejunje que arma, le quita á cualquiera las tercianas más perras.

—Yo soy rico—dijo animándose el capitán—, y para vosotros y para ése si me cura, tengo yo una recompensa mayor que lo que podéis creer.

—Caballero—dijo Diego Corriente—: por hacer lo que debe hacer todo cristiano, no tomo yo ni tomarán los míos recompensa de ninguna especie; pero vamos andando hacia el cortijo de Pellico, allí le dejaremos á usted bien recomendado, y nos iremos á nuestro negocio. ¡A ver! echa delante y guía, Colorín, que este pobre va más malo de lo que dice.

Arremetió Colorín con su caballo por un sendero, mejor dicho, por un caminejo de carretas que conducía á los árboles tras los cuales había dicho se encontraba el cortijo de Pellico, y Diego Corriente y sus bandidos le siguieron, llevando en medio al capitán y al soldado, que no las llevaba todas consigo, porque le parecía muy raro bandidos tan humanitarios.

Aquella espesura, á la cual se iban acercando, le causaba escalofrío.

—Buen cortijo nos van á dar al capitán y á mí—murmuraba para su casaca.

Pero crió alguna esperanza cuando al revolver de la espesura vió que en efecto á muy poca distancia, había una gran casa de labor.

Entraron en ella, habló Colorín con el Pellico, que se alegraba mucho de verle, porque en otro tiempo él también había andado al camino, y se alegró mucho más cuando supo que iba allí de capitán de aquellos buenos mozos Diego

Corriente que, como decía hiperbólicamente Pellico, había llenado con sus valentías toda la redondez de la tierra.

La Mosquita, que era la mujer ó la querida del cortijero (esto no está averiguado en los apuntes de que nos valemos), se encargaron del capitán, le pusieron en una buena cama; y el Pellico afirmó y aun juró que pondría al capitán sano, y que no se conocería él mismo con tal de que se estuviese un mes bajo su cuidado.

—Y bien—dijo el capitán—, aun me quedarán cuatro meses de licencia para los asuntos que me llevan á Sevilla.

Diego Corriente, sin saber por qué, se impresionó al escuchar aquella frase, y se revolvió en su imaginación el embrión de una idea.

Por lo demás, es decir, en cuanto á las muletas, el Pellico les dijo que habían errado el golpe, porque las muletas habían pasado tres días antes, y que sin duda habían querido divertirse con ellos; á lo cual dijo Colorín:

—Pues yo le juro al Garroso, que es el que nos trajo el soplo, en cuanto le coja, una paliza que le voy á poner como un pellejo soplado: mira, Pellico, para que nos consolemos, saca un pellejo de vino, y que la Mosquita nos haga así como dos fanegas de sopas con quince docenas de huevos, y una fritada de gallinas, jamón y longaniza que no se pueda comer.

—¡Como si todo lo que yo tengo no fuera de mis amigos!—contestó Pellico, aunque no le hacía mucha gracia la sangría que hacían á su recova y á sus comestibles; pero, qué remedio, él había hecho lo mismo cuando era como ellos.

Puso, pues, muy buena cara, y no parecía sino que se alegraba de la visita.

Después de que hubieron comido y dormido la siesta, Diego Corriente se metió en el aposento donde estaba el capitán.

—¿Cómo va?—le dijo.

—Me siento mejor—contestó el joven—; tengo despejada la cabeza: creo que ha pasado la cuartana.

—Me alegro mucho—contestó Diego—; así podremos hablar algo.

—¿Usted quién es?—preguntó el capitán—: me interesa, porque me parece usted muy generoso para la vida que hace.

—Muchas gracias—contestó Diego Corriente—: yo hago esta vida á la fuerza; grandes desgracias me han traído á ella, pero pienso dejarla, señor mío, y tal vez muy pronto: en cuanto logre lo que más deseo en el mundo.

—¿Tener mucho dinero?—dijo severamente el capitán.

—No, yo desprecio el dinero: lo que deseo es hacer mi esposa á una mujer; por ella, por ella me veo yo así.

—¡Oh! ¡las mujeres!—exclamó tristemente el capitán—: ellas son la causa de todas nuestras desgracias, empezando porque una mujer es la que nos echa al mundo.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó Diego.

—Don Gonzalo de Arias—contestó el joven.

—¿Y de qué regimiento es usted?

—Del de infantería de Saboya, primer batallón, segunda compañía. Y usted, ¿cómo se llama?

—Yo me llamo Diego Corriente.

—¡Ah!—exclamó el capitán, como si hubiera oído el nombre de una celebridad: ¿conque usted es ése á quien llaman el bandido generoso?

—Sí, yo soy.

—Ya no extraño el comportamiento de usted conmigo.

—Es el que debe tenerse con nuestros semejantes; bastante es que salgamos al camino, que los detengamos, que los robemos, para que además los maltratemos, los insultemos. Yo no puedo hacer eso.

—Porque usted no es realmente un bandido, sino un desgraciado.

—¿Quiere usted que deje de serlo, don Gonzalo?

—Si en mí consiste, ¿por qué no?

—¿Cuánto tiempo hace que está usted disfrutando la licencia temporal que le han concedido para Sevilla?

—Cerca de un mes.

—¿Y cómo es eso? ¿Y en ese tiempo no ha llegado usted? ¿Le ha entretenido á usted alguna mujer?

—Hembras han sido las que me han detenido, pero esas hembras se llaman cuartanas; las que me detienen ahora.

—¡Ah! ¿Y á qué va usted á Sevilla?

—A poner pleito á unos parientes que me han robado mi fortuna.

—¿Y no puede usted detenerse, señor mío, durante otro mes?

—Si con esa detención puedo serle á usted útil, me detendré.

—Voy á explicarme en muy pocas palabras, señor don Gonzalo—dijo Diego Corriente—: supongamos que yo hiciera lo que no haré, se lo juro á usted, porque usted es para mí sagrado después de haberse usted puesto bajo mi amparo; esto es, que yo me apoderara de su pasaporte de usted, de su equipaje, de sus papeles: esto me haría de todo punto feliz.

—¿Sí?—respondió don Gonzalo—; pues bien, de usted son mis papeles y mi equipaje.

—Muchas gracias—contestó Diego—, pero yo no necesito más que los uniformes que lleva usted en su equipaje, el de su asistente, y su pasaporte.

—¿Y qué piensa usted hacer con ello?

—Entrar en Sevilla con el nombre de usted, aunque tal vez esto no sea posible, porque á

usted debe conocerle mucha gente en Sevilla.

—No me conoce nadie, absolutamente nadie—contestó el capitán—; mis abuelos fueron sevillanos, pero mis padres nacieron en Córdoba y yo en Burgos.

—¿Podrán conocer á usted algunos oficiales de los de la guarnición de Sevilla?

—No, que hace muy poco tiempo que he comprado mis charreteras.

—De modo que nadie conoce á usted en Sevilla.

—No he estado nunca en ella.

—Y bien: no debe importarle á usted mucho que yo, durante un mes, me llame en Sevilla don Gonzalo de Arias, y lleve su uniforme, porque cuando resulte que el que habrá aparecido como don Gonzalo de Arias, capitán del regimiento de infantería de Saboya, era el otro capitán sin regimiento y sin compañía, pero con cuadrilla, Diego Corriente; cuando la Real Audiencia y los señores alcaldes y el señor Asistente se muerdan las narices de rabia, resultará también que el capitán don Gonzalo de Arias fué sorprendido por Diego Corriente, que le detuvo, que le encerró con su asistente en una cueva, y que le quitó su equipaje y sus papeles. Pero esto será falso, porque si usted no me concede de buena gracia lo que le pido, usted, se lo juro por mi alma, por la de mi buena madre, por la de la mujer á quien adoro, usted se quedará aquí cuidado por los cortijeros y con la plata que necesite, y yo me iré á rodar por esos mundos de Dios con mis desventuras.

—¡Basta! no se hable más de esto—dijo conmovido don Gonzalo—: me es usted fuertemenmente simpático; no temo que encubierto con mi nombre y con mi uniforme y mis papeles, cometa usted una infamia, porque usted es incapaz de hacer infamias.

—Un bandido no puede dejar de ser infame—contestó Diego Corriente—: un bandido es siempre un ser despreciable; un bandido, por más que, como yo, no asesine ni maltrate, es siempre un miserable.

—¡Quién sabe! ¡quién sabe cuál es la suerte de las criaturas!—observó el capitán—. Pero, en fin, ¿qué piensa usted hacer falsificándome?

—Ver si puedo casarme con la mujer que amo, y si no, robarla del convento en que la han encerrado.

—¡Ah! Aquí tenemos al Eusebio de «La Devoción de la Cruz».

—¿Y quién es ese Eusebio?—preguntó Diego.

—¡Ah! se conoce que usted no ha leído ni visto comedias. Ese Eusebio es un personaje de una gran comedia de don Pedro Calderón de la Barca, que era un gran poeta. Ese Eusebio se perdió por amor, y se salvó por su devoción á la Santísima Cruz, y por la misericordia del Señor.

—Yo también soy muy devoto de Nuestra Señora de los Desamparados—contestó Diego—; pero mucho me temo que el amor me lleve á tal ofensa contra Dios, que su divina misericordia no pueda alcanzarme.

—¿Tan enamorado está usted?

—Estoy loco, y por ella sería capaz de todo.

—¿Y quién es ella?

—La hija del marqués de Rodovilla.

—¿Y qué era usted antes de ser lo que es ahora?

—Gañán del cortijo del Almendralejo.

—¡Cómo, gañán! no lo parece usted.

—Me crió bien mi madre, la infeliz.

—¿Y la hija de ese marqués pudo enamorarse de un gañán, olvidándose de su orgullo? Aunque sí: bien ha podido ser—añadió el capitán mirando profundamente á Diego—; es usted grandemente simpático, y á la verdad, que no parece ser nacido de tan baja clase.

—Nací en otra, señor capitán: mi madre me crió bien, pero grandes desgracias de mi madre me obligaron á ponerme á servir á los quince años, y donde se sirve con más independencia es en el campo; allí al menos no se es verdaderamente un criado, sino un trabajador. Ahora, oiga usted cómo pudo ser que la hija del marqués de Rodovilla se enamorase de mí y yo me enamorase de ella.

Y Diego contó á don Gonzalo toda su historia.

Don Gonzalo se conmovió.

—Pues nada, nada, amigo mío, cuente usted para todo conmigo; usted tendrá muy bien lo que desea: yo agradezco á usted que me lo pida, cuando usted puede tomarlo. Ahora voy á ponerle á usted en antecedentes: en mi baúl hay una cartera llena de papeles, en esa cartera encontrará usted cartas de recomendación para el capitán general, para el Asistente y para los señores de la Audiencia; otras muchas cartas de recomendación para personas principales de Sevilla, y además hallará usted en mi equipaje mi ejecutoria; cuide usted de ella, Diego, cuide usted de ella. La ejecutoria de un hidalgo es su prenda mejor; es la historia de sus abuelos, la historia de su familia, y el que es honrado, no puede renegar de aquellos de quienes ha venido.

—¡Oh! descuide usted, señor capitán.

—Verá usted todo lo que traigo, y haga usted de ello lo que quiera: á mí me basta con que me deje usted una poca de ropa blanca; en uno de los baúles viene también una fuerte cantidad de oro.

—Eso importa poco—contestó Diego Corriente—: y si á usted no le basta con el dinero que trae usted en el baúl, yo le doblaré y lo volveré á doblar.

—Gracias, amigo mío, gracias; veamos ahora lo que ha de decirse para que no se sepa que yo ni mi asistente estamos aquí.

—¡Ah! descuide usted: el cortijero guardará el secreto.

—Pero los soldados son gente común, habladora, de poca conciencia, y temo que Ginesi-

llo me comprometa si está en el secreto.

—¿Y qué quiere usted que se haga con él?

—¿Con él? una afectación de violencia.

—Bien, comprendido: pues le diré á Pellico que le encierre en la cueva, para lo cual haré que le saquen con aparato de fuerza, que le alejen, que le tengan en cualquier parte hasta la noche; luego, que le venden los ojos y lo vuelvan á traer aquí; y de seguro él se creerá á mucha distancia de este cortijo, y permanecerá encerrado, aunque bien cuidado, hasta que yo vuelva ó algunos de los míos con las prendas y los papeles que yo me haya llevado.

—Bien: convenido—dijo don Gonzalo.

Y después de esto continuaron hablando, dándose á conocer más por menor su historia el uno al otro.

Podía decirse que había nacido una especie de amistad entre el capitán de infantería y el capitán de ladrones.

Y es que cuando las almas son hermanas se buscan, tienden la una hacia la otra, y se unen, sea cualquiera la situación de las personas á las cuales pertenecen estas almas.

Aquella tarde Ginesillo fué advertido de que había de partir.

Colorín se encargó de todo.

Le ató los brazos, cogió el extremo de la cuerda y le hizo andar.

Por supuesto que le habían quitado el uniforme.

A Ginesillo le supo muy mal lo que le acontecía, porque había creído que el peligro había pasado de todo punto.

Sin embargo, muchas veces durante el trayecto, volvió la cara atrás, á pesar de que Colorín le decía:

—No mires á lo que dejas á las espaldas, porque te puedes encontrar con un lapo; á ti no te importa lo que sucede: anda, pica, ó te haré yo correr para que no te arrastre mi caballo.

Y el pobre Ginesillo trotaba, y llevaba el alma á tres leguas de retaguardia, porque los cuatro que le conducían no hablaban de la manera más tranquilizadora del mundo, advertidos por Diego Corriente.

Como á una legua, le metieron en otra arboleda y permanecieron allí hasta que fué de noche.

Una vez llegada ésta, le vendaron los ojos, le pusieron á la grupa de un caballo y le llevaron al cortijo, que estaba en un silencio profundo.

El Pellico abrió la cueva de los secretos, por decirlo así, que estaba á un extremo de la larga cuadra del cortijo, tapada generalmente con estiércol, y allí fué metido, dejándole de guardia de vista y de compañía á Mochudo, á quien le sentó esto muy mal, porque decía que no le gustaba estar donde no entraba el aire que corría por el campo.

Pero, en fin, se consoló cuando supo que se le relevaría á las veinticuatro horas, y el otro sería relevado de la misma manera.

Se quedaron cuatro de los bandidos, guarguardando á Ginesillo y al capitán.

En cuanto á Diego Corriente, aquella misma noche reunió los diez hombres que le quedaban francos, y les dijo, dándoles á cada uno doce onzas:

—A ver como cada cual deja su caballo y sus armas y se busca un traje á propósito para que no le conozcan; en seguida á Sevilla, al mesón del Galápago los unos, en los demás los otros; que en cada mesón no haya más que dos, y mejor sería que cada cual estuviese en mesón aparte. Yo los procuraré á todos, en cuanto llegue, carta de seguridad.

Los bandidos partieron.

Diego Corriente se vistió el uniforme de camino con que había encontrado al capitán, sacó de su equipaje una peluca de las que el capitán usaba y se la puso.

Le afeitó Sata; pero resultó que nuestro hombre no tenía bigote.

Esto importaba muy poco, porque podía muy bien ponérsele postizo.

Los peluqueros de aquella época, según noticias, eran algo mejores que los nuestros, puesto que como se andaba mucho con pelucas y otros artificios de cabeza, eran mucho más prácticos que los de ahora.

Una vez transformado Diego Corriente, tomaron el camino de Sevilla, llegaron y se alojaron en el mesón de la Corona de Oro, en donde un peluquero acudió, y con el pretexto de que el capitán se había afeitado el bigote por una enfermedad del labio superior, confeccionó un tan magnífico bigote á Diego Corriente, tan negro y tan sedoso, que no se conocía ni podía conocerse que era postizo.

He aquí por qué Diego Corriente y Colorín aparecían el uno como capitán de infantería, el otro como su asistente.

A más, Diego se había presentado al capitán general de Sevilla, y le había dado nada menos que una carta del presidente del consejo de Castilla, gran amigo y aún algo pariente suyo, en la que le decía le recomendase para todos los asuntos que en Sevilla suscitase, al señor capitán don Gonzalo de Arias.

El capitán general por aquella carta estuvo finísimo con Diego Corriente, y hasta deseó llevárselo á vivir á su casa, porque era persona de mucho respeto el presidente del consejo de Castilla, y pretendió honrarle en su recomendado.

Pero Diego fué prudente y no aceptó tan alto honor.

De la misma manera vió á todos los señores de la Audiencia

Llevó el capitán fuertes recomendaciones para todos ellos, y hablaron con el bandido sin que se les ocurriera echarle la mano, hablándole

cortesísimos y despidiéndole con un «beso á usted la mano» del mejor corte.

El mismo don Francisco de Bruna encontró en las escaleras de la Audiencia á aquel que tanto le hacía sudar, por decirlo así, y no le conoció.

Diego fué sereno.

Traía el capitán carta para don Francisco de Bruna.

Diego había comprendido que presentando sus cartas de recomendación á todos los oidores, no podía menos de presentar la que llevaba para el señor Bruna; pero no se había atrevido por el momento, porque tenía los mayores recelos del mundo.

Tuvo sin embargo serenidad cuando se le encontró de manos á boca.

Dominóse, pues, se acercó á él, se quitó el sombrero y le saludó lleno de respeto.

—¿Con quién tengo el honor de hablar, señor capitán?—dijo don Francisco de Bruna.

—Vuestra señoría—contestó Diego—, habla con el capitán de la segunda compañía del primer batallón del regimiento de infantería de Saboya, don Gonzalo de Arias.

—Muy señor mío—contestó don Francisco de Bruna.

—Pleitos me traen á Sevilla, y pleitos de gran cuantía.

—¿Y trae usted con esos pleitos la justicia?

—Sí, señor, sí; de otro modo no me atrevería á hablar á usía.

—Dispense usted el tratamiento, señor capitán.

—Traigo para usted una carta del señor marqués de Santiponce.

—Muy amigo mío: ¿y cómo está el señor marqués?

—Conservado—contestó Diego saliendo con una contestación general—. He aquí la carta del señor marqués.

Leyó Bruna la carta, que no podía ser más expresiva.

—Bien, bien: creo que podrá hacerse algo por usted; mi amigo el señor marqués de Santiponce no recomienda nada que no sea justo: yo tendré un placer en que usted recobre ese gran patrimonio que le han usurpado á usted; entretanto, mi casa en el alcázar, de que soy teniente de alcaide, está á la disposición de usted.

—Mil gracias, señor don Francisco—contestó Diego.

———

Diego, pues, estaba perfectamente relacionado con las principales personas de Sevilla, pero no había podido introducirse en el convento de Santa Clara de la misma manera que se había introducido casa del capitán general, casa de los oidores, y casa del mismo don Francisco de Bruna.

Las monjas no le conocían.

A más de eso, el capitán don Gonzalo no había contado para nada con las monjas, y no llevaba para la abadesa de Santa Clara ninguna carta de recomendación; pero podía muy bien encontrarse un medio para penetrar en el convento.

Diego acudió al demandadero de las monjas, le dió un duro, y por este medio logró que el el demandadero le dijese cuanto sabía y más de lo que sabía.

Que doña Dolores estaba en el convento muy vigilada, pues se la trataba con mucha severidad; que su padre había encargado que la apretasen de firme y que la tuviesen lo más reclusa que pudiese ser aun dentro de la reclusión: en fin, que la pobre niña estaba pasando el sino.

—Pero, dime tú—le preguntó Diego Corriente:—¿no podrías hacer que llegase una carta para la señorita?

—Lo que es eso se puede hacer valiéndose de la doncella de la madre tornera, que es un poco charlatana y un poco amiga de la plata.

—Pues bien, hombre, bien, entiéndete con ella, y haz todo lo posible porque logre mi deseo, que no te tendrá mala cuenta.

Al otro día, el demandadero dijo á Diego Corriente:

—¿Trae usted ahí la carta?

—Sí, hombre, sí.

En efecto, la llevaba prevenida Diego Corriente.

En aquella carta advertía á la joven que si alguna vez le veía en el locutorio y le reconociese á pesar de su disfraz, no hiciera ningún movimiento que pudiera comprometerle.

—¿Y cómo vas tú á hacer que llegue esa carta á manos de la señorita?

—De una manera muy sencilla. Nemesia, que así se llama la doncella de la tornera, es muy aficionada á los bollos de leche: yo mandaré meter en el horno en uno de los bollos esta carta, y cuando la Nemesia reciba el bollo, en lugar de echarle el diente, le partirá y encontrará la carta, y sin que lo vea nadie, se la entregará á la señorita.

—Perfectamente. He aquí que las monjas no debían dejar entrar comestibles en el convento, porque en un comestible puede entrar escondido el demonio.

———

Diego dió la carta al mandadero.

Dolores la recibió al día siguiente, y empezó en su corazón una lucha terrible.

Amaba con toda su alma á Diego, con la intensidad del primer amor de esas mujeres que han nacido para un solo amor que constituye su vida, y aun nos atreveríamos á decir, con perdón de quién se escandalice, que su eternidad.

Sabía, porque su padre había tenido la cruel complacencia de decírselo, que Diego Corriente se había hecho un bandido formidable que tenía aterrada á la Tierra Baja, que su cabeza es-

taba pregonada, y que si le prendían, que le prenderían, porque eran muchos contra él y estaba interesado en ello el señor Bruna, pararía en la horca.

Un párrafo de la carta de Diego Corriente, que era larga, se ocupaba de esto.

«Cuando yo te salvé, decía, de tu primo el marqués de Vadoclaro, era un hombre honrado, humilde sí, pero sobre mi frente no había una sola mancha. Te conocí por aquel suceso, te amé, me amaste, me llamaste, nuestro amor llegó al colmo; una noche, acuérdate, saliendo de tu jardín, quisieron prenderme: ¡ojalá me hubiera dejado prender! pero tuve miedo á la influencia de tu padre, y para que no me prendieran me ví obligado á herir á todos los que contra mí se arrojaban.

Los arrollé, huí, escapé con mi madre (Diego Corriente suprimía con razón á la Cariblanca), se supo no sé cómo que yo era el autor de las heridas causadas al corregidor, á los alguaciles, á los migueletes, á los dragones, se me acusó de desacato, resistencia y heridas á la justicia, todo lo cual era la cuenta cuya suma había que pagarla en la horca.

Fuí pregonado.

Una noche, obscura de tal manera que apenas se percibían los bultos, fuí maltratado, insultado, irritado, y en aquel momento me salvaron bandidos que me llevaron consigo, y de los cuales, para defender mi vida amenazada por la justicia, me ví obligado á ser capitán.

He dado mucho ruido.

He hecho verdaderas diabluras; cosas tales, que han maravillado primeramente á los míos, que son gente brava que no se maravillan tan fácilmente por valentías que ellos son capaces de hacer. Parece que el demonio me ayuda, Dolores: soy incontrastable; mis muchachos están orgullosos de que yo sea su capitán.

Mi fama ha corrido, y el nombre de Diego Corriente es ya célebre.

Sin embargo, no he matado á nadie, no he cometido ninguna infamia, ningún viajero ha sido maltratado por mí, ninguna mujer insultada, más de un pobre ha sido socorrido, y ya mi gente, que antes era feroz, empieza á comprender que se puede ser malo sin llegar á ser perverso.

Todo esto es terrible, Dolores, lo conozco muy bien: estoy avergonzado de mí mismo, irritado, pero no ha estado en mi mano impedirlo.

Una terrible maldición pesa sobre mi familia.

Si consideras que tú has sido la causa de mis desgracias, que para defenderme no he tenido otro medio de resistir, que si he adoptado esta tremenda vida ha sido en defensa propia, y que si continúo en ella, si no estoy ya en Portugal, es por tu amor; no consideres, tú que me amas, tú que me conoces, la situación en que me encuentro como la consideran las leyes, y especialmente el terrible señor Bruna: espero que me contestes, que me digas, porque en otro caso me dejaré prender y acabaré miserablemente y contento mi vida, porque perdiéndote, será para mí tanto más amable cuanto más terrible sea».

Dolores, ya lo hemos dicho, adoraba á Diego Corriente.

Por otra parte, su virtud, su educación, sus costumbres, hacían que la repugnase de una manera espantosa el género de vida de su amante.

Sin embargo, el amor es un demonio voraz que se apodera del corazón de la mujer y la transforma, y que hace de ella una santa ó un demonio, según son las circunstancias en que la coloca su amor.

Dolores luchó todo un día con sus costumbres, con sus creencias; pero era tan violento el amor que por Diego sentía, que la lucha fué breve aunque ruda.

Escribió, pues, con pluma, papel y tintero que le había procurado el agente buscado por Diego, las siguientes líneas:

«Te amo como siempre; para mí siempre serás bueno. Dios me perdonará: soy tuya».

Diego recibió esta carta, que le puso delirante de alegría, y se consagró á buscar los medios que pudieran aproximarle á Dolores y ponerle en situación de arrancarla del convento, aunque para ello tuviese que hacer una atrocidad infinitamente superior á las que había hecho.

Por las mañanas se iba á la iglesia de Santa Clara, miraba al coro bajo, y le parecía ver á través de su doble reja á Dolores, arrodillada en un ángulo del coro.

Podía ser ella, ó no podía serlo.

Allí había una mujer cubierta con un velo, fuera de las sillas de las religiosas; pero aunque Diego se ponía en sitio donde podía ser visto, aquella mujer no daba señales de reparar en él.

Esto nada significaba.

Una mujer cuanto más ama, más guarda su amor por temor de comprometerse, y las mujeres son muy firmes de voluntad, y más en la ficción, aunque nadie las haya enseñado.

Al salir un día Diego de la iglesia, vió á Josefa y á Tola acompañadas de su madre.

Ya hemos dicho que Diego era muy aficionado á las mujeres, y que al estar apasionado de Dolores no le impedía el gustar de otras.

Así por lo general son todos los hombres, lo que significa que las mujeres han nacido para ser sus víctimas.

A ellas se les exige una consecuencia á toda prueba, la menor falta es un crimen; pero el hombre amado se permite faltas de todo género en el amor. ¿Qué importa? La mujer ha nacido para ser esclava del hombre.

Dios no lo ha dispuesto así pero lo ha hecho la sociedad y Dios lo ha permitido, lo que viene á ser una misma cosa.

Siguió Diego á las dos jóvenes hasta su casa.

Vió, como sabemos, que el peletero que tenía la tienda enfrente, era el jefe de aquella familia.

Pronto se informó y supo que en aquella casa entraba mandando en jefe el vicario de las monjas de Santa Clara don fray Zoilo de Manosmuertas, y ya tuvo un gran interés en entrar en aquella casa Diego Corriente, porque si se apoderaba del padre vicario de las monjas de Santa Clara, podía encontrar muy bien un medio para la extracción del convento, de Dolores.

Los sucesos, como hemos visto, se habían puesto de parte de Diego Corriente.

Hecha esta exposición, vámonos á buscar al coronel y al bandido disfrazado de capitán, delante del pórtico de la iglesia de Santa Clara, donde como atraídos por Dolores, se habían detenido el capitán y el coronel.

III

—Pues señor—dijo el coronel—: aunque á mí no me hace gracia ninguna que nadie se case con mi prima Dolores, porque yo tengo empeño en casarme con ella, como no puedo casarme con dos, y me gusta muchísimo más mi prima Pepita, le ayudaré á usted para que se case con mi prima Dolores, para que mi prima Pepita llegue á ocupar la posición que le corresponde con arreglo á su clase. Tendría mucho gusto en que entre los dos le diéramos un sobo al señor marqués de Rodovilla, que si usted es tremendo yo soy tremendísimo; porque á mí me tiene harto mi tío el señor marqués, y como yo me deje de consideraciones, le he de sentar la mano bien sentada.

—Pero, ¿tiene alguna hermana Dolores?—preguntó Diego Corriente, que estaba muy ajeno de las Memorias del padre fray Zoilo de Manosmuertas que se había tirado al coleto el coronel mientras su paternidad dormía.

—¡Hombre, si me he encontrado con un buche en que hay más picardías que en la caja de Pandora! ¡Si usted no sabe lo que es el marqués de Rodovilla! Es menester romperle la pierna izquierda y la derecha y los dos brazos y la cabeza; en fin, estrellarle. ¡Si viera usted lo que me ha hecho pasar por cierto maldito gato de Angola cuando yo era niño! usted no sabe lo que he gastado, y no dinero, y que sé yo cuántas cosas más que me ha costado el pleito del marqués; y luego, después empeñarse en que no me he de casar con su hija; me alegro, porque vale mucho más Pepita: yo le amonesto á usted que no piense más en ella, porque es asunto de otro sitio, y vamos á tener un disgusto, amigo mío.

—Pero es que yo no me he acercado á la señora Pepa sino por ponerme en contacto con el reverendísimo padre, á fin de que me introdujera en el convento y poder sacar de él á Dolores.

—Eso es otra cosa.

—Pero eso no quiere decir que no me gusta el decir á la morena también cuatro cosas.

—Pues ahora mismo nos vamos á casa del peletero, y verá usted lo que se echa allí á rodar.

—Hombre, no: porque si es prima de usted la rubia, no debe usted de echar á rodar nada; porque si usted echa á rodar algo ahora, cuando usted se case con ella le va á venir encima lo que ha echado usted á rodar, y eso no conviene al que se casa, máxime cuando es grande de España y marqués: en fin, nada, nada de echar á rodar, amigo mío; estas cosas deben hacerse sin escándalo, sin que lo sienta la tierra, y sobre todo cuando es preciso buscársela.

—¡Pues no ha de ser preciso: si me tiene abrasadas las entrañas la rubia, y sabe Dios cuánto tiempo va á tardarse para que mi tío la reconozca por su hija! y luego, que es necesario descubrir cierta señora con quien tiene que casarse mi tío, y esa señora está haciendo penitencia no sé dónde: en los infiernos. En fin, el padre don fray Zoilo de Manosmuertas sabe donde está.

—Explíquese usted, mi coronel.

—Hombre, tan pronto no puede ser; ¡si me he estado yo entretenido esta siesta tres horas para enterarme de todo cuanto le he contado á usted!

—Pues señor, si hay que buscar á alguien, tengo yo conocimientos que son capaces de buscar cuanto haya en la tierra; en fin, usted diga dónde está esa señora que tiene que casarse con el marqués, de quien tiene una hija, porque su hija supongo yo que ella lo es, creyendo lo que usted dice.

—¿Cómo que creyendo lo que yo digo? creyendo lo que dice el grave padre don fray Zoilo de Manosmuertas, que ha escrito no sé cuántas resmas de papel para contar esa historia.

—Pues bien, amigo mío, dígame usted hacia qué punto de la Tierra Baja está esa señora que se necesita encontrar, y se la encontrará al momento; y digo qué punto de la Tierra Baja, porque fuera de la Tierra Baja no tengo yo todavía conocimientos.

—Pero, ¿cómo ha de tener usted conocimientos, si usted es de Castilla la Vieja y nunca ha venido usted á Sevilla?

—Eso no le importa á usted, mi coronel; lo que le importa es que parezca esa persona que necesita: pero deme usted algunos antecedentes.

—Esos me los dará completos don fray Zoilo de Manosmuertas.

—Pues bien; ¿y qué hacemos ahora?

—¿Qué hemos de hacer? Mire usted, yo tengo vara alta con don fray Zoilo de Manosmuertas. Como voy á casarme y él está seguro de ello, porque yo se lo he dicho con toda mi alma, con su protegida, con su pupila, porque es tutor de Pepita, y más cuando es para una

cosa legítima, yo le diré que Dolores le ama á usted, y que es usted un bizarro capitán de infantería; que el marqués de Rodovilla se opone por oponerse, que no hay gran dificultad, y que usted quisiera ver á Dolores en el locutorio: creo que esto se consiga, y mañana probablemente podrá usted hacerlo.

—Se lo agradecería á usted con toda mi alma—contestó Diego Corriente.

—Pero ahora que me acuerdo—dijo el coronel oyendo que tocaban á las ánimas: Manosmuertas me tiene citado para esta hora en la puerta de esas monjas donde hemos estado; conque, señor don Gonzalo, que usted lo pase bien, y dígame dónde nos veremos.

—¿Tiene usted instrucción ó algún acto de servicio?

—Sí señor, á las seis de la mañana monto á caballo, y me voy con mis dragones á hacerlos maniobrar en el campo.

—Pues bien, iré al cuartel á las seis de la mañana, le acompañaré á usted, y le veré mandar el regimiento, que debe usted hacerlo perfectamente.

—Lo que es eso, coronel que tenga una voz de mando como la mía, aunque su majestad le busque debajo de la tierra, me parece que no le ha de encontrar. Conque no me detengo más, amigo mío, que ya debe estar saliendo el fraile de casa del peletero.

Se separaron Diego Corriente y el marqués de Vadoclaro.

El primero se fué hacia la casa del montañés, y se puso á pasear en su puerta.

El segundo se quedó paseando por la obscura calle de Santa Clara, haciendo lugar á que el marqués encontrase al fraile y se fuesen.

En efecto, poco después pasaron por la calle de Santa Clara, hablando mano á mano el marqués y Manosmuertas, seguidos de su lego.

Entonces Diego Corriente se fué á la tienda del montañés, entró, y dijo á Espantitos:

—Ven aquí, tunante: Sata me ha dicho que tienes que hablar conmigo.

—Cierto que sí, que tengo que hablar mucho con usted, capitán, pero para hablar tenemos que meternos dentro, porque aquí hay gente que estorba.

—No, la gente que hay aquí es mía—contestó Diego.

En efecto, no había nadie en la tienda del montañés más que Colorín con su disfraz de soldado de infantería y otros ocho de los bandidos de Diego.

—Sí—dijo Espantitos—, pero ahí dentro está el peletero de más abajo.

—Pues cabalmente tengo que hablar con él.

—Antes de hablar con él es necesario que hables conmigo, porque ya me hago cargo de lo que tendrás tú que hablar con el señor Silvestre Ardilla, y es necesario que sepas el camino para que no te extravíes; conque vamos.

Y dejando en el mostrador á su mujer, se entró con Diego Corriente en la sala donde habían estado el coronel y Diego, y en la cual permanecían aún en un rincón Sata y el señor Silvestre, comiendo todavía, porque el peletero aprovechaba la ocasión de que le convidasen, y había abierto la tripa de tal modo que no había medio de cerrársela.

Espantitos abrió una puerta que en el fondo de la sala había, atravesó un aposento, entró en otro y se encerró con Diego.

—¿A quién quieres tú de las hijas del peletero?—le dijo en cuanto estuvieron solos y sin temor de ser escuchados por nadie.

—A ninguna.

—¿Pues si me ha dicho Sata que estás loco por la rubia?

—Loco no, pero no negaré tampoco que me gusta mucho y que la morena me parece lindísima; pero ninguna de las dos, formalmente, me conviene.

—¿Qué sabes tú lo que te conviene?—respondió Espantitos—. Espérate, hombre, que voy por un poco de manzanilla de la que guardo para bebérmela yo, y por unos camaroncillos, que la conversación con vino y bocados hasta parece que es mejor y más clara y que se sale del paso con menos palabras.

—Bueno, hombre, sí, que tengo sed—dijo Diego Corriente.

Espantitos se metió para adentro, y volvió trayendo del cuello dos botellas, y en la otra mano una bandeja llena de camarones que puso sobre una mesa.

—Pero has de saber—dijo sentándose— que esa rubia no es hija del peletero ni quien tal vió.

—Eso ya lo sabía yo—dijo Diego Corriente—; esa muchacha es hija del marqués de Rodovilla.

—Yo no sé de quién es hija ni de quien no es hija—dijo Espantitos—, pero lo que sí sé es que todo cuanto tiene el señor Silvestre Ardilla todo es aparente, y lo mismo la apariencia con que tiene en su casa á esa joven, y según murmuran, la madre era muchísima persona.

—¿Y no tenías que decirme nada más, Espantitos?

—Nada más.

—Pues estás muy mal informado, hombre.

—Te parece que es estar mal informado poder decirte lo que te conviene?

—Te lo agradezco, pero otra cosa es lo que yo quiero.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes tú conocimientos en el convento de Santa Clara?

—En primer lugar, todo el vino que se gasta en el convento es de aquí.

—Entonces conocerás al sacristán y puede ser que me sirvas. ¿Qué más conocimientos tienes?

—Cuando el padre Zoilo de Manosmuertas quiere obsequiar á la familia del peletero, todo lo lleva de aquí ó hace que la familia venga aquí

á hacer el gasto; en fin, tengo mucha confianza con ese señor.

—Me conviene. Al demandadero le he untado la mano y no necesito que me hagas buenos oficios con él. Por esta vez no me sirves, porque yo he adelantado mucho á las noticias que me has dado.

—Sin embargo, tú debes agradecerme la buena voluntad con que te he dicho todo lo que sabía.

—Agradecido desde luego. Conque acabemos de bebernos esta botella, que necesito yo ahora ir á entenderme con el peletero; de consiguiente, no tengo más que hablar: si se ocurre, ya veremos.

Acabaron de beber la manzanilla y de comer los camarones, y salieron.

Espantitos se fué á su mostrador, y bien á tiempo, porque acababan de entrar de broma unos cuantos mozos del barrio, de la cáscara amarga, y Diego Corriente se fué á la mesa donde estaban todavía Sata y Silvestre Ardilla tragando cangrejos, que era el último plato que les habían servido.

En aquel momento, Sata sostenía un fuerte choque con la Anilla, que estaba indignada y puesta en veinte uñas porque Sata le había faltado al respeto, á pretexto de que se le había quedado con una onza, y que no tenía derecho á hacerse la tiesa con él.

Anilla decía que aquella onza se le había caído en el seno sin saber cómo, y que no tenía más amo que ella, y que ella no estaba obligada á sufrir impertinencias de ningún feo, por la posesión de aquella onza, y añadió mirando á Diego:

—Si fuera usted como este señor capitán, se le podría sufrir cualquier despropasamiento, según y como fuera; ¡pero usted, que ya no tiene dientes! Hombre, vamos, quite usted allá.

—Anda, anda, vete, muchacha—dijo Diego—, y no hagas caso de éste, que es un perdido; y toma por la cuenta de lo que éstos hayan gastado, y lo que sobre te lo guardas para un par de medias.

—Y que van á ser de seda—dijo Anilla tomando una onza que le daba Diego, y sonriendo de una manera tal, que Sata hubiera querido ser el objeto de aquella sonrisa.

—En fin—dijo—, barbas mayores quitan menores: ¡qué se le va á hacer!

—Lárgate, muchacho, y vete con mi asistente, que tengo yo que hablar con este señor—dijo Diego.

—Pues mire usted, señor capitán—dijo Sata—, ya le tengo yo hechas las entrañas á éste, y me parece que tiene usted que trabajar muy poco; ea, y con Dios, y muchas gracias por el obsequio, que yo me voy á tomar la sosiega con Canario y con los otros amigos.

Ya sabemos que Canario era el apodo supuesto que había tomado Colorín para pasar por asistente de don Gonzalo de Arias.

Sentóse Diego Corriente, y dijo al peletero:

—En primer lugar, si tiene usted gana de algo más, pídalo, que yo tendré mucho gusto en obsequiarlo á usted.

—Muchas gracias, señor—dijo Silvestre, que miraba con asombro á Diego, con respeto, y aun podemos decir que con éxtasis, quitándose la gorra de piel de nutria falsificada que tenía puesta—: ya me ha obsequiado usted bastante, y sobre todo, me ha hecho usted un grande honor pensando en una de mis chiquillas.

—Póngase usted, póngase usted la gorra, que ya las noches empiezan á ser frías, y está usted calvo.

—Muchas gracias, señor—dijo el peletero encasquetándose la gorra: yo llevo siempre abrigada la cabeza en invierno y en verano, porque á más de ser calvo, tengo el casco de la cabeza muy delicado.

—Pues yo creería que lo tenía usted muy fuerte—dijo Diego Corriente, que tenía en el fondo algo de picaresco.

—Mire usted, señor, no señor, porque he sufrido yo muchas enfermedades de cabeza—dijo el peletero—, y sè me ha quedado débil, y se me pasma.

—Sí, sí, ya me hago cargo—contestó Diego.

—Pues no, no hay que hacerse cargo de nada—se apresuró á decir el peletero—, porque en mi casa...

—Sí, su casa de usted estará muy abrigada, pero estos demonios de enfermedades de cabeza... Dígame usted: ¿es hija de usted la Pepita?

Abrió mucho los ojos el peletero, y miró casi con espanto á Diego.

—¿Y por qué me hace usted esa pregunta?—dijo—: ¿pues no ha de ser mi hija, si se llama Josefa Ardilla?

—Es que podía muy bien llamarse doña Josefa de Valcárcel, que es el apellido del señor marqués de Rodovilla.

Se levantó de un salto el peletero, y se quedó extático, con los ojos y la boca muy abiertos.

—Siéntese usted, siéntese usted—dijo Diego—: tenemos que hablar muy formalmente; yo no quiero á ninguna de sus hijas de usted.

—Pues no es eso lo que me ha dicho ese amigo—exclamó contrariado el peletero—; porque lo que me ha dicho ha sido que á usted tanto le daba la rubia como la morena, porque le gustaban del mismo modo, y que si no podía usted casarse con la rubia, con la morena se casaría; digo, si tratándose se llegaba al caso de casamiento, que no todos los novios se casan. Mire usted, mi mujer, que es tan buena como otra cualquiera, y si no que se lo pregunten á don fray Zoilo, tuvo cuarenta ó cincuenta novios antes de casarse conmigo. ¿Adónde vamos á parar? Le gusta á un hombre una mujer, ó á una mujer un hombre, y se lo dicen, y se convienen, y pelan la pava, y luego vienen los genios que pegan ó no pe-

gan el uno con el otro, porque las gentes no se conocen hasta que se tratan; ó sucede que la novia ve á otro que le gusta más, porque es mejor mozo ó más rico, ó que el novio ve otra que le trae más cuenta, y se acaba el noviajo; conque ya ve usted, he andado muy de prisa cuando he dicho que usted se casaría ó no se casaría. En fin, he debido decir que el amigo que ha hablado conmigo me había dicho que usted quería ser novio de una de las muchachas, y que no pudiendo serlo de la rubia, que tiene novio, y bueno, y que le quiere mucho, como que está perdida por él, ya ve usted, le ha arañado...

—Sí, el marqués de Vadoclaro.

—Justo, ese señor con quien ha estado usted cenando; pues bien, yo le he dicho á ese amigo: con la Josefina no puede ser, pero puede ser con la Tolita. ¡Y si viese usted qué jaleo de pieles de perro me ha traído á mi ese mozo, y lo que me dijo de la carnada que daban á los perros, y que la carne la vendían por cabrito, y lo que me ha hecho vomitar, y qué mal día que me ha dado! ¡calle usted, señor, que me parece á mí que se ha quedado conmigo ese maldito Satilla!

—Pues mire usted, con pegarle una paliza si se ha excedido, estamos fuera del paso; no me parece á mí muy católico: yo le he conocido porque es amigo antiguo de mi asistente (en esto Diego no mentía), y he hecho de él el uso que me ha parecido más oportuno; y por lo que veo, ha cumplido bien con su comisión, aunque se haya excedido en algo, porque es un maula que ya alguna vez le he tenido que sentar la mano.

—Pues por mucho que usted se la siente, caballero, me parece que no adelantará cosa, porque es el bicho más rebelado que he conocido en todos los días de mi vida. Pero, en fin, Satilla, á pesar de sus excesos, es un pillo que divierte mucho, porque al fin me ha convidado, y si yo no se lo estimara sería un ingrato, vicio del cual me libre Dios, porque los hombres ingratos para nada sirven, ni aun para hacer de ellos trapos del suelo, porque se rompen entre las manos. Y le ha servido á usted muy bien, señor capitán: verdad es que no dijo si su amo era capitán ó cabo ó sargento; en fin, no me dijo una palabra de lo que usted era.

—Yo no soy verdaderamente, amo de Satilla, ya se lo he dicho á usted. Satilla es amigo de mi asistente, que es otro chiquillo como él; en fin, señor Silvestre Ardilla, lo que yo digo es que no me enamoro de la rubia, me enamoro de la morena, porque usted dice que la rubia está colocada.

—Sí señor, muy colocada con el señor marqués de Vadoclaro, que se casará con ella, yo se lo aseguro á usted; pero mi Tola...

—Muy bien, señor Silvestre Ardilla: ¿y puedo yo entrar en su casa de usted?

—Eso según y cómo, señor mío, porque para entrar en mi casa es necesario pedir licencia al padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas, que es el que todo lo maneja en mi casa; y que me va muy bien, porque no tengo que pensar en nada: yo compro las pieles, las adobo, las pongo en disposición de que valgan un cincuenta por ciento más de lo que me costaron, llevo los productos á mi casa, los entrego á mi mujer, y yo no sé cómo es, que aunque se venda poco, en la casa no falta nada: en fin, el padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas, es para nosotros un ángel de Dios; por consecuencia, debemos tenerle el respeto y consideración que se debe á la persona que hace que en nuestra casa nunca sobrevengan la miseria ni los disgustos, ni ninguna de las calamidades que se ven en otras partes y que quiebran el corazón: ¿cómo quiere usted, ni de qué manera, que yo le falte al respeto á un varón tan religioso, tan santo, tan...

—Basta, porque si no, le va usted á entonar una letanía á ese don fray Zoilo de Manosmuertas, y sería gran pecado, porque las letanías sólo se han hecho para la Virgen. ¿Con qué será necesario que yo le pida permiso á ese señor para que yo entre en su casa de usted y me aproxime á esa Tola tan bella?

—Caballero, yo bien quisiera, porque me parece usted una persona muy... ¡pues! me parece usted muy bien.

—Gracias: y dígame usted, señor Silvestre Ardilla, ¿no estará en el convento á estas horas el señor don fray Zoilo de Manosmuertas?

—Sí, señor. Ahora se estará comiendo su correspondiente plato de guisado, para luego dormir bien.

—Y dígame usted, ¿no podría yo entrar en la casa sin que lo supiese don fray Zoilo de Manosmuertas?

—No, señor; hablarían los criados, y le enterarían de todo al reverendo.

—Otro medio. ¿No podría usted decirle á la Tolita que cuando todo el mundo esté durmiendo en la casa, á escondidas, y bonitamente, baje á una reja y se ponga á hablar conmigo?

—Pero, señor de mi alma, ¡si las rejas de mi casa están clavadas por disposición del prudente padre maestro fray Zoilo de Manosmuertas!

—Y dígame usted, señor Silvestre Ardilla, ¿no tiene usted en su casa unas tenazas para arrancar esos clavos?

—Señor mío, si yo no las tengo, puedo ir á casa de mi vecino el carpintero y pedírselas.

—¿Y por qué no pedírselas y poner practicables esas ventanas?

—Vamos — exclamó sudando Silvestre Ardilla—, usted me está metiendo en un compromiso del cual no sé por dónde salir.

—¡Pues mire usted que para meterse esta mañana en el bolso el talego de onzas, según me contó Satilla, como usted le llama, no tuvo usted tantas dificultades ni tuvo que

ir por las tenazas de su vecino el carpintero, ni le pidió licencia á don fray Zoilo de Manosmuertas!

—Es que, señor, me guardé aquel talego con remordimiento, porque sabía yo que se me iba á pedir el precio de aquel dinero.

—Pues, amigo mío, el que embiste una vez con el remordimiento, no debe temerle en lo sucesivo.

—Pero, señor mío, si usted quiere casarse con una de mis hijas, ¿por qué quiere usted entrar en el convento de Santa Clara? ¡Me parece á mí que aquí hay gato encerrado!

—No señor, lo que tengo es gata.

—¿Y cómo quiere usted que un padre autorice un peladero de pava de su hija, con un hombre que tiene gata encerrada en el convento de Santa Clara?

—Con tal de que su tripa de usted engorde... ¡Me parece que es usted un hombre á quien es necesario sentarle las costuras para castigar sus inconsecuencias!

—Vamos, señor capitán, ¡que se pone usted de una manera!...

—Me pongo como debo ponerme: ¿con que sí ó no?

—Iré por las tenazas á casa de mi compadre el carpintero de la esquina.

—Bien, hombre. ¿Y cuándo le habrá usted sacado los clavos á la madera de la reja?

—Muy pronto, dentro de media hora.

—¿Y cuándo habrá dicho usted á Tolita que la espera un buen mozo, capitán de infantería en la calle, para hablar con ella un poco en la reja?

—En seguida.

—¿Y cuándo podrá bajar á la reja?

—En seguida, señor. Pero puede suceder que los mozos vengan á cobrarle á usted el piso de la calle.

—Hombre, eso no importa, se les deja venir y según como se presenten; si bien, se les da algo para que beban, y si mal, una zurra; conque andando.

—Mire usted que se presentarán mal.

—¿Y á mí que me importa? ¿usted sabe con quien habla?

—Me parece á mí que su merced es el andaluz mayor de los andaluces, y que su modo de hablar de usted pega bien con el uniforme como á un Cristo un par de pistolas.

—¡A ver si le atizo un mosquetazo que le vuelvo la cara del cogote! Usted no tiene que reparar en que mi lenguaje cambie como el viento. Yo hablo como me da la gana hablar, con que ¡alza! y listo, y dentro de media hora estoy yo en la calle; y chito ¿entiendes tú? y en cuanto yo silbe es señal de que ya estoy pegadito á los hierros de la reja esperándola, ¿has entendido? con que largo.

—Ya, bueno.

—Que me está haciendo falta ver entrar á tu ridícula persona por tu puerta y meterse en tu casa.

—Pues señor, quede usted con Dios.

—No te pares á echar la sosiega con Colorín.

—¿Con qué Colorín?

—¿Colorín he dicho? No, hombre. Colorín, es otro: me he trastornado. Con Canario mi asistente y con Sata, que están ahí fuera alborotando. Como yo salga, con un palo les voy á dar una felpa á esos alborotadores. Ea, lárgate.

Salió Silvestre Ardilla, y en seguida Diego Corriente dió dos golpes con la palma de la mano sobre la mesa, y acudió como un rehilete la Anilla.

—¿Quién te ha llamado, que no parece sino que te estabas cayendo?

—Perdone usted, señor, pero yo creí...

—Ya que has venido, dile á Espantitos que entre.

Anilla se fué á la tienda, y dijo á Espantitos con cierto tono de despique:

—Entre usted, señor Espantitos, que yo no hago falta ninguna.

Y en seguida, meneando el «jopo» se salió por una puerta con más viento que un fuelle y más quemazón que un horno.

Entró Espantitos.

—¿Hay alguien de fuera?

—No, hombre, no, porque unos que vinieron á ver si me clavaban, y que me han bebido media tienda, se han ido después de soltar los ochavos.

—Mira, á mi no me importa eso; lo que me interesa es saber si hay alguien de fuera.

—No, hombre.

—Pues que entren todos esos, y á ver si cierras la tienda, que no tengo necesidad de que nadie se entere de lo que aquí va á tratarse; y mira: á esa curiosa de muchacha que tienes aquí para garabato de los parroquianos, la encierras, porque siempre está atisbando, ¿entiendes tú? y no quiero que nadie sepa mis cosas; conque andando.

Oyóse á poco ruido de pasos, y fueron entrando, primero Colorín, meneando de una manera ridícula y como para burla los faldones de su traje de soldado.

Luego Sata, muy tieso, con aquel vestido que tanto le apretaba, porque el difunto era más chico.

Después, de dos en dos, el Rayo, que venía vestido de muletero manchego; Gorquera, con el vestido de esquilador gitano; Narizroída, con traje de la Hermandad de los Agonizantes; Salchicha, de estudiante ramplón, de los que han concluído la carrera y no la han seguido y la han dejado por la tunantería, pero sin abandonar las bayetas; el Feo, de hermano del Pecado

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

Mortal; y por último, Mochudo, de lacayo de casa grande.

Nadie podía descubrir en ellos, por las fachas y por el traje, á parte de la tremenda partida del tremendísimo Diego Corriente.

Este les dijo:

—Muchachos, con razón estáis asustados y fuera de quicio y con el alma en un hilo, porque en Sevilla hay mucho rigor, y á Dios Padre le piden la carta de seguridad: pero eso está previsto. ¡A ver! id tomando. Aprended de memoria el nombre que está puesto en cada carta de seguridad: cuidad de que no se olvide y que respondáis por sus nombres: y en este papel está apuntado adonde tenéis que ir para que respondan de vosotros y os pongan en antecedentes, y podáis decir que sois esto ó lo otro. Es menester mucho ojo, que el señor del gran poder olfatea mucho, y como pesque á uno, por aquel nos va á pescar á todos como por un punto se va una media, y va á hacer con nosotros un racimo que va á dar lástima; y sería una desgracia que nos viesen por el aire. No nos ha hecho Dios para eso, y lo que es á mí no me ahorca nadie, ni el señor del gran poder ni siete mil señores con todo el poder de la... ¡Dios me perdone! iba á decir de Su Divina Magestad; ella tendrá misericordia de nosotros, y nos sacará de esta vida, que me parece que va á ser pronto. Ea, corred, y á ver si se tienen dispuestos los jacos y las armas para la primera orden, que puede ser que tengamos que salir á buscar á una mujer que se ha perdido en la Sierra, ¿entendéis?

—Pero oiga usted, señor Diego—dijo Mochudo—: como esa mujer no se haya metido donde no la dé el aire, y esté en la Sierra, yo doy con ella.

—Nadie te ha preguntado una palabra, ¿entiendes tú? y no me gusta que me interrumpáis cuando estoy hablando, ni yo necesito consejos de nadie, ni servicios de nadie más que los que yo quiero que se me hagan.

—Perdone usted, señor Diego.

—Me parece á mi que con haber estado estos días en Sevilla habéis tomado muchos humos, ¡familia! A ver si tengo yo que tirar de este chafarote postizo que tengo, y os pongo suaves como un guante. Y me parece también que os habéis achispado un poquito.

—Qué quiere usted, señor Diego—dijo el Rayo—; como esta manzanilla que tiene Espantitos es tan fresca y tan rica... y luego nos ha puesto unos camarones tan sabrosos, que le va á poner una cuenta que le va á costar mucho dinero, y tenga usted cuidado, que puede ser que ponga algo de más, y le robe, porque no hay que fiarse de éste: yo le diré á usted el gasto que hemos hecho para que no le ponga banderillas.

—A ver si te callas, que yo no quiero saber si me roba ó no; cada uno tiene su manera de vivir. Pues dí, tú, ¿de qué vivimos nosotros sino de lo que robamos? ¡Estaría bien que un ladrón se quejara de que otro le robase! Anda, anda, que viva todo el mundo.

—Todavía le voy á dar un gaznatazo á ese bribón—dijo Espantitos—, por decirme cosas que no se le dicen á nadie: ese hombre no sabe lo que se dice.

—Lo que no sabes tú es á lo que sabe un cogotazo.

—Vamos, cállate, Espantitos, no me vengas á meter cisma—dijo Diego—; ¡pues á buena persona te diriges, al Rayo, que le estoy viendo que se pone de mal temple, y con los ojos encendidos de rabia, porque está contenido por el respeto que le causa mi presencia!

—Vamos, no hay que desunirse, porque nuestra desunión puede ser muy funesta. Echalos fuera y que se vaya cada cual á su posada, que con las cartas de seguridad que les he dado, pueden irse sin temor alguno. ¿Necesitáis dinero?

—No, señor, ¡si tenemos dinero de sobra! dijo Sata—: si somos unos señores ricos, y estamos juntando dinero á ver si podemos comprar un cortijo para quitarnos de este aperreo!

—Eso es menester—dijo Diego—. Ea, largaos de aquí.

—¿Me voy yo también?—dijo Colorín.

—Sí; pero vuelve luego, que puede ser que te necesite.

—¿Y cuándo?

—Dentro de un rato; ¿y qué hacéis vosotros ahí todavía?

—Es que queríamos que nos echara la añadidura Espantitos de balde, siquiera por lo que habrá puesto de más en la cuenta.

—Te se sentencia á que le sirvas á cada uno un cortadillo de aguardiente del bueno—dijo Diego Corriente.

—Bueno, bien, se hará ya que usted me lo manda, señor Diego. ¿Traígo también para usted?

—Para mí, hombre, no, que no quiero que esa buena moza me huela á aguardiente ni licores.

—¿Qué buena moza?

—Anda, anda, despacha, hombre, que ya te lo diré.

A poco volvió Espantitos con una bandeja y un vasito de rico aguardiente para cada uno de los bandidos, menos para Diego Corriente.

Bebieron, abrió la puerta Espantitos, salieron, corrió de nuevo los cerrojos, y quedaron solos Diego, Espantitos y Colorín.

—Y dígame usted, señor Diego: ¿he de cerrar yo la puerta ahora, que es temprano y todavía podía venderse algo?

—Hombre, es para que no se entere nadie de lo que sucede, en la calle. En cuanto á lo que pudieras ganar estando abierta la taberna, ponlo en la cuenta de lo que han gastado los chicos; y si alguien te pregunta por qué has

cerrado tan temprano, le dices que te has puesto malo, y tu mujer también y tus hijos, en fin, que todos os habéis puesto malos.

—Hombre, bien, pues que tú pagas daños y perjuicios, ¿qué quieres que yo haga más que cerrarla? ¿quién es esa moza que no quiere que le huelas á aguardiente? que aunque esté aquí Colorín, tiene tu confianza y no importa que hablemos.

—¡Vaya si la tiene! este es un buen muchacho, y aunque le he quitado el puesto de capitán, ya ves tú que al fin y al cabo más vale ser cabeza de ratón que cola de león; y por eso al principio renqueaba algo, pero al fin me ha tomado cariño.

—¿Y quién no te ha de querer, Diego, si eres un ladrón á la fuerza, si tú no has nacido para esta vida, y te se conoce que estás deseando dejarla?

—¿Y tú no lo deseas también?

—Yo, ya te lo he dicho, no sirvo para ganarlo de otra manera, aunque la cuestión no es el ganar, porque antes de que tú pensaras en echarte por el mundo, ya llevaba yo muchos años de oficio; y aunque ganaba más que tú, nunca tenía un cuarto, porque todo lo gastaba ó lo jugaba; pero no es la cuestión el ganar, sino el estar al camino y andar á tiros con los migueletes: yo no vivo sino cuando ando así, y me meto en una yeguada, y me saco treinta ó cuarenta yeguas, y las voy á vender á Portugal: allí lo paso muy bien, porque las portuguesas me adoran. ¡Si vieras qué guapas son! con unas carnes y unos colores y unos ojos... como las gallegas, ¿me entiendes tú? pero con mucha más alma. En fin, Dios quiera que pronto saquemos á la niña del convento y nos larguemos por la sombra ó por el sol ó por donde se pueda.

—Pero, hombre—dijo Espantitos—¿acabas ó no de decirme con quién vas á pelar la pava?

—Con la hija morena del peletero.

—¡Pues no es buena moza que digamos! y debe estar deseando novio, porque lo que es el fraile no la deja resollar: á misa y más misa, jubileo y más jubileo; en fin que tiene sacrificada á la muchacha. ¿Y cómo diablos vas tú á pelar la pava con ella?

—Porque he contado con el padre.

—¡Pues vamos, hijo, que no sacas la tripa de mal año. Engaña, engaña, que para eso te ha hecho Dios buen mozo y rico. ¿Y cuándo estás citado con esa mujer?

—Ya creo que debe ser hora; conque vamos.

—Mira, te voy á dar un consejo. En seguida que te vean pelando la pava te se va á arrimar algún terne y te va á decir que á quien has perdido permiso para hablar con una muchacha del barrio, y particularmente con una de las hijas del señor Silvestre Ardilla, que están deseadas de todo el mundo, y te se van á echar encima cuatro celosos: ten prudencia, porque lo que quieren es que se les pague el piso, según es costumbre inmemorial en Sevilla: envíales para acá, y diles que todo está pagado por tres ó cuatro noches, y como la eches de liberal te dejarán en paz; porque si no se va á armar un belén de todos los diablos y no vas á poder cruzar jamás por la calle, y hay que evitar los escándalos, que somos cosa muy delicada, y si nos prenden porque le quitemos á uno media tajada de un golpe, aunque eso no es nada, luego empieza á preguntar el alcalde, y pregunta tanto que pueden salir á relucir cosas que nos pueden perjudicar mucho: con que me harás el favor de tener prudencia.

—Te agradezco el consejo, porque yo no sabía que podía sobrevenir el que me hablase de mala manera cuando llegasen á mí, y bueno es estar sobre aviso.

—Con que los digas que pagas todo cuanto quieran, y que estás dispuesto á todo, te dejan en paz; y si hay alguno que quiera meterlo á barato, se encargarán los otros de quitártele de en medio: con que, Diego, no olvides el consejo, y mándamelos á todos por aquí, que yo me encargaré de que no suceda nada que que pueda comprometernos.

—Muchas gracias por el aviso, que el que está en tierra extraña no sabe por donde anda. En fin, échame fuera, Espantitos.

Abrió éste la puerta y salieron á la calle, que estaba obscura como boca de lobo, Diego y Colorín.

—Oye tú—dijo Diego á su teniente—: aunque la noche está prieta como un demonio, me parece que veo allí un bulto.

—Y á mí me parece también, capitán: ¿tiro del «charrasco»? aunque yo no me entiendo con esto; yo no sé para qué sirve un sable, hombre, mejor será el cuchillo.

—Ni lo uno ni lo otro—contestó Diego—: ya sabes lo que nos ha dicho Espantitos, y tiene razón; es menester no armar escándalo, porque la cosa está muy delicada.

—Oiga usted, señor Diego—continuó Colorín—: me parece que ese bulto es un ratero tonto, porque se ha ido haciendo hacia atrás y se ha metido en el hueco de aquella puerta, y yo creo que aquella puerta es la del peletero.

—¡Ah! pues entonces es alguno que ronda á las Chicas de Silvestre Ardilla: vamos andando, que no va á pasar mal trabajo el pobre.

Y Diego y Colorín adelantaron hasta que se colocaron en medio de la calle, entre las dos propiedades de Silvestre Ardilla, esto es, entre su tienda y su casa.

Entonces, Diego silbó.

Apenas había silbado, cuando del hueco de la puerta de la tienda se despegó un bulto que antes se había embebido allí, y dirigiéndose resueltamente á Diego, le dijo:

—Oiga usted: ¿qué tiene usted que silbarle

á mi hermana ó no silbarle, estando yo en el mundo?

—¡Calla! — exclamó Diego—¿con que usted, compadre, es hermano de las niñas?

—Sí, señor, todo entero; yo soy Celestino Ardilla, por mal nombre el Tuero, porque me saltaron un ojo; pero fué á traición, que á mí no me salta nadie nada como yo no quiera.

—Hombre—dijo Diego—, si usted no fuera hermano de una mujer á quien yo quiero muchísimo, ya veríamos si yo le saltaba á usted algo ó no se lo saltaba; pero, en fin, entre hermanos no debe de haber disgustos, porque como yo vengo con muy buenas intenciones, no quiero disgustos; y usted verá en que le puedo servir, que tendré mucho gusto en ello.

—Oiga usted, si tuviera usted ahí un par de pesetas para que yo pudiera ir como corresponde á un velatorio que hay esta noche ahí á la vuelta, por mí aunque usted esté dando vueltas á la calle más que una mula á una noria, no se me da nada.

—Es que yo, compadre—dijo Diego Corriente—, no traigo encima más que pesetas doradas y grandes, y usted no querrá tanto dinero.

—De modo y manera, que si eso no es «guasa...»

—Las cosas se hacen así—dijo Diego sacando dos onzas y poniéndoselas en la mano á Celestino.

Este, sin disimulo de ninguna especie, las echó el diente.

Se inclinó luego, palpó, encontró una piedra de las que andaban rondando por las calles entonces, y las sonó en ella.

—Pues hombre—dijo Colorín—, para mi paciencia...

—Oiga usted—exclamó Celestino, siempre es bueno saber lo que uno toma.

—¿Y cuando se toman un par de puntapiés?—dijo Colorín.

—Hombre, cuando le arriman á uno un par de puntapiés—contestó Celestino muy humilde—, y se los da á uno una persona de estimación, se aguantan.

—No se trata ahora de eso, ni hay aquí quien le pegue á un cuñado mío—dijo Diego Corriente.

—Muchas gracias, hermanitos—contestó Celestino—, y siento que no sea ahora de día para verle á usted la «fila», que debe de ser buena, porque es usted muy generoso y muy campechano, y me está usted oliendo á buen mozo desde que me «embarbeté» con usted. ¿Y á cual de mis hermanitas es á la que usted quiere?

—A la Tolita.

—Pues mire usted, en mí no consiste más si no es que se pasee usted ó no por la calle, porque yo no mando aquí más que en la calle porque sí; pero dentro de la casa ya hay quien mande; y mire usted, compadre, lo que es si viene usted á pelar la pava con Tolita, se lleva usted chasco, porque Tolita, aunque algunas veces haya querido, no ha podido nunca pelar la pava, y no la ha de pelar con usted.

—Vaya, eso ya está andado—contestó Diego—; y si no, va usted á ver.

Y silbó de nuevo.

A poco se oyó una tosecita ligera en una reja inmediata.

—Pues yo se lo diré á don fray Zoilo de Manosmuertas—exclamó Celestino—, y veremos cómo lo toma el buen señor: ¡y la que se va á armar en la casa! que cuando baja Tolita á la reja es porque lo consienten mi padre y mi madre, y yo no sé qué facultad tienen para eso; en fin, si no me da usted otro par de pesetas, yo no me callo, porque no.

—Mi capitán—exclamó Colorín:—¿quiere usted que yo le dé para el pelo á este sinvergüenza?

—No, hombre, no, que yo le daré para la bolsa, y es mejor.

Y dió otra onza á Celestino.

—Vaya, pues que se quede sin saberlo don fray Zoilo—dijo Celestino—; y oiga usted, hermanito, para todo lo que usted guste, mande usted, y si usted no sabe saltar por las tapias del huerto, yo le daré á usted estribo.

—No es menester, hermanito, que salto yo lo mismo que un cigarrón, y me parece á mí que no será menester saltar nada; pero oiga usted, mientras yo hablo con su hermana de usted, hágame usted el favor de estar dando vueltas por la calle por si vienen mozos del barrio á que yo les pague el piso, les impide usted que me incomoden, ¿entiende usted?

—Vaya, descuide usted, que lo que es en la calle no entra nadie sin que yo le mida las espaldas con esta buena de Toledo que llevo al lado.

—Oiga usted, estese usted ahí hasta que yo le silbe; y en silbándole, vaya usted, que tengo que hablarle cosas que importan.

—Pues descuide usted, aunque el velatorio se lo lleve el diablo, que antes es hablar con personas como usted que todos los velatorios del mundo.

—Ea, pues lárguese usted, que ya ha tosido segunda vez su hermana de usted, y dirá que uno no tiene crianza.

—Ea, quede usted con Dios, y salud y buena suerte.

Y se alejó.

Colorín se replegó á la puerta de la tienda del pelotero.

Diego se acercó á la reja.

—Perdone usted, sol mío—exclamó Diego—, si no he venido en cuanto tosió usted la primera vez, porque estaba entretenido con su hermanito de usted.

—Mi hermanito—contestó con voz hechicera de mujer muy jóven—, es un tunante, y hará usted mal en darle dinero, que no quiero yo que usted

crea que yo voy á la parte, porque no; que si yo he bajado á la reja á hablar con usted, hijo mío, ha sido porque mi padre me ha dicho que usted es un caballero que estaba esta mañanita, cuando salimos mi madre, mi hermana y yo, en la puerta de la iglesia de Santa Clara.

—Sí: ¿reparó usted en mí, hermosa?

—Vaya si reparé: como que me echó usted un requiebro que me dejó usted temblando.

—Hombre, ¿y por qué temblaba usted?

—Porque sí—contestó no con timidez, sino con resolución Tola—; porque me regustó usted, y toda la noche me he estado ahogando y deseando que llegara mañanita por la mañana, para ver si usted iba otra vez; y para que usted lo crea, tome usted una carta que yo tenía escrita para habérsela yo dado á usted mañana con mucho disimulo, si usted iba.

—Vaya, niña, deme usted la carta y gracias; pero como no se ve, dígame usted lo que ha escrito en la carta.

—Pues vaya, le decía yo á usted, que si usted me quería no me rondara usted, porque se enteran los vecinos y mi hermano, que siempre anda viendo á ver si les saca dinero á quien ronda á mi hermana y á mí, y están clavadas las rejas; digo, estaban, porque mi padre ha desclavado esta, y me ha dicho que baje á hablarle á usted; y oiga usted, le decía yo también á usted en la carta, que cuando tocasen en Santa Clara á maitines viniera usted y saltara usted la tapia del huerto; y luego, en una ventana que hay en la izquierda, orilla de la tapia, estaría yo, que es la ventana de nuestro cuarto, que es también fácil subir por ella; y que allí hablaríamos y nos querríamos; y mi hermana estaba también en ello.

—Y diga usted, gloria: ¿ha escrito usted muchas cartas como esa?

—No, señor, no: ¡qué he de haber yo escrito ninguna carta así, si á mí no me ha gustado ningún hombre hasta que le he visto á usted!

—Y oiga usted, moza: ¿usted se afirma en lo de que yo salte la tapia esta noche, y en tener usted abierta la ventana?

—Vaya, sí señor.

—Pues oiga usted, vida; entonces lo dejaremos por ahora, que ya es tarde, y dentro de poco serán las doce, y yo saltaré la tapia y subiré á la ventana, y lugar tenemos hasta que amanezca de hablar lo que queramos.

—¿Va usted á hablarle á otra, amiguito?

—¡Yo, morena! ¿pues qué cariño me ha quedado á mí en el cuerpo en cuanto la he visto á usted? A todas las otras las he echado del corazón, porque mi corazón no tiene más ama que usted.

—Pues qué, ¿tenía usted muchas?

—Todas las que me querían.

—¡Ay! pues entonces tenía usted á Sevilla entera; porque mire usted, yo creo que la que le vea á usted la cara y no se vuelva loca por usted, ha nacido muy sin gusto.

—Pues mire usted, así me ha hecho Dios, y yo no lo sé decir á una mujer que me dice que me quiere que no la quiero, y yo no la quiero engañar á usted; y si á usted le conviene así, bueno, y si no, con no volvernos á ver todo está excusado.

—Pero ¿no dice usted que yo soy el ama?

—Cabalito que sí, porque usted y su hermana son las dos muchachas más bonitas de Sevilla.

—¡Vaya, mi hermana! ¿y si á mi hermana se le pone enamorarse de usted?

—¿Y cómo le he de decir que no á una joven que tanto vale?—contestó Corriente—¿no conoce usted que eso sería regular?

—¡Jesús qué hombre! ¡y qué consentido de buen mozo que le tienen á usted las mujeres!

—No, hija mía, no, es que tengo buen corazón.

—Pero, hombre, tanto le ha dado usted, y tantos pedacitos le ha hecho, que ya no le debe quedar á usted ninguno.

—Vaya, por mucho que yo dé, siempre queda, porque es muy grande.

—Pues mire usted, lo que es con mi hermana se fastidia usted, que se ha enamorado como una loca de un señor que la ha buscado para casarse con ella.

—¡Vaya! ¡si me querrá usted á mí decir si se ha enamorado ó no se ha enamorado su hermana de usted! ¡si no sabré yo que me miró esta mañana con aquellos ojazos azules que Dios la dió que parece que me comió.

—¡Vaya, hombre, no sea usted alabancioso!—exclamó irritada Tola—: que cuando los hombres son así, le dan á una ganas de darles un escarmiento.

—¿Pues no oye usted, reina, que á mí lo mismo se me da por lo que va como por lo que viene? que yo no busco á nadie, ¿entiende usted? Y si cuando yo digo: «para servir á usted,» me dicen: «bien venido sea usted,» lo agradezco, y sino, me largo, sin que se me dé tres pitos.

—Pero si nadie le dice á usted eso, señor mío, ¿á qué viene el que usted se infle de esa manera?

—Mire usted, prenda, yo no me inflo, sino que yo soy como Dios me ha hecho; y yo no sé á qué los hombres hemos de tener tantos rendimientos con las mujeres, cuando valemos tanto como ellas, si no valemos más; y yo no sé por qué han de extrañar que las mujeres busquen á los hombres, cuando no extrañan que nosotros busquemos á las mujeres.

—Calle usted, cristiano, que cuando á una mujer le gusta un hombre, ya le busca.

—Me parece á mí que no es esta la primera zorra que usted desuella, comadre.

—¿Y á usted qué se le da, aunque eso fuera?

—Hombre, es que á mí me gusta vestirme de

nuevo; y lo que es las prendas desechadas, que se las ponga otro, que á mí no me vienen.

—Pues, amigo mío, nuevas y muy nuevas son las prendas que aquí hay; y si no lo quiere usted creer, búsquelo.

—Pues á las doce vendré por la tapia y por la ventana, hermosa: ¿y estará allí su hermana de usted?

—Como que duerme en el mismo cuarto.

—Pues hasta las doce, cariño.

—Vaya usted con Dios, y que no se quede en conversación, que me parece que es usted muy retrechero.

—Mire usted, cariño, no me meta usted en más contestaciones, que tengo que hacer; ea, y con Dios.

—Vaya usted con Dios.

Y la joven no cerró la reja hasta que se hubo apartado mucho Diego Corriente.

—¿Qué tal?—dijo con ansia Colorín.

—Las dos—contestó Diego.

—¡María Santísima y qué cosas hace este hombre!—dijo Colorín—. Pero no sea usted «agonioso», capitán, y apiádese usted de un infeliz, que como yo tengo allá en los quintos infiernos á la Bisoja, estoy que no me veo.

—Mira, Colorín, esta noche nos llevamos de broma á las dos muchachas, para lo cual le avisaremos á Espantitos que tenga dispuesta cena.

—En casa de Espantitos hay siempre cosas buenas prevenidas: no hay más que decirle que esté atento para cuando llamemos á la puerta con dos buenas mozas, y al reloj; pero, capitán, déjeme usted una.

—La vista de los ojos te se va á quitar con la una que te voy á dejar porque Dios quiere y porque necesito vengarme del marqués de Vadoclaro sin matarle.

Como ven nuestros lectores, no era todo oro en Diego Corriente ni mucho menos: había en él algo de ferocidad ingénita y un marcado instinto, aunque encubierto, de destrucción y de crimen.

Diego empezaba á ennegrecerse, á hacerse lúgubre, á llamar sobre sí á la justicia de Dios.

Silbó Diego Corriente.

A poco se le presentó Celestino el Tuerto, servicial y dispuesto á todo.

—Hermanito—le dijo Diego—: á las doce me hará á mí falta una escalera por donde puedan subir y bajar señoras.

—¡Calla!—dijo Celestino—: ¿á quién va usted á robar, compadre?

—Hombre, no; es que he convidado á sus hermanas de usted á cenar conmigo y con otro buen mozo, y como no pueden salir por la puerta, tendrán que salir por la tapia.

—Vamos, sí señor, entiendo; pero ya entenderá usted...

—Vaya, hombre, todo lo que usted quiera; y ahí va en señal.

Y dió un puñado de onzas á Celestino.

—No digo yo la escalera que usted necesita—contestó entusiasmado el Tuerto—, sino las entrañas del Asistente que usted me pidiera se las traería yo á usted.

—Pues bien, á las doce en punto en la callejuela, junto á la tapia, con una escalera.

—Vaya usted con Dios, que la escalera no hará falta.

—Tenga usted cuidado, que ya son las once.

—Descuide usted, que de aquí á las doce soy yo capaz de revolver el mundo.

—Pues á hacerlo bueno.

—¡Vaya si se hará! Con Dios, que voy á casa de mi compadre el carpintero.

Obsérvese: el padre había pedido unas tenazas á su compadre el carpintero para desclavar la reja; el hijo iba á casa del carpintero, su compadre, por una escalera para que saliesen sus hermanas á paseo, y de jarana, con dos desconocidos.

Era aquella la familia del tío Ardilla, un célebre señor cuya historia puede ser que escribamos alguna vez.

Entretanto, el padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas, dormía tranquilamente, confiado en la rígida disciplina que había establecido en aquella casa.

Retumbaron sobre todo Sevilla y sobre algunas leguas á la redonda, las graves campanadas del reloj de la Giralda, que marcaba la media noche.

Un esquilón del convento de Santa Clara tocó á maitines.

Los dos toques, grave y poderoso el uno, agudo y liviano el otro, penetraron en la sala-comedor, por decirlo así, del establecimiento de Espantitos.

En el centro de ella había puesta una gran mesa con ramilletes de flores y media docena de candeleros.

A los dos lados de la mesa, á lo ancho, había dos servicios para dos personas, es decir, para dos parejas que debían estar la una frente á la otra.

Sobre la mesa había además una magnífica guitarra con gran moña.

—Pero tú eres el demonio, Diego—dijo Espantitos—; tú vas á dar lugar á que se entere de esto el padre Zoilo, tome el cielo con las manos, y como conoce tanta gente y está tan bien quisto con todos, te sobrevenga una desgracia.

—Necesito vengarme del marqués de Vadoclaro—contestó Diego.

—Hombre, ¡pues si hablabas con él como si fuera tu mejor amigo!

—Y qué quieres, para asegurar el golpe así se hace, hay que engañar á la gente; mira tú, si no hubiera más que decirle, oiga usted: yo

soy aquél que por culpa de usted se ve como yo me veo; yo soy el que por culpa de usted está desesperado, y necesito comerme su corazón de usted ó que usted se coma el mío. Pero eso es poco, Espantitos, eso es poco; cualquiera sabe morirse y se acaba pronto. No señor, no, él se ha enamorado como un loco de la rubia y se casará con ella, yo te lo aseguro. Cuando me hablaba de la muchacha se le saltaban los ojos como cuando habla un hombre de una mujer que le ha hecho perder el «pesqui».

—¡Si me lo dirás tú á mí!

—Yo no sé qué hay aquí de que la rubia es hija de un gran señor, y qué tiene que heredar si se logra que una señora que anda por ahí se case con ese señor, y reconozca como hija suya á la rubia. Ya ves tú, encontrarse con un título, una gran renta y una mujer tan hermosa como Pepita.

—Tú eres el demonio, Diego, y lo que traes entre manos te digo yo que no se atreve á traerlo nadie: te puedes alabar de ello.

—Pero me alabaré cuando haya concluído todo, cuando ya no haya nada que temer: por ahora, cállate tú como me callaré yo; y porque es hora, vámonos, Colorín, á la calle y á la callejuela donde nos estará esperando ese buen hijo y ese buen hermano.

—Vámonos, Diego—dijo Colorín—. En mi vida he visto yo y oído un hombre tan sinvergüenza, que si no es por el capitán emprendía con él á porrazos, y le dejaba para que le recogieran con una espuerta mañana por la mañana; y mira tú, Espantitos, á mí no se me da nada por nada, y sin embargo, se me sube la sangre á la cara cuando oigo hablar á ese perdido.

—Deja eso, deja eso; y que se me gobiernen á mí bien las cosas para que me vengue—dijo Diego Corriente—: y anda tú, Espantitos á abrir la puerta de la calle.

Tres minutos después, Diego Corriente y Colorín entraban por la callejuela á que correspondían las tapias del huerto de casa de Silvestre Ardilla.

Al entrar por ella silbó Colorín, y allá en medio de la calleja contestó una tos perruna.

Era Celestino el Tuerto, que de aquella manera respondía que estaba presente y dispuesto á todo.

Llegáronse á él el capitán y el teniente, y se encontraron con Celestino que adelantaba hacia ellos.

—¿Está todo dispuesto?—preguntó Diego.

—¿Y qué ha de estar dispuesto más que la escalera?—contestó Celestino—. Ahí la tengo tendida en el suelo junto á la tapia, y yo lejos de ella, por si pasaba una ronda escurrirme, que no es fácil que de noche y sin venir preparados, repararan en una escalera arrimadá á la tapia: conque así, por si viene la ronda, pronto arriba, que yo me quedaré fuera para estar á la mira.

—Cuando digo yo...—dijo Colorín.

—¿Y qué dices tú?—preguntó Celestino.

—¿Qué que es lo que yo digo? no digo nada; y en fin, vamos donde está la escalera, la arrimaremos á la tapia y subiremos á ella; esto es, Celestino, que me duelen las muelas y estoy del humor más perro del mundo, y cuando me duelen las muelas rabio, y hay que tener cuenta con que yo muerda, porque me parece que haría el mismo daño que un perro cuando rabia.

—Pero, hombre, ¿quién le ha mordido á usted para que se ponga así, Canario?

—Nada, hombre, que me duelen las muelas; pero creo que aquí está la escalera.

—Sí señor, esa es.

En un momento la escalera fué colocada. Diego subió por ella, salió de la escalera, y se quedó sentado en la tapia; después subió Colorín, y entre los dos volvieron con facilidad la escalera á la parte de adentro, bajaron y adelantaron á tientas por un huerto, embarazado á cada paso por árboles frutales.

Diego tosió.

Inmediatamente otro ligero tosido contestó á su izquierda, á alguna distancia, y proviniendo de alguna altura.

Por el sonido de aquella tos femenina, Diego llegó á la casa debajo de la ventana de donde aquella tos había partido.

—¿Es usted?—dijo quedito la voz de Tola.

—Sí, vida mía, yo soy todo entero, que vengo á la cita que tenía con usted.

—Venga, pues; debajo de la ventana hay una reja y se puede subir con facilidad, porque estando debajo de la reja sube usted por ella, se agarra usted con fuerza al mamperlán, y dándole yo las manos pronto estará usted arriba.

—Gracias, hija mía, gracias—dijo Diego Corriente—; pero viene conmigo un amigo que trae una escalera por donde puede subirse con facilidad, y no es menester que tan suaves y blancas manos se echen á perder. Conque vamos por la escalera, Colorín; ayuda á tu capitán.

—Calle usted: la escalera está aquí, que me la he traído yo á cuestas, que algo hemos de hacer por nuestros pecados.

—Pues arrima, y así que haya subido sube tú también.

Arrimó Colorín la escalera á la tapia debajo de la ventana, y Diego Corriente subió y entró en el cuarto, que estaba completamente á obscuras.

En seguida subió Colorín y se metió dentro también.

—Silencio, mucho silencio—dijo la Tola—: mi hermana está asustada, dice que yo soy una loca; pero yo la he dicho que hemos de aprovechar la ocasión de hablar con un hombre á solas, porque eso para nosotras es una cosa nueva: ya ves tú que ya que padre ha quitado los clavos á los hierros de la reja para que yo

hable con este señor, es que este señor le acomoda á nuestro padre, y cuando este señor trae consigo á un amigo, señal es de que te conviene; porque ¿qué diablos había de hacer él para no desairar á ninguna de las dos? porque mientras hablaba conmigo no podía hablar contigo, en lo que se ve que es un buen caballero muy cumplido. ¡Vaya, si yo no puedo enamorarme de cualquiera! Y si nunca hemos hecho esto es porque ni á ti ni á mí nos han gustado ninguno de los pretendientes.

—Pero ¿cuándo callará usted, señora, para que hable yo á mi novia? El capitán ya ha hablado con usted esta noche por la reja, pero yo no he hablado todavía con su hermana de usted, ni la he visto; y en una palabra, ni sé cómo tiene el metal de la voz. Hable usted, señora, para que yo me enamore por la voz, que lo que es por el olor ya lo estoy.

—¿Y cuándo acabarás tú para que yo hable, Canario?—dijo Diego—: que aquí todo el mundo ve la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el suyo. Pero lo que hay que hacer aquí es no hablar aunque se hable bajo, porque con el silencio de la noche se oye el susurro, y puede echarse todo á perder; si hemos traído escalera no ha sido por nosotros, que nos subimos por un enlucido como una araña, sino por vosotras, para que podáis subir y bajar con comodidad y sin estropearos nada.

—¿Y cuándo acabará usted de hablar?—dijo hablando por primera vez Pepita—: ¿qué es eso de subir y de bajar, que nosotras no entendemos?

—Esto no quiere decir—dijo Diego Corriente—, sino que tenemos dispuesta una cena para comerla en buena paz y compañía los cuatro, ahí al lado, en la tienda del montañés, de Espantitos, que tiene muy buena casa y es muy buen hombre; no dirá á nadie una palabra de si habéis ido ó no habéis ido, y en fin, que todo esto será como una piedra que cae en un pozo: nosotros os lo agradeceremos y á vosotras os vendrá bien porque estáis aquí retiradas y hartas de rezar. Misa por la mañana, lecciones y amonestaciones al medio día, cuando viene el padre don fray Zoilo de Manosmuertas, por la tarde al jubileo, al obscurecer ejercicios, por la noche el rosario, y sin oler el novio ni á siete leguas. Vamos, esto es para morirse.

—A mí no me tiene usted que contar eso—dijo Pepita—, porque tengo yo un novio muy bueno y retebueno, de los mejores, y no haré yo una mala pasada á mi novio por nada de este mundo. Si ésta se quiere ir, que se vaya, y su alma en su palma; que si yo le clavé esta mañana las diez uñitas en la garganta y le puse como un Ecce homo, él tuvo la culpa porque se propasó, pero me duele á mí mucho más que á él; y en fin, que yo no voy.

—No seas tonta, mira que ocasiones como ésta no se presentan todos los días; y en fin, que te vengas con nosotros. ¿Qué vas á perder con venir á cenar con dos buenos mozos? Pues vaya, que ya nos ha contado nuestro hermano lo que se divierten las vecinas de arriba y de abajo, de enfrente, de detrás y de delante, siempre que ocurren ocasiones de divertirse sin dar que hablar al mundo, que tiempo tenemos para ponernos viejas y tener canas.

—No me atrevo, Tola: mira tú que ese señor está muy enamorado de mí, que está loco, y que es muy posible que nos casemos; y mira tú qué gracia tendría que me cogiese en malos pasos, cuando no hace más que algunas horas que somos novios: como si dijéramos, al primer tapón zurrapas.

—¿Sabe usted lo que yo digo?—dijo Diego—: que usted no quiere al marqués de Vadoclaro, ni le pasa por la tela del juicio; y que como tiene usted ganas de novio, cuando le vió así y con aquellos ojos de cabra á medio morir, ¡uf! se encendió usted en seguida; pero lo mismo se hubiera usted encendido por mí ó por Canario ó por otro cualquiera, aunque hubiera sido un avión, porque es una necesidad que tienen las muchachas de querer y de que las quieran. Ya verá usted, que este que viene conmigo, ya se ve, como estamos á obscuras, es menester decirlo: ya verá usted que es tan buen mozo, ¿qué digo? más que el marqués de Vadoclaro, porque no es tan grande como él, sino más apañado. ¿Qué va usted á hacer con aquel gigantón? Mire usted, que se va usted á arrepentir.

—¿Quiere usted comparar á su amigo—dijo Pepita—, á ese título, señor y marqués y grande de España, muy rico, y coronel de dragones, que se quiere casar conmigo? ¿Quiere usted que yo deje esta ocasión, cristiano? Pues si la dejo, ¿cuándo se me va á presentar otra? ¡Pues digo! ¿y don fray Zoilo, que está dale que le das, y no me deja un momento de vida, aconsejándome que me meta monja? ¡Mire usted, yo monja y encerrada, que no podría vivir sin ver la calle, aunque no sea más que como ahora la veo, para ir á la iglesia!

—Hija, á usted la ha hecho Dios águila para volar por esos aires, buscando el amor y las diversiones; y si usted está enamorada, ha hecho bien en no dar oídos á eso de entrar monja, que no se debe exigir de una niña tan bonita al meterse en un claustro á ponerse amarilla y con dolores de estómago. Vamos, usted se va á venir á divertirse con nosotros y á saber lo que es bueno. Vamos á tener un rato de jaleo, y usted verá que bien lo hacemos mi asistente y yo; y luego, si se casa usted, bueno, porque usted no tiene que dar cuenta al marqués de si quiere á mi asistente ó no le quiere; él la quiere á usted, y si usted no le quiere, quiérale usted como una buena amiga, porque es muy divertido Canario: usted lo verá; y en fin, que se está pasando el tiempo y es tontería no aprovecharlo.

—Yo por mi parte—dijo Tola—, ya estoy echan-

do á andar, y si esta no quiere venir, que se quede.

—De modo y manera—dijo Pepita—, que, ¡ya se ve! quedarse aquí una sola y triste, mientras que tú estás divirtiéndote, no está tampoco bien.

—Pues acaba de una vez; ó quédate ó vente y calla.

—Pues bien, voy, pero que no lo sepa nadie.

—¡Pues no, que lo voy á contar para que lo sepa fray Zoilo de Manosmuertas! y como él lo supiera...

—Nada se sabrá de eso, nada—dijo Diego Corriente. Antes que amanezca ya estamos aquí, os acostáis, y nadie se habrá enterado, porque la casa donde vamos es de Espantitos, que es muy reservado; calla como un muerto por la cuenta que le tiene, y porque yo le rajaría de alto á bajo si no callara.

Opuso alguna resistencia Pepita; pero, en fin, Canario que estaba ya deseando acabar, la cogió en sus brazos y la sacó fuera de la ventana, y la muchacha, viéndose ya en el espacio, tuvo que buscar un apoyo y le encontró en el primer travesaño de la escalera, y sin saber cómo, bajó el primero, luego el segundo, después el tercero, y así sucesivamente, y se encontró en el huerto cuando aún no se había resuelto á ir de broma.

Con Tola no fué necesario hacer esto; echó una pierna fuera de la ventana, se agarró al mamperlán, y bajó perfectamente por la escalera.

Bajaron luego Diego Corriente y Colorín, y atravesaron silenciosamente el huerto, llevando el último la escalera.

Llegaron á la tapia, pusieron contra ella la escalera, subió Diego Corriente, montó en la tapia, y cuando subió Tola la asió por la cintura, y como la cerca no era alta, la descolgó, agarrándose con las rodillas á la pared como si se hubiera agarrado á la albardilla de un caballo para resistir un bote de carnero. Además, acudió Celestino y la recogió antes de llegar al suelo, así como á su hermana, que fué puesta en la calle de la misma manera.

—Dadle gracias á Dios—dijo Celestino—, de que tenéis un hermano tan bueno como yo, porque si no, no os divertíais esta noche; y no parará ahí todo, porque mira tú que el capitán de infantería que quiere á una de las dos, ó á las dos juntas, que yo no me he enterado bien, es el hombre más rumboso y caballero que se me ha puesto delante de las narices; en fin, ya veréis.

A esto ya habían bajado todos de la tapia y trataron de ponerse en marcha.

—No, pues ahora—dijo Colorín—, no cargo yo con la escalera. Que cargue este con ella—añadió dirigiéndose á Celestino.

—¿Quién, yo?—contestó éste, poco dispuesto á contemplar á Colorín.

—Sí, tú, y mucho que sí, pero yo ya estoy molido de tanto traerla y llevarla.

—Vaya, Celestino, coge la escalera y vamos andando—dijo Diego Corriente.

—¿Y adónde?

—A casa de Espantitos. Mira, nosotros iremos delante para que esté la puerta abierta y no haya inconvenientes, que tengamos que esperar.

—Me parece bien; pero mire usted, capitán, que si veo un farol, lo que quiere decir que viene la ronda, tiro la escalera y escapo.

—Haz lo que quieras, pero ten entendido que tus hermanas se verán comprometidas, porque tendrán que entrar por la puerta y á la luz del día y se descubrirá todo.

—En fin, por ellas haré todo lo que pueda.

—Pues vamos andando.

—Llegaron las dos parejas á la puerta de la tienda de montañés de Espantitos, y apenas llamaron, se abrió, porque Espantitos estaba esperando, y entraron.

—Deja abierto, que viene ahí el de la escalera—dijo Diego.

—¿Y quién es?

—El hermano—dijo Colorín con cierta sorna.

—¡Válgame Dios, y qué hermano les ha dado Su Divina Majestad!

En esto entró Celestino con la escalera, y la arrimó á un lado.

—Y yo ¿qué hago ahora?—dijo.

—¿Qué haces tú ahora? Mira, tú, Espantitos, pon una luz en esa mesa de la tienda, y dale todo lo que quiera; que beba hasta que reviente, y coma hasta que no pueda más. ¿Entiendes tú lo que vas á hacer ahora?

—Sí que entiendo. Muchas gracias, señor capitán—dijo Celestino.

Y se quedó esperando que le llevaran de comer y de beber.

Las dos parejas abrieron una puerta, y se metieron en la sala-comedor.

—¿Ves tú que bonito está esto, Josefa, y ves tú qué flores y qué candeleros? Pues ¿y aquella hermosa guitarra?

—Ya estoy rabiando por bailar—dijo Josefa.

—Pues bailaremos todo lo que ustedes quieran y como aquí no hay más bailador que yo, porque mi amo harto hará con tocar la guitarra, porque yo no la toco como mi capitán, que es un «flamenco» como no hay otro, ya veréis cuánto nos vamos á divertir.

Y á todo esto, Colorín miraba á la Pepita y se le iba mudando el color, y se le saltaban los ojos, y temblaba de pies á cabeza, y se le ponía el estómago frío y las orejas calientes. Le había acometido el vértigo, y decía para sus adentros.

—Pues lo que es casarse ese señor con esta, me parece á mí que no.

Con esto contaba Diego Corriente, lo que constituía ya en él una maldad.

Por su parte, Pepita miraba con cierto contento á Colorín, que era un gitano agraciado, con unos ojos negros, expresivos, dulces, picares-

cos, con la color morena encendida, y con unas magníficas patillas negras.

En fin, era un mozo que daba gusto, y esto estaba más en armonía con los hábitos de Pepita, mejor que el marqués de Vadoclaro.

No quiere decir esto que la Pepita prescindiese del marqués.

Había comprendido que el marqués se había enamorado hasta el corazón; que era capaz de casarse con ella, y la halagaba lo de ser marquesa y grande de España y coronela de dragones, y sobre todo, aunque Colorín le gustase mucho, también la había gustado mucho el marqués de Vadoclaro.

Por otra parte, si Colorín, como hombre, podía sostener la comparación con el marqués y aun llevarle ventaja, su condición social no podía compararse sin violencia con la del marqués, porque tanta distancia hay de un soldado á un coronel, como de un pelón hijo de un cualquiera á un hombre riquísimo, titulado grande de España, marqués y descendiente de una familia ilustre.

Pepita no pudo ni aún vacilar en cuanto á lo de casarse con el marqués de Vadoclaro.

En lo que vacilaba sí mucho, á pesar de que Colorín la gustaba, era en hacer caso de él.

La mujer ha nacido para el cálculo, y no hay una, por inocente que parezca, que no calcule con mucha más exactitud que un hombre de razón madura. Pero el amor las pierde, es su destino, su enfermedad, su locura; y cuando una mujer hace algo que no la conviene, no es que se engaña, es que el amor puede más que su corazón y su conveniencia.

Así es que los poco experimentados no comprenden con mucha frecuencia la conducta de una mujer.

Sobre el alma de la mujer podrían escribirse cien gruesos volúmenes, y aún quedaría materia hasta lo infinito.

La mujer es la parte débil del ser humano, y sobre ella han caído todas las penas, todas las dificultades, y todas las inarmonías del sentimiento, con la moral convenida por los hombres para constituir esto que se llama sociedad.

Pero Pepita y Tola habían dado un paso en falso, se habían metido en la jurisdicción de dos malos bichos, y era ya de todo punto inevitable la cogida.

Entre las dos parejas había una mesa cargada de botellas, de manjares suculentos, de ostras y demás mariscos de que estaba convenientemente surtida la tienda de montañés de Espantitos, porque éste tenía muy buena parroquia y el buen tacto de servirla bien para conservarla; cosa de que no se olvidan la mayor parte de los dueños de establecimientos públicos de nuestro tiempo.

En el siglo pasado, como en todas las épocas había pícaros, pero pícaros que conservaban algo de conciencia, y que sobre todo, sabían lo que les convenía.

Los pícaros de nuestro tiempo, además de haber perdido de todo punto la conciencia, carecen de sentido común; juegan al descubierto, y no pueden engañar más que á los tontos.

Son pícaros de baja estofa, pillos degenerados que no tienen ni aun la recomendación del ingenio.

Espantitos era un pillo culto que sabía engañar y dejar contento al que engañaba, y que decía: «Vale más chupar poco á poco para chupar siempre, que chupar mucho, dando lugar á que la chupadera se acabe pronto.»

A poco de estar sentados á la mesa, ya se había establecido una gran intimidad entre las dos parejas.

Las muchachas tenían las cabezas cargadas de vino, estaban repletas de manjares, no quisieron comer ni beber más, y llegó su vez á la guitarra y al «cante».

Cogió el instrumento Diego, lo templó, empezó á puntear unas «Corraleras», y luego, rasgueando con un aquel que entusiasmaba, y cantando á lo «flamenco» que daba gloria el oirle, salió en baile una pareja, esto es, Colorín con Pepita.

Pero aquello no estaba animado y se pidió un bailador para Tola.

Espantitos entró en escena, bailando como un ángel, porque era mozo alegre y de chispa y de mucha gracia.

Pero dos parejas parecieron poco y salieron á luz la Casimira, la Galda, mujer de Espantitos, que era una hembra de poder, y Anilla la Pizquierda, mote que le vino de que siendo muchacha renqueaba un poco del pie izquierdo, cuyo defecto se le corrigió con los años.

Llamáronse de la tienda al uno y del interior de la casa al otro, á Celestino el Tuerto y á Andresillo el Zopenco, mozo de Espantitos, y ya hubo cuatro parejas con ocho pares de castañuelas y otros ocho de piernas y de brazos que no cesaban de agitarse y de repicar á compás de la guitarra y canto, y aquello era la gloria, según decía entusiasmado Colorín, que se comía con los ojos á la Pepita, y que á cada momento se sentía más mortalmente apasionado de ella.

Era aquello un jaleo inmenso.

A la embriaguez de las cabezas se iba sucediendo la embriaguez del corazón.

Iba convirtiéndose aquello en una orgía.

La guitarra pasaba de las manos de Diego á las de Colorín, de las de Colorín á las de Espantitos, de las de Espantitos á las de Celestino, y no pasaba á las de Zopenco, porque, consecuente éste con su apodo, no sabía otra cosa que servir mal en la mesa, bailar torpemente, y beber bien.

La guitarra no le había entrado en los cascos; era para él una dificultad tan grande como la de construir otra catedral semejante á la de Sevilla, el arrancar una armonía de las cuerdas del intrumento.

Así pasó por algún tiempo, hasta que de repente se interrumpió la fiesta por unos golpes que daban á la puerta de la tienda, y por una voz acre, seca, nerviosa que gritaba:

—¡Abrid á la justicia del rey nuestro señor!

A aquella voz todos se pusieron pálidos.

Pero Diego Corriente dominó la situación.

—¡Alto!—dijo—: no hay que asustarse; fuera estas dos muchachas que son las que me comprometen (y señalaba á Tola y á Pepita). Mételas adentro tú, Casimira, y vuelve; y tú abre, Espantitos.

Casimira se llevó á las muchachas, las condujo al corral, las escondió en la leñera, en un hueco de los haces que servían para caldear el horno, y luego tapó aquel hueco con otros haces; haciendo esto tan repentinamente que volvió á la sala del festín á tiempo que habiendo abierto la puerta Espantitos, entraba no menos que el señor don Francisco de Bruna al frente de una cohorte de alguaciles, en el lugar de la escena.

—¿Qué es esto?—dijo—¿qué escándalo es este contra las Ordenanzas de la ciudad? ¿cómo es que á estas horas se tiene fiesta y jaleo y desorden?

—Señor don Francisco—dijo Diego Corriente adelantándose sombrero en mano y con la finura más exquisita del mundo—: ruego á usía dispense un exceso disculpable en quien nunca ha gozado de este género de diversiones, y que nuevo en Andalucía, quería saber lo que era esto.

—¡Cómo! ¡Usted aquí señor don Gonzalo de Arias!—exclamó don Francisco de Bruna, mirando de hito en hito á Diego Corriente, que sostuvo la mirada tremenda del juez con una serenidad admirable.

—Ya he rogado á usía—contestó Diego Corriente—, me dispense; además de esto, yo no sabía que se contrariaban las Ordenanzas de la ciudad.

—Pero lo sabía demasiado el dueño de esta casa, señor capitán—exclamó don Francisco—; por lo mismo ya no me le llevo preso por respetos á usted, y atendiendo á las disculpas que me ha dado, no escapará sin una multa de veinticinco ducados para obras pías.

—Por eso no ha de quedar, y sea dicho con gran respeto á usía—contestó humildemente y con la cabeza baja Espantitos—; y si usía quiere, ahora mismo satisfaré la multa.

—Sí, señor, sí, satisfaga y entréguela á mi alguacil Cleofás, que es este que está aquí presente.

Espantitos se metió para adentro.

—Y para otra vez—continuó el señor Bruna—, señor don Gonzalo de Arias, tenga usted presente que todo lo que se oponga á las buenas costumbres, está rígidamente prohibido por las Ordenanzas municipales de esta insigne ciudad de Sevilla, y además por las leyes del reino. Yo siento mucho á hacer á usted esta advertencia, pero espero que no será inútil; por lo demás, yo siempre servidor de usted con la mayor consideración, porque creo que esto no es más que una calaverada de joven, y con las calaveradas debemos ser indulgentes; pero advierto al mismo tiempo á la juventud para que no continúe en estos excesos; porque, amigo, de poco se va á mucho, y yo sentiría que un tan buen oficial como usted me parece, se pervirtiera hasta el punto de andar siempre en jaleos y en desórdenes de esta especie.

—Muchas gracias por el buen consejo, señor don Francisco de Bruna, y si usted me lo permite iré á acompañarle en su ronda con mi asistente.

—No, no señor, lo que espero de usted es que salga de aquí y no vuelva á pasar las noches de esta manera; á mí me bastan para escolta los alguaciles.

—Aquí están los veinticinco ducados—dijo Espantitos dándoselos á Cleofás, que se los guardó.

—Adiós, señor don Gonzalo de Arias—dijo el respetable señor Bruna—; y cuando usted haya pagado la cuenta de lo gastado, porque supongo que á cargo de usted irá todo esto, hágame usted el favor de volverse á su casa.

—Se lo prometo á usted, señor don Francisco.

—Y no extrañe usted, si mañana le encuentro en una situación semejante, que dé parte de todo al excelentísimo señor capitán general.

—Procuraré no incurrir otra vez ni involuntariamente en faltas como esta. Yo me informaré de todo cuanto sea necesario observar en Sevilla, y no tendrá usted ocasión, yo se lo juro, de volver á reprenderme.

—No le reprendo yo, señor don Gonzalo, sino que le advierto; y esto porque veo en usted un hombre de honor: yo soy muy práctico, y conozco á las personas por el semblante. Esto no pasa de ser una leve locura, y las locuras leves no merecen reprensión, sino advertencia. Beso á usted la mano, señor capitán.

—Beso á usía la suya, señor don Francisco.

Y Diego acompañó hasta la puerta á don Francisco de Bruna, que salió con sus alguaciles y se alejó.

—Me debes sobre la cuenta veinticinco ducados, Diego—dijo Espantitos.

—Cincuenta que fueran—contestó de mal humor Diego. ¡Por vida de!... no quisiera que el señor Bruna me hubiera cogido de este modo.

—¿Y no te vas?

—No.

—Pero, hombre, mira que te expones á que esté esperando á ver si obedeces sus órdenes.

—No es el señor Bruna hombre que se ponga en la cicatera situación de estar observando, teniendo junto á sí á sus alguaciles, ni aunque estuviera solo, porque siempre estaría delante de sí mismo y el señor Bruna es muy altivo.

—Muy soberbio dirás. ¡Por vida del diablo, que me estaban dando ganas de embestir con él y con los alguaciles y acochinarlos y meterlos en la cueva y enterrarlos! ¡Pues cuándo va á dejar de rondar el señor Bruna, señor! ¡Si es ya un vicio! ¡Siempre le tenemos encima! No se puede resollar con este señor. En cuanto se arma un poco de jaleo, ya está. ¡Tan largo, tan delgado, tan serio, tan feo y tan grande! yo me eché á temblar y dije para mí: ¡A que vamos todos á la cárcel! A ver si nos meten en la cárcel y en la cárcel siempre hay algún perdido que le conoce á uno, y ya ves tú lo que te hubiera sucedido si te hubieran conocido. Y si á tí no, que hace poco que andas entre nosotros, á alguno de los tuyos que son ya viejos en el oficio. Pero, en fin, si no te vas, por lo menos hay que apagar las luces y guardar mucho silencio.

—Pues mira, tienes razón; basta de broma y jaleo. Apaga las luces ,que ya nos acomodaremos por ahí donde se pueda.

En efecto, cinco minutos después la tienda de Espantitos estaba sumida en el silencio y la obscuridad.

Antes del amanecer se abrió la puerta de la tienda de Espantitos, y salieron, primero Celestino con la escalera acuestas, después Diego Corriente y Tola: en seguida, Colorín y Pepita.

Celestino se detuvo un momento á la puerta y observó en ambas direcciones de la calle si había soledad y silencio.

Se aseguró de ello, y adelantó cautelosamente hasta ganar la callejuela á que correspondían las tapias del huerto de su casa.

Detrás se fueron las dos parejas.

Espantitos cerró la puerta.

Llegaron á la callejuela y á la tapia.

Arrimó á ella la escalera Celestino, subieron ellas; ellos las pusieron del otro lado, volvieron la escalera, la llevaron debajo de la ventana, subieron ellas, se retiraron los dos novios, volvieron á subir y entregaron la escalera á Celestino.

Este partió á llevarse la escalera á su compadre el carpintero, y Diego Corriente y Colorín se fueron á su posada.

IV

Al día siguiente se vieron, como lo tenían convenido, Diego y el marqués de Vadoclaro.

Como hemos visto, Diego aborrecía al marqués, pero lo disimulaba, y el marqués no lo comprendía. Por el contrario, creía que don Gonzalo de Arias era un grande amigo suyo, casi un hermano, puesto que, según lo que habían hablado, debía el capitán casarse con doña Dolores de Valcárcel cuando él se casase con doña Josefa su hermana, una vez aclarado que esta era hija del marqués de Rodovilla, y se casase éste con doña Juana, encontrada que fuese, y se legitimase á Pepita.

Los dos amigos estaban en la botillería del Turco esperando á que diesen las doce del día, hora en que el respetable don fray Zoilo de Manosmuertas saliese de casa del peletero Silvestre Ardilla y se tornase á su convento para comer.

En efecto, en cuanto dieron las doce menos cuarto el marqués y Diego salieron de la botillería y se encaminaron al convento de la Trinidad, al que llegaron apenas dieron las doce.

Y con la exactitud precisísima de un fraile, apenas habían llegado á la portería del convento Diego y el marqués, cuando apareció con su lego don fray Zoilo de Manosmuertas. Saludáronle cortésmente, pero notaron que el buen religioso traía el semblante ceñudo y la color mudada.

—¿Qué será esto?—dijo para sí Diego Corriente:—¿habrá oido este buen señor algo de lo que pasó anoche?

Y después de esto, dijo al marqués:

—Mi coronel, hágame usted el favor de darme á conocer á este señor.

Asió de la mano el coronel á Diego, y acercándose al padre don fray Zoilo, le dijo:

—Dispénseme usted, padre, que me apresure á presentar á usted á mi grande amigo el capitán de infantería del regimiento de Saboya, don Gonzalo de Arias, al cual traigo porque tenemos que hablar con usted de asuntos gravísimos.

—¡Ah!—dijo el religioso—: pues pasen ustedes á mi celda.

—Yo soy muy servidor de usted—dijo Diego Corriente.

—Gracias, hijo mío, gracias—contestó el religioso, que parecía distraído—; yo también tendré mucho gusto en ser su amigo, y en servirle en todo aquello que no se oponga al servicio de Dios, del rey y de la sociedad.

—No pienso faltar á mis deberes, ni contra Dios ni contra el rey ni contra el mundo—contestó Diego Corriente—; pero me parece que está usted un poco enfermo, padre mío: dispénseme usted si me tomo la libertad de decírselo, porque me es usted muy simpático y siento por usted un gran interés.

—Vengo de una casa que estimo mucho, en la cual he encontrado pálidas, enfermas y tristes á dos personas.

—¡Ah! pues lo siento mucho, padre mío: pero ¿están de cuidado?

—No, no señor, no están de cuidado, están de pie; son dos jóvenes muy apreciables, pero

hoy no han tenido gana de almorzar, andan distraídas, están pálidas: y ya ve usted, yo, que como quien dice las he criado, yo, que tengo hacia ellas sin poder ser padre, el amor de padre, me asusté. ¡Qué sucede á esas niñas, señor, qué las sucede!

—Son jóvenes, y si como jóvenes si se han enamorado...—dijo Diego Corriente.

—¿Enamorarse? la mujer que se enamora... la mujer no debe enamorarse nunca sino después de casada; pero usted tiene la culpa, marqués, usted tiene la culpa; ya, ya me han dicho...

—¿Qué le han dicho á usted, don fray Zoilo?—dijo el marqués.

—Pues me han dicho que ayer estuvo usted un poco... así... atrevido con la Pepita, de lo cual no me había dicho usted nada.

—¿Cómo que no, padre maestro?—dijo el marqués.

—Pues á casarse, á casarse cuanto antes—dijo don fray Zoilo á tiempo que levantaba el pestillo de la puerta de su celda.

———

Entraron.

En cuanto entraron, el religioso pidió la comida.

—Ustedes comerán conmigo—dijo—: dígame yo cómo pueden comer dos ó tres personas más.

—Muchas gracias, padre—contestó Diego Corriente.

—No acepto gracias; ustedes no habrán comido, porque á estas horas no ha comido nadie.

Efectivamente, en aquellos tiempos era preciso observar las horas de comer, y no se comprendía que nadie hubiese comido antes de las doce, ni que hubiese dejado de comer cuando eran ya las doce y media.

—Pues bien—dijo el marqués—, comeremos, porque usted tiene muy buena mesa: aunque yo nunca he comido con usted, por el chocolate que usted me dió y por las meriendas y las conservas, deduzco que su mesa de usted debe ser bastante para que se sienten en ella ángeles sin extrañar el trato.

—Cómo regular... para mantener la vida: además, que para cumplir con Dios no es necesario afligir demasiadamente al cuerpo sino en los días señalados por nuestra Santa Madre la Iglesia; vamos, vamos, hermano, ponga tres cubiertos y apresúrese á servir la comida, que ya son las doce largas.

El lego se apresuró á cubrir con un blanquísimo mantel la gran mesa del religioso, de la cual quitó el tintero y algunos libros que en ella había.

Luego abrió un armario, y sacó aquellos grandes y pesados cubiertos de plata de ley que usaban nuestros abuelos.

Del mismo armario sacó platos de pedernal inglés; un servicio modesto, pero de primera calidad.

Sentáronse cada cual en un sillón, presidiendo el fraile, á la derecha el marqués y á la izquierda Diego Corriente.

El marqués, mientras subían la sopa, dijo al religioso:

—Padre mío, las cosas se arreglan mejor de lo que era de esperar.

—¿Y qué cosas son esas que se arreglan mejor de lo que esperábamos?—dijo con inquietud el fraile, que estaba un poco receloso, y que miraba de cierta manera á Diego Corriente.

—Pues que se arregla lo de mi prima Dolores.

—Pero sepamos qué es lo de su prima Dolores.

—Lo de mi prima, es que si no ha querido casarse conmigo, ha sido porque estaba enamorada hasta el corazón de un sujeto que nos está oyendo

—¡Ah! ¿de usted, señor capitán?

—Sí, señor—contestó Diego Corriente.

—Pues bien, yo creo que esto puede arreglarse á satisfacción de todos—dijo el marqués.

—¿Efectivamente ama á usted la señorita de Rodovilla?

—Así lo creo, señor—contestó Diego Corriente.

—Yo soy el confesor de esa joven, desde que entró en el convento, y nada me ha dicho.

—¿No le ha confesado á usted nada acerca de su amor?

—Nada absolutamente: me ha dicho que no quería casarse con el señor marqués de Vadoclaro, porque no le amaba; y esto me lo ha dicho hablando con ella fuera de confesión, porque lo que en confesión me se dice, lo guardo según es mi deber, con un profundísimo secreto.

—Bien, muy bien, padre; pero resulta que para usted doña Dolores de Valcárcel no ha amado á nadie.

—Así resulta.

—Pues bien, es que no ha considerado como pecado un amor legítimo, puesto que este amor tiene por objeto un enlace, y no ha dado á usted parte de él.

—Permítame usted que dude—dijo don fray Zoilo—, este caballero puede haberse engañado; algunas muestras de distinción de esa señorita, alguna equivocación.

—No, no señor, padre mío—dijo Diego Corriente—: amores serios, muy serios, yo se lo aseguro á usted.

—En fin, eso lo veremos—dijo el religioso anticipándose á los deseos de Diego Corriente—: yo llevaré á usted esta tarde al locutorio, como un amigo, llamaremos á la señorita de Rodovilla, y después... después yo la amonestaré para que me diga la verdad entera; pero he aquí la sopa.

Pascual puso sobre la mesa una sopera que parecía un navío, llena de una suculenta sopa

de pavo, sobre la cual se veían fritas la sangre y las entrañas de la rica ave.

Se comprendía bien aquello que decía don fray Zoilo, que donde comía él podían comer tres ó cuatro más, y si hubiera dicho diez más no hubiera mentido, porque allí había sopa para un regimiento.

Bendijo su paternidad la mesa, sirvió el lego los platos, sacando la sopa con un gran cucharón de plata, y empezó luego la comida.

Sabido es que las leyes de la buena gastronomía prohiben el hablar cuando se come, por más que los franceses hayan introducido el diálogo vivo y chispeante al par de la comida.

Nuestros abuelos, que lo entendían mejor, dejaban la conversación para sobremesa, y el buen servicio de entonces exigía que antes de que hubiese sido consumido un plato, se sirviese otro.

A seguida de la sopa apareció una enorme fuente llena hasta el colmo de riquísima, gorda y sabrosa garbanza de Alfarnate, y á su lado otra fuente no menor que contenía los artículos siguientes: un enorme pedazo de pernil de pierna de carnero, otro gran pedazo de carne de vaca sin hueso, tocino, jamón, pavo, congrejos, todo en gran cantidad; y á los flancos de esta fuente, como constituyendo su adorno, cuatro chorizos, una enorme morcilla, y una albóndiga que parecía un globo terráqueo.

Comióse de todo esto también en silencio, rociándolo convenientemente con vino de Jerez seco, amontillado, y entreteniéndolo con alcaparrones y aceitunas de manzanilla.

A seguida, apareció asada y rellena de rica y suculenta masa, y flanqueada por dos docenas de codornices, la pechuga del pavo asada, jugosa, dorada.

Después unos ricos dentones cocidos, y por último, melón, uvas, peras de agua, pastas y conservas; lo cual se consumió, abrigándolo con rico jerez moscatel, de primera calidad.

Tras esto, don fray Zoilo dió gracias, se levantó la mesa, y el hermano Pascual, sirvió á cada uno de los comensales una enorme taza de rico café Moka.

Entonces empezó la conversación entre sorbo y sorbo de café.

—Pues señor—dijo don fray Zoilo—: hoy mi siesta se va á paseo, porque el asunto de que se trata es gravísimo; como que de esta manera puede arreglarse todo: ¿usted es persona rica, señor capitán?

—Puede usted comprenderlo, padre—contestó Diego Corriente—, cuando sepa que he costeado el equipo y las armas de ciento veinte hombres que mando, por lo cual el rey nuestro señor me ha hecho capitán de infantería; tengo en en Castilla pingües posesiones, como lo prueba esta nota de escritura que presento á usted.

Y Diego sacó la cartera del capitán que yacía con cuartanas en el cortijo de Pellico.

Rebuscó, y dió al fin con el papel que buscaba.

Don fray Zoilo se puso sus antiparras y examinó aquel documento, que lo era en forma, porque estaba autorizado por un escribano de Burgos, en vista de las escrituras originales.

Daba más fuerza á este documento la legalización de tres escribanos.

—¡Ah! pues me parece usted más rico que el señor marqués de Rodovilla—dijo el religioso dejando ya de mirar con recelo á Diego Corriente.

—No sé cuál sea la fortuna de ese señor—contestó Diego—; no se me ha ocurrido ni aun pensar en ello; no he pensado más que en su hija, á la que amo con toda mi alma, y legítima y honestamente, como buen cristiano y buen caballero.

—Lo creo así, lo creo así—dijo ya benévolamente don fray Zoilo.

—Ya, padre mío, que en papeles andamos, hágame usted el favor de ver esta otra nota de posesiones que me han sido usurpadas por parientes míos en Sevilla, y que vengo á reclamar en justicia por ante la Real Audiencia de esta ciudad.

Y dió otro papel al religioso, que le tomó y le examinó detenidamente.

—Pues señor don Gonzalo—dijo don fray Zoilo ya de todo punto de parte de Diego—, usted es millonario.

—Gracias á Dios y á mis padres que me han dejado tal herencia.

—Vamos, vamos, pues es necesario arreglar cuanto antes este negocio.

—Siga usted, siga usted viendo estos papeles, padre mío—dijo Diego—: aquí tiene usted un extracto de mi ejecutoria.

—¡Oh! bien, bien, ya sé que es una ilustre familia la de Arias.

—Este es mi real despacho de capitán de infantería.

—¿Y cómo es—dijo don fray Zoilo pasando la vista por el despacho—, que se ha contentado usted con ser capitán, cuando como nuestro amigo el marqués de Vadoclaro, podría usted ser coronel?

—Soy muy joven aún, además, quiero ascender en las armas, en el servicio.

—Prudente propósito.

—Aquí tiene usted mi pasaporte, expedido por el capitán general de Extremadura, por el que se me autorizan seis meses de licencia temporal, de la que se ha corrido ya un mes largo.

—Bien, bien, pues vamos al momento—dijo don fray Zoilo—; usted, señor marqués, puede esperarnos aquí durmiendo la siesta, ya que usted puede.

—Mire usted, padre, no me vendrá mal—dijo el marqués abriendo la boca y bostezando desmesuradamente—, porque he comido atrozmente,

Y los vapores de la comida los tengo aquí en la cabeza, y no veo.

—Yo también estoy un poco pesado—dijo don fray Zoilo—; pero lo primero es lo primero, y para que no se apodere de nosotros la pereza, vamos, señor capitán, vamos. Señor marqués, usted se queda en su casa, use usted de mi lecho sin escrúpulo, que estoy yo muy sano, gracias á Dios, y si de algunos pecadejos tengo que acusarme, uno de ellos es la nimiedad en la limpieza; no puedo sufrir nada que no esté muy limpio ó que huela mal: vamos, hermano Pascual, mi capilla, mi sombrero y mi bastón.

Sirvió el lego al de misa los objetos pedidos, y sin despedirse del marqués, porque se había dormido en el sillón en que estaba sentado, salieron Diego Corriente y el religioso, siguiéndolos el lego, y se encaminaron al convento de Santa Clara.

V

Iba temblando Diego de que Dolores al verle cometiese alguna imprudencia, ó sin esto, que se desmayase, ó de que sucediese, en fin, algo por lo cual el padre trinitario recelase, cogiese un hilo y viniese á descubrirse el enredo.

———

Los transeuntes miraban con cierta extrañeza á aquel joven y hermoso capitán al lado de aquel buen religioso, hablando afablemente el uno con el otro, porque no era muy común ver apareados hábitos y uniformes, á pesar de que frailes y soldados tienen un punto de contacto en que se parecen mucho; porque la severidad de las reglas monásticas y la exactitud en el cumplimiento de ellas, tenían mucho de común con la severidad y la intransigencia de la Ordenanza.

Llegaron, en fin, á la portería del convento, y don fray Zoilo dijo en llegando al torno:

—«Deo gratias».

—Á Dios sean dadas—contestó de la otra parte una dulce voz de mujer.

—¿Cómo le va de salud, madre doña Purificación?—dijo el religioso.

—Peleando con este pobre estómago, don fray Zoilo: y á usted, ¿cómo le va?

—Perfectamente, hija mía, yo lo tengo todo bueno.

—Gracias á Dios.

—Me hará usted el favor, doña Purificación, de avisar para que baje al locutorio mi hija de confesión la señorita doña María de los Dolores de Valcárcel.

—¡Oh, sí señor, al momento!—contestó la madre tornera.

—Pues en el locutorio esperamos, doña Purificación.

—No tardará en bajar doña María de los Dolores la madre doña Santísima Trinidad.

———

A Diego le latía violentamente el corazón. Iba á ver á su novia, á aquella por quien se encontraba perdido, á aquella á la que, á pesar de todo, no había renunciado.

Sin embargo, como tenía Diego una gran fuerza de voluntad, ni una sola oscilación de su espíritu salió á su semblante.

Entraron en el ancho y cómodo locutorio de las monjas el padre Zoilo y Diego Corriente.

Se sentaron en dos sillones que estaban al lado de la reja, y esperaron.

Nunca se había visto Diego en un lugar semejante.

Todo le parecía extraño: aquellas ventanas altas y estrechas, pegadas al techo, con cristales encarnados que atenuaban la luz; aquel suelo de ladrillos ajojifados y limpios; aquel espacio que se veía detrás de la doble reja del locutorio; el tornillo destinado á dar salida de la parte de dentro á la de fuera á las confituras que las monjas servían á sus confesores; aquel gran crucifijo colocado en un testero del locutorio, todo le parecía extraño, todo era nuevo para él.

La doble reja de un locutorio tenía mucho de semejante á la doble reja de la cárcel.

Diego veía tras aquella doble reja no sabía qué presentimiento sombrío; le parecía que detrás de aquella reja estaba la eternidad.

Al fin se oyó el ruido de una llave en una cerradura.

Penetró una débil claridad en el locutorio, que entraba por la puerta que acababa de abrirse, y dos cuerpos, uno negro y otro blanco, entraron uno tras de otro en el locutorio.

El negro, era una monja; el blanco, no pudo juzgarse de quién era, hasta que aquellos dos cuerpos se acercaron á la reja del locutorio.

Aquel cuerpo era de Dolores.

Esta, desde el momento en que hubo entrado y hubo visto un joven con uniforme, sentado en un sillón frente al padre vicario, había sentido una conmoción terrible, pero se había dominado, había procurado sacar fuerzas de flaqueza.

Sin embargo, se acercó á la segunda reja del locutorio.

Estaba densamente pálida.

———

—Madre doña Santísima—dijo don fray Zoilo—, aprovecho la ocasión de pasar por aquí con este caballero, amigo mío, en busca de algunos encargos que le hacen de su casa, y he entrado á ver cómo están ustedes.

—Muy bien, perfectamente—dijo la madre doña Santísima, que miraba de una manera fija á Diego Corriente—; nosotros nos alegramos, porque siempre tenemos un gran placer en ver á usted, padre vicario.

—Gracias, muchas gracias, hija mía—contestó don fray Zoilo—: y usted, señorita, ¿qué tal se encuentra?

—Muy bien, padre—contestó Dolores con la voz desmayada y la vista fija en el suelo.

—Me alegro mucho, hija mía, me alegro—dijo el padre don fray Zoilo—; y como mi único objeto era el verlas á ustedes un momento, nos retiramos.

—¿Tan pronto?—dijo doña Santísima.

—Sí, sí, hija mía—contestó el fraile—; tenemos que evacuar de aquí para la noche muchos encargos, que no tenemos tiempo de que disponer.

—¿Y no quiere usted tomar una conserva y una poca de agua fresca?

—No, hija mía, acabamos de comer, y como hoy he comido acompañado por este caballero y el señor marqués de Vadoclaro, con la compañía me he distraído, y he comido más de lo justo, y no me cabe un grano de cañamón en el cuerpo.

—¡Pues qué se le ha de hacer, padre! otra vez será: yo hubiera tenido mucho gusto en ello, pero sentiría que le diese una indigestión.

—¡Dios nos libre!—dijo el padre don fray Zoilo—, que las indigestiones en mí son mortales. Tres he pasado en esta vida, y en una de ellas estuve sacramentado y oleado, y ya ve usted, hija mía, que es para escarmentar; á la tercera va la vencida: pero la misericordia del Señor, hizo que no fuese el vencimiento á la tercera, sino el apercibimiento; no más, no más: nada, lo que el cuerpo pide y nada más.

No sabía la madre doña Santísima lo que se había comido el bueno del padre don fray Zoilo, que á haberlo sabido, se hubiera espantado de contemplarle vivo y tranquilo ante sí.

Al fin, el padre don fray Zoilo y Diego, sin hablar una sola palabra porque la monja nada les había dicho, porque nada podía decirles Dolores, se levantaron; saludó fray Zoilo á la religiosa, ésta al religioso, Diego lanzó una mirada desapercibida que se encontró con la mirada de Dolores, y salieron del locutorio, y á poco después de la portería.

—Ahora sabremos—dijo fray Zoilo—, si verdaderamente son tan transcendentales de parte de la señorita de Rodovilla los amores de que usted me ha hablado, como parecen serlo de su parte de usted.

—¿Pues no ha visto usted, don fray Zoilo, que la pobre muchacha estaba pálida como una muerta?

—He reparado en ello, tiene usted razón; será necesario hablar al señor marqués de Rodovilla, porque es necesario que les dejen á las hijas la libre voluntad para tomar estado, que tan bien sirve al Señor una mujer casada, como encerrada en el claustro; que el estado del matrimonio es un estado de perfección que vale tanto como el de la castidad que pronuncian las vírgenes del Señor; así, pues, apretemos lo que podamos para ir á vernos con el señor marqués de Vadoclaro, aunque paréceme á mí que á estas horas estará durmiendo beatíficamente, porque cuando salimos de mi celda le dejamos dormido en el sillón.

—Diga usted, padre—dijo Diego—, que lo que usted desea es colocarse en el mismo estado en que probablemente se encontrará ahora el señor marqués de Vadoclaro.

—Confieso á usted, amigo mío, que por usted he pasado un mal rato, y que me va entrando un dolor de vientre que me temo un cólico de los que tanto me asustan, sólo por no haber dado al cuerpo el necesario descanso después de una comida tan sabrosa, y en la que me he excedido un tanto por la buena compañía; con que vamos un poco de prisa, que yo necesito reposo.

Siguieron á buen paso, es decir, á todo lo que podía andar el bueno del fraile, que no era mucho, hacia el convento de la Trinidad, al que llegaron media hora después de haber salido del de Santa Clara.

Encontraron al marqués de Vadoclaro con la cabeza echada atrás, con la boca abierta, los ojos cerrados, y lanzando unos ronquidos que debieron escucharse en todo Sevilla á la redonda.

Aquello era formidable.

No sabemos cómo podía casarse el marqués, á no ser con una mujer que tuviera los oídos á prueba de cañonazo.

—¡Qué bien que duerme!—dijo don fray Zoilo sin espantarse de los ronquidos del marqués, porque estaba acostumbrado á los suyos, que eran tan estupendos que algunos aun dormido y todo se los oía y no se despertaba: ¡me da lástima despertarle!

—Pues no señor, no, es necesario despertarle; yo le necesito: ¡eh, señor marqués, señor marqués!

—¿Quién va? ¿qué es eso?—dijo el marqués incorporándose con un movimiento nervioso—¡ah! son ustedes.

Y se restregaba los ojos.

—¿Y qué sucede en el convento?—preguntó.

—Nada, nada; la niña ni siquiera se ha desmayado, pero la pobrecita estaba más pálida que una difunta.

—¡La pícara de mi prima, haberse enamorado de otro sin conocerlo yo! pero no me importa, yo gano en el cambio: mi prima Pepita es mucho más hermosa que mi prima Dolores; aunque á mí me convendría que mi prima Dolores fuese monja para que el usufructo de las rentas pasase á mi prima Pepita: pero eso importa poco; yo soy tan rico que no sé lo que dan mis rentas todavía: y por otra parte, tengo un placer muy grande en que usted, señor don Gonzalo, forme parte de nuestra familia.

—Mil gracias—contestó Diego—; pero dejémonos de todo eso, y hágame usted el favor, señor coronel, de aviarse, ponerse el cinturón y venirse conmigo, que tenemos que trabajar

mucho para averiguar el paradero de la madre de esa señorita Pepita, que nos conviene que parezca pronto, puesto que á usted le interesa tanto que la señorita Pepita sea reconocida y legitimada, y se obligue al marqués de Rodovilla á casarse con esa señora que no sabemos dónde está, como es su obligación. A más de eso, que el señor don fray Zoilo está muerto de sueño y temeroso de que sobrevenga un cólico, y si no reposa... y ya ve usted que nosotros tenemos que cuidar de la salud de este venerable varón, que tanto se interesa por nosotros.

—Tiene usted mucha razón, pero me hubiera alegrado de dormir dos horas, porque he comido como un buitre, y á la verdad, me pesa más el vientre que la cabeza y me bamboleo; se puede decir que estoy borracho de tripa. Pero ¡ya se ve! este señor don fray Zoilo tiene tan buena mesa... luego después, de verle comer se le abren á uno las ganas de tal modo que estoy que reviento.

—Ahora nos tomaremos un cuartillo de aguardiente.

—No me había cuidado del aguardiente, porque para mí no hay como el aguardiente de veintiséis grados.

—Vamos, dejemos descansar á este señor, que ya volveremos.

—¿Y cuándo?

—Mañana, cuando usted haya comido, porque yo no vuelvo jamás á comer con usted, porque si otra vez cómo, reviento.

El padre Zoilo los acompañó hasta la puerta haciéndoles muchos cumplimientos y deseando que se fueran; y en cuanto hubieron salido se metió en su alcoba, y sin quitarse los hábitos se acostó, y minutos después roncaba lo mismo que un contrabajo de órgano.

VI

Los dos amigos enemigos, sin que tuviese el menor recelo de esta enemistad el marqués de Vadoclaro, tomaron hacia la calle del Hombre de Piedra y se metieron como por su casa en la tienda del señor Silvestre Ardilla, que porque se había ya puesto el sol, estaba haciendo la cuenta de lo que había vendido en aquel día.

—¡No se puede esto resistir!—exclamaba hablando consigo mismo á tiempo que entraban los visitantes:—¡no haber vendido más que trescientos reales! ¡ya se ve, han puesto tantas peleterías y han abaratado tanto el género, que van á acabar con el oficio! Es verdad que la mitad de este dinero es ganancia magra, pero antes se ganaban las cuatro quintas partes; esto es la fin del mundo. ¡Ah, caballeros, tanto bueno por mi casa!—dijo reparando en el marqués y en Diego, guardándose los trescientos reales en el bolsillo, y echándose mano á su gorra de piel de nutria.

—No se descubra usted, amigo mío, no se descubra usted—dijo el marqués—, que se va usted á constipar.

—Tiene usted razón, señor marqués; estoy sudando como un pollo.

Y se podía creer, porque hacía un calor de treinta y cinco grados.

En Sevilla empieza el verano muy pronto, y acaba muy tarde.

A fines de Septiembre se suda todavía.

—Siéntense ustedes—añadió Silvestre Ardilla—, que me da fatiga de verlos de pie: dentro de poco cerraré la tienda, y si ustedes quieren nos iremos á Santa Clara, donde están mi mujer y mis niñas en ejercicios, porque supongo que ustedes querrán ver á mis niñas, y como ya don fray Zoilo me ha dado licencia para ello, no hay inconveniente de que entren ustedes en mi casa y se estén en ella hasta las ánimas: allí estará también don fray Zoilo, que vendrá á la oración, porque tiene costumbre de llevar el rosario. Mis niñas están muy bien criadas, mucho; son muy tímidas, y no se atreven á levantar los ojos del suelo.

—Pero levantan las uñas al pescuezo de uno y se las clavan—dijo el marqués.

—Pero señor, ¿qué quería usted que sucediera, señor marqués, si usted se le fué al bulto á la muchacha? eso prueba que es muy honrada y que no consiente que nadie le falte: hasta las hormiguitas, señor, hasta las hormiguitas vuelven la pequeña boca que Dios les ha dado, para morder cuando se les toca; y eso que son tan humildes que andan por el suelo.

—¿Pues por dónde andamos nosotros, señor Silvestre, por los aires?—contestó el marqués.

—También es verdad—dijo el peletero—; y con usted, señor marqués, no puede uno descuidarse, porque al instante sale usted con una de las suyas.

—¿Y cómo están esas hermosas señoras?—preguntó Diego Corriente.

—Mire usted, señor capitán—contestó el peletero—: mi mujer está muy bien, gorda y rolliza, y con unos colores que dan envidia; pero las muchachas, hombre, las dos están que parece que las han dado cañazo; ojerosas, tristes, que no parece sino que las pincha la silla en que están sentadas; en fin, el padre don fray Zoilo y yo y su madre, estamos con mucho cuidado, con mucho, porque ellas estaban tan alegres, cantaban como jilgueros, y hoy en todo el día las pobrecitas han abierto el pico.

—Eso es el amor—dijo pavoneándose el marqués—¿qué quiere usted que les suceda, habiéndose enamorado de dos mozos como nosotros? Preciso: el amor entristece; si no, que me lo cuenten á mí, que estoy que no vivo ni viviré hasta que arregle ciertos negocios y me case con mi adorada Pepita.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

—Pues eso es necesario que sea muy pronto—observó Diego—, no sea que sobrevengan inconvenientes.

—¿Inconvenientes el negocio que yo tomo por mi cuenta?—dijo el marqués—: no sabe usted quién soy yo, señor capitán; en fin, su negocio de usted y el mío se arreglarán á la mayor brevedad posible.

—El de usted sí—dijo Diego—, y es necesario que se arregle cuanto antes, que se case usted, y que se deje de tonterías; yo no puedo casarme tan pronto, porque hay necesidad de pedir la real licencia, y tardará algo, aunque yo haré que vaya bien recomendado de aquí el despacho.

Silvestre, que entendía que con quien quería casarse Diego era con la Tola, estaba que reventaba de contento, porque decía para sí:

—Los dos son míos á cual más, y algo se me quedará entre las manos; y además, que algo se les podrá ir sacando si se les trata bien.

—Oiga usted, señor Silvestre—dijo el marqués:—¿por qué no cierra usted ya la tienda? que media hora más ó menos importa muy poco y aunque sea menester abonarle á usted lo que usted piensa que puede perder en esta media hora que cierra usted más temprano.

—¡Qué cosas tiene usted, señor marqués! ¿cómo le he de exigir yo á usted ochenta ó cien reales, que será lo más que yo puedo perder por cerrar media hora antes?

—Vaya, pues tome usted media onza, y ya está usted cerrando—dijo el marqués.

Y la puso sobre la mesa.

—¡Por Dios, señor marqués!—dijo Silvestre—: no me haga usted la injuria de creer que yo voy á tomar ese dinero.

—Si no lo toma usted, le salto á usted un ojo.

—Vaya, pues por no quedarme tuerto, señor marqués, ya que usted se empeña, lo tomaré; pero aseguro á usted que hago un sacrificio, porque yo...

—Que ya está usted cerrando — dijo el marqués—, que mi amigo y yo estamos que reventamos de ahitos, porque hemos comido con don fray Zoilo, y necesitamos echarnos cada uno al cuerpo medio cuartillo de aguardiente seco para desbalajar tanta cosa crasa como hemos embaulado; pero ya está usted cerrando, hombre.

—Vaya, pues para que yo cierre sálganse ustedes á la calle, que en doblando yo la puerta y echando la llave, ya está.

———

Se levantaron el marqués y Diego, y salieron.

El señor Silvestre tomó su capa de lamparilla, es decir, su capa de verano, porque la lamparilla era una especie de percal lustroso, salió, cerró la puerta, echó la llave, se la metió en el bolsillo, y se incorporó con el marqués y con Diego, que habían adelantado algo hacia la casa de Espantitos.

—Usted también tomará lo que quiera—dijo el marqués—; y algo de comer, porque como usted al medio día no se habrá atracado tanto como don fray Zoilo, no le vendrá á usted mal el merendar.

—A mí no, ni á don fray Zoilo tampoco.

—Calle usted por Dios, hombre, ¿pues qué se ha de atrever á comer don fray Zoilo á estas horas, después de lo que ha comido hoy?

—¿No dice usted, señor marqués, que ustedes han comido con don fray Zoilo?

—Sí, señor.

—Pues don fray Zoilo se ha quedado hoy sin comer: digo, á no ser que haya mandado llevar de alguna hostería más pitanza.

—Hombre, ¿y para qué hacía falta que se llevara más pitanza, si había allí comida para medio mundo?

—Pues oiga usted, señor marqués, toda esa comida que usted ha visto se la traga todos los días él solo, don fray Zoilo, menos una pequeña parte que deja á su lego; y me temo que esta noche no se contente sólo con el chocolate, que ya en cuanto llegue se pondrá mi mujer á hacerlo; y si no, ya verán ustedes, ya verán ustedes.

—¡Jesucristo!—exclamó Diego Corriente, que hablaba poco porque pensaba mucho—¡Si el padre don fray Zoilo decía que se había excedido y que temía un cólico!

—Eso lo dijo de vergüenza, porque no quiere que le llamen glotón, y es el único vicio que tiene su paternidad, y en ello no hace daño ni á Dios ni al prójimo, aunque es verdad que con lo que él se come podían estar mantenidos los pobres del Hospicio; pero en fin, él se lo gasta y él se lo come, y á nadie le quita lo que gasta, porque es muy rico, y la ración que le dan en el convento se la da á los pobres, y hace muchas limosnas, por lo que todo el mundo le quiere bien.

—¡Dios le bendiga, y qué hermoso estaba su paternidad!—dijo Diego Corriente.

Y como hubiesen llegado á la puerta de la tienda de Espantitos, se metieron en ella.

—¿En qué puedo complacer á ustedes, mis señores? — dijo Espantitos saliéndose fuera del mostrador y gorra en mano.

—Mira, tú—dijo el marqués—: á mí y al señor capitán medio cuartillo de aguardiente seco del bueno cada uno; al señor Silvestre Ardilla, lo que quiera.

—A mí, chiquillo, sácame una lengua de ternera accecinada que esté fresca y buena, un panecillo de Alcalá, dos docenitas de aceitunas gordales y tres pares de manzanilla fresca.

—Hombre, no va usted á acabar en una semana—dijo el marqués.

—¿Quién, el señor Silvestre Ardilla?—dijo Espantatitos—: y se come á pares las aceitunas,

y con hueso, y de cada bocado se lleva una libra de carne y una telera: anda, anda, ya verá usted, señor marqués; y que se lo voy á traer grande: no de ternera, de vaca.

—Hombre, si tú te empeñas, yo no me opongo; pero que esté jugosa, Espantitos, que esté jugosa.

—Descuide usted, señor Silvestre.

Espantitos se metió para adentro, después de haber servido los dos medios cuartillos de aguardiente al marqués y á Diego, y volvió á poco, trayendo en una media fuente una enorme lengua de vaca, que hoy llamaríamos á la escarlata, y con ella porción de aceitunas sevillanas; y sobre todo un rico panecillo de á libra de aquellos de Alcalá de los Panadgros, en forma de roseta; exquisito pan, al que podría llamarse sin exageración el mejor del mundo.

Espantitos servía sin cumplimientos al señor Silvestre.

Puso la bandeja sobre el mostrador, sin asomo de servilleta, porque ya sabía él que no hacía falta, y luego colocó sobre el mismo mostrador, junto á la bandeja, seis cañas de manzanilla muy bien medidas.

Lo primero que hizo el señor Silvestre fué echarse á la boca tres aceitunas, inmediatamente se oyó un crujimiento tan desapacible que el marqués hizo un gesto como aquel á quien se le crispan los nervios.

—¡Pues acabe usted de decir, señor suegro, que es usted un molino de aceite!—dijo Diego Corriente.

—A mí me gusta comer muy de prisa—dijo el peletero—, y esto de mondar los huesos de las aceitunas no entra en mis reinos: allá van como Dios las ha criado; y luego, que hasta el hueso cuesta el dinero.

—Hombre—exclamó el marqués, si no fuera mirando á Dios, lo rajaba á usted de alto abajo, pícaro; ¡pues no se ha comido media lengua de un bocado! hombre, usted es un lobo.

—¿No se lo decía yo á vuecencia? ¡si sabré yo la gente con quien trato! Vaya, vaya, vuecencia se asombra de todo: pues si vuecencia supiera, ¡válgame Dios! si vuecencia supiera lo que son el padre y el hijo... el hijo, sobre todo, ¡válgame Dios! al hijo sí, que si vuecencia se enterara, lo rajaba vuecencia como un papel.

Diego Corriente hizo un guiño de aviso, por decirlo así, á Espantitos, temeroso de que dijera algo que pusiera en recelo al marqués.

—Pues, sí señor—dijo Espantitos—; el hijo es capaz de tragarse cuanto hay en el mundo: hasta á sus hermanas.

Sobrevino un nuevo guiño de Diego Corriente.

El primero había sido una advertencia; el segundo fué una amenaza.

—Pues señor—dijo el peletero—, yo ya he concluído, la oración está dando, don fray Zoilo estará ya llegando á la calle del Hombre de Piedra, conque antes de que pueda vernos salir de una taberna, vámonos.

—Oiga usted, seo tío—exclamó Espantitos—: esta casa no es ninguna taberna, ¿entiende usted? y algo mejor es que su casa de usted.

—¡A ver!—exclamó Diego Corriente.

Espantitos se calló.

Se comprendía que tenía un miedo cerval á Diego.

Pagó el marqués gruñendo, porque delante de él se le había faltado al respeto á su suegro, y aguantándose por no ponerse en ridículo, salieron de la casa de Espantitos.

—¡Habrá desvergonzado!—dijo el marqués en cuanto salieron—: ¡haberle á usted faltado al respeto de tal manera ese pillo, estando usted en nuestra compañía!

—¡Ca! ¡si siempre estamos así!—dijo el señor Silvestre—: ¡si es satisfacción que tenemos! y á mí Espantitos me quiere mucho y me sirve muy bien. ¡Si supiera vuecencia qué buena ha estado la lengua! si no hubiera sido por la prisa, yo repito.

—¿A ver?—dijo el marqués agarrando un brazo al señor Silvestre y tentándosele.

—¿Qué es lo que quiere ver vuecencia?

—Hombre, quería ver lo que no veo, ó más bien, lo que no tiento.

—¿Pues qué quería ver vuecencia?

—Hombre, quería ver lo que le aprovechaba á usted lo que ha comido, y está usted flaco como un palito.

—Es que la comida y la bebida se me vuelven á mí sangre y salud, y me alegro, porque si á mí se me volviera carne y grasa como á su paternidad, no sabría qué hacerme; porque yo soy muy propenso al sudor y me gusta andar muy listo, y así como estoy me ayuda el viento, que en soplándome para una calle por donde voy, ni un águila vuela lo que yo corro; y porque siempre he sido así, desde muchacho me llamaron Ardilla. Pero, ¿no se lo decía yo á ustedes? miren ustedes como por el otro lado de la calle aparece don fray Zoilo, y acaba de dar la oración.

En efecto, por una esquina inmediata, cerca ya de la casa de Silvestre Ardilla, aparecía la voluminosa humanidad del padre maestro, seguida de la humanidad larga y estrecha de su lego.

Encontráronse todos en la puerta de la casa del peletero, y hubo un tiroteo de cumplimientos acerca de quién había de pasar el primero, después de Silvestre Ardilla que había entrado para abrir.

Al fin hubo de ceder don fray Zoilo.

Después hubo de ceder el marqués, siguió Diego Corriente, y el lego no tuvo que ceder á nadie, porque nadie se acordó de él.

Pero el lego en cuanto estuvieron dentro dejó de seguir á su padre, y se entró en la cocina á dar conversación á una vieja que servía al peletero.

Subió lentamente el fraile las escaleras, obstruyéndolas, y al cabo de diez minutos llegaron á lo alto, se encontraron en un pasillo, torcieron á la derecha por una puerta, y entraron en una sala puesta con lujo; con un lujo algo frailuno y algo peletero, porque todas las sillas estaban forradas de pieles de diferentes colores.

Cerca de una mesa, á la luz de un velón de Lucena, había tres mujeres haciendo labor y con las cabezas bajas, en la actitud de la mayor compostura.

—Buenas y santas noches nos dé Dios—dijo don fray Zoilo.

—Muy buenas noches, padre nuestro—contestaron á coro la Marisaco, la Pepita y la Tola, pero siguieron haciendo su labor.

—Para nosotros no ha habido buenas noches—dijo rápidamente el marqués á Diego—; aquí no se mira más que al fraile.

—¿Y qué importa, si nosotros miramos por nosotros?—contestó Diego también en voz baja y rápida.

—Siéntese usted, padre; siéntense ustedes, señores—dijo Silvestre Ardilla, acudiendo con la prontitud de su apodo á ofrecer sillones á sus huéspedes.

—Padre—dijo la Marisaco, que era una morena muy agraciada—, voy á traerle á usted el chocolate; yo no esperaba á esos señores, pero no importa, se les hará.

—Ni agua, señora—dijo el marqués—: mi amigo y yo estamos que reventamos; como que hemos comido con su paternidad.

—Vaya—dijo melosamente la Marisaco—, una jícara de chocolate cualquiera la toma.

—Muchas gracias, señora, muchas gracias; nos haría daño.

—Pues entonces no canso más; pero si lo hacen ustedes por cortedad...

—No señora, no; lo hacemos porque nos lo tentamos, y me parece á mí que como yo no vomite, no voy á desbalagar esto en quince semanas.

—Vaya, pues como ustedes quieran; entonces, padre, le traeré á usted su chocolate.

—No, Mariquita, no; vente para allá dentro, con licencia de estos señores, que te tengo que decir dos palabras.

—Vamos, padre, á ver qué palabras son esas.

Y la Marisaco se levantó y se fué de la sala con don fray Zoilo, por distinta puerta que por la que había entrado.

—¿Lo ven ustedes?—dijo Silvestre Ardilla en cuanto hubieron desaparecido—; le da vergüenza de decir delante de ustedes que tiene hambre, y va á que mi mi mujer le haga una fritada; este es el secreto: han dejado ustedes sin comer al pobre señor. Yo no sé si habrán puesto hoy bastantes huevos las gallinas de casa: ¡y el tiento que van á llevar los chorizos y el lomo el tiento que á llevar los chorizos y el lomo en manteca va á ser flojo! ¡Dios le bendiga, y qué dichoso es su paternidad!

—¡Pues puede usted hablar—dijo el marqués—, y ha acabado usted de matarme viéndole comer aquella arroba de lengua de vaca!

—Qué quiere vuecencia, es bueno seguir el ejemplo de los santos varones, y se me ha pegado un tanto el comer de su paternidad.

—¡Eh! vaya usted al diablo y no me hable usted más, señor Silvestre, que yo me voy á decirle cuatro cosas á mi novia.

—Y yo á la mía—saltó Diego.

—Dejen ustedes, dejen ustedes que yo me ponga de centinela en el pasillo, y cuando me oigan ustedes toser con mucha tos, que yo le diré á don fray Zoilo que me he constipado, á su sillón cada uno; no tentemos al demonio.

—Pues ande usted, hombre, ande usted listo—dijo el marqués—, que se me está haciendo la boca agua de ver á mi rubia tan hermosa y no hablarla.

El peletero se levantó, y salió por la misma puerta que habían salido su mujer y el fraile.

Inmediatamente se levantaron el marqués y Diego, y se cosieron cada uno al lado de la suya.

—¡Ay!—dijo la Tola en voz muy baja á Diego—, yo tengo miedo de que esa tonta se turbe y el marqués le conozca que quiere á otro: ¿y dónde está Canario? ¡vaya un hombre divertido! ¡vaya un mozo! ¿sabe usted que me decía esta mañana mi hermana que ya le gustaba mucho menos el marqués, y que no se podía quitar de la memoria á Canario?

—Pues dila que no le vuelva á ver hasta que con el marqués se case, y hasta que me case yo, porque no, que no nos conviene; y que no sea tonta, que Canario es un perdido, y al fin un pelón, y con el marqués tendrá todo lo que quiera.

—¿Y cuándo nos casamos nosotros?

—Nosotros, alma mía, más tarde.

—¿Y por qué más tarde?

—Porque yo tengo que pedir real licencia para casarme.

—¿Y por qué?

—Porque soy militar.

—También es militar el marqués.

—Sí, pero á él lo despacharán antes y con antes, porque él tiene mejores relaciones en la corte.

—Y oiga usted, ¿y cuándo volvemos á cenar á casa de Espantitos?

—Cuando nos casemos.

—¡Jesús! usted no me quiere; vamos, está visto.

—No es que yo no te quiero, sino que anoche se nos echó encima el señor del gran poder, y os tuvisteis que meter en la leñera; y si otra vez nos coge, como á mí me ha advertido ya, registra la casa y os encuentra y os mete en la cárcel, y se lo dice al capitán general para que me castigue á mí.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Tola—: ¡y cuán-

to lo voy yo á sentir, y cuánto lo va á sentir mi hermana y el pobre Canario!

—Canario lo sentirá mucho, pero en Canario mando yo y no hace más que lo que yo quiero, por la cuenta que le tiene, porque sabe que si no me obedece, muere.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Tola, viendo con espanto la expresión que habían tomado los ojos de Diego.

—Silencio—añadió éste—, que aunque el marqués está entretenido con Pepa, puede oir algo.

—¡Señor marqués! ¡señor marqués!—dijo quedito á la puerta el peletero.

—¡Eh! ¡qué diablos quiere usted!—dijo el marqués, poniéndose de pie de repente, porque creía que se acercaba el fraile.

—Venga usted acá, venga usted acá—dijo el peletero—, pero quítese usted las espuelas para que no le sientan.

—¿Y qué es lo que tengo yo que ver?

—Una cosa buena.

—Vamos á ver la cosa buena que este tío me anuncia—dijo el marqués de Vadoclaro, inclinándose y quitándose las botas de montar, de las cuales no se separaban nunca las anchas espuelas de que iba armado; se las colgó en el cinturón, temeroso de que quisiesen jugarle una mala pasada al hacerle ir por la calle, aunque de noche, de una manera irregular, porque el buen marqués era víctima de la ordenanza; y si hubiera encontrado un dragón sin espuelas no hubiera sabido qué hacer con él y se fué quedito detrás del señor Silvestre Ardilla, y éste le llevó al quicio de una puerta, y le dijo en voz baja para que no le oyesen:

—Mire usted, señor marqués.

El padre Zoilo estaba sentado delante de una mesa muy pequeña en que había una sartén muy grande, y no se le veían las manos de la sartén á la boca y de la boca á la sartén: ni hablaba ni paulaba.

De cuando en cuando la Marisaco le llenaba un vaso de cuartillo y medio del dorado líquido de Montilla, y el fraile lo trasegaba, se limpiaba la boca con una servilleta muy limpia, y seguía embaulando chorizos, lomo y huevos, que aquello era una bendición.

—Pues señor—dijo el marqués—: si ese fraile se queda pobre y se va á mi casa, le echó á la calle por no mantenerle, porque si me hiciera yo cargo de su barriga me dejaría pobre, á pesar de que mis rentas son muy fuertes; en mi vida he visto yo comer de esa manera.

—Este era el secreto que le tenía que decir á mi mujer don fray Zoilo—dijo en voz muy baja el peletero al marqués—, porque el buen señor conoce sus faltas y las oculta.

—Vámonos de aquí—dijo el marqués—, que esto á mí no me importa nada; lo que á mí me importa es que se ha quedado sólo con las muchachas el capitán, y no me fío de él, porque tiene cara de ser tan tragón de muchachas como ese buen fraile de tajadas.

Y hasta cierto punto tenía razón en recelar el marqués, porque apenas se quedó solo Diego Corriente con las jóvenes, dijo á Pepita:

—No estés tú ahí tan triste y tan cariacontecida, rubia mía, que si tú, como es natural, le has tomado cariño á Canario, Canario te lo ha tomado más grande á ti; de manera que allá se quedó en la posada renegando, y fué menester que yo le prohibiera que viniese porque no lo echara todo á perder: déjate tú, que esta noche á las doce nos vendremos los dos por las tapias, que no necesitamos escalera para saltar dentro, y en el huerto hablaremos hasta que apunte el día, y á ver si echas buena cara para el marqués, que va recelando, y estos brutos de cualquier cosa se escaman; y acuérdate que para querer mucho á Canario no tienes tú que privarte de ser marquesa y coronela y rica.

—Pues también tiene usted razón.

—A ver si te callas, y haces lo que te he dicho—dijo Corriente—, que me parece que ya siento que vienen.

Y Diego se levantó y fué á sentarse junto á Tola, en la silla baja que antes había ocupado la Marisaco, poniéndose á hablar con gran interés con la Tola.

No tardaron en sobrevenir el coronel y el peletero.

—No lo creyera si no lo viera—dijo el coronel quitándose las espuelas del cinturón y poniéndolas en su lugar—: con quien tenía que hablar en secreto don fray Zoilo era con una sartenada de magras y de huevos que mete miedo. Don Gonzalo, ¿qué le parece á usted de esto?

—Que bienaventurados los que se comen un buey y no revientan, porque ellos gozan los placeres de un pecado mortal sin hacer daño á nadie.

—Sino al buey que se comen.

—De todas maneras habían de matarlo.

—Hombre, no, porque aumentándose el consumo, matarán un buey más. Supongamos que nadie comiera carne, se cuidarían las reses para que dieran leche y lana, y se morirían de viejas.

—Las matarían por la piel.

—¿Y qué falta hacen las pieles? ya nos podríamos pasar sin ellas.

—¿Y en dónde se tendría el vino?

—Buenos son para esto los barriles.

—Bien, marqués, muy bien; pero, ¿y con qué gobernaríamos los caballos?

—Con cuerdas.

—Me parece bien.

—Pues á mí no—dijo el peletero—: ¿qué había yo de hacer si no se desollasen animales?

—¡Toma! se contentaría usted con las pieles de los perros muertos.

—Oiga usted, caballero, no me hable usted á mí de pieles de perro, porque voy á vomitar la lengua.

—¡Jesús, padre!—dijo la Tola—: ¿pues tan fuerte había de ser el vómito que «largara» usted la lengua? ¿pues qué había usted de hacer sin lengua, usted que es tan aficionado á hablar?

—¡Habrá condenada de muchacha! ¿pues no da gozo ver el respeto que tiene á su padre? ¡Si aquí no se respeta á nadie más que á don fray Zoilo! y ya me voy yo cargando. ¡Animal! cuando yo digo que si me hablan de pieles de perro voy á echar la lengua, no hablo yo de la lengua que Dios me dió para hablar, sino de una rica lengua de vaca que me he comido hace poco.

—¿Y dónde se ha comido usted esa lengua?—dijo la Pepita.

—¿Dónde me la habré comido sino en casa de Espantitos, que me han convidado estos señores?

—De verdad, que en casa de Espantitos hay cosas muy ricas—dijo Pepita.

—¿Y qué sabes tú si hay cosas ricas ó no casa de Espantitos—dijo alarmado el peletero—, si nunca has pasado más que por la puerta de la tienda?

—¡Toma! me lo ha dicho mi hermano que va muchas veces á regalarse allí—contestó Pepita rehaciéndose.

—Con los dineros que me quita del cajón el pillo—exclamo el peletero.

—Y con lo que le dan los señores que vienen á rondarnos—dijo Tola—: porque aquí, con nosotras, todo el mundo saca dinero.

—Mira no te saque yo los sesos de un silletazo, desvergonzada—exclamó el peletero, poniéndose de pie y cogiendo la silla, de la que se había levantado.

—¿Qué es lo que va usted á hacer, amigo mío?—exclamó el marqués reduciéndole á la impetencia, porque le echó una mano á cada brazo ¡un parricidio!

—¡Hombre, si esto sofoca!—dijo el peletero—: ¡si aquí es uno nadie! ¡si aquí no se respeta más que á don fray Zoilo! ¡si en yéndose ese buen señor, mi mujer me contesta mal por un lado, y mis hijos, cada uno por el suyo, me contestan peor!

—Vamos, vamos, que se acabe todo—dijo Corriente, que ya está ahí: siéntese usted, señor Silvestre.

Se había oído una tos seca, profunda, una especie de efusión de un estómazo bien repleto, una especie de signo de satisfacción.

Poco después, don fray Zoilo, precedido de la Marisaco, que le alumbraba con una lamparilla de mano, entró en la sala.

La Marisaco dejó la lamparilla sobre la mesa, se acercó precipitadamente á un gran sillón forrado de pieles de conejo, y lo presentó al fraile, que se sentó entre el marqués y el capitán, teniendo el primero á la derecha y el segundo á la izquierda.

—Esta noche no hay rosario, niñas—dijo don fray Zoilo—: lo siento mucho, pero mañana se subsanará esta falta; vendré más temprano, y le rezaremos doble, aunque la familia puede rezarle después que yo me vaya.

—Eso será mejor, padre mío—dijo la Marisaco—; porque, la verdad, no quisiera caer con Dios en esa falta.

—Bien, muy bien—dijo don fray Zoilo—: estoy muy contento de vuestra piedad, hijas mías; Dios os premie por ella, y á este propósito no rezo yo con vosotras esta noche: rezaré después en mi celda porque os premie Dios, haciendo que un principalísimo caballero, á pesar de que sois de estado humilde, se haya, prendado de Pepita y quiera casarse con ella, lo que redunda en bien de toda la familia; y una vez casado el señor marqués de Vadoclaro contigo, no faltará algún principal amigo suyo que contigo se case, Tola.

Tola entendió que esto se lo decía el padre don fray Zoilo por Diego; pero no entendió bien, porque no se hablaba ya claramente de ello.

Pero como no les estaba permitido hablar en presencia de don fray Zoilo sino cuando las preguntasen, Tola se calló, proponiéndose aclarar aquella duda cuando llegase la media noche y entrasen en el huerto Diego y Colorín.

Don fray Zoilo, continuó.

—Este era un asunto importantísimo. y por él, aunque yo lo sienta, no rezo con vosotras el rosario; por lo mismo he ido á ponerme de acuerdo con vuestra madre, y he estado por allá adentro algún tiempo.

—¡Le parece á usted!—murmuró para sí el marqués.

—Os digo esto—continuó el religioso—, para que no extrañéis que en esta casa, siempre tan honesta y tan cerrada, donde no entran más hombres que los de su familia, hayan entrado esta noche estos dos caballeros; el uno, el señor marqués de Vadoclaro, sabiendo que yo he tomado á mi cargo esta casa, ha tenido la dignación de buscarme, de manifestarme sus pensamientos y de rogarme le presente á ustedes á fin de pedirte en matrimonio, Pepita: ¿qué dices tú á esto, mujer?

—¿Qué he de decir?—contestó Pepita—: que yo, si mis padres y usted quieren, soy muy contenta.

—¿Qué le parece á usted, señor marqués, de la buena educación de estas niñas?

—¡Oh! sí, sí—dijo el marqués—: están perfectamente educadas; y si usted hubiera estado aquí, hubiera usted visto hasta qué punto llega su educación: no han despegado las pobrecitas sus labios, ni han levantado los ojos de la costura.

—Vale mucho el buen precepto y el buen

consejo; y á ganado que guarda bien su pastor, no le entra morriña.

—¿Qué le ha de entrar?—dijo el marqués—: son dos angelitos, padre, dos angelitos lo más tímido del mundo, salvo que cuando se meten con ellas se defienden.

—¡Ah! ¿lo dice usted por lo de ayer? pues hizo bien, muy bien, porque la mujer debe preferir la muerte á la deshonra y defenderse hasta donde alcancen sus fuerzas en toda acción deshonesta, por leve que sea. Y ahora bien, que esto había pasado sin correctivo: Señor Silvestre Ardilla, hizo usted muy mal, muy mal, en introducir en su casa á una persona extraña, por más que fuese tan recomendable como el señor marqués de Vadoclaro; y he sabido con la mayor indignación...

—¿Sí, eh?—dijo el peletero echando la cabeza atrás y entornando los ojos, al mismo tiempo que aparecía en su boca una sonrisa sardónica—: quisiera yo saber con qué derecho se atreve usted á mezclarse en asuntos de mi familia.

—¡Cómo! ¡eh! ¡qué!—dijo el fraile poniéndose de pie y apretando con sus dos manos colvulsas los extremos de los brazos del sillón, que repiqueteaba en el suelo á impulsos del temblor del fraile—: ¿qué es esto? ¿qué resbeldía es esa? ¡Aquí ha entrado Satanás!

—Mire usted, padre—dijo el peletero muy tranquilamente—: si usted se pone de pie, yo me pongo de uñas, ¿entiende usted? y ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí.

El fraile quiso hablar, pero se lo impidió la cólera.

—Este es un asunto mío, don fray Zoilo—dijo el peletero—: me conviene hacerlo por mí mismo, mucho más que seguir aguantándole á usted.

—¡Pero tú estás loco!—exclamó Marisaco.

—Mira, María—exclamó el peletero sin dejar su indolente posición en la silla—: si no quieres que te trague con huesos y todo como las aceitunas, cállate; y sobre todo, déjame á mí, que cuando yo hablo, sé por qué hablo, y cuando yo hablo te tiene á tí muchísima cuenta callar, porque ya sabes que en esto de hacer negocios, lo entiendo.

—Pues yo no te entiendo todavía, hombre.

—Vamos, repórtese usted, serénese usted, don fray Zoilo—dijo el marqués, que había acudido al socorro del fraile—, que está usted que el genio no le deja á usted hablar, y con lo que acaba de comerse, le puede á usted dar un causón.

El fraile se dejó caer desplomado en el inmenso sillón forrado de pieles.

Había recibido el golpe de gracia.

Silvestre Ardilla le había puesto en ridículo, puesto que el marqués sabía lo de la fritada.

Pero rehaciéndose, se levantó y dijo:

—Cobíjate, Josefina, y vente conmigo, que no puedes estar ni un minuto más en esta casa; yo te llevaré á otra más honrada que esta.

—¿Que me vaya yo con usted, don fray Zoilo?—contestó la Pepita, que no pensaba en otra cosa sino en que llegasen las doce de la noche, para que Colorín saltase la tapia del huerto: ni que me hagan pedazos, que yo soy hija de mis padres y no de usted, y usted mismo me ha dicho que á las primeras personas que debo respetar en el mundo, es á mis padres.

—¿Eh? ¿qué tal, don Zoilo?—dijo el peletero—: ¿están bien educadas las chiquillas? como que las ha educado usted.

—Esto es ya abominable—dijo indignado don fray Zoilo—: yo creía que mi caridad había regenerado esta familia, y en cuanto se cree tener un negocio grandemente lucrativo, se olvidan tantos años de cuidados y de buenas obras bien, muy bien. Tú no saldrás esta noche de esta casa, porque yo ahora no tengo ni fuerzas ni autoridad, pero saldrás mañana, yo te lo juro, porque mañana, probaré yo con testimonios irrecusables que tú no eres hija de este hombre ni de esta mujer, y que yo soy tu tutor legítimo.

—¿Que yo no soy hija de mis padres?—preguntó Josefa, que se había puesto densamente pálida: pues entonces, ¿de quién soy yo hija?

—Tú... tú eres hija del marqués de Rodovilla, tía del señor marqués de Vadoclaro, que quiere ser tu esposo.

—Pues ahí llaman—dijo el peletero hablando en medio del profundo silencio que establecía la situación: todo eso será verdad, pero por la partida de bautismo de Pepa, consta que es hija legítima de María Gómez, conocida por la Marisaco, cardadora de lana, y de Silvestre Ardilla, peletero; y quisiera yo ver cómo se echa abajo esa partida de bautismo, como no sea cargándola con oro; porque la verdad, don fray Zoilo, si esa y yo hemos dejado que usted entre en la casa y lo gobierne todo y crie las niñas y las acostumbre á sus cosas, ha sido por la cuenta que nos tenía, que tanto se le da á mi mujer de usted, como á mí; y en fin; que el señor marqués de Vadoclaro está tan loco por mi muchacha, que se casará con ella siendo hija mía y no siéndolo: ¿no es verdad, señor marqués?

—Hombre, yo me casaré con ella por cima de todo—dijo el marqués—, pero no apruebo estos violentos medios: ¿qué necesidad hay de esto?

—Le diré á usted, señor marqués: desde que usted me soltó aquel talego, pues ya empezó á venirme grande don fray Zoilo, ¿entiende usted? y la verdad, yo no me hubiera atrevido á decir nada si su paternidad no se hubiera puesto á reprenderme como á un pelón, que yo creí que me quería dar palmetas: esa ha sido la causa de que yo salte.

—No, señor Silvestre, no—dijo Diego Corriente—; eso ha sido que se le ha subido á usted la lengua á la cabeza.

—No, señor—exclamó don fray Zoilo—; eso

es que la locura de la cabeza se le ha bajado á la lengua.

—El señor capitán, cuando habla de lengua—dijo el peletero—, no habla de la lengua con que yo hablo, sino de una lengua de vaca que me he comido con mucho gusto.

—Yo creo que no era de vaca, sino de buey—dijo siempre calmoso Diego.

—¡Hombre, pues no faltaba más, señor capitán, sino que usted se me viniera con indirectas!—exclamó el peletero.

—Hombre, ¿pues qué es más que una bueyada el faltarle al respeto á un señor tan digno, tan virtuoso, tan grave, tan merecedor de toda consideración, de todo respeto, de todo agradecimiento, como el fuerte varón á quien usted ha ofendido? Vamos, retráctese usted, señor Silvestre; pida usted perdón á su paternidad y después á su familia por lo que ha escandalizado, y no nos eche usted á perder el negocio, borrachín—añadió rápidamente y en voz baja—, porque le retuerzo á usted el pescuezo como á un gorrión.

Y miró de tal manera al peletero, que éste tembló de los piés á la cabeza.

—Vamos, ¿qué hace usted?—exclamó con cierta impaciencia Diego.

El peletero se acercó á don fray Zoilo, hincó las dos rodillas, y dijo con la cabeza inclinada:

—¿Me perdona usted, padre mío? no sé lo que me he dicho.

—De cristianos es perdonar—dijo agitado don fray Zoilo, y respirando con pena—; y luego, que no es suya la culpa, sino del demonio, que siempre anda suelto para tentar á las criaturas y perderlas. Vamos, álcese usted, señor Silvestre, álcese usted, que yo, indigno pecador, no puedo permitir que nadie esté ante mí de rodillas.

Alzóse el peletero, y á un mismo tiempo le bendijo con una mano irritada todavía por una excitación nerviosa don fray Zoilo.

—Tanto es esto obra del demonio—continuó don fray Zoilo—, como que dos criaturas tan sencillas como Mariquita y Pepa se han rebelado contra mí, que he hecho por ellas lo que hubiera hecho el padre más amoroso. Nada, nada, esto se acabó; no te levantes tú, Pepita, á pedirme perdón, que ya estás perdonada.

La muchacha había hecho un movimiento hacia adelante, pero había sido de impaciencia.

—Muchas gracias, padre mío—dijo con la voz concentrada Pepa—; le agradezco yo á usted mucho su perdón. Pero ¿qué es eso de que yo soy hija de un marqués?

—El diablo, el diablo con su vanidad y su soberbia que se ha metido en esta casa—dijo el fraile—: «vade retro Satanás»; será necesario exorcisar esta casa y bañarla de agua bendita para que huyan los malos.

—No son los malos, padre, no son los malos; es que usted ha dicho que yo soy hija de un marqués—contestó la tenaz muchacha.

—¡Silencio, digo!—exclamó el fraile—: lo que sea lo sabrás cuando convenga; entretanto, continúa obedeciendo ciegamente á los que has tenido y tienes por padres; que no tenga yo que aplicar un severo correctivo á esta rebeldía; mañana ya se habrá tomado una determinación Vámonos, señores, vámonos; me estoy ahogando, necesito respirar el aire libre: es forzoso también que yo hable con ustedes, señores. La paz de Dios sea en esta casa.

—Amén—contestaron todos—; buenas noches, padre nuestro.

—Que no os olvidéis de rezar el rosario, hijas mías—añadió el fraile saliendo.

—¡Por Dios, caballeros!—dijo la Marisaco abalanzándose rápidamente á los dos—; porque me temo que si no, suceda algo muy negro.

—Tranquilícese usted señora, que nada sucederá—dijo el marqués—; y adiós, y hasta mañana.

—Vaya usted con Dios, y que él nos saque en paz.

El marqués y Diego siguieron al religioso, á quien alumbraba humildemente el peletero, y poco después estaban en la calle.

Un bulto se despegó rápidamente de la pared de la casa, y llamó á Diego, que iba detrás.

—¿Traigo esta noche la escalera?—dijo.

—No, Celestino, no—contestó Diego—; pero toma para que no te quejes.

—Vaya usted con Dios, y muchas gracias—contestó Celestino.

Y se fué.

Al pasar el fraile con su lego, el marqués y Diego, más allá de la callejuela, un bulto pequeño que estaba oculto en la esquina se internó hacia allá, diciendo:

—Bien, muy bien, el negocio va á las mil maravillas: me parece que dentro de poco podré hincar las garras y los dientes en una presa.

Aquella voz ronca, nerviosa y acentuada, se parecía mucho á la del conde de Pinorrey.

VII

A otro día muy por la mañana, trece buenos mozos á caballo llegaban al ventorrillo del Cuco, á cuatro leguas de Sevilla, sobre el camino de Carmona.

Todos estos buenos mozos, vestidos á la flamenca, con los caballos enjaezados á la jerezana, con trabucos á las conchas de las albarbardillas y charpa de pistolas al cinto y gran cuchillo, llevaban cubiertos los semblantes con cumplidas caretas cuando entraron en el ventorrillo.

El Cuco, que era un tunante de á folio, al verlos echar pie á tierra, guiñó un ojo y dijo para sí:

—¿Quiénes serán estos marchantes? Pues «son-

si», mucho ojo ,que cuando traen tapada la cara, es que no quieren que los conozcan.

—¡A ver, Cuquillo cucarra!—dijo uno de los ginetes entrando solo en el ventorrillo y con la voz aflautada, lo que significaba que la fingía—: dame un jarro de aguardiente y un vaso, que nosotros nos las compondremos.

—Tú no tienes dientes—dijo el Cuco mirando de hito en hito al enmascarado.

—¿Y quién te ha dicho á tí que yo no tengo dientes, «gachó»?—contestó el otro.

—Tu habla, que no tropieza en ninguna parte, y que silbas las eses: tú eres un perdido á quien yo conozco mucho; tú eres Sata.

—Mira no te desate yo los alientos vitales—contestó Sata, que en efecto él era, y déjate tú de preguntas y de inquisitorias, que no eres tú alguacil, ni alcalde, sino un pícaro como el que más, y echa el aguardiente, y despacha.

—Allá voy, allá voy; y por ser para vosotros os lo voy á echar de lo bueno del Puerto, que no se ha de tratar menos á personas tan principales. Y di tú—añadió el Cuco mientras medía el aguardiente:—¿viene ahí Colorín?

—Sí, todo entero; pero cállate y no lo digas á nadie, porque cuando llevamos la cara tapada es porque importa que no nos conozcan.

—Oye: mucho se ha aumentado la partida de Colorín.

—Sí, hombre, se ha aumentado con cinco, y uno de ellos es el famoso Diego Corriente.

—¡Calla, demonio!—exclamó el Cuco—¡pues á fe á fe que no tenía yo muchas ganas de conocer á ese mozo.

—Pues quédate ahora con la gana, porque si vas y le dices que se quite la careta, es posible que te quite á ti la gana de mascar. ¡No hay hombre como él! Estamos locos de contentos. Unos cuantos días hemos estado en Sevilla, y ha conocido y se ha tratado con el Asistente, con el capitán general, y con todos los alcaldes y con todos los oidores.

—¡Pero ese hombre es el demonio! Ya ,ya me han dicho por ahí que es mucho hombre.

—¡Eh, tú, el de adentro!—dijo desde afuera una voz robusta:—¿se está pisando ahora la uva para hacer el aguardiente que necesitamos, ó será menester que entre yo y lo eche todo á rodar? ¿Qué tienes tú que andar en conversación con ningún perdido?

—Oiga usted, buen mozo—contestó el Cuco—: aquí seremos todo lo perdidos que usted quiera, pero tenemos muchísimo gusto en servir á usted, y en cuanto usted pase por este sitio, puede usted entrar como si fuera su casa y pedir lo que quiera, ¿entiende usted?

—Muchas gracias—contestó Diego—: lo que ahora hace falta es que venga pronto el aguardiente, y que sea bueno.

—Pues allá va; y tan rico, que no lo bebe mejor el arzobispo.

Salió Sata con un gran jarro vidriado lleno de aguardiente, y con una bandeja muy negra con seis vasos.

En seguida llenó los vasos, y los bandidos fueron tomando y bebiendo.

El aguardiente que el jarro contenía bastó para que bebiesen por tres veces.

—Ea, págale á ese, que hoy somos personas particulares—dijo Diego Corriente:—¡á caballo, y andando!

—Oiga usted—contestó el Cuco—: á mí la buena gente no me paga nunca nada, ¿entiende usted? porque yo á la buena gente se lo doy con muchísimo de regusto. Y oiga usted, buen mozo: á alguno de los que vienen con usted, que conocerá al Cuco, pregúntele quien soy yo; no vuelva usted á decir que me paguen lo que en mi casa toman. Con que buena salud y buen viaje.

—Con Dios—contestó Diego.

Y montaron á caballo y siguieron su camino.

A las seis de la mañana llegaron á la vista de Carmona.

Habían pasado por el viso, por la calle Real, sin temor á nadie, aunque su solo aspecto decía bien claro que eran bandidos.

El alcalde y el cura se paseaban por la Plaza: los vieron pasar, y el alcalde, que no tenía fuerzas para detenerlos, dijo al cura:

—¿Adónde irá esa nube, señor licenciado?

—Déjelos, déjelos que pasen y se larguen; no les diga usted una palabra, que esa es mala gente.

—¿Qué les he de decir yo, si dicen que anda por ahí un tal Diego Corriente que lo trae todo revuelto y que con él no puede nadie? Vayan con Dios, y que Dios les dé salud.

A la vista de Carmona, Colorín dijo á Diego:

—¿Y va usted á entrar en la ciudad?

—¿Y á mí qué se me da de Carmona? ¿qué nos pueden hacer? ¡que habrá migueletes! mientras se reúnen y van detrás de nosotros, ¿dónde estaremos ya? Anda, anda, chico, no quiero que de Diego Corriente digan que rodea, que por más que llevamos la cara tapada, ¿quién ha de andar por los alrededores de Sevilla más que nosotros?

—Pues, señor Diego, lo que usted quiera, pero mejor rodearía yo por las tierras de sembradíos, por las trochas, que las conozco, y no perderíamos más que unos minutos.

—¡Que no!—dijo Diego—: por la ciudad hemos de pasar.

—Pues adelante—dijo Colorín.

Poco después entraban en Carmona, y á tal tiempo en que el pregonero, con el escribano y con un tambor, pregonaba un bando que concernía directamente á Diego; pero aconteció que Diego no se encontró con el pregón porque andaba por otras calles, y llegó á la Plaza, donde arrimados á una esquina había mucha gente que leía un papel que estaba pegado á la tapia de las Casas Consistoriales en una gran tablilla.

—¿Qué diablos es aquello?—dijo Diego.—¿Por qué hay allí tanta gente? ¿qué es lo que leen? Vamos á ver. Colorín.

—Usted, capitán, está dejado de la mano de Dios.

—Mira no te siente yo la mía, que á mí no tienes que andarme con réplicas. Vamos á ver lo que es eso.

Y los trece buenos mozos se acercaron.

La gente al verlos se retiró un tanto alarmada, pero al ver que aquellos hombres de caretas negras no se metieron con nadie, y que á lo que iban era á ver lo que decía el bando, se reunió más gente, y al fin los bandidos se vieron rodeados por una gran multitud.

Diego Corriente echó pie á tierra, se acercó á la tablilla, y vió en el papel que en ella había puesto lo siguiente:

«Hallándose pendiente en la sala de señores »gobernador y alcaldes de su majestad, del crí»men de la Real Audiencia de esta ciudad, las »causas fulminadas contra Diego Corriente, vecino »de la villa de Utrera, por salteamiento en ca»minos, asociado con otros, con uso de armas »de fuego y blancas, insultos á las haciendas y »cortijos, y otros graves excesos por los cuales »se ha constituído en la clase de ladrón famoso, »y por los que con audiencia del fiscal de su »majestad y los estrados de la Sala se han »sustanciado las causas en su ausencia y re»beldía, llegando á tanto la insolencia y atrevi»miento del mencionado reo, que aun en el »mismo estado de estarse continuando el proce»dimiento, y llamado por edictos que se fija»ron en los sitios públicos, tuvo la osadía de »arrojarse á insultar, como de «facto» insultó »una hacienda: Por cuanto dichos señores, de»seando con el mayor esmero la quietud y sosiego »de la república, atemorizada con tan repeti»dos escándalos, y que se goce de la tran»quilidad que es debida para que no continúen »tan notables perjuicios y puedan los trajineros »viajar con total libertad, y mediante á lo que »exige su pronto remedio, sustanciadas las di»chas causas y concluídas, se ha dado y pronun»ciado por los mismos señores sentencia contra »el mencionado reo: Declarándosele por rebelde, »contumaz y bandido público; concediéndosele »facultad á cualquiera persona de cualquier estado »y condición que sea, puede libremente ofen»derlo, matarlo ó prenderlo, sin incurrir en pena »alguna, trayéndole vivo ó muerto ante dichos »señores; y en caso de aprehenderle vivo, le »condenaban y condenaron al referido á que sea »arrastrado, ahorcado y hecho cuartos, y puestos »en los caminos públicos, y en la confiscación »de todos sus bienes, aplicados á la Real Cá»mara. Para que con más facultad y brevedad »se logre el castigo del mencionado reo, se concede »el indulto á cualquier reo que lo prendiere ó »matare de sus delitos y penas, como no sean »del crímen de herejía, lesa-majestad y moneda »falsa. En caso que no tuviera ningún delito »el que lo entregare vivo ó muerto, respecto á que »el referido Diego Corriente es cabeza de ban»didos, se concederá indulto para dos delincuen»tes que nombrare el aprehensor, bien ausentes »ó presos, como no sean de los salteadores ban»didos ni hayan cometido alguno de los tres »delitos exceptuados. Cuya facultad de prenderlo »ó matarlo se entiende en cualquier sitio y lu»gar de estos reinos, ofreciéndose, como se ofre»ce por premio, además de lo referido, al que en»tregare muerto á Diego Corriente, un mil y »quinientos reales de vellón; y al que vivo, »doblada cantidad. Mandándose publicar y fijar en »los sitios públicos de los pueblos del distri»to de esta jurisdicción, para que á todos cons»te.—«Don Bartolomé García Almorquera».

»Edicto por el que se dá facultad y permiso »libre á cualquier persona de cualquier estado »y condición que sea, para que al bandido pú»blico Diego Corriente lo maten ó prendan, ofre»ciendo por ello el indulto y premios que se »prescriben».

Apenas Diego había leído el edicto, arrancó la tablilla, la pisó, y volviéndose al concurso y arrancándose la careta, dijo:

—Caballeros, yo soy Diego Corriente, el que pregona ese papelote de los grajos de Sevilla, y voy á ir allí y á traerme las orejas del regente y del alcalde mayor y de los oidores, aunque les ampare el mismísimo Satanás. Y si alguno quiere mi cabeza, en seguida, yo les diré á estos muchachos que se vayan ,y sólo me iré para el arrecife, á ver si hay algún bravo que vivo ó muerto me presente á mí á esos señores que pregonan mi cabeza. ¡Ahora, paso! ¡atrás todo el mundo!

Y montando á caballo, arremetió con los suyos por medio de la multitud, que le abrió paso asombrada, y se lanzó en la carretera en dirección del cercano reino de Córdoba.

—Pues señor—dijo Sata en el momento que escapaban de la ciudad—: si esto dan por la cabeza de Diego, también darán algo por la nuestra, y como hay tanta miseria, hay que andar con mucho ojo, Sata, no te conozca alguien y sepa que eres de la cuadrilla de Diego y te pesquen, porque un año de vida es vida, y yo no me dejaría matar, y te metan en la cárcel, y te ahorquen, y te descuarticen, y te pongan para escarmiento de pícaros. ¡Vaya unos señores! ¿Y qué les importará á ellos que nosotros andemos por aquí ó por allá, y que hagamos lo que cualquier pobre para no morirse de hambre?

—¿Qué murmuras tú, Sata?—dijo Diego Corriente:—¿te ha entrado «jindama» por lo del pregón? ¿Pues no has estado en Sevilla cuatro ó cinco días haciendo lo que te ha dado la gana, y nadie se ha metido contigo ni con ninguno de vosotros? En fin, alejaos, que yo me quedo aquí á ver si hay algún guapo de Carmona que salga á prenderme ó á matarme.

—Capitán—observó Colorín—: mire usted que

esto no lo manda Dios, que esas son temeridades, y que si ellos están en su derecho saliendo á buscarle, usted también está en el suyo de no dejarse coger, puesto que por su cabeza de usted pagan dinero.

—Pues eso es lo que yo digo, y por eso me paro. ¿Quién de vosotros quiere que le indulte la Real Audiencia de Sevilla y que le den por mi cabeza tres mil reales? Ea, el que piense así, que lo diga.

Todos callaron.

—¿Por qué calláis?

—Porque el que calla otorga—dijo Mochudo—; y cuando todos callamos, es porque queremos ir con usted hasta la fin del mundo, y no hay que decirnos si queremos entregarle vivo ó muerto. Lo que decimos siempre y ahora, es que queremos defenderle á usted aunque perdamos la salvación del alma.

—Ea, pues adelante—contestó Diego—; porque, bien mirado, creerán que vosotros estáis conmigo aunque me quede solo, y no habrá nadie que se atreva á salir al camino. ¡A ver, á la Sierra!

Y Diego y sus hombres siguieron caminando hasta que llegaron á las primeras estribaciones de Sierra Morena, como al medio día.

———

El paisaje empezaba á ser ya rudo.

Colinas de arena roja, barrancos, matorrales aquí y allá: Sierra Morena empezaba.

—¿Hay aquí alguno que sepa el Nido de la Cigüeña?—preguntó Diego.

—Sí, señor—contestó el Rayo—. Yo he estado escondido aquí algún tiempo, porque es un cerro tajado en el que puede defenderse un hombre aunque sea á pedradas. Pero el Nido de la Cigüeña está como á dos leguas á la derecha, y hay muy mal camino.

—Pues andando, valientes :allí hemos de llegar dentro de dos horas; guía tú, Rayo.

En seguida el Rayo avanzó su jaco y empezó á trepar por el fondo de un barranco del paisaje, y el terreno se hacía cada vez más accidentado.

Empezaban las rocas que iban tapando las encinas; cerrándose en fin la Sierra.

Muy pronto el Rayo adelantó por un sendero de grietas, y los bandidos tenían que ir á la deshilada.

—Pues bien—repitió el Rayo—: este es un buen terreno, y cuando yo estaba escondido, si hubieran venido á buscarme, no hubiera podido conmigo un ejército. ¡Y yo que le ando á palmos, señor Diego, y que no hay sitio que yo no conozca!

—Oye, tú, pues que tú sabes todo esto, ¿sabes adónde cae, como una legua del Nido de la Cigüeña, la ermita de las Palomas?

—Sí, señor: allí hay una ermitaña lo más buena moza que he visto en todos los días de mi vida; anduve yo tras ella y no pude conseguir nada, porque los habitantes de los alrededores la tienen en veneración por santa; y en fin, hay que respetar lo que las gentes creen, y que puede ser verdad que sea santa, y no hay que tentar á Dios; así es que nunca me enamoré yo de ella. Una vez la pedí agua al entrar en la ermita, y no me atreví á seguir adelante, y la dejé en paz.

—¿Y cuánto tiempo hace que te sucedió eso?

—Pues hace como cinco años.

—¿Y qué edad tendría la ermitaña?

—Lo más que tenía eran treinta años ó treinta y uno ó por ahí.

—¿Y era hermosa?

—¡Bah! señor Diego, parece que la penitencia la engordaba y la tenía con unos colores que daba gloria; y mire usted, señor Diego, que decían los de alrededor que la pobrecita no comía más que fruta seca y queso y pan, y no quería comer otra cosa; pero esto se lo llevaban de todas partes, y como siempre tenía repuesto, hasta para los pobres le quedaba.

—¿Y qué señas tiene esa mujer?

—Mire usted, es rubia como el oro, muy blanca como la nieve, con los ojos muy azules como el cielo, y muy hermosos, y tiene así, como una pena interna, como una cosa que la entristece; en fin, yo no sé, pero yo pregunté á los aldeanos de alrededor y á los cortijeros y á toda la gente que la conocía, y me dijeron que allí no iba nadie, que estaba sola, que no daba nada que decir sino mucho bueno, que tenía mucha caridad, y cuando había un enfermo en los alrededores, allí iba ella y le cuidaba, y si era pobre, iba á pedir limosna para él.

—Vamos, esa es una santa mujer—dijo conmovido Diego—; y me parece que no voy á adelantar nada.

—¿Pues qué, señor Diego, va usted á buscar á la ermitaña?

—Ya sabes que yo no gusto de que se me pregunte, y sobre todo, preguntas necias; porque cuando yo pregunto por ella, y si sabes á su ermita, claro es que voy á buscarla; y más me carga un tonto que un insolente.

—Perdone usted, señor Diego, que no he dicho nada.

—Sigue, hombre, sigue, y á ver si llegamos pronto.

Una hora después, el Rayo se detenía y decía á Diego señalándole un monte roqueño, tajado, pintoresco, situado al otro lado de un estrecho valle cruzado por un arroyo que podía llamarse riachuelo.

—¿Ve usted aquel monte?—dijo el Rayo—: pues aquél es el Nido de la Cigüeña. Ahora, tomando por aquí alrededor del valle é internándose por aquellas quebraduras, dentro de una hora, porque el camino es muy malo, llegaremos á la ermita de las Palomas.

—Pues adelante—dijo Diego.

Y continuó la marcha.

———

Antes de que pasase una hora, el Rayo se detuvo á la salida de un barranco, y señaló á Diego una ermita que había en medio de un valle odorífero, rico de vegetación, en que descollaban árboles frondosísimos, árboles frutales la mayor parte de ellos, y gigantescos castaños.

En aquel vallecito había algunos caseríos.

La ermita estaba á la entrada y era blanca, de un solo cuerpo, con una espadaña sobre la puerta, y en la espadaña un esquilón.

—Señor Diego, ¿ve usted?—dijo el Rayo—: aquella es la ermita de las Palomas, y se llama así porque ahora mismo, ¿lo está usted viendo? hay una nube de palomas revoloteando alrededor de la ermita; allí se anidan, y á la ermitaña la gustan mucho las aves, y la gustan también los riachuelos, y por eso hay un arroyo al lado de la ermita; la gustan también los animales domésticos, los patos y los gansos, y por eso en ese arroyo y en un remansito hay algunos patos y gansos; en fin, que la ermitaña no está sola, aunque puede decirse que su compañía es toda de animales.

—Bien, pues esperaos aquí, que yo voy solo—contestó Diego Corriente.

Y picando á su caballo, dejó el valle, adelantó al trote y llegó á la puerta de la ermita y echó pie á tierra.

La puerta de la ermita estaba cerrada, y en ella había una reja, y se veía una pared muy blanca cubierta de símbolos de milagros.

Al frente, sobre un altar, en un techo ornamentado aunque sencillamente, se veía la imagen de Nuestra Señora del Carmen.

Una lámpara ardía delante de aquella imagen.

Por fuera de la puerta había una cadena, destinada sin duda á llamar.

Echó pie á tierra Diego, tiró del llamador, sonó dentro una campanilla, y á poco se oyeron ligeros pasos, y apareció en la reja de la puerta la hechicera cabeza de una mujer. Diego se conmovió.

Aquella mujer era fuertemente hermosa.

Estaba en todo el esplendor de su juventud.

Pareció á Diego muy extraño, como antes le había parecido á Mochudo, que una penitente se conservase en aquel esplendoroso estado.

Por debajo de una toquilla blanca salían pesados rizos y unos magníficos cabellos dorados; su frente era serena, tranquila, majestuosa, sobre todo, llena de una gran pureza; sus ojos grandes, rasgados, hermosos, azules con el tono del cielo de la alborada en las regiones del Mediodía; era blanca, muy blanca, con el tono nacarado de la perla.

La cubría un hábito burdo que, á pesar de su rudeza, no encubría lo mórbido, lo esbelto, lo bello de las formas de la penitente.

Una capellina negra, puesta sobre su toca, caía hasta sus hombros; sus manos, una de las cuales estaba asida á un hierro de la reja, eran pequeñas y blanquísimas, de una suavidad tal, que se sentía con la vista.

—Señora—la dijo Diego—: ¿usted es doña Juana, la hija única del señor conde de Puerto-cerrado?

—¿Por qué nombra usted en este sitio á mi padre—dijo dolorosamente la ermitaña—, cuando por su muerte y por mis remordimientos, estoy aquí buscando y procurando merecer la misericordia del Señor? Yo soy la hermana Esperanza, no doña Juana: dejé ese nombre hace quince años.

—Pues bien, señora, ¿dejó usted en Sevilla una prenda de sus entrañas?

—¡Ah! ¡mi hija! ¿Por qué me trae usted su recuerdo?—exclamó la penitente.

—Abra usted la puerta, señora—contestó Diego—, porque tenemos mucho que hablar.

La penitente abrió, con la confianza que franqueaba sus puertas á todo el que llegaba á ellas.

—Bien, hablemos—dijo—, pero no hablemos en la ermita; yo vivo aquí enteramente consagrada á la oración: aquí no deben resonar palabras profanas.

—Como usted quiera, señora — contestó Diego.

La penitente salió, atravesó el arroyo por un puentecito hecho por troncos de árboles; la seguía Diego, teniendo su caballo de las riendas.

La penitente se dirigió á una espesura de castaños, bajo la cual se veía un tapiz de verde y hermoso césped. Allí la penitente se detuvo y se sentó sobre el tronco de un árbol, y dijo á Diego:

—Siéntese usted, y dígame usted con qué objeto viene.

Diego se sentó y permaneció con la careta puesta.

—¿Por qué ese incógnito?—dijo la penitente—: ¿por qué se encubre usted el semblante? yo estoy segura de no conocer á usted; me parece joven, y hace quince años que yo no tengo trato más que con la pobre gente de estos alrededores, y eso cuando me necesitan para algo, cuando están enfermos, cuando la cosecha ha sido muy mala y es necesario alejarse un poco para pedir; entonces es únicamente cuando yo trato con el mundo, y eso para hacer el bien que pueda.

—Dios bendiga á usted, señora—contestó Diego—: ¡ojalá pudiera yo hacer lo mismo que usted! y permítame que no me quite la careta, porque es un voto que tengo hecho de no mostrar mi semblante á nadie hasta cierto tiempo, y ese tiempo aun no ha concluído.

—Yo respeto mucho todos los votos, como quiero que se respeten los míos; pero extraño mucho que tenga hecho ningún voto á Dios, porque la presencia de usted, Dios me perdone, me parece la de un bandido.

—No, no señora, no hay tal; es para andar seguro á campo traviesa por estrechas sendas: este es el mejor traje que puede elegirse, por-

que de otro modo se está expuesto á que Diego Corriente le robe á uno.

—Pero de todos modos, si ese Diego Corriente, ése, cuya perversa fama ha llegado hasta aquí, conoce la falsedad, se irritará y será más terrible que si le encontrara á usted con su traje natural.

—Señora, este es un misterio—contestó Diego—, y suplico á usted prescindamos de todo; á mí me envía don fray Zoilo de Manos-muertas.

—¡Ah! ¿le envía á usted don fray Zoilo?

—Sí señora, me envía con una carta: ¿usted conoce la letra de ese señor?

—Sí, por cierto: me escribe todos los meses indefectiblemente, aunque yo, como mi voto me impide tener relaciones de ningún género con el mundo, no le contesto; así es que él muchas veces me dice: No sé si escribo á una muerta que no puede leer mis cartas. Sin embargo, las envía al cortijo de Vivancos, como siempre.

—¿Quién es ese Vivancos, señora?

—Un cortijero que cuida de mí y está dispuesto siempre á defenderme; desde aquí se ve su cortijo: es aquél que está en aquella alturita.

—¡Ah, ya, sí! pues no le conozco: es verdad que yo conozco muy poca gente en la Tierra Baja; como que he andado muy poco por ella. ¿Y ese cortijero, guarda el secreto de que usted es viva ó muerta?

—Es muy temeroso de Dios, y sabe cuál es mi voto y le respeta.

—Don fray Zoilo es un excelente sujeto, y me ha dicho que ignora si usted es viva ó muerta, y yo he venido á la ventura; sin embargo, por lo que usted dice, no quiere privarla á usted del consuelo de que sepa que piensa en ella, y sin duda en sus cartas le da á usted noticias de algunas personas muy queridas de usted, porque todo puede olvidarse en el mundo, pero no se olvida nunca á los hijos.

—¿Qué sabe usted?

—Sí, sí señora; el padre don fray Zoilo tiene en mí una gran confianza. Pero he aquí su carta, señora, que será más elocuente que todo lo que yo pueda decir á usted.

Y Diego sacó su cartera, y de ella una carta que entregó á doña Juana.

Ella la leyó conmovida.

Su mano trémula agitaba el papel.

La carta decía así:

«Mi querida hija: Te escribo, no como otras veces para decirte que te amo siempre y que ruego á Dios por ti y que cuido de tu hija para hacerla, como tú, una buena cristiana, y tal vez mañana una santa.

»Ahora, como siempre, no sé si esta carta podrá ser recibida por ti, porque ignoro si eres viva ó muerta.

»El dador es un capitán de infantería, un caballero, en toda la extensión de la palabra.»

—¡Ah!—dijo la penitente—: perdone usted, señor, si me he equivocado; pero ese traje... ¡qué rareza haber adoptado ese disfraz! y sobre todo, ¿por qué encubrirse conmigo?

—La curiosidad, señora, debe estar muy lejos de las penitentes ermitañas—contestó Diego buscando la evasiva é impidiendo de este modo nuevas preguntas á trueque de ser grosero.

La penitente se sonrojó de una manera leve por la advertencia de Diego, y continuó leyendo la carta:

«Es necesario de todo punto que vuelvas al mundo: lo exigen las circunstancias. Tú exageras demasiado tu culpa; no tuviste parte alguna en el asesinato de tu padre: aquello fué una infamia urdida por miserables, y de la misma manera abusaron del señor marqués de Rodovilla, á quien tampoco puede culparse de la muerte de tu padre.»

Gimió la penitente, se le nublaron los ojos, y después continuó en la lectura.

«Aquello fué un abuso de la credulidad del señor marqués: éste sólo había pedido hechizos y conjuros para que te sacasen del poder de tu padre, que se había negado á concederte á él por esposa; pero había dado en una caverna de ladrones, y éstos tenían ya preparado un robo á tu padre, que del mismo modo, y sin la intervención del señor marqués de Rodovilla, hubiera sido muerto.

»Es necesario, pues, que no te obceques: la culpa que el señor marqués de Rodovilla cometió, fué olvidarse de Dios y apelar á hechizos, á conjuros y manejos malditos; pero ya le absolvió el santo tribunal de la Inquisición, y á más de eso, el señor marqués fué á Roma y le absolvió también el Soberano Pontífice. El pecado consistió en entregarte á un hombre que no era tu marido, y ese pecado se subsana con un matrimonio.

»Te escribo en la esperanza de que atenderás á la razón y de que meditarás acerca de esto que te escribo, mientras que yo, si el señor capitán portador de esta carta te encuentra viva y me avisa de ello, voy á verte y á decirte más por extenso las razones que tengo para aconsejarte que vuelvas al mundo.

»Voy á apuntarte, sin embargo, estas razones.

»Tu hija está tan hermosa como tú cuando sucumbiste á los amores del señor marqués de Rodovilla, y además de esto está muy bien criada y es muy cristiana; pero se cree de estado humilde, porque yo he hecho que la recibiesen en su familia unos pobres industriales y que la tratasen como hija suya legítima, pero quedándome con un resguardo autorizado y legalizado en forma, para que siempre pudiese constar que no era su hija, y que si aquello se había hecho, era por una obra de caridad.

»Ahora bien: Pepita se ha enamorado de un gran señor que la adora.

»El señor se llama don Pedro Valcárcel, marqués de Vadoclaro, grande de España y coronel del regimiento de Dragones del Rey, número 1; pero este gran señor es millonario, joven y buen mozo, y del cual está enamorada tu hija hasta el punto de ser capaz de todo si no se casa con él: yo no creo tener poder para quitar á tu hija el estado civil que la corresponde.

»Debes, pues, no sólo volver al mundo, sino casarte con el señor marqués de Rodovilla, al cual pienso ver y amonestar y compeler, á fin de que consienta en casarse contigo.

»Probablemente mientras tú estés hablando con el señor capitán portador de esta carta, estaré yo hablando con el señor marqués de Rodovilla, acompañado de su sobrino el señor marqués de Vadoclaro, que así lo determinamos anoche.

»El asunto es, pues, grave, de necesaria y pronta resolución: no vayas, por un celo religioso mal entendido, á causar desgracias irreparables; tu hija está desgraciadamente enamorada con toda su alma, y tiene la misma fuerza de voluntad que tú, y será capaz de romper por donde se encuentre obstáculos, á pesar de mi cuidado y de mi vigilancia.

»Por otra parte, el señor marqués de Vadoclaro está también apasionado de ella, y es tan rico, que será capaz de todo; y como estamos en una época en que todo lo hace el dinero, me temo desventuras sin fin si tú te obstinas en no volver al mundo.

»No tengas cuidado alguno por tu voto, porque el señor arzobispo te absolverá mientras llegue la absolución suprema del Santo Padre.

»Medita pues bien, hija mía, en esto que te escribo, y está preparada para cuando vaya á verte y á decirte de palabra todo lo que no hago más que apuntarte en ésta.

»Dios te dé su bendición, si es que estás aún sobre la tierra, é ilumine tu entendimiento para que obres de la manera más conveniente á tus deberes.

»Siempre tu amigo y tu padre que por ti ruega á Dios y te ama.—«El padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas.»

Cuando hubo acabado de leer esta carta doña Juana, la besó, dejó caer las manos sobre sus rodillas y la cabeza sobre su pecho, y se quedó profundamente pensativa.

—Esto es grave, muy grave—dijo al fin levantando la cabeza—; se me pide un terrible sacrificio: yo estaba aquí bien en mi soledad buscando el perdón de Dios: es cierto que se me ofrece la absolución del Soberano Pontífice, y cuando me la ofrece don fray Zoilo, que es un varón de gran ciencia y de gran sabiduría y de una conciencia intransigente, será posible. En efecto, ha podido haber exageración en mí, pero casarme yo con ese hombre, con ese marqués de Rodovilla, con ése que me abandonó cobardemente, que me dejó entregada á unos miserables, ¡oh, Dios mío, Dios mío! este sacrificio es espantoso, y bien puede ser que esta sea la gran penitencia que me tiene reservada el Señor. ¿Y usted cree, caballero, que el marqués de Rodovilla consentirá en casarse conmigo?

—Puede ser, señora, que haya contestado rotundamente al padre don fray Zoilo y á su sobrino el marqués de Vadoclaro que no, porque supondrá que usted estará ya vieja y gastada; en una palabra, insoportable.

—¡Oh, Dios mío! ¿qué dice usted?

—Sí, señora: el marqués de Rodovilla no quiere más que con los sentidos; es un pícaro: yo tengo grandes motivos para estar muy disgustado de él. Es además muy soberbio, y está en pugna con su sobrino el señor marqués de Vadoclaro: no sé, no sé lo que allí estará aconteciendo ahora mismo; puedo asegurar á usted que si deja los hábitos, se viste convenientemente y se presenta al marqués de Rodovilla, se embriaga y se casa.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque, señora, está usted hermosísima; parece que la han engordado la soledad y la penitencia: no creía yo encontrar á una tan hermosa señora encerrada en una ermita.

—¿Y qué quiere usted? yo no he hecho nada para lograr esto: mi lecho es un jergón lleno de hojas secas, mi alimento frugal y escaso, la oración mi ocupación contínua, las mortificaciones mi entretenimiento, la caridad el fuego que me refrigera y me mantiene.

—¿Y qué quiere usted, señora, qué quiere usted? la Providencia no ha querido que usted pierda nada de su hermosura, y á pesar de todo lo que ha sufrido, está usted como si se hubiera cuidado con el mayor esmero.

—Lo siento.

—No lo sienta usted, porque esa hermosura que providencialmente conserva Dios á usted, tal vez es la salvación de su hija.

Y pasó algo siniestro, algo de remordimiento por el alma de Diego, que creía haber perdido á Pepita.

La penitente le conmovía.

Diego Corriente era luz y sombra; tenía un mal instinto en su sangre de bandido; su ferocidad, aunque dominada, como lo hemos dicho ya, era ingénita, había sufrido mucho, había sentido una horrible sed de venganza, y había acabado por caer en una monomanía persiguiendo aquella venganza.

La amargura del corazón de Diego Corriente se aumentó, su semblante palideció, pero no tembló.

Afortunadamente, la cumplida careta cubría su semblante, y cerró los ojos temeroso de que apareciese en ellos la acusación del sentimiento lúgubre que había pasado por su alma.

—En fin, señora—dijo levantándose, porque empezaba á causarle miedo la penitente y temía

en un momento de olvido revelarse:—¿y qué quiere usted que diga á don fray Zoilo?

—Dígale usted que venga, que hablaremos, que las razones que me ha dado en la carta son tan graves, que casi casi me han decidido.

—Gracias, señora, gracias—contestó Diego:—¿y en qué puedo servir á usted?

—En ir cuanto antes á decir á don fray Zoilo lo que le he dicho á usted.

—Pues adiós, señora; en ocasión más propicia podremos conocernos.

—Adiós, caballero, y que él ayude á usted si necesita usted ayuda.

—Dios la oiga á usted, señora.

Y montando á caballo, y como quien huye, se alejó al galope.

—La Providencia de Dios—dijo mientras se alejaba—, ha conservado la grande hermosura de esta señora: ¡la Providencia de Dios!... Y sin embargo, su hija... ¡Ah! ¡yo he perdido á su hija! ¡Colorín! ¡Colorín es un lobo! ¡Y el marqués!.. .Aquí va á suceder algo terrible: pero yo sujetaré á Colorín, y si es necesario, le mataré.

Y Diego apretó las espuelas á su caballo, y partió al galope hacia el lindero en donde empezaba el barranco en que estaban ocultos sus bandidos.

Llegó al fin á él, y les dijo:

—¡A caballo, y á la venta de Espolones!

En la venta de Espolones habían dejado los trajes con que habían estado disfrazados en Sevilla, para tomar sus trajes de bandidos y sus caballos.

La marcha se emprendió, y aquella noche pasaban por fuera de Carmona, pero atravesando por medio las poblaciones del tránsito, y llegaron á la venta de Espolones, situada entre Marchena y Sevilla.

Busquemos ahora en aquel mismo día, en Utrera, al padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas y al coronel marqués de Vadoclaro.

VIII

Apenas hubieron salido la noche anterior de la calle del Hombre de Piedra y entrando en la de Santa Clara don fray Zoilo, el marqués y Diego, el primero dijo:

—Es necesario tomar una providencia enérgica: ya han visto ustedes, señores, con qué insolencia se me ha rebelado ese mal pecador de Silvestre Ardilla, y aunque yo le haya perdonado con toda mi alma, no puedo ya fiar en él; es necesario arrancar de su poder cuanto antes á esa inocente paloma que va resabiándose con el mal ejemplo, porque sabe Dios lo que sucederá en esa casa cuando yo falto de ella. ¡Y la Mariquita Saco habérseme rebelado también! ¡la Mariquita, esto es terrible! ¡y he hecho por ellos más que un padre! Pero vamos, vamos andando, que necesitamos llegar antes de las Animas al convento.

Y el buen religioso echó á andar apenado, con sobrealiento, excitado, y con más rapidez á causa de su excitación de lo que parecía permitírselo su gordura.

Un cuarto de hora después de haber salido de casa de Silvestre Ardilla, y sin hablar ni una sola palabra porque la fatiga se lo impedía á don fray Zoilo, y los otros callaban por respeto, llegaron al convento á tiempo que daban en él las ánimas.

Subieron á la celda del religioso, y éste, después de haber descansado y de haber bebido un gran vaso de sangría hecha con agua fresca, dijo:

—Es necesario que estas bodas se hagan: la del señor marqués con Pepita, y la de usted, señor capitán, con la señorita de Rodovilla; porque mis muchos años de confesonario me han dado un gran conocimiento del corazón humano, especialmente del corazón de la mujer, y por lo que he visto esta tarde en el locutorio, mucho me engaño si la señorita de Rodovilla no está apasionada de usted.

—¡Oh, sí, padre mío!—contestó Diego: Dolores y yo nos amamos con toda nuestra alma, y no habrá inconveniente sobre el cual no pasemos para unirnos.

—Lo mismo digo yo—dijo el marqués—; porque tal estoy por Pepita, y tal se conoce está ella por mí, que seríamos capaces de echar abajo la muralla de la China, si entre los dos nos la pusieran para lograr juntarnos.

—Pues bien—dijo el fraile; es necesario para que se consiga este objeto, buscar á la hija del conde de Puertocerrado, á doña Juana, que no sé si vive aún, porque aunque yo la escribo todos los meses al cortijo de un tal Vivancos, ella cumpliendo con su voto no me contesta, ni el cortijero me dice nada, porque está enterado del voto de doña Juana y lo respeta: ¿y quién irá á buscar á esa señora?

—Yo buscaré gente que vaya á buscarla, padre mío—dijo Diego—, y la encontrará muy pronto si usted nos da las señas.

—Las señas son muy claras: hay en los principios de Sierra Morena, yendo á ella por el camino de Carmona á Córdoba, una peña que se llama el Nido de la Cigüeña; á la derecha de esta peña, y como á una legua de distancia, á la entrada de un valle fructífero está la ermita de las Palomas; en esa ermita, si no ha muerto, debe encontrarse doña Juana.

—Pues con esas señas, esté vuestra paternidad seguro de que la gente que yo envíe dará con esa señora, si es que no ha fallecido.

—Pues bien: voy á escribir una carta para esa señora, que entregaré á usted para que se la dé á la persona que haya de buscar á doña Juana.

El religioso escribió la carta que ya cono-

cemos, leyóla en alta voz después de escrita, la cerró y puso por sobre:

«A la hermana Esperanza, de la ermita de las Palomas, en Sierra Morena, del padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas. En propia mano».

Entregó el religioso esta carta á Diego, que la guardó en su cartera.

—Mañana muy temprano, señor marqués—dijo el religioso—, iremos á Utrera á buscar á su tío de usted, y á hablarle al alma: tenga usted á las cuatro en punto una carroza á las puertas del convento, con buen tiro de mulas para que lleguemos pronto; y no estaría de más una escolta de dragones, por si el diablo hace nos encontremos con ese protervo, con ese infame Diego Corriente. ¡Dios nos libre! Sólo de pensar en que yo podía hablar con él se me cae el alma á los piés, y necesito acogerme al poder de Dios, que protege siempre á sus ministros, para no morirme de miedo al solo pensamiento de encontrarle: ya saben ustedes que los religiosos, por nuestro estado, tenemos licencia para ser todo lo tímidos que queramos.

—Pero la timidez de usted es exagerada, padre—observó Diego—; yo estoy seguro de que ese Diego Corriente no es tan malo como se dice: se miente mucho, porque mentir no cuesta el dinero, y si las cosas son como dos, los embusteros las abultan como doscientos ó como doscientos mil.

—Sea lo que le diere la gana—se apresuró á decir don fray Zoilo—, me alegraré mucho de no encontrarme con ese malvado; y por si acaso, no estará de más que nos acompañe, señor marqués, una buena escolta de su regimiento.

—Por eso no quede—contestó Vadoclaro—; en cuanto salga de aquí me voy á pedir la necesaria licencia al capitán general.

—Pues ya puede usted ir á ello—dijo don fray Zoilo—, porque yo también, antes de que se recoja, voy á pedir la debida licencia á mi superior.

—Y yo—dijo Diego—, voy á buscar la gente que ha de ir á llevar esta carta á esa señora.

—Pues buenas noches, amigos míos.

—Buenas noches—dijo don fray Zoilo—; no se puede tener por mucho tiempo visita á estas horas en el monasterio, y además todos tenemos que hacer.

—Pues hasta mañana, padre—dijo el marqués—, que vendré con una comodísima carroza y con la primera compañía del primer escuadrón de mi regimiento para que nos sirva de escolta; y daría algunos miles de pesos porque nos saliese al camino el tal Diego Corriente, porque tengo yo que ajustar con él unas cuentecillas que me debe, y que se las he de cobrar ó he de poder poco.

—Allá lo veremos—contestó Diego Corriente con un acento tal, que sonó de una manera lúgubre en los oídos del fraile y del marqués.

—¿Y qué hemos de ver?—dijo éste:—¿usted cree que no soy yo hombre para comerme á ese bandido con caballo y todo si se me pone delante?

—Pues cuando llegue ese caso—repuso Die-

Por el amor de Dios, que no tengo la culpa (pág 51.)

go—, le deseo á usted mucha suerte, marqués.

Después de esto se despidieron definitivamente del religioso, y salieron.

El marqués de Vadoclaro se fué en derechura á la capitanía general: Diego Corriente al mesón del Galápago, adonde paraban Sata y Colorín.

Estaban durmiendo, porque como no les gustaba mucho andar por Sevilla, por poderosísimas razones, se acostaban temprano y de día salían muy poco, y aun así, tomaban por la inmediata puerta de Carmona y se iban al campo.

—¡Arriba!—les dijo Diego Corriente—: es necesario trabajar; á buscar á todos los muchachos, y que se salgan fuera de Sevilla antes de que se cierren las puertas, y á reunirnos todos en el ventorrillo de Espolones; anda tú á avisarles, Sata; tú, Colorín, ensilla los caballos y andando.

Media hora después, estaban fuera de Sevilla Diego Corriente y sus bandidos, reunidos en el ventorrillo de Espolones.

Allí dejaron los trajes que los disfrazaban, tomaron sus propios trajes, montaron en sus caballos, se pusieron sus caretas, que llevaba prevenidas Diego desde Sevilla, y á la media noche marchaban por el camino real de Córdoba.

Ya sabemos lo que sucedió.

A las tres y media de la mañana paró un gran coche de camino, del que tiraban ocho poderosas mulas, delante del convento de la Santísima Trinidad en Sevilla.

Una compañía de dragones formaba en batalla delante del convento.

Un asistente, á caballo, tenía otro de la mano junto al coche.

De éste salió el marqués de Vadoclaro, que llegó á la puerta del convento y llamó sin reparo, tirando de una manera formidable de la cadena de la campanilla de la portería.

Acudió soñoliento el lego portero.

Al ver por la ventanilla el coche y los soldados de á caballo—dijo antes de que hablara el marqués, descorriendo al mismo tiempo los enormes cerrojos de la puerta:

—Sí, sí, ya sé á lo que vuecencia viene; entre vuecencia.

Y al mismo tiempo se abría la puerta, y el marqués entró, y el lego, volvió á cerrar, y seguidamente condujo al marqués á la celda de don fray Zoilo, que se abrió inmediatamente que llamó el portero, y apareció soñoliento y con una lamparilla en la mano el hermano Pascual.

—Su paternidad—dijo éste—, duerme, pero me ha dicho que en el momento que llegue vuecencia, le avise; entre vuecencia.

El marqués entró.

Don fray Zoilo fué despertado, y media hora después, para no entretenernos en diálogos inútiles, el religioso entraba en el coche con el marqués de Vadoclaro, se colocaba en la delantera el lego y se rompía la marcha.

No necesitamos ocuparnos de lo que hablaron durante el camino, el marqués de Vadoclaro y don fray Zoilo, porque nada nuevo diríamos á nuestros lectores.

A las once del día, el carruaje y su escolta paraban en la calle de Porras, de Utrera, en la puerta del marqués de Rodovilla, y Hormiguilla veía con asombro bajar del coche al sobrino de su amo, el señor marqués de Vadoclaro, acompañado de un gordo y respetable fraile.

—¿Está en casa mi tío?—dijo con un desenfado altanero el marqués.

—Sí señor que sí, que está en casa—dijo echándose á temblar Hormiguilla, porque se le hacía muy duro decir á su amo que le buscaba su sobrino, y temía las consecuencias.

—Pues si no quieres que yo te descoyunte de un puntapié—dijo el marqués de Vadoclaro á Hormiguilla, ve y dile á mi tío que viene á buscarle el respetable padre maestro de la casa de Trinitarios de Sevilla, don fray Zoilo de Manosmuertas, y que yo le acompaño; y no me vengas con disculpas, porque ya sabes como yo las gasto.

Entróse Hormiguilla para adentro, pero con una grosería infinita cerró la puerta, dejando fuera á su paternidad y á su excelencia.

—A ese le voy yo á rajar en cuanto salga—dijo el marqués—; y ha cerrado la puerta porque me ha cogido desprevenido. ¡Si es una tontería! ¡si yo he debido meterme de rondón llevándolo á usted á remolque, padre fray Zoilo! Porque como si lo viera, mi tío, en sabiendo que yo estoy aquí, va á decir que no está en casa: no nos podemos ver, padre, y esto acabará mal, yo se lo aseguro á usted, porque un día me canso y le meto mano á mi tío, y se acabará este belén como el rosario de la aurora.

—Paciencia, señor marqués, paciencia; y sobre todo, no coloque usted en lugares indignos las cosas nuestras; hay que respetar al santísimo rosario, y no valerse de él para comparaciones livianas.

—Calle usted, padre, calle usted, que ya siento á Hormiguilla que se acerca.

En efecto, se abrió á poco la puerta, y Hormiguilla dijo:

—El señor marqués no está en casa, me he equivocado yo al decir que estaba.

Vadoclaro no contestó, dió un empujón á Hormiguilla, y á costa de tres traspiés, no vino al suelo, y se entró, diciendo al fraile:

—Sígame usted, padre, y cierre la puerta, que yo voy á abrir á ese en canal.

Y tiró de la espada con un aire tal, que

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

Hormiguilla se arrodilló, y abriendo las manos, dijo:

—¡Por el amor de Dios, que yo no tengo la culpa; no vaya vuecencia á hacer una atrocidad con un inocente.

El fraile acudió.

Era aquel un buen cuadro.

Un coronel de dragones, atlético, membrudo, con un enorme casco de crestón de piel de oso y cola de caballo colgando, con su gran casaca de faldón ancho y largo con solapas sueltas, charreteras de garra de león en los hombros y tres galones en las mangas, guantes con manoplas, pantalón blanco, de punto, muy ceñido, bota alta de montar con grandes espuelas, con el brazo derecho levantado como para tirar un mandoble con una incommensurable espada; delante un patán, ya de cierta edad, de rodillas, é interviniendo en segundo término un enorme fraile trinitario, con un sombrero de canal, y con los brazos abiertos, como para evitar la efusión de sangre; y esto en un gran portalón de una casa de solar con su imagen y su lámpara, y otro cuadro con un grande escudo de armas.

———

—Si no quieres perecer, Hormiguilla—dijo Vadoclaro—, ahora mismo me vas á llevar á la habitación en que está mi tío.

—Pues entre que vuecencia me mate, ó que el señor marqués me eche, no hay que dudar—dijo Hormiguilla levantándose—: venga vuecencia, que yo le llevaré á la sala baja, donde está muy fresco y muy de bata su señor tio.

—Eso es otra cosa—dijo el marqués envainando su espada—; así, te perdono: echa á andar.

Hormiguilla, todo trémulo, porque de rehusar sabía bien que le mataría el marqués de Vadoclaro, y no le sabía tampoco muy bien el que su amo el marqués de Rodovilla le diese una paliza y le echase á la calle por haberle desobedecido, echó á andar, pasó por la puerta del medio, atravesó la puerta de los cenadores, y se metió por una gran puerta en una sala baja, donde haciéndose aire con un abanico, de aquellos que se llamaban periconeros, y paseándose, al parecer, muy de mal humor, estaba de bata seda con chinos estampados, en babuchas, con medias de seda y calzón corto, dejando ver la calva, el marqués de Rodovilla. Detúvose á la puerta de la sala el mayordomo y dijo:

—Lo que es yo no entro delante de vuecencia y hágame el favor de decir á su excelencia que yo no tengo la culpa, sino vuecencia que me ha atropellado.

Valióle esta frase mal escogida á Hormiguilla un cogotazo del marqués, que inmediatamente se entró en la sala y se puso de improviso, llevando á retaguardia y como de reserva á don fray Zoilo de Manosmuertas, delante de su tío.

—¿Qué es eso?—exclamó el marqués de Rodovilla poniéndose irritado, lívido de cólera—; ¿cómo te atreves á presentarte delante de mi vista, canalla?

—Mire usted, tío, á pesar de lo del gato de Angola y de todos los pleitos que entre nosotros hay, y que son interminables, han llegado las cosas á tal situación, que no hay otro medio sino que nos entendamos ó que acabemos de una vez por rompernos la crisma.

—Sálgase usted inmediatamente de mi casa—exclamó airado el marqués de Rodovilla—, ó llamaré á mis criados, y haré que le echen á palos; y si usted entabla una lucha, haré que le maten á escopetazos como si fuera un bandido que se hubiera introducido por la fuerza en mi casa.

—Usted, señor marqués, no hará eso—dijo gravemente don fray Zoilo adelantando—; porque si sus criados de usted son capaces de obedecerle cuando impremeditadamente, y cegado por la cólera, manda dar una paliza á su sobrino el señor marqués de Vadoclaro, no se atreverán ciertamente á vapulear y echar como un canalla á un ministro del Altísimo que viene aquí con palabras de mansedumbre en los labios y con buena voluntad en el corazón.

—Esta es una nueva alevosía que no te perdono—exclamó en el colmo ya de la irritación el marqués de Rodovilla. Tú te has amparado en la religión, á la cual yo venero y respeto, para introducirte en mi casa, y vienes sin duda á darme un nuevo sentimiento.

—Tío—dijo el marqués de Vadoclaro, que tampoco estaba muy sereno: sentémonos, que no es justo que por nuestro odio nos olvidemos de la cortesía y de lo que se debe á un tan respetable varón como don fray Zoilo, que viene bastante cansado.

—Sentémonos—dijo el marqués de Rodovilla. Ya conozco yo desde hace tiempo al respetable señor padre don fray Zoilo—añadió el marqués con acento inseguro y con la mirada vacilante—; porque ha habido una gran desgracia en mi vida en que el respetable padre maestro ha tomado una gran parte.

—En verdad—dijo don fray Zoilo—, que usted, señor marqués, no ha correspondido muy bien al gran cuidado que yo he echado sobre mí, por causa de usted, porque yo no era culpable de que usted se hubiera olvidado de Dios y de lo que debía á Dios y á los hombres por el amor de aquella desventurada doña Juana. Y después, lo que he extrañado sobremanera, es que sabiendo usted que yo había terciado en aquel negocio de una manera importantísima y decisiva, no me haya usted preguntado nunca jamás qué ha sido del fruto de aquellos miserables y pecaminosos amores.

—Padre don fray Zoilo—exclamó el marqués—, he tenido miedo de preguntar á usted.

—Nunca se debe tener miedo para satisfacer la conciencia; y aunque usted nunca me haya preguntado como debía hacerlo ahora, por el

el fruto de aquellos insensatos amores que produjeron la tan notable desdicha de la muerte del honradísimo, cristianísimo y nunca bien como se debe, ponderado por sus virtudes, conde de de Puertocerrado, muriendo á manos de bandidos infames, de lo cual usted, aunque sin intención del crímen, es también culpable, yo le diré ahora, señor marqués de Rodovilla, que el fruto de esos amores es una hermosa doncella de quince años, rubia como el oro, blanca como el alma de un justo, con los ojos azules y tranquilos como el empíreo, inocente y bien criada; como que la he criado yo, que soy su tutor por la voluntad de su madre y su preceptor, y desde que tuvo razón para ello, su director Puertocerrado, muriendo á manos de bandidos espiritual.

—Muy bien, padre, muy bien—dijo el marqués de Rodovilla casi compungido, no de emoción, sino de apuro, porque no sabía qué contestar—. Yo agradezco á usted infinito lo que ha hecho por mi hija, y si es necesario que yo ayude á usted en algo, tal como para darla un dote para que se case, no tengo inconveniente alguno.

—¡Hola!—exclamó el marqués de Vadoclaro—: ¿con que usted, mi excelente tío, confiesa que tiene una hija habida á trasmano, y si se quiere criminalmente, de la hija única del conde de Puertocerrado?

—No puedo negarlo—contestó el marqués de Rodovilla—; pero circunstancias ha habido que me han impedido cumplir conforme lo querían mi amor y mi conciencia.

—Pues ha de saber usted, mi excelente tío, que su hija no necesita para nada de usted, ni de su dote para casarse, porque con quien se va á casar es conmigo.

—¡Contigo!—exclamó el marqués—: ¡contigo esa señorita.

—Su hija de usted, llámela usted su hija—dijo severamente don fray Zoilo—, porque su hija de usted es.

—Sí, señor, mi hija—dijo atortolado el marqués—. ¿Y de veras te vas á casar con esa hija bastarda mía?

—Sí, señor, con esa, porque me gusta más, mucho más que mi prima Dolores. Es más robusta, más hermosa y más á propósito para darme hijos que sepan sostener con honra y esplendor mi nobleza, sí señor, sí; pero para que yo me case con mi prima Josefa, es necesario que usted se case con su madre y la legitime.

—¡Cómo!—exclamó el marqués de Rodovilla—: ¡que me tengo yo que casar para darte gusto y para que tú puedas casarte con una hija mía á quien no conozco! ¡Pues esta es más negra! ¿Y tú empeño de casarte con mi hija legítima Dolores? No, marqués, eso no lo conseguirás nunca de mí, no. ¡Pues contento estoy contigo! y sobre todo, que juré odio á muerte á toda tu casta desde que me asesinó el gato de Angola de mi mujer tu perverso padre, y no puede haber transaciones ni paz entre nosotros, no señor, sino pleitos y más pleitos y muertes: mi hija Dolores está en un convento, y allí se pudrirá, porque será monja, y mi hija Josefa se quedará como está, porque yo no puedo casarme con su madre.

—Poco á poco, señor marqués de Rodovilla—dijo el religioso—. Usted no solamente puede, sino que debe casarse con la hija del señor conde de Puertocerrado, ó de otra manera faltará usted á su conciencia y á su deber: será usted decididamente un malvado, y si se ratifica en ello, yo lanzaré sobre usted toda la excomunión que puedo y debo lanzarle.

Se echó á temblar el marqués de Rodovilla, porque no veía bien claro si en el fondo del cuadro aparecería la Inquisición, que ya le había tenido antes entre sus manos.

—Pero, don fray Zoilo—exclamó el marqués de Rodovilla—, ¿cómo quiere usted que yo me case con una mujer que no se sabe dónde anda ni qué ha sido de ella?

—Sábese, sí, por dónde anda y lo que ha sido de ella—dijo creciendo en severidad el padre maestro—; lo que no se sabe es si ha muerto ó si vive.

—Y entonces, en esa duda, ¿cómo es que usted me viene á exigir, acompañado de mi sobrino, el que yo me case con esa señora?

—Si ha muerto, tío, me contentaré con que usted reconozca por hija suya á mi prima Josefa, y si no ha muerto, no me contentaré si no la legitima usted por un matrimonio inmediato, ¿entiende usted, tío? Y mire usted que no es sólo pleitos lo que habrá entre nosotros, sino cada balazo que encienda yesca, que estas van á ser otras guerras civiles de Granada.

—Las amenazas no me intimidan—exclamó el marqués de Rodovilla.

—¿No intimidan á usted tampoco las amenazas en nombre de la cólera del Señor?—dijo don fray Zoilo.

—Padre mío, yo creo que no debe usted traer lo divino á este asunto, que es de todo punto humano.

—Todo lo humano que concierne á la conciencia tiene relación con lo divino, señor marqués de Rodovilla. Por último, dígame usted qué determina.

—Lo pensaré.

—El bien no debe pensarse.

—Sin embargo, esto me coge tan desprevenido, estaba tan ajeno á ello, tengo tantas penas sobre mi corazón... ¡mi hija Dolores enamorada de un bandido!

—¿Cómo? ¿qué es esto?—dijo el marqués de Vadoclaro—. Si usted lo ha creído así, como también nosotros lo creímos, le han engañado miserablemente; y sepa usted que de quien está enamorada, como lo sabe muy bien don fray Zoilo, es de un excelente caballero, un militar amigo mío, capitán de la segunda compañía del

primer batallón del regimiento de infantería de Saboya, y millonario, mucho más millonario que usted y que yo, pues todo lo que usted posee no es nada en comparación con lo que tiene mi amigo don Gonzalo de Arias.

—Hombre, si hay cosas raras en el mundo esta es una de ellas. No hace quince días que bebías los vientos por Dolores, y jurabas y perjurabas que te habías de comer el cielo y la tierra, que habías de hacer tanto y cuanto, si no te casabas con ella, y cambias ahora de parecer, y te enamoras de otra, y abogas porque aquella se case hoy con un amigo tuyo.

—Tío, esas son respuestas evasivas. La verdad es que si yo he dejado de querer á Dolores, es porque me ha parecido mejor, mucho mejor mi prima Josefa, ¿entiende usted? Y en fin, y que las dos son hijas de usted, y que arreglando las cosas de esta manera, todos podemos ser felices.

—Cuando recuerdo el gato de Angola y lo que conmigo hizo tu padre, di que me entran ganas de no atender á ninguna razón del mundo:

—Pero usted me ha tratado con mucha dureza, y me ha puesto usted á reventar más de quince veces, ¿entiende usted? Y es verdaderamente una lástima que dos personas tan allegadas, tan nobles y tan ricas, y tan principales é importantes en la república, se estén así deseando el mal y haciéndose la guerra y dando de comer á la justicia y escandalizando á todo el mundo. ¿Por qué no venirse á buenas tío, si yo ya he dicho á usted que confieso y confesaré donde usted quiera que ni mi padre ni mi madre tuvieron razón en lo del gato? ¿Qué más quiere usted que diga, señor tío?

—No me basta eso. Era necesario que tu padre y tu madre resucitasen, y que resucitasen á «Mistigris», y en fin, que no hubiese sucedido nada de lo que ha sucedido, para que esto acabase y yo consintiera en todo lo que deseas.

—Pero, tío, ¡eso es llevar las cosas á un extremo ridículo!

—Eso es llamarme viejo ridículo; eso es decir que me empeño en lo que nadie se empeñaría, y que me hago raro y risible. ¿Ve usted, padre maestro, como no es posible que haya avenencia entre mi sobrino y yo, y que esto tiene por fuerza que acabar mal, muy mal?

—¿Y por qué ha de acabar mal, señor marqués?—dijo don fray Zoilo tomando un gran polvo de tabaco de la caja de pasta negra, y ofreciendo otro al marqués, que lo tomó y sorbió maquinalmente—. ¿Por qué no venir á un buen acuerdo, y por él salvar el cuerpo, el alma y la familia? ¿No está muy en el orden que la hija de una mujer á quien usted tanto ha amado, ocupe su rango y sea hija legítima de usted, herede mañana el rico título de Puertocerrado, y se case con su sobrino de usted, aumentándose de esta manera el esplendor de su familia por la unión de una señora y de un caballero tan nobles y tan ricos?

—Todo eso me parece muy bien, sí señor, padre maestro, pero eso de casarme yo con una estantigua como ya estará hecha doña Juana, después de quince años de penitencias y vapuleos y ayunos, hecha un esqueleto, ¡qué horror! ¿Y quiere usted que yo me resigne á hacer penitencia por toda mi vida?

—¡La materia, y siempre la materia!—exclamó severísimamente don fray Zoilo—. ¿Y se atreve usted á acordarse ahora de si la madre de su hija estará gorda ó flaca, vieja ó joven, hermosa ó fea? Ciertamente, señor marqués, que no hubiera creído tal en usted.

—Don fray Zoilo, como usted no tiene que casarse, puede hablar todo lo que quiera, como aquél que da lecciones al diestro desde la barrera. Pues mire usted, para que yo crea que usted dice de buena fe esas cosas, hágame el favor de casarse con un adefesio como estará hecha mi antigua amante, que entonces era una mujer hermosa.

—Marqués, usted se ha pervertido mucho, usted ha perdido todo el respeto á las cosas santas, y será necesario avisar de ello al Santo Oficio de la general Inquisición; porque si hay necesidad de cuidar que las hierbas no se empozoñen y que los arbustos estén sanos, mucho más hay que cuidar á los árboles robustos que tienen gran sombra y pueden arrojar efluvios malignos sobre las plantas que crecen á su alrededor.

El marqués se echó á temblar.

Se acordaba de lo mal que le había tratado la Inquisición hacía quince años, y no se encontraba ya ni con fuerzas ni con el deseo de hacer un largo viaje fuera de España; y en fin, de recibir el zarpazo purificador del Santo Oficio.

Así es que entró en transacciones.

—Cosa fuerte es—dijo—, que yo haya de renunciar á un pleito en que tenía puestos todos mis cinco sentidos y en que estaba resuelto á gastar hasta mi último maravedí, y que se quede mi sobrino riendo.

—¡Qué me he de reir yo, cuerpo de tal—dijo el marqués de Vadoclaro—, si cuando sucedió lo del gato era yo un chicuelo, y tanto, que no me acuerdo yo de eso, ni siquiera de mi madre, que se murió de resultas de la tal cuestión!

—Bueno, bien—dijo el marqués de Rodovilla—; ya está dicho. Mañana escribiré á mi procurador, mandándole que transija el pleito.

—Pues bien, tío, venga un abrazo y pelillos al mar, y que no se hable más de lo pasado—dijo el marqués de Vadoclaro levantándose y acercándose á su tío.

—¿Y lo de haberme quitado á mi hija?—dijo el marqués de Rodovilla conteniendo á su sobrino, poniendo como puntal entre él y sí propio un brazo extendido.

—Tío, de aquello tuvo usted la culpa, y cuando se hacen las paces, se hacen por completo; conque, venga un abrazo.

—Vaya, hombre, tómalo—dijo el marqués—: que aunque yo te he aborrecido á muerte, te he querido siempre, porque al fin eres mi sangre, hijo de mi hermano, á quien Dios haya perdonado.

—Da gozo de ver la reconciliación de una familia—dijo don fray Zoilo.

Y acabó su frase con un bostezo descomunal.

—Oiga usted, tío—dijo el marqués de Vadoclaro separándose de los brazos del de Rodovilla.

—¿Y qué es lo que he de oir? — dijo éste.

—Que se le ha abierto estrepitosamente la boca á su paternidad, y el abrírsele la boca á un cristiano quiere decir que tiene hambre ó sueño ó ruindad del dueño; lo que es ruindad no es, porque más hermoso que está su paternidad no se puede estar; hambre y sueño, eso sí, porque don fray Zoilo se ha levantado muy temprano y almorzamos á las ocho. Es verdad que su paternidad se comió docena y media de huevos duros y seis chorizos y un capón asado, menos un anca y un alón que me comí yo: su paternidad tiene muy buen diente, tío, Dios le bendiga; y así mande usted que pongan la mesa aquí que está fresco, y que sirvan la comida.

—Es que, hijo mío, como estoy solo no se ha puesto comida más que para mí, que á los criados allá se les hace la olla, como tú sabes.

—Pues cuente usted tío, con que eso es lo mismo que si absolutamente no hubiera comida en la casa; que echen mano de la despensa, y que se traiga para acá la cocinera la sartén más grande que haya en la cocina para que yo la vea.

—Por Dios—dijo don fray Zoilo que estaba alarmado, temiendo que no hubiese en la despensa del marqués de Rodovilla bastante para darle de comer—; no se tomen ustedes penas por mí, que yo me satisfago con cualquier cosa.

—Vaya, deje usted, padre—dijo el marqués de Vadoclaro—, que ya sabemos que tiene usted buen baúl, y que no se llena con paja. ¡A ver! uno aquí—añadió el coronel dando fuertes palmadas.

Apareció inmediatamente Hormiguilla.

—¡A ver, tunante!—dijo el marqués de Vadoclaro—: anda, vete á la cocina y trae la sartén más grande que haya.

Hormiguilla abrió mucho los ojos y la boca, y se quedó inmóvil.

—¿No oyes, pillo? que traigas la sartén más grande que haya en la casa.

—Pero, ¡por Dios!—exclamó don fray Zoilo.

—Nada, nada, obedece.

Hormiguilla se marchó asombrado, sin saber por qué pedía el sobrino de su amo la sartén más grande que en la casa hubiese.

—Siento mucho causar esta molestia—dijo el padre maestro.

—Nada, nada: la casa de mi tío está grandemente provista—dijo el marqués de Vadoclaro—, y él y yo tenemos una satisfacción grandísima en cuidar de usted, don fray Zoilo. Ya verá usted, tío, á mí me da envidia de ver comer á su paternidad; y lo más grande es lo poco que echa en comerse tanto como se come; es una gloria: engorda uno.

—Es una enfermedad de que padezco, lo confieso—dijo el fraile—; no es gula, Dios me libre, pero si no me relleno bien, me acomete un histérico que me pone á la muerte.

Aquí están las más grandes de casa—dijo Hormiguilla apareciendo con una sartén en cada mano.

La una tenía una vara de diámetro y un pie de profundidad.

La otra de diámetro, tres cuartas y de profundidad una.

—Me conviene — dijo Vadoclaro, mientras el fraile miraba así como á la deshecha, con cierta inquietud las vasijas—: mira, Hormiguilla, ¿qué hay en la despensa?

—Pues miré vuecencia, en la despensa hay de cuanto Dios crió—contestó Hormiguilla.

—Empieza.

—Hay solomillo de jabalí curado al adobillo; pero para esto no es menester sartén, porque se come crudo.

—Pues tráete un par de solomillos para hacer boca; y á tu amo sírvele la comida acostumbrada, ¿entiendes? Sigue diciendo.

—Pues en la despensa hay embuchado extremeño muy rico.

—Pues tráete diez ó doce embuchados; pero esto es curado y frío, y se necesita algo caliente.

—Pues mire vuecencia, hay manos de cerdo en conserva, que no hay mas que calentarlas.

—Pues que traigan una gran fuente honda de eso: sigue.

—Hay jamón, lomo en manteca, longaniza en manteca, chorizo en manteca.

—Pues mira, de todos esos artículos que llenen esa sartén grande, y la otra de huevos frescos fritos en la pringue: sin cortedad, padre maestro, ¿tiene usted bastante?, mire usted que yo tengo buenas muelas y que le ayudaré á usted.

—Cualquier cosa, cualquier cosa—dijo don fray Zoilo.

—Vamos al artículo de entremeses.

—Pues señor—dijo Hormiguilla—: hay sardinas en escabeche y alcaparras y alcaparrones y cornisones en vinagre y aceitunas de la reina y de manzanilla, muy bien aderezadas; y manteca de vacas fresca, que esa se hace aquí todos los días, y arencones y huevos de bonito salados, que están muy buenos para los que les gusta llamar la bebida.

—Pues tráete todo eso: veamos los postres.

—Pues de frutas, todas las del tiempo que están en la huerta de la casa y en la viña; y

conservas y almíbares de las monjas, de todas clases, y dulces secos y queso de Flandes y de Holanda y manchego y pastaflora y suplicaciones y polvorones y mantecadas.

—Tráete una sandía, un melón, una fuente de peras, otra de uvas moscateles, queso de Holanda, almíbar de tomate, del de las monjas, y pastaflora y mantecadas. Para empezar, sandía: lo que es para mí, un gazpacho cortijero con pimientos picantes, que estoy abrasado de calor; pero esto por el aire, Hormiguilla, por el aire.

—Todo eso no tarda un cuarto de hora—dijo Hormiguilla.

Y se fué.

A poco volvió con cuatro mozos, trayendo dos mesas enormes; porque Hormiguilla había dicho que para que cupiera todo lo que había pedido el señor marqués de Vadoclaro, se necesitaba no menos que la plaza de la villa.

Las dos mesas fueron cubiertas por dos enormes manteles.

Se trajo un ramillete de plata que pertenecía á la vajilla del señor marqués, y dos criados trajeron flores que acababan de coger del jardín, un poco lacias, porque era la hora del calor; pero, en fin, flores.

—No le da á usted envidia, tío—dijo el marqués de Vadoclaro—, de ver lo feliz que es ese buen señor? mire usted, al fresquito, en esta sala, y con la perspectiva de una buena comida, se ha quedado el buen religioso beatíficamente dormido.

—Sí; y ronca que no hay quien resista—dijo el marqués, que estaba cecijunto y sombrío.

—Vaya, eso es que está usted de mal humor—dijo Vadoclaro—; y no sé por qué, porque al fin todo se gobierna á pedir de boca: casa usted muy bien á sus dos hijas, porque aunque don Gonzalo de Arias no es título, es de casa ilustre y muy rico, tan rico como usted y yo juntos; y título lo tiene casándose con Dolores, porque al fin ella, cuando usted se muera, será marquesa de Rodovilla.

—¡Pero yo no entiendo esto, Pedro, ni lo puedo entender!—dijo con muy mal acento, con acento de disgusto profundo Rodovilla—: ¿pues no era ese canalla de Diego Corriente á quien amaba mi hija, olvidada de todo?

—Vaya, señor, esa ha sido una equivocación; quien estaba dentro del jardín cuando se armó aquella pelotera, era don Gonzalo, que amaba sin que usted lo supiera á Dolores, y estaba de incógnito en Utrera temiendo que usted le opusiese dificultades porque no era persona de título; en fin, esa es una historia de que yo me acuerdo bien, y que se la contará á usted el mismo interesado, porque naturalmente, usted querrá hablar con don Gonzalo.

—Cierto que sí, esto es necesario de todo punto—dijo Rodovilla.

—Pues mire usted, allí veo un bufete y recado de escribir; ahora mismo, mientras acaban de poner la mesa, voy á escribirle á mi amigo don Gonzalo para que inmediatamente que reciba la carta, que se la remitiré con un propio, se venga.

—Bueno, hombre, bien, escribe lo que quieras—dijo el marqués, que si había cedido fué por temor á la indirecta amenaza que de echarle á la Inquisición le había hecho don fray Zoilo.

El marqués de Vadoclaro se levantó, se puso al bufete, tomó papel y se puso á escribir.

Entretanto, don fray Zoilo roncaba.

El marqués de Rodovilla meditaba.

Dos mozos y dos criados cubrían la mesa de no sabemos cuántas cosas.

A los dos lados del ramillete aparecían dos grandes fuentes de plata, llena la una de tajadas de sandía, la otra de tajadas de melón.

Un círculo de botellas de Jerez amontillado, rodeaba el centro de la mesa.

Después, en un vistoso desorden, se veían grandes escudillas de plata llenas de aceitunas, de pimientos en vinagre, de sardinas escabechadas, de todos los entremeses, en fin, y más que había dicho Hormiguilla y se le habían olvidado; y á los dos lados de la mesa, sobre dos fuentes de plata obloagas, dos grandes solomillos de jabalí.

Podía ya empezarse á comer, pero el buen don fray Zoilo roncaba, el marqués de Rodovilla meditaba, y el de Vadoclaro aprovechaba esta quietud para escribir su carta, en lo cual echó no menos que media hora, porque cada frase la pensaba por lo menos cinco minutos; lo que quiere decir que la carta no era muy larga.

Al fin se levantó, se acercó á su tío, le tocó en un hombro, haciéndole dar un respingo nervioso, y le dijo:

—Ya está la carta, tío: ¿quiere usted oirla?

—Bueno, bien, lee, hombre.

«Utrera y Agosto, etc. Señor don Gonzalo de Arias, mi muy querido amigo: Estoy de enhorabuena; he hecho las tan deseadas paces con mi tío, que yo no esperaba por su mal genio; pero, en fin, el respetable don fray Zoilo ha hecho tanto, que le ha reducido á la razón; transigimos el pleito; mi tío se casa con la señora condesa de Puertocerrado, lo que le va á pesar mucho: aunque condicionalmente tiene el título y se come la renta, legitima á mi adorada Pepita y me caso con ella; usted también se casará con mi prima Dolores, pero para ello, como es muy natural, quiere mi tío hablar con usted; por lo mismo, y como el asunto urge, escribo á usted de prisa estos renglones y se los envío con un propio á matacaballo, á fin de que usted cuanto antes se venga á verse con mi tío, y si puede, tráigase usted para acá la noticia de si se ha dado ó no se ha dado con mi suegra, que esto es lo que más importa. Y con esto y no ocurriendo más, se

pone á la disposición de usted este su amigo y seguro servidor que su mano besa.

»Marqués de Vadoclaro.»

—¿Qué tal le parece á usted, tío? ¿no es verdad que esta carta dice cuanto tiene que decir?

—Y más de lo que debiera decir, Pedro, porque tú das ya por supuesto que yo me voy á casar con doña Juana, cuando no se sabe dónde está—dijo el marqués de Rodovilla que había cobrado alientos al comprender que no se sabía dónde estaba la hija del conde de Puertocerrado.

—Pues qué, ¿no se va usted á casar con ella?—dijo Vadoclaro, en cuyos ojos apareció la expresión sombría que le hacía tan terrible.

—Hombre, si parece—dijo el marqués de Rodovilla—, sí, con mil amores, aunque esté hecha una espátula y pasada como una ciruela en el invierno; pero es el caso que no ha parecido todavía.

—¿Cómo que no ha parecido? Si no parece la busco yo y la encuentro, y si se ha muerto la resucito. ¡Como que no se va usted á casar con esa pobre víctima, teniendo usted el buen corazón que Dios le ha dado!

—Bien, hombre, sí; si parece, con ella me caso: no hay más que hablar.

—Entonces enviaré la carta.

—Sí, hombre, sí, envíala.

El marqués de Vadoclaro se fué al bufete, cerró la carta, le puso el sobre á don Gonzalo de Arias en Sevilla, en el mesón del Galápago, en propia mano, y dió tres fuertes palmadas, á las cuales despertó don fray Zoilo, y exclamó:

—¿Está ya la sopa, Pascual?

El buen religioso se creía en su convento y en su celda, y cuando vió que estaba en otra parte, se puso vivamente encendido, y añadió:

—Dispensen ustedes; no tengo prisa.

—Aquí estoy—dijo Hormiguilla apareciendo con una sopera de aquellas que se llamaban timbales, y que se servían en los grandes festines, de un tamaño enorme, llena de humeantes manos de cerdo en conserva.

—Pon, pon eso delante de su paternidad—dijo el marqués de Vadoclaro—, y toma esta carta; que la lleve inmediatamente á Sevilla al mesón donde dice el sobre y la entregué á quien va dirigida, el mozo que mejor monte. Es menester que llegue en hora y cuarto á Sevilla, y que traiga á escape la contestación.

—Muy bien, señorito—dijo Hormiguilla.

Y salió.

En seguida los dos marqueses, el de Vadoclaro porque tenía hambre, y el de Rodovilla por cumplir, se acercaron á la mesa y empezó la comida.

Esta duró bien hasta las tres de la tarde. Se habló del negocio que se traía entre manos, y repleto ya don fray Zoilo, fué conducido á una habitación donde encontró un comodísimo lecho, y se echó á dormir la siesta.

El marqués de Rodovilla, con el pretexto de dormirla también, se escabulló, y el marqués de Vadoclaro, á pesar del calor montó á caballo y tomó por el camino de Sevilla, para abreviar la hora de recibir la contestación de Diego Corriente.

Como á una legua de Utrera se detuvo, se entró en un ventorrillo, bebió una buena ración de aguardiente, porque también se había excedido, y esperó en vano toda la tarde, hasta que viendo que cerraba la noche se volvió de muy mal humor á Utrera, sin explicarse por qué tardaba tanto en volver el propio.

IX

Cuando Diego Corriente volvió con Colorín y con Sata, repuestos en sus disfraces, muy aliñado de capitán de infantería el uno, de soldado el otro y de mozo de campo el tercero, jinetes en sus rocines que Sata se llevó á la cuadra, encontróse á poco Diego Corriente con el propio que había enviado de Utrera, con una carta suya, el marqués de Vadoclaro.

—Yo soy—le dijo el propio—, para servir á Dios y á su merced, Calixto el Barbo.

—Pues no tienes mal nombre para perdido—dijo Diego Corriente.

—Pues mire su merced, yo soy mozo de cuadra del señor marqués de Rodovilla, el de Utrera, mi amo, y traigo para su merced una carta del señor marqués de Vadoclaro, que ha hecho las paces con su tío: y Hormiguilla, que es el mayordomo de mi amo, me dijo de parte del señor marqués de Vadoclaro que trajese á su merced una carta, que es esta.

Y el Barbo sacó una carta muy liada en un trapo muy blanco de algodón, del cual la desenvolvió, y la entregó un poco ajada á Diego Corriente.

—Y mire su merced—continuó el Barbo, mientras Diego leía, yéndosele un color y viniéndosele otro—; el tío Hormiguilla me dijo que en seguida que yo entregara la carta á su merced me volviese, y que estuviese en Utrera al obscurecer, aunque matara el caballo; pero como su merced no estaba porque se había ido á caza, y tuve que esperarme, y esta es la hora en que todavía no he podido volver; y cuando me dé su merced la contestación ponga su merced en la carta la hora á que yo salgo de Sevilla, para que se vea que si yo he tardado no es porque me he ido á buscar ninguna buena moza ,sino porque su merced no estaba.

—Vete y espera á que yo te llame—dijo Diego

Corriente que no había oido lo que había dicho el Barbo, porque mientras éste había hablado había estando leyendo la carta.

—Mire su merced—dijo el Barbo—, que á mí me mandaron llevase ayer al obscurecer la contestación de su merced á Utrera, y que ya es otro día y estoy tardando.

—¿Y qué te importa si yo iré contigo?—contestó Diego.

—Eso es otra cosa, señor; quede su merced con Dios, y hasta luego.

Y salió.

—Ven acá, Colorín, ven—dijo Diego á su teniente, que mientras había recibido al Barbo había estaba asomado á una ventana del aposento haciéndole guiños á una morena que estaba en una ventana de enfrente—; mira lo que me sucede.

Y le dió la carta.

—Y bien, ¿qué es lo que le sucede á usted, mi capitán?—dijo Colorín después de haber leído la carta y de devolvérsela á Diego.

—¿Qué es lo que me sucede?—contestó Corriente:—¿pues no ves por esa carta que tengo que ir á Utrera?

—Pues bien, iremos.

—¿Y no sabes tú que en Utrera me conoce todo el mundo?

—Conocían—dijo—, pero aunque parece..

—¿Crees tú que no me conocerán?

—¡Pero ,hombre, mi capitán, si usted no se conocía á sí mismo en cuanto se puso ese peluquín y se quitó las patillas, y se puso ese bigote tan bien puesto que parece que le ha nacido á usted, y ese lunar que tiene usted debajo del ojo izquierdo, y con la color morena que todos los días le pongo á usted en la cara y en el cuello y en las manos con pomada de regaliz; como yo, que me unto con pomada de hollín, para parecer más negro! ¡Pues cualquiera nos conoce á nosotros, mi capitán, con estos uniformes tan cucos! ¡Y que no está usted cosa elegante que digamos! ¡nada! Mire usted, en cuanto un hombre se echa abajo una cosa y se pone otra, y cambia de hábito y se tiñe, el demonio que le conozca.

—Pero ¿y la voz, Colorín?

—¡Mire usted qué cosa! múdese usted la voz: ¿pues cuesta tanto trabajo hablar ronco, gangoso?

—Colorín, me conoce mucho el tío Hormiguilla.

—Oiga usted, ¿y no le conoce á usted también ese que ha traído la carta?

—Quién ¿el Barbo? ¡Vaya si me conoce!

—Pues mire usted, no le ha conocido á usted; y si no, ahora se convencerá usted, porque voy á llamarlo, que yo creo que no nos debemos detener, sino montar en seguida á caballo, y á Utrera para acabar cuanto antes este negocio. ¿Le llamo?

—Sí.

Colorín salió, buscó al Barbo, y á poco salió con él.

—Ahora mismo vamos á irnos—dijo Diego—; en cuanto se ensillen los caballos.

—Pues me alegro, caballero—contestó el Barbo—, porque así, viniendo su merced conmigo, dirá que si yo me he estado en Sevilla, ha sido porque su merced no estaba y he tenido que esperarle.

—¿Yo te he visto en otra parte?

—¡Toma! me habrá usted visto en Utrera.

—En mi vida he estado yo en Utrera; yo creía que te habría visto en otra parte.

El Barbo miró con suma atención á Diego.

—Pues yo no he visto á su merced hasta ahora—dijo después de unos instantes de observación—; y mire su merced que yo tengo muy buena memoria, y en viendo yo una vez á un cristiano no se me despinta para nunca jamás.

—¿No has sido tú soldado?

—Sí, señor, yo he sido artillero, y he estado ocho años sin salir de allí ,en el arsenal de la Carraca, adonde me llevaron.

—Pues yo creía haberte visto en mi compañía en el regimiento de Saboya.

—Pues no señor, mi capitán, usted se ha equivocado, pero yo nunca he sido blanquillo; usted perdone, pero ya sabe su merced que los artilleros somos muy rumbones y llamamos blanquillos á los de línea.

—Bueno, hombre, bien—contestó Diego—; anda, echa la albardilla á tu jaco, y toma para pagar el gasto de la posada.

Y dió media onza al Barbo.

—Muchas gracias, mi capitán; Dios le dé á su merced muchísima salud. Voy á echarle la albardilla al caballo, y ya verá usted como en un trote nos ponemos en Utrera.

Y salió.

—¿Lo ve usted, señor Diego?—dijo Colorín—: y cuidado que lo ha estado á usted mirando como quien mira una moneda falsa que parece

—¿Y qué tal la voz?

—Un poco ronquilla, pero está muy bien. ¿Y la mía, señor Diego?

—Tú pareces un gitano, hombre.

—¿Pues y qué soy yo más que un «gachó» como una loma? Pero yo nunca he tenido esta voz de aguardiente, que pito más claro que el mío ni lo ha habido ni lo habrá.

—Anda y díle á Sata que ensille los caballos.

—¡Sata! ¡Satilla! ¡Sateja! — exclamó Colorín asomándose á la puerta del aposento—: acude con trapo, hijo.

Presentóse Sata saliendo de un aposento inmediato, largo, estrecho, ajustado, con su semblante burlón y malévolamente epigramático, con su boca sumida, sus pómulos salientes y su nariz agresiva.

—¿Qué se ofrece?

—A ensillar el caballo del capitán y el mío, tunante—dijo Colorín estirando una oreja á Sata por la descomedida manera que había tenido de presentarse; y haciéndole dar una vuelta, le arrimó un puntapié en la parte que se calla.

Sata se rascó y escapó sin murmurar, porque estaba acostumbrado á que Colorín le tratase de aquella manera hacía mucho tiempo.

—Pues señor—dijo Colorín—, voy á meter en la maleta los dos tarros de los untos y la caja de los bigotes y el tarrillo del pegue, y listo. Lo que llevamos es poca ropa blanca, señor Diego.

—¿No habrá para cuatro días, Colorín?

—¡Vaya! sí señor; y para ocho. ¡Qué ricas camisas gasta ese pobre capitán! ¿Y cómo estará, señor Diego? Mire usted que estaba muy malito. Verdad es que el Pellico me dijo que á otros que tenían una cuartanas más rebeldes que las suyas los ha curado él.

—Me alegraré que sane, Colorín, porque sin él, ¿cómo me hubiera gobernado yo para juntarme con mi Dolores?

—¡Toma! señor Diego, le hubiéramos pegado fuego al convento, hubieran cogido á alguno de nosotros y le hubieran ahorcado, y sanseacabó.

—Ya están ensillados los caballos, mi capitán—dijo Sata á la puerta.

—Ea, pues vamos, Colorín—dijo Diego—: tú te quedas, Sata, cuidando lo que hay aquí, y cuenta con no hacer ningún disparate que nos comprometa, porque te dejo en los huesos.

—Descuide usted, mi capitán, que eso de disparates dañinos no los ha hecho en toda su vida Sata; y vayan ustedes con Dios, y buen viaje y pronta y feliz vuelta.

Dies minutos después, Diego, Colorín y el Barbo salían de Sevilla por los Caños de Carmona, y avanzaban al galope.

A las ocho de la noche paraban en Utrera á la puerta de la casa del marqués de Rodovilla, y el marqués de Vadoclaro abrazaba lleno de efusión á Diego.

Los caballos echaban un chorro de sudor por cada pelo.

—Entre usted, entre usted, amigo mío, que nada ha sido tan esperado ni tan anhelado nunca como usted. ¿Qué noticias trae usted?

Y adelantaba por el interior de la casa de su tío, echado un brazo sobre los hombros de Diego, mientras Diego con otro brazo rodeaba la cintura del marqués, que no era poco rodear, porque tenía el marqués una cintura como un roble.

—Todo ha sucedido como de encargo, señor marqués—contestó Diego—. Anteanoche salí de Sevilla, y ayer llegué á la ermita de las Palomas, que está en la Sierra, y encontré á doña Juna.

—¡Hombre! ¿qué es lo que usted me cuenta?—dijo el marqués de Vadoclaro entrando con Diego en la sala baja donde el día anterior hemos visto á los marqueses y al trinitario.

—Sí, señor, á doña Juana, viva y efectiva—contestó Diego.

—Más fea que la peste, ¿no es verdad? y más vieja que Matusalén—preguntó con miedo el marqués.

—Vieja y fea ¿eh? ¡Bendito sea Dios! Viejecilla, eso sí; se la conoce que tiene treinta ó treinta y un años; ¡pero si está más fresca que una muchacha de veinte! ¡y con unos colores y unos cabellos rubios... y más blanca que el ampo de la nieve! y con aquella toca blanca y aquella mantellina negra está, ¡bendito sea Dios! que mire usted, si yo no estuviera tan enamorado de Dolores, no era yo quien decía que me había encontrado á esa señora, sino que la enamoraba y me la guardaba á ver si quería casarse conmigo.

—¿Con que dice usted que representa así como treinta ó treinta y un años? Déjeme usted que ajuste la cuenta, don Gonzalo. Doña Juana tenía quince años cuando la perdió mi excelente tío: Pepita tenía quince años, treinta; y un año intermedio, pues, entre esos dos quince años, mientras nació Pepita, ¿eh? treinta y uno. ¿Y usted cree que mi tío se enamorará de ella? Mi tío, se lo advierto á usted, es muy apasionado á las buenas mozas.

—¡Que si se enamorará! ¿Pues no le digo yo á usted que me hubiera enamorado yo de ella hasta las entretelas del corazón, si no hubiera estado enamorado de Dolores hasta las entrañas?

—¿Y qué le ha dicho á usted esa señora?—preguntó con ansia Vadoclaro.

—Me ha dicho que por su hija, porque sea feliz, hará todos los sacrificios posibles.

—Bueno—dijo el marqués—, pero me temo mucho que en cuanto vea á mi tío no se atreva, porque mi tío está que para pegarle un escopetazo ni pintado. ¡Vaya un carcamal! Apuesto cualquier cosa á que en cuanto le eche los ojos encima esa señora, dice que no ara.

—Tiene cara de ser una santa.

—¡Ay! pues Dios la dé resignación. Venga usted, venga usted á decirle todo eso á mi tío y al fraile, que se están paseando por el jardín para hacer ganas de almorzar. ¡Y lo que come ese buen señor! Yo no sé como no revienta.

Y el marqués y Diego se salieron de la sala baja, atravesaron el patio, luego un traspatio, en que estaban las cuadras, y por la izquierda bajaron á un ameno y extenso jardín.

Recibióse con alegría á Diego, y á poco que le oyó hablar del buen estado de salud, de juventud y de hermosura en que se encontraba la penitente, se le encandilaron los ojos al marqués de Rodovilla, y fué el que más prisa tuvo para que cuanto antes el fraile se pusiese en camino con Diego y con su sobrino para ir á la Sierra á buscar á doña Juana.

Pero Diego declaró seriamente que necesitaba descansar, porque estaba sin dormir desde hacía cuarenta y ocho horas, y que hasta por la tarde no se podía emprender la caminata.

Llamaron entonces, porque el almuerzo estaba servido, y después de haber almorzado y hablado largamente en la mesa sobre el asunto, Diego se acostó para dormir hasta las cuatro de la tarde, previniendo que no le llamasen para comer, porque con lo que había almorzado tenía suficiente para veinticuatro horas; lo cual maravilló á don fray Zoilo, que creía no podía haber un hombre que se pasase sin comer seis veces por lo menos al día.

X

Al amanecer del siguiente día, los habitantes del caserío del cortijo del valle de las Palomas en Sierra Morena, se sorprendieron al ver que allá por lo alto de un barranco, hacia el Norte, relucía algo que se movía y que se acercaba.

Aquello que relucía eran los cascos de la compañía de dragones que escoltaban una enorme silla de manos, sostenida por ocho hombres forzudos, en que iba embutido el buen don fray Zoilo de Manosmuertas.

Otros diez y seis hombres del campo fornidos y bravíos, iban detrás para relevar á los otros cuando se cansasen.

Al paso de sus caballos, iban delante de la silla de manos el marqués de Vadoclaro, Diego Corriente, y Colorín, que no se separaba de su capitán.

Detrás marchaba la compañía de dragones, y así, á paso lento fueron bajando del valle, y por aquel paso lentó se comprendía que hubiesen tardado desde las cinco de la tarde del día anterior hasta las cuatro de la mañana en llegar desde Utrera al Valle de las Palomas.

A buen paso, se hubiera llegado en la mitad del tiempo.

Recorrió aquella comitiva la distancia que separaba el barranco de la ermita de las Palomas, y al fín llegaron á ella.

Echaron pie á tierra el marqués de Vadoclaro, Diego Corriente y Colorín, que se quedó con los caballos.

Llamó Diego á la puerta de la ermita, y apareció la hermana Esperanza, ó doña Juana, como mejor queramos.

Al mismo tiempo, uno de los mozos de caballos abría la portezuela de la silla de manos y salía el reverendísimo don fray Zoilo de Manosmuertas, que miró ansioso á la puerta de la ermita, donde apareció doña Juana, ansiosa también.

—¡Ah!—exclamó el religioso avanzando hacia ella con toda la velocidad que le permitía su grosura—; no ha pasado día por tí, hija mía; la gracia del señor te ha conservado joven y hermosa para los altos fines que en su providencia se había propuesto.

—¡Ah, padre mío!—exclamó doña Juana arrojándose á sus pies—; por usted tampoco han pasado los días; está usted lo mismo, de la misma manera que aquel día terrible en que me sacó usted de aquella casuca en donde me tenía aquella miserable que expió sus culpas en el patíbulo.

—Levántate, levántate, hija mía, y entremos en la ermita, que tenemos que hablar largamente.

Doña Juana se levantó y entró en la ermita con el religioso, que dijo á Diego y al marqués de Vadoclaro:

—Háganme ustedes el favor de entretenerse por ahí hasta que yo concluya de hablar con esta señora, que tenemos que entendernos á solas, porque es de gran importancia lo que tenemos que tratar.

—Muy bien, padre—respondió el marqués de Vadoclaro—: este sitio es amenísimo, y nos iremos el capitán y yo á descansar debajo de aquellos castaños.

El religioso y la penitente entraron en la ermita, cuya puerta se cerró.

El marqués de Vadoclaro mandó á sus jinetes echasen pie á tierra, quitasen los frenos á los caballos para que paciesen, y que todos se esparciesen alrededor de aquel campo; y luego se encaminó con Diego hacia aquellos copudos castaños que eran cabalmente los mismos al pie de los cuales habían hablado el día anterior Diego y la penitente.

—Pues señor—dijo el marqués de Vadoclaro á Diego—, ¿quiere usted que le diga una cosa, amigo mío? y se la voy á decir á usted con toda la sinceridad de mis entrañas: casi casi me gusta más la madre que la hija. ¡Qué mujer, señor! ¡qué mujer! ¿Y cómo esa mujer se ha conservado tan fresca y tan rolliza, tan bonita, tan joven? ¿Sabe usted que se me antoja que se ha entretenido aquí con alguien?

—¡Calle usted por Dios, marqués!—contestó Diego—: pues si usted la hubiera oído ayer cuando hablaba conmigo sentada sobre ese tronco al cual vamos á llegar, no diría usted lo que dice; es una mujer que se asombra de que Dios la haya conservado su frescura, porque dice que hace quince años que no come nada caliente sino bellotas, castañas, queso y pan.

—Pues mire usted, amigo mío, con esos entretenimientos no se hacen esas carnes tan suaves, tan frescas y hermosas; ella dirá lo que quiera, pero yo puedo creerlo ó no creerlo.

—Mire usted, marqués, á las gentes las conozco yo cuando dicen la verdad ó cuando mienten; y le aseguro á usted que esa pobre señora es una víctima que ha sufrido mucho,

que sufre, y que si está en ese estado es sin duda por un milagro de Dios.

—En fin, no disputemos y sentémonos, que por seguir á esa maldita silla de manos á la cual no podían llevar más de prisa los pobres de los labriegos, porque su paternidad pesa quince arrobas, vengo molido.

—¿Y qué quiere usted? ¿quién trae en carroza á su paternidad—dijo Diego sentándose sobre el tronco al lado del marqués, para que hubieran tenido que dejar la carroza á la entrada de la Sierra? se ha pasado un mal rato pero ¿qué quiere usted? estos malos ratos traerán otros muy buenos. ¿No se acuerda usted de la Pepita?

—Déjeme usted en paz, que estoy quemado; Dios quiera que se arreglen bien el fraile y la ermitaña y nos la llevemos á Utrera, donde se queda mi excelente tío impaciente por ver á esa beldad: que se case, se reconozca á la niña, y aquí paz y después gloria; y á vivir tranquilos sin acordarnos de los trabajos pasados.

Y así continuaron hablando sentados bajo los castaños, y fumando el marqués de Vadoclaro y Diego Corriente.

Penetremos ahora en la ermita en el punto en que entraron en ella la penitente y el trinitario.

Sentáronse en un poyo de piedra que en la ermita había, y doña Juana dijo.

—¿Es cierto, padre, lo que me dijo ayer un caballero que me envió usted con una carta suya?

—Sí, hija mía, ciertísimo—contestó el padre don fray Zoilo—: es necesario que salgas de tu retiro; bastante tiempo has estado en la soledad y en la penitencia, bastante has expiado tu pecado contra la pureza, Juana, porque ese es tu único pecado; de lo demás no tienes culpa ninguna, porque tú ni siquiera te habías puesto en connivencia con el marqués de Rodovilla.

—Pero ¡casarme yo con ese hombre, padre mío!

—¡Y tu hija!

—Es verdad; pero mi hija está al cuidado de usted: tiene asegurado su porvenir.

—¡A mi cuidado! me he convencido de que un religioso no puede estar al cuidado de nadie; un religioso no puede asistir al mismo tiempo á su convento y á las obligaciones que tiene fuera. Vicario de unas monjas, pase; eso sí; las monjas están en clausura: en un convento no entra nadie; pero cuidar de una joven que está en manos estrañas.

¿Qué ha sucedido, padre mío?

—Sí, hija; todo lo que yo he hecho, todo lo que me he afanado, lo que yo he sufrido, todo lo que yo me he mortificado por tu hija, me parece que ha sido inútil: en fin, me he equivocado. Una rebeldía funesta tuvo lugar antes de anoche, y es necesario, de todo punto necesario, que Pepa se case; y para que se case con la persona que quiere casarse con ella, es necesario también de todo punto que tú salgas de esta soledad, que te presentes al marqués de Rodovilla, que se enamorará de tí en cuanto te vea, porque el marqués de Rodovilla es muy dado al culto de los sentidos, desgraciadamente por una parte, y afortunadamente por otra; porque el marqués en cuanto te vea se enamorará mucho más que se enamoró en otro tiempo de tí, aceptará el casarse contigo y reconocerá á tu hija.

—Pero ¿y mi primo que está en posesión de mi título?

—Está en posesión condicionalmente, y debe satisfacerse con los quince años que le ha disfrutado; además, esto se transigirá: puedes darle á tu primo algunos millones para que se haga una buena renta, y quedará contento.

—Pero mi primo tiene hijos, según me ha dicho usted en alguna de sus cartas, y temo un pleito.

—No hay pleito posible; yo lo previne todo; no hay más que presentarte, identificar tu persona, lo cual es muy fácil, y tomar posesión de tu título y de tus estados: casarte, reconocer á tu hija y casarla con el marqués de Vadoclaro.

—¿Y mi voto, padre mío?

—Será dispensado condicionalmente, y en brevísimo espacio por el señor arzobispo de Sevilla, y se enviará una persona á Roma con los dineros necesarios para que cuanto antes, en quince días si es necesario, vaya y venga con la absolución de nuestro Santísimo Padre.

—Bien, bien, padre mío—dijo doña Juana—: no quiero hablar más de sacrificios; todos son pocos si han de redundar en beneficio de mi hija; pero, francamente, el marqués de Rodovilla me es odioso: el marqués fué la causa de la muerte de mi padre.

—No, hija mía, no, estás en un error; el marqués no cometió otro delito más que el prevaricar algún tanto en su fe de cristiano, valiéndose estúpidamente de una que se llamaba hechicera, para lograr el fin de que te sacase por conjuros y malas artes del poder de tu padre, que se había negado á que fueses esposa del marqués de Rodovilla. La muerte de tu padre hubiera acontecido del mismo modo, porque los que le mataron tenían dispuesto ya, antes de conocer al marqués, entrar en tu casa para robar su oro á tu padre, y de la misma manera le hubiesen asesinado. No, el marqués es completamente inocente de la muerte de tu padre; el delito que cometió antes, ya se lo castigó y se lo hizo purgar el Santo Oficio de la general Inquisición. Así, pues, Juana, si amaste en otro tiempo al marqués, busca en el fondo de tu corazón el amor de otro tiempo, y procura amar al marqués cuando sea tu marido.

—¡Oh, padre mío! ese hombre se ha portado muy mal conmigo.

—Es verdad, hija mía, es verdad; en eso no puedo contradecirte, pero qué quieres: «Vanitas vanitatum», que quiere decir que todo es vanidad en el mundo, todo mentira; que es el amor una enfermedad del alma, una exigencia de los sentidos; yo nunca he amado, yo me he consagrado siempre á la contemplación de las cosas divinas, de las cosas espirituales, y me he apartado de la materia.

Don fray Zoilo se olvidaba de lo que comía, á no ser que cayera espiritual la inmensa cantidad de comestibles que devoraba cada día.

En fin, algo había de tener el bueno del religioso para no ser un santo impecable.

La verdad es que era un excelente sujeto, que no daba escándalos, que hacía todo el bien que podía, y que sus preceptos eran siemre sabios y severos.

—¡Ah!—continuó el religioso—: el amor es Satanás y Satanás no puede producir nada bueno; no hay que confundir ese amor grosero de los sentidos con el amor del alma, que es el que debe tener la esposa al esposo, éste á la esposa, la madre al hijo, el hijo á la madre, el hermano á la hermana, la hermana al hermano; no, no hay que confundir lo que pertenece al alma, con lo que pertenece al cuerpo: esto último es perecedero. Ya ves tú, Juana, ya ves tú; el marqués de Rodovilla por este concepto tampoco era del todo criminal: se parece á todos los hombres; todos son lo mismo, todos.

—Y bien, padre mío, ¿cree usted que me amará ahora el marqués?

—Te amará como él sabe amar, como únicamente puede amar; con la sensualidad grosera del que está acostumbrado á vivir materialmente por una larga viudez, pero en el fondo de su alma tendrá para tí algo puro, algo noble que es lo que tú debes apreciar.

—Por último, padre mío, ¿qué hemos de hacerle? usted dice que mi hija no está bien donde está, que es necesario salvarla, que usted no podrá por sí mismo, que se le ofrece un buen casamiento, que puede ser feliz, y que si yo me niego á salir de aquí y casarme con el marqués de Rodovilla y á reconocerla, será desgraciada, ¿no es esto? Pues bien, salgamos cuanto antes.

—Sí, hija, sí—dijo el religioso—. Pues no perdamos tiempo: voy á salir, voy á avisar á esos caballeros que entren; vas á conocer al que quiere ser marido de tu hija.

Y el bueno de don fray Zoilo fué á la ermita, la abrió, y dijo á uno de los dragones que estaban echando un cigarro á poca distancia:

—¡Eh, militar, militar!

—Mándeme usted, padre—respondió el soldado poniéndose la mano á la altura de su casco y saludando.

—Busque usted á su coronel, y dígale usted que le espero al momento.

El dragón partió.

Don fray Zoilo se volvió hacia doña Juana, y la dijo:

—Sal, hija mía, sal, no debemos profanar un santuario; si yo he hablado contigo de cosas mundanas dentro de él, ha sido porque nadie nos oiga, pero nos alejaremos con esos caballeros; tú nos oirás, y tendrás el convencimiento de cuán necesario es hacer lo que yo te aconsejo.

Doña Juana salió.

El religioso la asió de una mano y echó á andar hacia el señor marqués de Vadoclaro y Diego Corriente, á quienes vió venir hacia ellos, adelantando por una vereda.

Al fin se reunieron.

—Señor marqués de Vadoclaro—dijo el religioso—: tengo la satisfacción de presentar á usted, ya puede decirse, á la excelentísima señora condesa de Puertocerrado, madre de la señorita á quien usted ama, y la que desea hacer su esposa; hija mía, te presento al excelentísimo señor marqués de Vadoclaro, coronel de Dragones al servicio de su majestad, muy grande amigo mío, y presunto esposo de tu hija Pepa.

Se saludaron ceremoniosamente el marqués y doña Juana.

—Este otro caballero...

—Le conozco ya—dijo la condesa—; me parece que es un buen mozo, como dicen en esta tierra, que se me presentó ayer á traer la carta de usted.

—¡Cómo, señor capitán! ¿trajo usted la carta?—preguntó don fray Zoilo.

—Con un traje bien extraño; por supuesto que me puse una careta porque me daba vergüenza.

—¿Pues qué traje?

—El que era necesario para evitar que ese pillo de Diego Corriente se nos echara encima y nos hiciera sufrir algún destrozo: un traje de ladrón.

—¡Jesús, Jesús! gracias á lo del antifaz, porque, ¿qué se diría si le hubieran visto á usted con traje de salteador, y después en su propio traje?

—Por lo mismo, padre mío, procuré que no se me viera el semblante.

—Pero ya se conocía que se trataba con un caballero—dijo doña Juana—. Yo, en la soledad, no he olvidado el trato de las gentes, y las conozco.

—Paseemos, señores, paseemos—dijo el religioso—: estas enramadas de castaños impiden el paso del sol y aquí corre un fresco delicioso.

Se internaron, en efecto, por entre los castaños.

—Parece mentira—dijo el marqués de Vadoclaro—que se conserve usted, señora, en tal disposición, después de quince años de penitencia.

—Y de flagelaciones y de ayunos—saltó el padre don fray Zoilo—; esta es la gracia de Dios, señor marqués, este es el resultado de la pureza de la vida, de la contemplación de las cosas divinas, de la elevación del espíritu á lo supremo, á lo sublime, á lo santo, á Dios; este es el resultado de vivir apartado de las atmósferas corrompidas, en medio de una soledad inmensa en qué todo es hermoso, los árboles, las plantas, las flores, las aguas, las montañas, el cielo; por la noche se oye el canto melodioso de los pajarillos, el melancólico gemido del cuclillo, el canto de la rana en el remanso, el del grillo entre la hierba; de día la estililla de los rebaños, el inocente canto del zagal; y por otra parte, en los vecinos de estas rústicas alquerías se encuentran la paz y el contento del alma, que nacen de la pureza de las costumbres, y la salud del cuerpo, que proviene de un trabajo moderado, de un método perpetuo, de una provechosa sobriedad.

—¡Oh!—exclamó admirado el marqués—: la sobriedad no debe ser una gran cosa, puesto que siendo usted un santo varón...

—Amigo mío, ya sabe usted que yo padezco de histérico, es decir, que para no sufrir el histérico me veo obligado á engrasarme, y esta es una de mis mayores mortificaciones.

—Bueno, padre, bien.

—Volvamos á nuestro propósito: la señora condesa no ha tenido aquí más que causas para mantenerse pura y fresca, porque si se me arguye que el cuidado de su hija debía inquietarla, yo contestaré que por esta parte la señora condesa estaba muy tranquila, porque su hija estaba confiada á mis cuidados.

—Y ya se ve—dijo Diego—; por lo que resulta que la señora condesa tenía mucha razón para estar descuidada acerca de su hija, por el cuidado que usted ha tenido de ella, porque no se pueden dar niñas mejor educadas que Pepita y Tola.

—Sin embargo, sin embargo, señor capitán, por lo que usted presenció anteanoche, convendrá usted conmigo en que es de todo punto necesario apartarlas de aquella familia: aun no ha empezado la perversión, pero ya hay principios de rebeldía; en un mismo punto, y cuanto antes, los tres casamientos: el de la señora condesa con el señor marqués de Rodovilla, al cual debe unirse inmediatamente la legitimación de Pepita, el de ésta con usted, y el del señor capitán con la señorita de Rodovilla.

—¿Y qué Tola es esa de que usted ha hablado, padre mío?—preguntó la condesa.

—Tola es aparentemente hermana de Pepita, que pasa por hija legítima de un honrado matrimonio, de un peletero que se llama Silvestre Ardilla y de su mujer que se llama Marisaco.

—¡Ay, Dios mío, padre! la educación de mi hija será una educación ordinaria.

—Una educación sencilla, lo que no es lo mismo—dijo don fray Zoilo—. Pepita está muy bien educada: como mujer, sabe perfectamente todo lo que corresponde á las faenas de una casa, y esto debe saberlo toda mujer, por dama que sea, si quiere que su casa esté bien arreglada. En la parte moral, Pepita y Tola son un prodigio: saben leer y escribir correctamente, contar, gramática castellana, gramática latina, la religión, en la parte que debe conocerla todo fiel cristiano, sin profundizar en la ciencia teológica, porque esto sería innecesario y aun peligroso; conocen bastante la historia profana, y están medianamente al corriente de la historia patria; conocen extensamente la moral, porque yo se la predico todos los días, y en fin, saben más, mucho más que infinitas grandes señoras que nada saben más que tener vanidad. Además son muy piadosas, confiesan cada sábado, comulgan cada domingo, oyen misa todos los días, asisten con suma frecuencia á los ejercicios, rezan todas las noches el rosario, y después de él oyen la lectura de la vida del santo del día.

—¡Ah!—dijo respirando doña Juana—: pues están perfectamente educadas.

—Sí, hija mía, sí, y no podía ser menos estando yo encargado de su educación; pero no me satisface el carácter que va tomando aquella casa, y por lo mismo cuanto antes, cuanto antes es necesario sacar á tu hija de ella. Por lo que respecta á Tola, hija legítima es y natural de Ardilla y Marisaco, y allá, allá ellos, que yo con darles buenos consejos cumplo, y el responsable no soy yo, sino ellos. Pero, ¿por qué nos alejamos tanto?

—¿No vamos á partir, padre mío?—preguntó la condesa.

—Cuanto antes, hija mía, porque las provisiones que traemos son fiambres: me sientan los fiambres muy mal, y no sabes tú que malo me ponen los cólicos; tres he tenido, y por el último me sacramentaron y me olearon.

—Pues partamos cuanto antes, padre mío, cuanto antes; bien es verdad que si usted quiere comer algo caliente, cerca estamos del aprisco de los pastores, y pueden hacer en muy poco tiempo un cochifrito de cordero.

—¿Y qué tal es el cochifrito que hacen esos pastores, señora?—preguntó socarronamente el marqués.

—Amigo mío, no lo he comido nunca—contestó sonriendo y como acusando el recibo la condesa, que no había perdido su buen trato de gentes—; pero hoy es distinto, lo comeré.

—Bien, bien, señora, muy bien; pues entonces somos cuatro—: que maten los pastores cuatro corderos, y si fueran cuatro carneros, sería mejor.

—¡Ah! para toda la gente, ¿no es verdad?

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

—No, no señora: para todo don fray Zoilo, que come por un regimiento; que la gente ya viene racionada.

—¡Todo sea por Dios! señor marqués—dijo don fray Zoilo—, que no deja usted de la mano esta perversa enfermedad mía.

—Padre, ¿á qué es andarnos con cumplimientos? ¿Qué tiene de extraño que usted coma mucho si Dios le ha hecho á usted muy grande? ¿A quién ofende usted con esto? Si yo hablo de esto es porque todavía no me ha salido el susto del cuerpo: el asombro de ver una cosa nunca vista. Condesa, ¿usted no ha visto comer nunca á don fray Zoilo?

—No señor.

—Pues prepárese usted, porque como los cabritos sean chicos, el buen padre se los come ó nosotros le dejamos sin comer.

—¡Todo sea por Dios!—dijo el religioso.

—Padre, este es un día de alegría y de broma—dijo Vadoclaro: Dios nos favorece, y es necesario no estar triste; pero espere usted: yo le he dicho á Canario, el asistente de mi amigo, que se viniera detrás con cierta cantimplora llena de aguardiente por si acaso me daba algo de mareo: ¡eh, Canario, Canario! ven acá: corre, hombre, que la necesidad me aprieta.

Adelantó Canario, llegó al lado de Vadoclaro, y dijo:

—A la orden de usía, mi coronel: ¿qué se le ofrece á usía?

Pero en el fondo de los ojos de Colorín había una chispa lúgubre.

—Dame la cantimplora, hombre, que voy á echar un trago á la salud de mi futura, de la rubia más hermosa que Dios ha criado: ¿no te di también, en casa de mi excelente tío, un vaso de plata?

—Sí señor, mi coronel.

—¿Y dónde lo tienes?

—Aquí, en el bolsillo de la casaca, mi coronel.

—Pues anda, enjuágalo en ese arroyo, que no tendrás tú el bolsillo muy limpio, y tráetelo.

Colorín se fué á enjuagarlo, murmurando:

—Sí, sí, marqués, bebe tú ahora á la salud de mi rubia, que yo mañana á su salud me beberé tu sangre: ¡que no tuviera yo ahora rejalgar que echar en el aguardiente!

Y con el vaso enjuagado, volvió junto al marqués.

—Vaya, condesa—dijo éste—, no le vendrá á usted mal un traguito.

—¡Oh, imposible!—exclamó doña Juana—: nunca, nunca he bebido más que agua y un poco de vino á la comida.

—No insisto; pero usted no lo hará ascos, don fray Zoilo: con aguardiente se abren muy bien las ganas de comer.

—Tomaré un poco—contestó el padre maestro—, porque tengo yo tan poderoso el estómago que es necesario castigarle continuamente.

Y se bebió el vaso que había llenado Colorín.

—Pues ya sé yo—dijo éste para sí—, por qué ellas lo tragan tan bien: éste las ha enseñado.

Y volvió á llenar el vaso.

—A tu capitán, á tu capitán—dijo el marqués.

Diego bebió muy poco, lo que no dejó de reparar doña Juana: en cambio el marqués la hizo fruncir levemente el entrecejo, porque se bebió, ni más ni menos que el padre maestro, el medio cuartillo de aguardiente que cabía en el vaso.

Siguió la marcha.

Al salir de entre los árboles se encontraron delante de una gran cabaña que pertenecía al aprisco de los pastores.

Junto á ella había algunos zagales que en cuanto vieron á doña Juana se acercaron con mucho amor.

—¿Se le ofrece algo, hermana? — dijo uno de ellos.

—Sí, se me ocurre dar de comer á estos señores, y para ello cuento con vosotros.

—Pues mire su merced — dijo otro zagal—, pues no se podía llegar más á tiempo, porque al tío Pita se le ha perniquebrado esta noche una vaca y la hemos matado y con los lomos hemos hecho una gran caldera de adobillo que está diciendo comedme: como que la ha aviado la Rosuela, que ya sabe su merced que es una muchacha apañada y que sabe de todo y de guisar como un ángel y muy limpia; y hasta pan tierno hay, porque esta mañana estaba sacando la Isidra, la del cortijuelo, la hornada; y vino, no hay que decir, que hoy tenemos dos pellejos de moscatel que nos ha enviado el amo, que es muy bueno, ¡Dios le bendiga! y quiere que sus pastores anden bien comidos y bien bebidos; conque adentro, señores míos, y á gastar lo que hay, y salud, y tanta como la buena voluntad con que se ofrece. Mira, tú, Repuntado, anda vete al cortijuelo y dile á la Isidra que te dé cuatro teleras ó seis tiernecitas y de las más blancas, que tenemos aquí unos señores y es menester tratarlos como lo que son.

Partió otro de los zagales á tiempo que apareció en la puerta de la cabaña una preciosa montañesa, con el pintoresco traje de la muchachas de la montaña de Andalucía.

—Ves tú aquí, Rosuela, por dónde lo que tú guisas lo van á comer un día grandes señores y un señor religioso grave.

La muchacha se sonrojó, y dijo bajando los ojos:

—Me alegro mucho, pero me alegraría también de que probase lo que yo guiso la hermana Esperanza.

—Sí, hija mía, sí—contestó la condesa—; lo voy á comer.

—¡Cómo, hermana, si usted nunca come más que castañas y bellotas y cuando más queso!

—¡Calla, pues es verdad!—dijo para sí el co-

ronel—: esta muchacha no tiene cara de mentir; pues señor, no entiendo yo que con esas porquerías se haga una carne tan hermosa como la de esta señora.

Entretanto, la condesa había dicho:

—Es que he cumplido ya mi voto y vuelvo al mundo, de donde he salido, hija mía.

—Sí, niña, sí—dijo don fray Zoilo—: esta señora no se llamará desde hoy la hermana Esperanza, sino la excelentísima señora condesa de Puertocerrado.

—¡Ay, Dios mío! ¿Y se va usted señora? ¿Qué va á ser de nosotros sin usted?

—Es necesario que yo me vaya, hija mía.

—¡Ay, pues esta es una desgracia! no sabe usted, señor padre, lo que era para nosotros la hermana Esperanza. En cuanto se ponía alguno malo en el valle, allí estaba ella, y parecía que llevaba la gracia de Dios, porque los enfermos se ponían buenos. Mire usted, tres solas personas han muerto desde que la señora está aquí: el tío Recio, la tía Garrafa y la tía Penco, y esos tres de viejos, porque los tres tenían más de cien años. Cuando la señora no esté aquí será otra cosa: ¡sabe Dios lo que nos sucederá!

Y la muchacha, que se había ido conmoviendo, rompió á llorar.

—¡Calla!—dijo para sí el marqués—: pues también es verdad que esta mujer es una santa; pues tampoco lo entiendo, porque á todos los santos los pintan flacos.

—No te desconsueles, Rosuela—dijo doña Juana—, porque yo, aunque me voy, no me voy: yo os prometo hacer aquí un palacio, del cual será capilla mi ermita, y venir á vivir entre vosotros; yo compraré todo el valle por lo que me pidan, y entre vosotros lo repartiré: nuestra separación será corta; vosotros no podéis vivir sin mí, ¿no es verdad? yo tampoco puedo vivir sin vosotros, mis buenos amigos. ¡No lloréis!

—¡Diablo! esta mujer vale un mundo—dijo el coronel limpiándose una lágrima que había asomado á sus ojos, con los nudillos, ó mejor dicho, con el guante que cubría sus nudillos—: me gusta mucho más que su hija; pero bueno está lo bueno: no seamos glotones como don fray Zoilo; porque nos puede dar un cólico.

La noticia de que la penitente se iba del valle, que era una señora muy rica que iba á volver y á hacer un palacio y á comprar el valle y á darlo entre los que lo habitaban, cundió al momento, llevada por algunos zagales que se destacaron hacia el caserío y el cortijo.

Apenas habían pasado algunos minutos y todos los habitantes del valle estaban en la cabaña de los pastores y rodeaban á la condesa y la bendecían y reían y lloraban.

Aquello era de todo punto conmovedor.

Don fray Zoilo, servido el caldero, comió llorando; hagamos justicia á su sensibilidad.

El marqués comió poco, porque le había irritado el estómago la hermosura de doña Juana.

Colorín, que había servido el vino, miraba cada vez con más odio al marqués.

Diego estaba profundamente abstraído, y apenas comió.

Apenas comió tampoco la condesa.

Por último, como á las dos de la tarde, la condesa, vestido un traje de los de día de fiesta de Isidra la cortijera, y llevada á la grupa por el marqués de Vadoclaro, á quien podía ya considerar como hijo, el padre Zoilo en su silla de manos, y los restantes á caballo, partieron.

Los habitantes del valle los acompañaron hasta lo alto del barranco, y allí se despidieron de nuevo con lágrimas y sollozos de la condesa, rogándola una y cien veces que no se olvidara de su ofrecimiento de venir á vivir entre ellos.

Luego se retiraron tristes y cabizbajos.

A las doce de la noche llegaron á Utrera, y al ver el marqués de Rodovilla á doña Juana, exclamó:

—¡Oh, sí, sí, esta es la esposa de mi alma! ¡bendito sea Dios que me la ha guardado!

XI

Quince días después había gran fiesta en Utrera, en la casa del marqués de Rodovilla; como que se hacían tres bodas: la del marqués de Rodovilla con la excelentísima señora condesa de Puertocerrado, por cuya boda se legitimaba á la señora doña Josefa de Valcárcel, hija natural, habida quince años antes por los amores de ambos contrayentes; la de doña Josefa con el excelentísimo señor don Pedro de Valcárcel, marqués de Vadoclaro, y por último, la del señor don Gonzalo de Arias, capitán de infantería, con la excelentísima señora doña María de los Dolores de Valcárcel, marquesa de Rodovilla, por cesión en forma que de su título y de sus bienes había hecho en ella su padre.

Para llegar á este punto, se habían hecho esfuerzos portentosos.

Se había conseguido del arzobispo de Sevilla la anulación del voto de doña Juana, que se encontró no exigía la dispensación del Papa.

Había sido necesario dar diez millones de reales á don Juan Lara, primo de doña Juana, que condicionalmente poseía su título y sus bienes, para que no entablase un litigio.

En fin, había sido necesario dar á Silvestre Ardilla veinte mil duros para que no entorpeciese con dificultades y con pleitos el reconocimiento de Josefa por sus padres.

Cuando Tola supo que el capitán don Gonzalo no se casaba con ella, sino con una señorita que había sacado del convento de Santa Cla-

ra, tomó el cielo con las manos y se entendió con Colorín, que se encontraba en la misma situación que ella.

—¿Y qué dices tú á esto, hijo mío?—dijo la Tola una noche por la reja á Colorín, algunos días antes del prefijado para las bodas, cuando ya habían sacado de la casa de Ardilla á Josefa:—¡pues nos hemos quedado los dos completos! á ti te se casa la tuya y á mí se me casa el mío; ella con un excelentísimo señor, y él con una excelentísima señora: pues mira, para consolarnos, estamos iguales. Y tú ¿te vas á aguantar?

—¿Y qué he de hacer ,hija mía, qué he de hacer, si es cosa de mi capitán, y á mi capitán le temo yo más que á un rayo? no hay más que tener paciencia y aguantarse.

—Pues yo no me aguanto—dijo Tola—; que yo le pongo impedimento á tu capitán, y veremos por donde salimos.

—Chiquilla, ¿y serás tú capaz de eso?

—¿Que si seré yo capaz?—dijo Tola—: pues si me quitan mi alma, ¿qué voy yo á hacer en el mundo? desesperarme ó ahorcarme, que no sabes tú lo que yo le quiero.

—No le querrás tú más que lo que yo quiero á Pepa.

—Pues, hijo, en nosotros consiste: porque si los dos les ponemos impedimento y decimos la verdad, ,ninguno se casa.

—Yo no puedo hacer eso, porque mi capitán anda en el negocio; pero tú sí lo puedes hacer.

—Pues lo haré.

—Pero chiquilla, ¡si las bodas van á ser el día 10 de Septiembre por la noche en Utrera!

—¿Y cómo voy yo á Utrera?—dijo desesperada Tola.

—¿Que cómo vas tú á Utrera? ¿eres tú mujer de guardar un secreto y de morir por Dios?

—¡Vaya que sí! que no sabes tú quién soy yo.

—Pues mira, el día 9 por la noche, á la media noche, vengo yo por tí y te saco por el huerto y te llevo á una casa donde yo me sé; y si yo no vengo por ti, porque yo no puedo, porque mi capitán me haya llevado á Utrera, que todo podrá ser, vendrá por ti un buen mozo amigo mío, ¿entiendes?

Y estranguló de una manera definitiva á Tresmil (pág. 66.)

—¿Y es de fiar ese buen mozo, Canario? porque mira que yo no quiero cuentas con serranos.

—¡Vaya si es de fiar tratándose de una cosa mía, que le diré que tú corres de mi cuenta! la que es menester que sea de fiar eres tú, que mira que el tal muchacho es bonito como un oso.

—Te digo que descuides, que para mí no hay más hombre en el mundo que tu capitán.

—Pues mira, el día 9 de Septiembre á la media noche está tú alerta, ¿entiendes?, y en viendo tú que se pone debajo de la ventana tuya que da al huerto un hombre, te bajas como tú sabes hacerlo y te vas con él; que por la mañanita en amaneciendo él te sacará de Sevilla y te llevará á Utrera y á la casa del marqués de Rodovilla, que es donde se hacen las bodas, y allí te presentas tú y armas el belén, ¿entiendes?

y lo cuentas todo ,y salga el sol por Antequera, ó por Ronda, ó por donde le dé la gana. Con que adiós, hija: estoy de un humor de quince mil y más demonios, y no tengo ganas de pelar la pava, ni hay para qué, porque tú no eres la mía ni yo soy el tuyo; mira, por si no nos volvemos á ver, que todo podrá ser, no pierdas de la memoria lo que te he encargado, que á las doce de la noche del día 9 te estés esperando en el huerto, que ese irá por ti y te llevará á Utrera.

—Bueno, bien, hombre—dijo Tola—: no lo olvidaré.

—Pues adiós, mujer, hasta la vista.

—Adiós.

Y Colorín se separó de la reja, y Tola cerró sus maderas.

Apenas se había quedado la calle abandonada, cuando de la callejuela que ya conocemos salieron dos sombras: la una era muy pequeña, la otra de una estatura regular.

—Celestino—dijo la sombra menor á la mayor—: es necesario que averigües lo que tu hermana Tola ha hablado con ese hombre, y que me lo digas cuanto antes.

—Es ya tarde—dijo Celestino—, y hasta mañana no le podré llevar á usted la razón.

—Pues bien, mañana á la tarde, al obscurecer, te espero en el ventorrillo del Potrero, en el camino de Santiponce.

Llegó al fin la media noche del 9 de Septiembre.

De la tienda de Espantitos el montañés salió un joven como de veinticuatro años, buen mozo, vestido á lo «terne», con cara y ojos de bravo, y dijo á Espantitos.

—Está listo para cuando yo venga con ella, que es menester servir á Colorín, y «sonsi»; y que no lo sepa esto nunca Diego Corriente, que nos tiene á todos jorobados, y bueno es que ya que podemos le sentemos la mano.

—Descuida, Tresmil—dijo Espantitos—, que nadie sabrá nada; y anda listo, que tengo gana de acostarme, que es tarde.

Tresmil salió, y Espantitos se quedó esperando. Pero dieron las doce, las doce y media, la una, y Tresmil no parecía.

—¿Si le habrá sucedido á ese algo?—dijo Espantitos—: no; ¿qué le ha de haber sucedido? lo que es, es que se estará entreteniendo; pues allá voy yo; silbo, y esto será decirle que se venga, que yo no estoy para esperar.

Y Espantitos abrió la puerta, salió, la cerró, se dirigió á la callejuela, entró en ella, se arrimó á la tapia, siguió un poco adelante, y de improviso tropezó y retrocedió.

—¿Qué es esto?—dijo—¡un hombre muerto! ¿Si será Tresmil?

La noche era bastante clara, y Espantitos se inclinó, reconoció el semblante del hombre que había encontrado tendido, y reconoció á Tresmil muerto y tibio aún.

—¿Qué es esto, señor? ¿qué es esto?—exclamó Espantitos—; y no hay sangre... ¿cómo han herido á este pobre? Pero sea como fuere, no me conviene estar aquí; puede venir una ronda; vámonos: nada tenemos que ver con esto. Allá se las hayan ellos.

Y Espantitos huyó y se metió apresuradamente en su casa, echó los cerrojos, atrancó la puerta, se metió en la cama, y se durmió.

A poco sobrevino una ronda por el callejón, y tropezó con el cadáver de Tresmil.

—Aquí hay un muerto—dijo uno de los alguaciles.

—¿No hay sangre?—dijo el alcalde.

—No, señor, ninguna—contestó el alguacil—: deben haberle herido con alguna almarada, que estas armas hacen la herida estrecha y no sale por ella más que una gota de sangre.

—Examinad, examinad el cadáver.

Los alguaciles examinaron el cadáver de Tresmil.

—¡Ah, ah! no le han herido, le han ahogado. Aquí tiene las señales sangrientas de los diez dedos de dos manos.

—Pues bien, avísese á la parroquia y que recojan—dijo el alcalde.

Uno de los alguaciles partió á cumplir esta orden, y los demás quedaron guardando el cadáver.

¿Cómo había sucedido aquello?

Nuestros lectores habrán adivinado, por el género de muerte de Tresmil, que su matador era don Tadeo, ó si queremos, el conde de Pinorrey.

En efecto: informado éste por Celestino de que su hermana esperaría á la noche siguiente á las doce á un buen mozo que tenía el encargo de sacarla por la mañana de Sevilla y llevarla á Utrera, esperó encogido y pegado á la tapia á que llegase el hombre que había de sacar de su casa á Tola y llevarla á Utrera.

Poco después de dar las doce, apareció en el callejón Tresmil.

Don Tadeo, antes de que pudiese Tresmil reparar en él, se levantó de un salto, y avanzando con la ferocidad del tigre antes que su víctima pudiera ponerse en defensa, se tiró á su garganta, y de la misma manera que muchos años antes había casi estrangulado á Pitoclaro, como recordarán nuestros lectores, estranguló de una manera definitiva á Tresmil, que no pudo decir una sola palabra.

En seguida, don Tadeo sa apresuró á saltar la tapia, penetró en el huerto de la casa de Silvestre Ardilla, llegó al pie de la ventana, y dijo á Tola, que se había asomado á ella al sentir pasos en el huerto:

—¿Estamos ya, niña?

—Sí, señor. ¿Es usted el que envía Canario?

—Sí, yo soy.

—Pues Canario me había dicho que vendría por mí un buen mozo.

—Canario es un burlón, y si dijo que vendría por ti un buen mozo, fué por chunga, porque yo soy pequeño; pero eso no te importe, que yo te llevaré donde quieras ir mejor que ningún otro.

—Pues allá voy, que tanto me da que sea buen mozo el que por mí venga, como ruín y chiquitito como usted.

Y echando una pierna por encima del mamperlán, y luego la otra, y agarrándose á él con las manos y descolgándose, estuvo en dos segundos en el huerto.

Después, habiendo atravesado éste y llegado á la tapia, don Tadeo saltó sobre ella con la agilidad de un gamo, se colocó encima, se inclinó como si hubiera sido un demonio que se hubiera agarrado á la pared con las garras de los pies, y alargando las manos agarró las de Tola y la levantó, la pasó por encima de la tapia con una fuerza y una agilidad prodigiosa, la dejó en tierra, siguiéndole él después y llevándola en sentido contrario de la tienda, de manera que Tola no pudo ver el cadáver de Tresmil.

Don Tadeo se llevó á Tola á la calle de Regina, próxima á la de la Encarnación, y allí llegó á un casucho, y sacando una llave del bolsillo abrió una puerta y entró con Tola.

La casa estaba completamente desguarnecida, y sólo en una de sus habitaciones había un lecho.

—Acuéstate y descansa—dijo don Tadeo—, que mañana por la mañana temprano tenemos que ponernos en marcha.

Y dando las buenas noches á la joven, salió, dejándola asombrada de su pequeñez y de la fea y raquítica expresión de su semblante.

—Si este hombre no es un demonio—dijo Tola sentándose pensativa en el borde de la cama—, no hay demonios en ninguna parte.

Apenas rayaba el día, don Tadeo, que se había recogido en otro aposento donde había otro lecho, bajó al patio, entró en una cuadra, ensilló un caballo, volvió á salir, subió á la habitación de Tola, la despertó, y la anunció que había de partir y que sería conveniente que se vistiese.

En cinco minutos estuvo vestida Tola.

Don Tadeo bajó con ella, sacó el caballo á la calle, cerró la puerta del casucho, montó, puso á las ancas á Tola, y partió, alejándose de Sevilla por la puerta de Carmona, que en aquel momento se acababa de abrir.

XII

Variemos de fecha y de lugar de escena.

Vengamos á tres días antes de esta noche lúgubre y á uno de los más solitarios parajes fuera del barrio de San Bernardo, á alguna distancia del matadero.

Allí, poco después de obscurecer, llegó un soldado de infantería.

Aquel soldado, como comprenderán nuestros lectores, era Colorín.

A poco rato empezaron á llegar á la hondonada donde Colorín se había metido, como hasta once hombres.

—Buenas noches, amigos—dijo Colorín—. ¿Sabéis lo que hay que hacer?

—Usted dirá, teniente—contestó el Rayo, porque aquellos hombres eran la cuadrilla entera de Diego Corriente.

—Pues no hay que hacer más que prevenirlo todo, irse al cortijo de Pellico, tomar las armas, los vestidos y los caballos, salir mañana muy temprano y llegar á la noche cerca de Utrera y entretenerse por allí, ocultos entre los olivares, á esperar órdenes.

—Muy bien, teniente—dijo Mochudo; y qué hacemos?

—El día 10, á eso del obscurecer, os acercáis á Utrera y os escondéis en las espesuras que hay junto al cortijo de Pellico ¿entendéis? y allí esperáis á que yo os avise.

—Muy bien, mi teniente.

Al día siguiente, salieron todos al amanecer de Sevilla, y se trasladaron al cortijo de Pellico, donde tomaron sus trajes, armas y caballos, y emprendieron el camino de Utrera.

Diego Corriente había recelado que podía sobrevenir algo que le hiciese necesaria la ayuda de su gente, y había dispuesto cuanto era necesario para que ésta estuviese á punto de socorrerle en Utrera, si llegaba el caso de ello.

Vengamos ahora al obscurecer del día 10 de Septiembre.

La casa del marqués de Rodovilla, como hemos dicho, resplandecía, estaba iluminada por dentro y por fuera.

En el gran salón en que se habían casado tantos Rodovillas y tantos de ellos habían estado de cuerpo presente, había un sarao magnífico.

La atención de todas las personas aristocráticas de Utrera, que eran muchas, se fijaba en tres señoras muy bien ataviadas y prendidas, singularmente en dos de ellas, porque á una la conocían demasiado, era Dolores, pero á las otras no las conocían absolutamente, porque la una era la condesa de Puertocerrado y la otra su hija doña Josefa de Valcárcel.

Se había hablado mucho de aquello, porque el marqués de Rodovilla había tenido el buen discernimiento de hacer que la presencia de aquellas personas no fuese una novedad, anunciando con muchos días de anticipación á todos sus parientes, amigos y conocidos, que habiendo tenido amores en otro tiempo con la hija del conde de Puertocerrado, y habiendo resultado de aquellos amores una niña, la conciencia le había obligado á sacar del retiro donde se ha-

bía ido á tener una vida de penitente á la condesa, y á reconocer á su hija.

Pero por más que el marqués hubiese dado con tiempo conocimiento de esto, no dejaban de llamar gravemente la atención la madre y la hija.

No se explicaban bien cómo á pesar de la vida de penitente, de abstinencias y de disciplina que había llevado, hubiese podido conservarse con tal y tan majestuosa hermosura doña Juana de Valcárcel.

La maledicencia y la crítica formaban comentarios que corrían por toda la concurrencia en voz baja, pero produciendo un murmullo hostil.

A las más delicadas de las señoritas de Utrera, les parecía que aquella joven, hija del marqués de Rodovilla y de la condesa de Puertocerrado, tenía mucho de ordinario; y en efecto, la pobre Josefa, acostumbrada á las llanezas de la vida del menestral, no llevaba las galas de que estaba cubierta con toda la distinción que hubieran podido desear aquellos nobles damas que la criticaban; y su crítica era tanto más acerba, cuanto que expresaba la envidia, porque la madre y la hija estaban deslumbrantes en cuanto á hermosura, y tenían sobre sí en diamentes una inmensa riqueza.

La que únicamente podía compararse con ellas, era Dolores.

Todos reparaban en que Dolores estaba inquieta, y aún pudiéramos decir que sombría.

Hablaba con grande interés con Diego Corriente, que estaba todo lo buen mozo que podía estarlo para impresionar á las mujeres que se encontraban en las bodas; llevaba un rico uniforme de gala que se había mandado hacer en Sevilla con anticipación.

Hablaba con sumo interés y en voz baja con Dolores, y ésta á veces se ponía pálida y á veces se enrojecía.

Parecía que los dos novios hablaban con un objeto de gravísimo interés.

Josefa, con la cual hablaba enamorado el marqués, estaba también sombría, disgustada; parecía como que se casaba á la fuerza.

El marqués no reparaba en esto.

La grande hermosura de la joven absorbía por completo toda su atención.

La condesa de Puertocerrado estaba también seria y sombría, escuchando distraída al marqués de Rodovilla, que enamorado como un loco, la hablaba, desentendiéndose de todo lo que le rodeaba, como si nada existiese para él más que doña Juana.

El corregidor de Utrera andaba por allí de corro en corro, de señora en señora, de novia en novia, fino, cortés, pero muy pálido y todavía no muy seguro, aunque había pasado cerca de un mes que había sanado de la herida que le había causado aquel maldito Diego Corriente.

—Qué pálido está usted, señor corregidor—le dijo éste en una ocasión en que se acercó á Dolores.

—¿Qué quiere usted que me suceda, señor capitán—dijo el corregidor, si aún no hace un mes que ese miserable Diego Corriente, á quien yo vea ahorcado me partió dos costillas; y todavía estoy tosiendo y temiendo que recrudezca la herida y me envíe á la eternidad?

—¡Bah!—contestó Diego—: no tiene usted cara de morirse, señor corregidor.

—Dicen que estoy muy pálido.

—Naturalmente, la aprensión: yo también debo estar muy pálido.

—Sí, señor; su palidez de usted es envidiable: la emoción, la cercana perspectiva de una felicidad envidiable...

Dolores se sonrojó.

—¿Y piensa usted seguir en el servicio?—dijo el corregidor.

—Sí, sí señor; necesariamente: tengo una gran vocación á la milicia; sin embargo, esto de penderá de las circunstancias.

—Yo me alegraría mucho—dijo el corregidor—, que se quedase usted en Utrera. ¡Están tan acostumbradas mi mujer y mis hijas y todas estas señoras de Utrera al amable trato de Dolorcitas!...

—Yo daría mi alma y mi vida—contestó Dolores—, porque nos pudiésemos quedar en Utrera.

Y en esto no mentía, porque si hubiera podido quedarse en Utrera, no hubiera existido la terrible situación de Diego Corriente.

Dolores había arrostrado por todo.

Estaba dominada por una pasión que había llegado á ser para ella una locura.

Sabía que en el momento en que se casase, en el momento en que terminase la fiesta de boda, Diego la llevaría consigo á Portugal, en el cual se ampararía Dolores, llevándose toda su cuadrilla, y dejando su funesta vida de salteador.

Sin embargo, á Dolores le era muy penoso unir su existencia á la de un hombre que, aunque arrojado por la fatalidad al crímen, había adquirido el terrible nombre de capitán de salteadores.

Había un no sé qué de fatídico, de siniestro en aquellas bodas.

—Ya lo hemos dicho: las tres novias estaban sombrías, y no era suficiente para ellas la enamorada conversación de los novios para borrar de su frente la obscura nube que las cubría.

Eran las nueve de la noche.

El cura y el beneficiado sólo esperaban una indicación del marqués de Rodovilla, jefe de la familia, para proceder al casamiento de los novios.

Al fin, el marqués de Rodovilla dijo:

—¿Y qué hacemos, señores? ¿en qué pensamos? Vamos, señor cura, concluyamos. ¿Quién le parece á usted que debe ser el primero que se case?

—Naturalmente, usted, señor marqués—dijo el cura—, por mil razones. Usted es el padre de estas señoritas, y me parece que usted y la señora condesa deben ser los primeros: después el señor capitán y mi señora doña Dolores, puesto que esta es la hija mayor, y luego el señor marqués de Vadoclaro y mi señora doña Josefa.

—Pues cuanto antes, cuanto antes, señor cura; estas chicas tienen grandes ganas de bailar, y así no hacemos nada. Se espera algo, y es menester que esto llegue; con que, cuando usted guste.

El cura se levantó, y acompañado del beneficiado, adelantó hacia el gabinete donde estaba preparado un altar.

El marqués de Rodovilla, llevando de la mano á la condesa de Puertocerrado, entró tras los eclesiásticos en los gabinetes.

Seguía Diego Corriente, llevando de la mano á Dolores; luego el marqués de Vadoclaro con Josefa.

Acompañaban á estas tres parejas de novios sus correspondientes padrinos, que eran de lo principal de Utrera, y cuyos nombres no se encuentran en los datos de que nos servimos para confeccionar esta verídica historia, pero debían ser personas muy principales, dada la alta alcurnia y la gran riqueza de los contrayentes.

El marqués de Rodovilla y la condesa de Puertocerrado fueron unidos ante Dios, mediante la bendición del sacerdote.

—¡Oh, hermosa mía!—dijo el marqués—: bendita sea la hora en que mi hija Dolores se enamoró de don Gonzalo de Arias, porque sin estos amores, difícilmente hubiéramos podido llegar á este punto, porque tal vez mi hija no hubiera opuesto resistencia para casarse con su primo.

—Lo que está de Dios se cumple, amigo mío—contestó alentando apenas la condesa de Puertocerrado, porque para ella era un inmenso sacrificio unirse al marqués de Rodovilla, que además de no tener dotes morales bastantes para satisfacer el corazón de una mujer pura, físicamente había envejecido y estaba feo, y más de lo tolerable, repugnante.

Sin embargo, doña Juana tomó por una expiación su casamiento con el marqués de Rodovilla, y se resignó, solamente porque con aquel casamiento se hacía, según creía, la felicidad de su hija.

Inmediatamente después se celebró el casamiento de Diego Corriente y de Dolores.

A seguida, el del marqués de Vadoclaro con Josefa.

Veamos, mientras la gente convidada á la boda se prepara á bailar, mientras los músicos templan los instrumentos, lo que sucedía fuera de la casa.

Un jinete, llevando á las ancas á una mujer, acababa de entrar en la calle de Porras y se acercaba á la casa del marqués de Rodovilla.

Al llegar á la puerta de la casa este jinete, por la parte de arriba y la de abajo de la calle de Porras y por la desembocadura de la calle de Franquillos, aparecieron, cuatro por cada punto, como hasta una docena de buenos mozos.

La puerta de la casa del marqués estaba abierta de par en par, y á los criados patanes de la casa se les había puesto las antiquísimas libreas guardadas para las grandes solemnidades.

El jinete que había llegado allí con la mujer echó pie á tierra, ayudó á bajar á su compañera, ató su caballo á una reja, y adelantó entrando por el portal.

Este hombre iba completamente vestido á lo caballero.

Llevaba sombrero de tres candiles á la antigua usanza, con galón de oro, peluca blanca con coleta negra, camisa de batista con gran corbata bordada y alfiler de brillantes; casaca color amaranto, bordada de sedas, chupa de raso blanco bordada también, calzón corto del color de la casaca, y unas ricas botas de gamuza con espuelas doradas.

De su cintura pendía una espada de dobles tirantes, y enganchadas en el cinturón un par de pistolas.

Una capa de grana caía sobre sus hombros.

Llevaba de la mano á una joven vestida como las artesanas de Sevilla, pero con elegancia, y era sumamente hermosa: la mujer llevaba de estatura al hombre toda la cabeza; el hombre, pues, era pequeño.

Su semblante causaba, más que respeto, miedo.

La mirada de sus ojos verdosos, era firme, serena, terrible.

Los criados le dijeron que qué quería.

—Estoy convidado—dijo.

Y lo dijo de tal modo, que ningún criado se atrevió á impedirle el paso.

Subió, pues, llevando de la mano á la joven.

Subieron las escaleras, llegaron á un recibimiento, y entraron al fin en el salón; pero al llegar á la puerta, la joven se desasió de la mano del que le acompañaba, y se lanzó dentro del salón gritando:

—¿Quién se casa aquí? Aquí no puede casarse nadie, porque yo vengo á poner impedimento por mí y por otra.

La joven que acababa de entrar era Tola.

El que la había llevado hasta allí, don Tadeo Ledesma, que en el momento en que la joven entró, se escurrió, volvió á bajar las escaleras, atravesó rápidamente el portal, llegó á la reja adonde había atado su caballo, le desató, montó,

y se vió obligado á romper de un repelón por entre cuatro hombres que adelantaban trabuco en mano para impedirle el paso.

Luego se lanzó en el camino real, y desapareció entre la obscuridad de la noche.

Había logrado lo que quería.

Tola, irritada, terrible, enfurecida, estaba en el lugar de las bodas.

—¿Qué es esto?—exclamó el marqués de Rodovilla—: ¿quién es esta loca que se nos echa encima?

—Yo no soy loca—exclamó Tola—: yo soy Tolita Ardilla, hermana de Josefa Ardilla, que se está casando sin deber casarse, con el marqués de Vadoclaro; porque mi hermana es querida del asistente del capitán don Gonzalo de Arias, que es querido mío, y tampoco puede casarse con esa señorita que tiene de la mano; y han de saber ustedes, para que ustedes conozcan que son unos tontos, que ese señor don Gonzalo no es don Gonzalo ni quien tal vió, sino el capitán de caballistas Diego Corriente que ha engañado á todo el mundo.

Esta noticia causó la conmoción general que era de suponer.

Pero todos creyeron que aquella mujer, descompuesta, frenética, que hablaba á gritos, rugiendo, procurando separar á Diego Corriente de Dolores, estaba loca.

—Que se lleven á esta mujer—exclamó el marqués de Rodovilla—, que se la lleven: ¿quién ha traído aquí á esta mujer?

—¿Por qué me han de llevar á mí á ninguna parte como no sea á la cárcel por haber querido á Diego? No iré: mira, tú, no lo niegues, ¡si lo sé yo! ¡si me lo ha dicho don Tadeo Ledesma! Lo sé todo.

—¡Maldito!—exclamó Diego Corriente—: ¡siempre ese hombre detrás de mí!

En aquel momento se oyó un gran estruendo en la casa.

La confusión creció.

No tardaron mucho en aparecer Colorín que traía, á pesar de su uniforme de soldado de infantería, un trabuco en la mano, el Rayo, Mochudo y Narizrroída, á la puerta del gabinete.

En la sala habían penetrado otros cuatro bandidos.

En las escaleras se habían quedado dos, y otros dos guardaban la puerta.

—Ea, vamos—dijo Colorín—: aquí estamos todos; echad afuera las caretas, que aquí no hacen falta. Usted se ha casado con su novia, ¿no es esto?—dijo á Diego—. Y ese marqués, ese fanfarrón, se ha casado también con Pepita, con mi novia; pero eso no le hace, porque aquí estoy yo para arreglarlo.

El marqués echó mano á su espada, pero se encontró con el trabuco de Colorín al pecho.

—No te mato—le dijo—, porque no quiero derramar sangre en el día que se casa el capitán; pero si te mueves, pereces. Pepa, vente aquí conmigo, que harto me he aguantado esperando este momento; y usted, señor Diego, ¿qué hace que no se lleva á la señorita Dolores?

El corregidor daba voces, pidiendo favor al rey.

Las señoras se desmayaban, la una por aquí, la otra por allá.

Los hombres se arremolinaban, procurando escapar, temerosos de que allí sucediese una inmensa catástrofe, y sin embargo retrocedían, porque á la puerta se encontraban las bocachas de los bandidos.

—En fin—dijo Diego Corriente—, señor marqués de Rodovilla, yo amaba á su hija de usted; por su hija de usted me he echado en esta mala vida en que estoy y no podía casarme con ella: todo este uniforme, el nombre con que he venido, es mentira; pero, una palabra: nadie tenga miedo, que aquí no se va á matar á nadie. Señor cura, ¿estamos casados la señorita doña Dolores de Valcárcel y yo?

El cura no contestó: el miedo se lo impedía.

El reverendo padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas, del que nos hemos olvidado de hablar porque en verdad no había entrado en el salón hasta última hora, porque había estado en el comedor tomando un refrigerio, más sereno que los demás porque indudablemente aquel buen religioso tenía el corazón muy grande, dijo:

—Este es un pecado horrible que pagarás con el tiempo tú, Diego Corriente, puesto que así confiesas llamarte. Dios no puede perdonar el sacrilegio que has cometido engañando á uno de sus sacerdotes, introduciéndote en una familia honrada, seduciendo á una joven inexperta, dejada de la mano de Dios; pero ya que preguntas si eres esposo de ella, yo te respondo que sí, porque teniendo los dos unidas las manos, ha caído sobre vosotros la bendición del Señor, pero ante la iglesia y ante el mundo este matrimonio es nulo. Dios quiera que te arrepientas y te enmiendes, y que esa bendición no sea para ti una maldición espantosa.

—Padre—exclamó Diego Corriente—: yo no he hecho todo lo que he podido hacer, porque peor hubiera sido que hubiera puesto fuego al convento de Santa Clara, y me hubiera llevado á Dolores de entre las llamas.

—¡Horrible pecado!—exclamó el religioso—: puesto que hemos sido sorprendidos, puesto que nada podemos hacer, puesto que tenemos ante los pechos las armas infames de salteadores. Marchaos por Dios; idos: no tardará la justicia en perseguiros; idos, porque no daréis más que escándalo.

El padre maestro, que había visto que toda resistencia era inútil, y prudente siempre, sin dejar de ser severo, procuraba abrir un camino por donde aquella gente se fuese sin causar más daño.

El marqués de Rodovilla no se atrevía á hablar, estaba aterrado.

En cuanto á Vadoclaro, rugía como un tigre, porque se le había echado encima el Rayo ame-

nazándole con la bocacha, y le había atado fuertemente.

En cuanto á Pepita, no se había hecho de rogar para ponerse de parte de Colorín, y se había ido entre ellos.

Los bandidos se habían quedado guardando la puerta del gabinete. Dolores se había desmayado.

No había un momento que perder, porque la casa había sido sorprendida, y aunque no se dejaba salir á nadie de ella de todos los que en ella había, cualquiera podía hacer que la noticia saliese fuera de la casa, que se sublevase la población de Utrera y cogiesen allí á Diego con toda su cuadrilla.

Así, pues, éste asió á Dolores, la levantó por la cintura, salió con ella, é inmediatamente, cuando se oyó su silbido desde el extremo de la calle de Porras, todos los bandidos se fueron replegando, llevándose entre sí á Josefa.

Poco después salían de Utrera rápidamente: en el camino montaban á caballo.

Habían dejado cerrada la puerta de la casa del marqués, y se habían llevado la llave.

Asímismo había sido también cerrado el postigo, y la llave se había perdido.

Mientras se forzaron estas puertas, mientras el corregidor y el alcalde buscaron gentes, mientras se armaron, ya Diego Corriente y su partida iban muy adelante.

No se podía dar más audacia ni más escándalo.

Diego Corriente había puesto la cúpula á su reputación de bandido.

Sobre sus antiguas hazañas había llevado á cabo la no pequeña de suplantar á un capitán de infantería, y tratarse, representándole, con el capitán general, con el Asistente, con el tremendo Bruna, con todos los señores oídores, con el alcalde de casa y corte, y hasta con el arzobispo, con cuantas personas principales había en Sevilla; para lo cual le habían servido las cartas de recomendación que el capitán traía.

Había engañado á un fraile trinitario.

Había sacado del convento á una joven que había estado en la casa de su padre, se había casado con ella, había producido el casamiento del marqués de Rodovilla con una mujer hacía tiempo engañada por él, había hecho reconocer á la hija habida en aquella mujer, y aquella hija y su hija legítima habían desaparecido entre salteadores.

Esta noticia cundió, y don Francisco de Bruna dijo cuando lo supo:

—Ni aunque fuera quince veces mi padre, mi madre y mi abuelo, donde le coja le ahorco.

Y lo mismo dijo con una severidad terrible á doña Isabel Hernández, que calló y lloró, porque comprendía que tenía motivo bastante para decir lo que había dicho y para cumplirlo.

Tola había salido de la casa del marqués de Rodovilla y de Utrera, revuelta con los bandidos, gritando, alborotando, comprometiéndolos.

Pero nadie había en las calles que tuvieron que atravesar; y si los vecinos oyeron sus voces, no las atendieron, y cuando más, cuando más, alguno abrió la ventana y se asomó á ella, y volvió á meterse adentro cuando hubo pasado la turba, sin poderse explicar lo que significaban aquellas voces.

Cuando estuvieron en el campo, se apartaron del camino y se metieron en un olivar, donde Sata tenía los caballos.

Hasta allí llegó Tola.

—No, no—exclamaba forcejeando con el Rayo y con Mochudo que la detenían—; yo me voy con él, él me ha engañado, él me ha dicho que se casaría conmigo, y se ha casado con esa señorita, con esa flacucha, con esa maldita; yo me voy con él, soltadme.

—Oyes tú, Mochudo—dijo el Rayo—, que esta gata muerde, que me ha atarazado en este brazo un bocado que me ha hecho ver estrellas: mira, ¿no traes tú una cuerda? porque yo he empleado la que traía en atar á aquel coronelazo..

—Que no, que no, que no—gritaba Tola—; que yo me voy con él, que yo voy á matar á esa mujer.

—¡Lástima es que no la podamos llevar—dijo el Rayo—, y que tengamos que salir de pies, porque es buena moza de veras! Mira, vamos á atarla por la cintura á un olivo, y á irnos, que los otros ya van muy adelante, y que grite todo lo que quiera.

No fueron ya gritos, sino aullidos los que lanzó Tola.

Pero el Rayo y Mochudo, harto insensibles, la llevaron á un olivo inmediato, la ataron y se alejaron en busca de sus compañeros, que iban ya algo distantes.

Los alcanzaron al fin.

Diego Corriente estaba desesperado, sentado sobre una piedra, y teniendo entre sus brazos á Dolores, que continuaba desmayada.

—No contaba yo con esto—dijo—; yo esperaba poder salir sin dar escándalo, de Utrera, y que no se supiese quién era yo hasta que nos encontrásemos en Portugal; y aun así puede ser que hubiesen pretendido ocultar la suplantación de mi nombre por el de ese buen capitán á quien debo el tener al fin á la que amo más que á mi alma. ¿Quién ha traído aquí á la Tola?

—De modo y manera—dijo Sata—, que eso se puede averiguar. La Tola se ha quedado allá atada á un olivo, según acaban de decirme Mochudo y el Rayo: con preguntárselo á la muchacha, sabemos quién la ha traído.

—No, no podemos detenernos—dijo Diego—; á estas horas puede ser que los de Utrera estén saliendo en persecución nuestra: ¡á caballo, muchachos, á caballo! y á campo traviesa, á ganar el paso del río por Cantillana: cortaremos la maroma á la barca y la entregaremos á la corriente, y así tendrán que perder mucho

camino para buscar otro paso; no hay un momento que perder: tráeme mi caballo, Colorín; sostén tú á Dolores, Rayo, mientras yo monto.

El caballo que Colorín trajo á Diego, en vez de albardilla tenía montura á la francesa, y maleta en vez de alforjas.

En aquella maleta iba la enorme cantidad en oro que representaba la parte que había tocado á Diego del robo del alcalde de los Palacios.

Aquella montura era la propia de un capitán de infantería que fuese de camino.

El caballo de Colorín tenía una montura semejante.

Diego montó, y el Rayo le puso en los brazos á Dolores, que continuaba desmayada.

—Si quiere usted, capitán—dijo Sata, que hacía días estaba enamorado de Tola—, que yo vaya á preguntar á esa muchacha quién la ha traído, iré.

—El que esté más cerca de Sata—dijo Diego, que conoció la intención de la propuesta—, que le arrime un puntapié.

—Dado—dijo Narizrroída.

—Recibido—contestó con voz doliente Sata.

—Pues á caballo y largando—dijo Diego.

Colorín se puso delante á Josefa, y la abrazó murmurando:

—¡Válgame Dios, y qué mala noche hubiera yo pasado, prenda mía, si con las bendiciones calientes no te hubiera yo robado á tu marido!

—Peor la hubiera pasado yo, alma mía—contestó Josefa.

—Pero, mujer—dijo Colorín lanzando su caballo al galope en seguimiento del de Diego—, ¿no te pesa á ti el no disfrutar del marquesado de Vadoclaro?

—¡Quítate allá de marquesados, tunante!—contestó Josefa—: que ya sabes tú si yo te quiero bien, y que á un rey que fuera le despreciaría yo por ti.

—¡Bendita sea tu alma, señora marquesa!—respondió Colorín—: que no sabes tú el entripado que yo he pasado hasta que te he tenido en mi poder. ¡Jesucristo! no lo quiero pasar dos veces, porque reviento: ¡vaya! sino hubiera sido por no hacer daño á Diego, lo que es yo, mato á ese tío antes de que se hubiera casado contigo, porque hasta que le hayas dado la mano y te hayan echado las bendiciones, me estorba á mí.

—Pues mira, Canario, no hables mucho, porque puede ser que no tarde el día en que tengas que matar al marqués ó el marqués te mate á ti, porque está por mí loco.

—¡Qué me ha de matar á mí! ni aunque se volviera diez como él; y oyes, no vuelvas á llamarme Canario, porque no; porque aunque poco va de pájaro á pájaro, yo no me llamo Canario, sino Colorín, ¿entiendes tú? ¿No has oído tú hablar de un Colorín capitán de caballistas que tenía á todo el mundo en un puño y desesperados á todos los alcaldes de casa y corte de Sevilla?

—Sí, que sí—contestó Josefa—; y has de saber tú que siempre que oía yo hablar de tus valentías, decía yo para mí: ¡qué buen mozo debe de ser! porque todo el que es valiente es buen mozo.

—Poco á poco, chiquilla, que ahí detrás viene Narizrroída que es más valiente que el Cid Campeador y más malo que el veneno, y es feo como una noche obscura con truenos y relámpagos; en fin, yo lo junto todo, la valentía y la gentileza y la buena cara y los buenos hechos; y que ya ves tú que yo soy muy prudente, porque ¿qué me importaba á mí haber hecho un estropajo de un trabucazo á tu marido? Maldita de Dios la cosa.

—¡Ay, Dios mío, qué miedo que pasé!—dijo Josefa—: porque estabas que parecías una fiera; y como el marqués me tenía agarrada de la mano, dije yo: ¡adiós! si éste le da gusto al dedo, nos vamos á quedar aquí todos.

—¡Qué le había yo de dar gusto al dedo, cariño, si el capitán no quiere que se mate á nadie! es una manía que tiene: ya me lo contará dentro de poco, porque se ha metido en unas honduras, que mucho será que no tenga que despabilar á alguien.

—¡Jesús, Jesús, y qué noche!—dijo Josefa—: y dime, ¿tardaremos mucho en estar seguros?

—Yo creo que en tres días mi capitán y la señorita Dolores y tú y yo estaremos en Portugal; y lo que es los otros, ¡puñado de moscas! cada uno por su parte irá llegando adonde nosotros estemos.

—¡Ay qué gusto, cuando nadie tenga que meterse con nosotros!—contestó Josefa.

Y así siguieron hablando los dos amantes, y apretando de tiempo en tiempo Colorín las espuelas á su caballo para que no aflojase en el galope.

Los bandidos seguían, galopando también como una tromba, á su capitán y á su teniente.

De tiempo en tiempo se detenían, y Diego y Colorín cambiaban su caballo con el de otros de sus bandidos, porque los de ellos iban muy cargados, particularmente el que montaba Colorín, porque Josefa era muy buena moza.

A la una de la noche llegaron á la barca de Cantillana, y Diego silbó poderosamente.

A poco se oyó desde la otra orilla una voz que decía:

—¿Quién va allá?

—Diego Corriente y sus muchachos—respondió Diego.

—¡A ver si te vienes para acá con la barca, Oritos!—dijo Colorín, que conocía demasiado al barquero.

—Allá voy, chiquillo, allá voy—dijo alegremente éste, que esperaba un buen regalo.

Y á poco la enorme barca atracaba á la otra orilla.

Dolores había vuelto en sí una hora antes.

Pero estaba enferma, calenturienta, y se estrechaba temblando contra el pecho de Diego.

Echaron pie á tierra los bandidos, Colorín

bajó á Dolores, mientras desmontó Diego que la tomó en sus brazos, y entraron todos, jinetes y caballos, en la barca, que pasó á la otra orilla.

Cuando hubieron salido de ella, Diego dijo á Oritos:

—Tú no me conoces, muchacho, ¿no es verdad?

—No señor, pero hasta aquí ha llegado la gran fama de usted, y yo estoy aquí para servirle.

—Muchas gracias—contestó Diego—: toma este puñado de onzas.

—Ya me habían dicho que usted era muy rumboso—dijo Oritos—: ¿qué es lo que usted quiere que haga?

—Hombre, lo que yo quiero es que cortes las maromas de la barca, y que dejes que se la lleve el río, porque viene detrás mucha gente persiguiéndonos, y es menester que pierdan tiempo para que no puedan alcanzarnos, ¿entiendes tú? y para que á ti no te pase nada, te dejaremos atado.

—¿Y los del cortijo del Reló que está ahí á la orilla?—dijo Oritos.

—Anda, anda y avísales; y si no quieren que se les ate por bien, se les atará por mal.

—Bueno: yo creo que ellos en cuanto sepan que se trata de usted, señor Diego, no tendrán inconveniente; y mucho menos si usted les da para que se consuelen por el tiempo que hayan estado atados: allá voy.

Y Oritos se fué hacia el cortijo, que como sabemos estaba á un tiro de pistola de la casilla del barquero.

—¡A ver si entre todos y cuanto antes se cortan las maromas!—dijo Diego..

Los bandidos acometieron á las maromas con sus cuchillos, y muy pronto las maromas se sumergieron en el agua.

La barca quedó libre, y empezó á arrastrarla con lentitud al principio la corriente, y luego con más rapidez.

Cuando volvió Oritos con el capataz y los cuatro mozos del cortijo del Reloj, la barca estaba á una gran distancia.

—Vea usted aquí lo que es hacer las cosas mal hechas—dijo Oritos—: la barca la detendrán mañana por donde la vean pasar y la traerán; si se la hubiera puesto fuego, no la hubieran podido traer, y si se había de tardar un día en componerla, estando quemada se tardarían quince.

—Eres un animal—dijo Diego.—¿Pues qué no hay más pasos del Guadalquivir que la barca? Lo que yo quiero es ganar algunas horas de delantera, y me basta. Muchachos—añadió Diego dirigiéndose á los del cortijo—: ahí tenéis esas veinticinco onzas, pero yo necesito ataros para que podáis decir cuando vengan que yo os he sorprendido con mi gente para obligar al barquero á cortar las maromas.

—Pues bueno, haga usted lo que quiera, señor Diego—dijo el capataz.

—Oid lo que tenéis que declarar para que no os echen á presidio, que no quiero yo que al que me sirve le pase nada malo: oye tú, Oritos, tú dirás que cuando te llamaron del otro lado y preguntaste quién eran, te respondieron que un capitán de infantería con dos señoras y su asistente, que tú fuiste con la barca, y que cuando llegaste al otro lado te encontraste con que te se echaban encima muchos hombres y te amenazaban, que los tuviste que pasar con sus caballos, y que cuando pasaron te obligaron á cortar la maroma; que tú diste voces y acudieron los del cortijo del Reloj, y como nosotros éramos más no os atrevísteis con nosotros, y os cogimos la vez y os atamos y nos largamos.

—Descuide usted por nosotros—dijo Oritos—, que ya probaremos que se nos ha hecho fuerza y que no tenemos culpa.

—Ea, pues á despachar—dijo Diego:—¡á ver, muchachos, si ataís á esos buenos mozos con sus fajas, y á éste también!

En un momento estuvieron atados y trabados de una manera maestra Oritos y los cinco hombres del cortijo del Reloj.

—Ahora, á caballo, muchachos, y adelante—dijo Diego—: muchas gracias, amigos, y hasta la vista si Dios quiere.

—Vaya usted con Dios, señor Diego.

—Que Dios les dé á ustedes salud.

—Muchas gracias—dijeron los que quedaban atados.

Cuando hubieron andado como medio cuarto de legua por el camino real, Diego Corriente se detuvo y dijo á los suyos:

—Me estáis estorbando ya: ¡á ver! cada cual por su parte, que bien sabéis el camino, á la ligera, y á Portugal; yo os esperaré en Oporto: quiero que ya que me quito de esta vida, os quitéis vosotros también. Con que adiós, hijos, y á ver si dentro de cuatro días nos volvemos á ver.

—¿Y por qué se va usted solo, señor Diego?—dijo el Rayo—¿y si le sucede á usted algo?

—A mí no puede sucederme nada, porque llevo mi pasaporte de capitán de infantería, y por muy pronto que despachen correos, no podrán alcanzarme: mi regimiento está en Badajoz, y nadie extrañará que yo vuelva antes de habérseme concluído mi licencia temporal; con que á derecha é izquierda, fuera del camino, y solos cada cual, porque un hombre solo se escurre por cualquier parte, y todos conocéis el terreno.

—Descuide usted, señor Diego—dijo el Rayo—, que ya pareceremos, y puede ser que mejor que lo que usted se puede figurar.

Y dicho esto, tomó cada cual por su parte.

—¡Adelante, Colorín, adelante!—dijo Diego—: todavía somos el capitán don Gonzalo de Arias y su asistente Canario.

—Pues me parece bien—dijo Colorín.

Y siguió á Diego.

Apenas se hubieron perdido los dos con ellas á lo lejos, cuando por distintas direcciones volvieron al camino, y al mismo punto de donde se habían separado, los doce bandidos.

Por instinto habían tenido el mismo pensamiento.

—Bien, muchachos, bien—dijo el Rayo—; hemos obedecido al capitán, pero veo que todos hemos pensado lo mismo, que menos mal nos sucederá yendo juntos que solos, y que no es la primera vez que juntos nos metemos en Portugal, y con buen avío: en la yeguada de Pardiñas debe haber lo menos doscientos potros, y á esa yeguada no la hemos dado nunca ningún tiento: ¿no os parece que vayamos por allá y nos llevemos hasta las yeguas.

—No me parece mal—dijo Sata.

—Siempre has de ser tú el más adelantado, pendón—exclamó el Rayo.

—¡Cómo que si nos cogen á todos no me ahorcarán á mí como á vosotros! — contestó Sata—: por lo mismo yo tengo voz y voto, y eso de pendón yo no lo paso.

—Pues atáscatelo, y lo mismo da—dijo el Rayo.—¿Qué os parece de lo que he dicho, muchachos, de meterle mano á la yeguada de Pardiñas?

—Que sí—dijeron todos.

—Ya que nos quitemos del camino, porque así lo quiere el capitán—continuó el Rayo—, que nos quitemos con honra y con decencia.

—Eso de quitarnos del camino—contestó Narizroida—, no lo he visto yo todavía, y lo que yo os apuesto es que Colorín no pasa por esto, y que si el señor Diego se empeña en estarse quieto en Portugal ó en donde le dé la gana, Colorín volverá á ser nuestro capitán.

—Lo mismo me parece á mí—dijo el Rayo—; pero entretanto, alguno de nosotros tiene que ser capitán; con que vamos á elegirlo.

—Pues ya está elegido—dijo Sata—: tú, hombre, tú, que eres el más antiguo y el de más hígados de todos nosotros.

Por esta vez, el Rayo no se incomodó con Sata porque había hablado el primero.

—Sí, sí—dijeron todos—; dice bien Sata.

—¡Vaya si dice bien!—contestó Narizroida, aunque con la voz algo tomada—: estando tú aquí, ¿quién ha de ser capitán? No se hable más; ya está.

—Pues á la dehesa de los Alporchones, donde está la yeguada de Pardiñas.

Y seguidamente se pusieron en marcha.

XIII

Tola continuó gritando como una desesperada, haciendo esfuerzos impotentes por soltarse del olivo á que la habían atado y escuchando con toda su alma el ruído de las pisadas de los caballos que se alejaban.

Al fin aquel ruído se perdió entre el silencio.

Pero Tola no dejó de gritar por eso.

—Calla, la dijo de improviso una voz ronca á su lado: calla, voy á desatarte y á llevarte conmigo.

—¡Ah, que es usted!—exclamó Tola:—¡ usted, mal viejo, que me ha traído cuando ya no era hora!

—Déjate de tonterías, muchacha, déjate de tonterías—dijo don Tadeo, que él era, desatando á Tola—; eres demasiado hermosa para que yo te abandone: ¿qué diablos vas tú á hacer sola en el mundo sin nadie que te proteja? Vamos, ya estás libre, tonta; lo mejor que puedes hacer es no resistirte ni entretenerme: vente conmigo adonde está mi caballo, montaremos y marcharemos, y te advierto que no tardará en salir gente de Utrera, y que si nos cogen no lo vas á pasar bien; en fin, ¿qué tienes tú que hacer en Utrera, si todos se han ido, ni cómo puedes volver á casa de tu padre?

—¡Maldita sea la hora en que nací!—dijo Tola.

—No blasfemes ni maldigas, muchacha: una criatura no sabe dónde está su suerte, y puede ser que la hayas hecho tú tropezando conmigo. Vamos, anda, que yo te vengaré de ese Diego que te ha burlado.

—Pues si usted me venga de él, con usted me voy.

—Pues andando; mi caballo está más allá, y tenemos que correr mucho esta noche hasta llegar al cortijo del Puntal, donde hay un buen mozo que se alegrará de tener ocasión de cobrarle á Diego Corriente una cuenta que le debe.

Don Tadeo se llevó á Tola de la mano, anduvo con ella un breve espacio, llegó á un olivo donde había atado su caballo, le desató, montó en él, ayudó á Tola á que al caballo subiese, y en seguida, á campo traviesa, partió al trote.

Al mismo tiempo que Diego Corriente llegaba á la barca de Cantillana, llegaba don Tadeo con Tola al cortijo del Puntal que ya conocemos, echó pie á tierra y llamó con fuerza á la puerta.

Al primer llamamiento nadie respondió; ladraban los mastines con furor, y al cabo, después de otro llamamiento de don Tadeo, la puerta se abrió y apareció en ropas menores un mozo.

—¿Y el Gallero?—preguntó don Tadeo.

—El Gallero está durmiendo — contestó el mozo—; pero diga usted quien es, y le despertaré y se lo diré.

—Dile que aquí está su grande amigo don Tadeo Ledesma.

—Pues pase usted, pase usted, que el relente

de la noche no es bueno, y deme su caballo y le llevaré á la cuadra.

Entró don Tadeo con Tola, el mozo tomó el caballo, le metió dentro, cerró la puerta, y luego llevó al caballo á la cuadra.

Se habían quedado á obscuras.

A poco volvió el mozo, echó lumbre, encendió una pajuela primero y luego un candil, y dijo á don Tadeo:

—Espere usted, que voy á despertar al señor Bernabé.

Y se metió en el aposento en que en otra ocasión hemos visto al Gallero, malherido, al lado de la Vicenteja.

El incendio del cortijo había respetado la cocina y aquel aposento y parte de la cuadra: lo demás, los graneros y el lagar habían sido devorados por las llamas; pero esto no aparecía ya sino por un montón de escombros negros y de maderos requemados que se veían á poca distancia del cortijo. La reconstrucción había empezado por orden del conde de Rovira, que como sabemos era dueño de aquel cortijo.

—Señor Bernabé—dijo el mozo entrando en el cuarto donde dormía profundamente el Gallero.

Despertó éste sorprendido, se restregó los ojos y preguntó al mozo:

—¿Qué es esto, Lesmillo? ¿qué nos sucede? ¿se nos echa alguien encima?

—No, señor, no: es que ha venido un caballero con una mujer, y dice que se llama don Tadeo, y que es un grande amigo de usted.

Saltó de la cama el Gallero, se vistió apresuradamente y salió.

Se conocía que había curado completamente de sus heridas, aunque parecía algo débil.

Le faltaban dos dedos de la mano derecha, y tenía una línea rosada en la cara que le empezaba en los ojos y terminaba en la boca; cicatrices de las heridas que le había hecho Diego Corriente.

El Gallero estaba horrible en cuanto al semblante.

Había perdido el ojo izquierdo, y le tenía contraído y seco y asqueroso.

—¡Jesús qué hombre!!—dijo Tola en cuanto le vió.

—Pues mira—dijo don Tadeo—, era un buen mozo en toda la extensión de la palabra; pero se metió con Diego Corriente, que le puso así. Por eso te he dicho que tiene que ajustar una cuenta con él, ¿no es verdad, Gallero?

—¡Vaya si es verdad!—contestó éste—; y como yo le entrecoja á ese mozo, sin decirle una palabra le despabilo.

—Pues mira, es menester que te des prisa, porque has de saber tú que á estas horas el tal mozo va camino de Portugal.

—¿Sí?—contestó el Gallero.

—Que sí. Y mira, va disfrazado de capitán de infantería; y Colorín, disfrazado también de militar, le acompaña en calidad de asistente.

—Y dígame usted, ¿en dónde está Vicenteja, señor don Tadeo?

—Está en las Marismas, en casa del tío Sorna, mayoral y vaquero del marqués de Guadamar. esperando á que venga su adorado Dieguito. Pero éste no volverá, porque se ha casado con la señorita Dolores de Valcárcel, hija del marqués de Rodovilla.

—¿Con que tanto se ha elevado?—exclamó con asombro el Gallero.

—Sí: cuando yo le hice capitán de los muchachos á ese mozo, bien sabía lo que me hacía; pero ha sido rebelde, no obedece á nadie, y hay que meterle en costura. Busca á los antiguos muchachos al instante, monta á caballo y llévatelos de camino; ataja á Diego Corriente antes de que llegue á Portugal, detenle y préndele, que con tal que no hagáis ninguna fechoría cuando vayáis por allá, como españoles y como hombres de bien, tenéis derecho á prender á un foragido que está pregonado.

—Pues mire usted, señor don Tadeo, á mí no se me dicen las cosas dos veces. Oye tú, Lesmes, á ver si por el aire echas la albardilla á mi caballo; ponle la manta y el trabuco, y trae la canana, el cuchillo y el capote de monte, porque amanecerá con frío. ¿Y usted qué va á hacer, don Tadeo

—Yo me marcho con ésta á Sevilla, y remaneceré en alguna parte, descuida tú; y si tienes mucho empeño por la Vicenteja, te la traeré.

—Daría á usted la mitad de mis intereses porque me la trajese.

—¿Y quién es ese hombre que hace tantas cosas y que nadie puede con él?—dijo Tola.

—Ese hombre es nieto de Joselito el Lencero, hijo de Cecilio Corriente, y le viene de casta el tener sangre ardiente, bravo corazón y entendimiento claro; pero como tú sabes, Gallero, para el que madruga no hay valientes: déjate de dibujos y cógele la vez ahora que va solo con Colorín, que si fuera con su cuadrilla sería otra cosa Con que no descuidarse.

—Aquí tiene usted la canana, las pistolas y drilla sería otra cosa. Conque no descuidarse.

—Trae, hombre, trae.

—Corrales está echando la albardilla al caballo.

—Bien, hombre, bien. Pues mira, tú y Corrales echarles también las albardillas á otros dos jacos, coged las escopetas y venid conmigo.

—Pues andando, nostramo—dijo Lesmes.

Y se volvió á la cuadra.

—¿Y quién es esta niña tan hermosa?—dijo el Gallero—¡Vaya, que tiene usted una suerte!... ¡Parece mentira que le quieran á usted tanto las mujeres!

—Oiga usted, buen mozo—dijo Tola—: es que yo no quiero á don Tadeo ni él me quiere á

mí, ¿entiende usted? que si yo estoy aquí es porque ese señor Diego Corriente me ha hecho una mala partida y me la ha de pagar, ¿entiende usted? que yo no quiero á nadie más que á él; y usted que le conoce, debe saber que una hembra que le ha querido no puede querer á otro.

—También eso es verdad. Es un buen mozo en todo y por todo Diego Corriente, y siento mucho que me haya puesto así y que yo tenga por ello necesidad de entenderme con él. Pero en fin, señora, usted no sabe quien es la persona que tiene al lado, porque don Tadeo, aunque es chiquitito y parece que no vale la pena de que una mujer se enamore de él, es tan buen mozo como el primero; y si á usted se le antojase lucir perlas y diamantes, á buena parte ha ido usted á dar, porque ha de saber usted que don Tadeo tiene más millones que pelos en la cabeza.

—No son muchos—dijo don Tadeo—: sin embargo, tengo lo bastante para que tu contestación no sea un disparate. En fin, Gallero, que me saquen el caballo, que estoy aquí de más. Ya te he dicho lo que necesitaba decirte, y aunque él lleva cuatro horas de delantera, ya sabes tú los atajos que tienes que tomar para llegar á la frontera del portugués antes que Diego Corriente, que se me figura que si ha de valerse del disfraz del capitán y de los papeles que lleva para meterse en el camino real, con que le esperes, allí le tienes; y si esta vez no te vengas no esperes otra, porque Diego Corriente lleva mucho dinero, y en metiéndose en Portugal es posible que se embarque y que se vaya á América, y ya tu venganza y la mía serán más largas y difíciles.

—Pues no tenga usted cuidado, que ya ve usted que no se tarda más que lo necesario para preparar los caballos.

—Anda y que preparen también el mío, que iremos algún rato juntos. Yo no voy ahora á Sevilla; tengo que pasar por los Palacios para visitar en la quinta de la condesa de Pueblarrica á su sobrino el conde de Rovira, porque es menester poner en juego todos los recursos que tenemos contra ese Diego.

—¡A ver—dijo el Gallero—, si se trae en el instante el caballo de don Tadeo!

Poco después salían del cortijo del Puntal cuatro hombres á caballo. Don Tadeo llevando delante de sí á Tola, y el Gallero y sus dos mozos Lesmillo y Corrales. Otros dos mozos quedaban encargados del cortijo.

Tomaron á buen paso el camino de los Palacios hablando de Diego Corriente, de todo lo que había sucedido y de lo que se podía hacer.

En fin, media hora antes de llegar á los Palacios, el Gallero con sus dos mozos se despidió de don Tadeo, y siguió muy de prisa su camino para atajar á Diego Corriente y ganarle la delantera, llegando antes que él á la frontera de Portugal.

XIV

Don Tadeo había dicho al Gallero que probablemente entraría en Portugal Diego Corriente por la parte de Badajoz, porque en aquella ciudad estaba el regimiento á que pertenecía el capitán de infantería cuyo nombre y papeles había tomado para facilitar su fuga.

Don Tadeo siguió al trote y llegó á la quinta de la condesa de Pueblarrica á las tres de la mañana.

Llamó, le respondieron, abrieron el portalón de la tapia del jardín, y don Tadeo preguntó al criado que había abierto:

—¿Está en casa el señor conde de Rovira?

—Sí, señor: ¿qué se le ofrecía á usted?

—Tengo que verle con precisión.

—No es esta hora de ver á su excelencia.

—¿Cómo que no? Llévale el recado: dile que aquí está don Tadeo Ledesma, y me recibirá en la inteligencia de que si dilatas el darle cuenta de que estoy aquí, podrá pesarte, porque el conde me espera.

—El conde acaba de casarse; se casó hace tres días con la señora doña Francisca Hernández, que vivía allá en la quinta del Río.

—Ya lo sé; sé que está comiendo el pan de la boda, pero eso no importa, avísale.

—No me atrevo, señor.

—Te repito que si no avisas en el momento al conde, podrá pasarte más de lo que creas.

—Bueno, bueno, allá voy y veremos cómo salimos—dijo el mozo, puesto en cuidado por las advertencias de don Tadeo, y sobre todo intimidado por el dominio terrible que éste ejercía sobre todo el mundo. Entre usted.

Entraron don Tadeo y Tola, que también había desmontado, se cerró el portalón, el criado los llevó á través del jardín, los introdujo en la casa y en el salón de la derecha, y luego se llevó el caballo á la cuadra.

—¿Y quién es este señor conde de Rovira?—dijo Tola.

—Un hombre á quien también ha hecho algunas malas pasadas Diego Corriente, y que ayudará á que se le prenda.

—Y diga usted, si prenden á Diego, ¿no se le podrá libertar?

—Hombre, sí, porque yo no quiero mal á ese muchacho, y no puedo dejarle, como te he dicho, abandonado para que le ahorquen; pero sí quiero meterle un poco de miedo para que no se me rebele y ande como debe andar. Tú descuida, que eres muy hermosa, y Diego estará indudablemente enamorado de tí.

—Y entonces, ¿por qué se ha casado con esa marquesa?

—Mujer, ya te lo he dicho también, y tú te olvidas de todo. Se dice que se ha casa-

do con esa marquesa porque tenía un grande empeño; pero una vez satisfecho ese empeño, volverá á tí, no lo dudes; porque dime tú, que la habrás visto esta noche: ¿acaso se puede comparar la marquesa contigo?

—Mire usted, hablando en plata, es preciosa, pero es delgada, tiene el color pálido y parece enferma.

—Pues mira, tú que estás rebosando salud y vales por las dos hijas del marqués, con dos ojos como dos soles, y con los colores tan frescos y tan hermosos, no debes dudar de que Diego Corriente, que se ha salido con la suya, se cansará pronto de la marquesa y volverá á tí.

—Pero la marquesa es su mujer.

—¿Y qué te importa de ella? deja que vuelva

—Pues si vuelve, y no la ve, ni la oye ni la entiende, ¿qué se me dá? el padre Zoilo se escandalizaría si me oyera hablar de este modo, pero ya no tengo que aguantarle ni ponerme vieja de tanto rezar. Soy una mujer libre, ¿no es verdad? y usted me amparará, señor.

—¡Vaya si te ampararé! pero deja, que aquí está el mozo que ha ido con el recado al conde.

En efecto, se acercaba el criado.

—El señor conde se está vistiendo—dijo—, y suplica á usted le dispense si tarda un momento.

—Bien. ¿Ve cómo yo no mentía cuando decía que el conde se alegraría de verme?

—Perdone usted, señor, pero á estas horas, y viniendo con una mujer, yo naturalmente tenía que recelar.

—Los criados no deben entrometerse en esas cosas, porque muchas veces, por falta de entendimiento, perjudican á sus amos. Vaya, vete, y gracias, porque me has servido.

—Quede usted con Dios, señor.

—¿Y es buena moza la señorita con quien se ha casado el conde de Rovira?—dijo Tola.

—¡Vaya si es buena moza la Curra Hernández! Y si tú supieras...

—¿Y qué había yo de saber?

—¿No has oído tú hablar del señor don Francisco de Bruna, oidor de la Audiencia de Sevilla, teniente de alcalde de los reales alcázares de aquella ciudad, administrador del Real Patrimonio en su jurisdicción, y gentilhombre de cámara de su majestad?

—¡Echa, echa! con tantos requilorios yo no caigo en quien pueda ser ese señor, ni me acuerdo haberle oído nombrar nunca.

—¡Vaya si le habrás oído nombrar! Es el señor del gran poder.

—¡Calla! pues es uno que una noche que estuvimos juntos Diego Corriente y Colorín y mi hermana y yo en la tienda de Espantitos, se echó encima y fué menester que nos escondieran en la leñera. Pues mire usted, él tiene la culpa de que yo esté enamorada de Diego, porque si no hubiera ido, puede ser que hubiesen sido otras las cosas.

—Déjalo, que todo se compondrá.

—Sí, se compuso lo de Caparrota, pero se compuso ahorcándole.

—Tú no sabes quién soy yo, y ya verás cómo arreglo todas las cosas para que salgan á medida de nuestros deseos.

—Mire usted, señor, no sé cómo hablo nada, porque me estoy ahogando y muriendo de pena, porque lo que á mi me ha sucedido no le ha sucedido á ninguna mujer en el mundo.

—Calla, calla, que cosas más grandes pueden sucederte, y sin duda te sucederán. Pero ¿no oyes? Me parece que se acerca alguien.

—Sí, hacia aquí viene una persona, pero no por donde vino el mozo, sino por allá dentro.

—Sí, es igual, por las habitaciones interiores.

Se abrió entonces la puerta que correspondía al gabinete donde en otra ocasión hemos visto á Diego Corriente hablando con la condesa de Pueblarrica.

Entró el conde de Rovira en un traje de casa tan elegante como el que hubiera podido tener en Madrid, y miró con fijeza á don Tadeo.

Este le salió audazmente al encuentro.

—¿Usted no sabe quién soy yo?—preguntó al conde.

—Lo ignoro—contestó éste—; pero creo que usted ignora también quién soy yo.

—De tantos á tantos—contestó don Tadeo—, tratamientos son inútiles.

—No lo he dicho yo por el tratamiento, sino porque me parece demasiado extraña esta visita.

—¡Oh! sí, eso sí, extraña hasta más no poder, señor conde de Rovira—contestó don Tadeo—, porque yo soy el conde de Pinorrey, de quien habrá oído usted hablar indudablemente.

—¡Cómo!—exclamó el conde de Rovira. Conozco mucho al conde de Pinorrey y á sus hijas.

—¡Ah! sí; el estúpido de mi hermano. Las necias de sus hijas que deben estar ya talludas muy talludas y muy feas, porque nunca fueron hermosas. Usted conoce al conde de Pinorrey existente, pero no puede conocerme á mí, al difunto conde de Pinorrey.

—¡Difunto!

—Sí señor, sí, porque si yo no fuera un difunto no podría ocupar mi puesto en mi casa mi hermano segundo. Esto es claro: mi hermano segundo es ahora el representante de nuestro título, y de nuestro apellido, porque yo, el conde de Pinorrey, dejé de existir en Utrera hace muchos años, muchísimos; pero tengo otro nombre por el cual indudablemente me conoce usted.

—¿Y qué nombre es ese?

—Don Tadeo Ledesma.

Se hizo atrás el conde de Rovira.

—¿Don Tadeo Ledesma?—dijo—: ¿el jefe durante tantos años de todos los ladrones de la comarca?

—Sí por cierto, amigo mío, sí por cierto: algo había que hacer para no vivir pudriéndose en

la soledad; y sobre todo, ¿de dónde había yo de sacar una nueva fortuna, si la que me corresponde se había quedado con ella legítimamente mi hermano? Esta es una profesión como otra cualquiera; ¿pues qué cree usted, señor conde de Rovira, que todos no somos ladrones? Usted mismo...

—¡Yo!

—Sí, usted: usted ha robado la tranquilidad de una familia; usted ha obligado al señor don Francisco de Bruna á desprenderse, aunque haya sido para usted solo, de un secreto que guardaba en el fondo de su alma; usted ha arrancado violentamente del seno de su familia á su joven esposa; usted ha causado amarguras, ha aprovechado circunstancias, ha robado usted, en fin, á la mujer que le hacía feliz. ¡Y robamos tanto, tanto, tanto, aun cuando no somos conocidos como ladrones! La vida es un robo perpetuo, señor conde de Rovira, y para comprender esa verdad, basta con ser medianamente filósofo. Nos nutrimos de lo que adquirimos, de lo que robamos á otras sustancias, de la destrucción de otros seres. El hombre es necesariamente ladrón.

—Excelente teoría, pero que no viene á cuento Vengamos á la situación.

—La situación, esto es, la causa de que yo esté aquí, ¿no es verdad? Pues bien: yo vengo interesándome por un pariente de usted.

—¿Por un pariente mío?

—Sí por cierto; por el sobrino de su mujer de usted.

—¿El sobrino de mi mujer?

—Sí, Diego Corriente. ¿Pues qué, no sabe usted que Diego Corriente es sobrino de la señorita doña Francisca Hernández? Y no digo doña Francisca de Bruna, porque sé que se ha convenido entre el señor Bruna y usted que no aparezca su secreto. Esté usted tranquilo, señor conde de Rovira: yo no tengo interés ninguno en que se sepa que don Francisco de Bruna está legítimamente casado con doña Isabel Hernández; el interés que tengo es el que se salve el pobre Diego Corriente, y he venido á valerme de usted, porque yo no tengo acción propia, porque yo no puedo ir por donde quiero, sino por donde me dejen ir; porque si fuera por todas partes sin reserva alguna, muy pronto me llevarían á un lugar en donde es necesario evitar ser puesto, por ejemplo, á la plaza de San Francisco á ser suspendido entre dos maderos. Ya comprende usted que esto lo evita un hombre aunque no sea más que por dignidad, por decoro, porque se hace muy mal papel pendiente de una cuerda, y es de muy mal gusto el sufrir que el verdugo se monte sobre nuestros hombros. He venido á usted, confiado en que es usted un caballero, en que le repugna el papel de denunciador, en que su casa es un lugar en que puedo estar seguro de que saldré como he entrado.

—¡Oh! indudablemente—dijo el conde de Rovira—: yo no soy alguacil. ¿Y qué mujer es esa joven que acompaña á usted?

—¿Quien, yo?—contestó Tola—: yo soy por delante de Dios la mujer de Diego Corriente, que me llevó en Sevilla á la tienda de Espantitos y tuvo la culpa el señor Bruna, que es un señor de justicia muy atroz, que se metió en la tienda y nos tuvimos que esconder, que si no nos escondemos... En fin, yo soy, como hemos dicho antes, la mujer de Diego Corriente, que se ha casado con otra mujer porque la quería, y á mí me ha engañado; y yo quiero ir á buscar á Diego, para matar á esa mujer y que él se case conmigo.

—Tú harás lo que te se mande, Tola—contestó don Tadeo. En último resultado, señor conde de Rovira, esta es una huérfana que me he encontrado yo sola cuando perseguía á su amante, y no he querido dejarla abandonada siendo tan hermosa y tan niña, es una obra de caridad. Te impongo silencio, Tola, pues de lo contrario, me pondrás en el caso de rogar al señor conde de Rovira me indique una habitahabitación dode pueda encerrarte mientras hablamos los dos. Me parece que no me obligarás á esa violencia.

—Bien, bueno—dijo Tola—, Aquí hay que tener paciencia, pero yo me las buscaré.

—Te he dicho que calles—contestó don Tadeo—: no me obligues, pues, á que te imponga mi voluntad. Continuemos si á usted le parece, señor conde, y tenga la bondad de oir.

—¿Y qué he de oir?

—Ayer ha pasado en Utrera, en la casa del señor marqués de Rodovilla, un suceso muy singular.

—Sí, ya sé: había tres casamientos; se casaba el marqués de Rodovilla...

—Sí, con la condesa de Puertocerrado, cuyo padre murió asesinado por unos ladrones que le robaron, de resultas de lo cual, creyendo la hija que había tomado hasta cierto punto parte de la culpa de aquel crímen, se fué á la Sierra y se metió en una ermita que la construyeron, donde ha estado hasta que ha salido para reconocer á una hija que tuvo del marqués de Rodovilla. Esta hija ha pasado hasta ahora por hermana de esta muchacha que me acompaña, como hija de un Silvestre Ardilla, peletero en la calle del Hombre de Piedra en Sevilla, y de María Saco, su mujer: guardando este secreto, y al cuidado de estas niñas, estaba un reverendo padre maestro de la orden de Trinitarios, al cual Diego Corriente ha jugado una malísima pasada. Se casaba con la señorita Dolores de Valcárcel un capitán de infantería del regimiento de Saboya, llamado don Gonzalo de Arias. Por último, el señor marqués de Vadoclaro casaba con aquella hija perdida que había reconocido el marqués de Rodovilla y la condesa de Puertocerrado, y que durante tanto tiempo se ha creído hermana de esta joven, hija del peletero y de su mujer,

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

cuando he aquí que el capitán del regimiento de Saboya se convierte en capitán de bandoleros.

—¡Cómo!

—Sí: usted no ha podido todavía tener noticia de ese escándalo, como que sucedió anoche, y yo, que andaba por allí, recogí á esta chica y me he venido hacia acá, no teniendo tiempo para otra cosa. En efecto, el capitán de infantería se convirtió en Diego Corriente. Sus bandidos le ayudaron. Se llevaron, no solamente á doña Dolores de Valcárcel, á la señorita de Rodovilla, sino también á doña Josefa de Valcárcel, recientemente reconocida por el marqués de Rodovilla y la marquesa de Puertocerrado, sus padres.

La situación no puede ser más extraña, más terrible.

Diego Corriente es un pequeño Satanás. Calcule usted que ha estado bastante tiempo en Sevilla tratándose con los oídores, con el capitán general, con el arzobispo, con lo principal de Sevilla, tenido por un excelente joven, por un buen capitán, por un cumplido caballero.

—¿Y cómo ha podido ser eso?—exclamó el conde de Rovira—.Yo conozco á Diego Corriente: sé que puede parecer una persona fina, hasta una persona principal, pero no me explico cómo ha podido engañar al capitán general, haciéndole creer que era capitán de infantería.

—¡Ah! porque sorprendió en el camino de Extremadura al capitán don Gonzalo de Arias, le tomó sus papeles y su equipaje, después se puso el uniforme del capitán y se presentó en Sevilla á las personas principales, entre las cuales no infundió la menor sospecha, puesto que llevaba corrientes todos los documentos.

—¡Ah! esta es una diablura que hará época en los anales del latrocinio en cuadrilla y en campo raso.

—Es necesario conceder que Diego Corriente es hombre de chispa.

—Pero, amigo mío, está fuertemente comprometido. El señor Bruna le buscará, caerá sobre él su terrible poder, y es necesario que usted se apresure á salvarle.

—¿A salvarle?

—Sí señor, á salvarle. El va á Portugal.

—¿Sí?

—El lleva mucho dinero: sin embargo, necesitaría de una persona á quien tuviese que respetar, que le obligase á obedecer sus consejos. Diego Corriente no debe quedarse de ninguna manera en Portugal. Debe irse á las Azores, á las Terceras, á Río Janeiro; y si allí no está seguro, porque son posesiones portuguesas y Portugal está en muy buenas relaciones con España, debe pasar á las colonias americanas de Inglaterra ó de Francia, donde estará más seguro. He aquí, señor conde de Rovira, para lo que vengo á buscar á usted, y debe usted agradecérmelo, puesto que se trata de un pariente suyo.

—No sé qué intención siniestra preveo en esta acción que usted pretende aparezca como hija de su buen corazón.

—¿Intención, señor conde de Rovira? Ninguna. ¿Qué intención puedo yo tener? Que Diego Corriente no esté solo. Es impetuoso, ardiente, imprudente, le ciega la altivez, se atreve á todo, y se perderá si no hay á su lado una persona que se interese por él. Yo he querido interesarme, y me he visto obligado á renunciar. Conque, señor conde, ya he avisado á usted de lo que debía: usted, pues, debe ponerse inmediatamente en camino para alcanzar á Diego Corriente, que de seguro va á estas horas por el camino de Extremadura. Es posible que no le alcance usted hasta que entre en Portugal. Sin embargo, con buenos caballos, corriendo mucho, reventándolos, puede alcanzarle usted.

—Le alcanzaré, aun cuando no sea más que por su buena abuela; le alcanzaré, trataré de convencerle, le convenceré, sí, y le pondré fuera de peligro.

—Perfectamente, señor conde. Conque, adiós. Usted me perdonará por haber venido á su casa, en gracia del motivo que me ha traído.

—Se lo agradezco á usted, señor conde de Pinorrey, y me lamento de no poder estrechar mi mano con la de usted, y de ver que se encuentra fuera de la ley.

—¿Y qué hemos de hacerle, señor conde de Rovira?—dijo don Tadeo levantándose—: la fortuna lo ha querido así, y contra sus tiranías no hay resistencia posible. Conque adiós, señor conde; yo voy á esconderme en mi nido de la montaña con esta chica, á la que procuraré hacer feliz.

Tola torció la graciosa boca en un mohín de desdén.

—Sí, sí; ya verás como yo puedo hacer feliz á una criatura tan joven como tú: vamos, sígueme. Señor conde, beso á usted la mano, que usted lo pase bien: mis respetos á la señora condesa su esposa y á la otra señora condesa su tía.

—Adiós, señor conde de Pinorrey—contestó el de Rovira acompañándole—; ya que usted ha venido á avisarme de lo que sucede para que procure lo que pueda hacer en favor de Diego Corriente, permítame que le dé un consejo: ¿por qué no sale usted también de España? ¿por qué no se retira á vivir tranquilo? Si usted no tiene medios, ¿por qué no cuenta con el auxilio de sus iguales en nacimiento sino en situación?

—Muchas gracias, señor conde, muchas gracias; pero no quiero estar obligado á nadie.

Y como en aquel momento llegasen al vestíbulo donde había dejado su caballo don Tadeo, montó en él, asió por sí mismo por debajo de los brazos á Tola, y con una fuerza que parecía extraña atendido su físico, levantó á la joven y la puso sobre el arzón.

—Adiós, señor conde de Rovira — dijo —: hasta la vista.

—Adiós—contestó el conde.

Y en el «hasta la vista» de don Tadeo, que partió atravesando el jardín, había algo de extraño en que no reparó el conde de Rovira.

Don Tadeo salió por el portalón, y echándose fuera del pueblo siguió por el camino de los Palacios hacia la barca de Cantillana, para ganar el camino de Extremadura.

XV

El conde de Rovira apreció en lo que valía el aviso de don Tadeo. No podía comprender aquel aviso benévolo en un miserable tal como el que se lo había dado. Sin embargo, ello parecía cierto. La verdad tiene un carácter que nadie desconoce.

El conde de Rovira no dudó de que en efecto Diego Corriente había hecho una atrocidad que podía resultarle muy cara, y que era necesario anticipar cuantos esfuerzos fuesen posibles á la venganza del marqués de Rodovilla y á la acción terrible de don Francisco de Bruna, del que sabía estaba irritado terriblemente contra Diego Corriente, á pesar de su parentesco con doña Isabel.

El conde de Rovira subió á las magníficas habitaciones que tenía en el piso principal de aquel palacio campestre que había elegido para su residencia con su joven esposa durante el tiempo que permaneciese en el pueblo.

Francisca estaba triste, profundamente triste. Su casamiento, aunque había satisfecho su amor, no había llenado su felicidad.

Su madre se había quedado llorando.

Don Francisco de Bruna la había dejado ver una severidad de esas que se teme no desaparezcan nunca.

En efecto, doña Francisca había cometido una locura, y había obligado á sus padres á aquel casamiento, forzando á don Francisco de Bruna á que revelase un secreto que de otro modo hubiera guardado siempre en el fondo de su alma.

Doña Francisca, aunque casada con el conde de Rovira, se sintió expulsada de su familia, de una familia á quien amaba, de una familia con quien había pasado todos los años de su vida, de una madre que no se acostaba ninguna noche sin ir á ver si dormía y sin sellar el beso de amor en su frente de niña.

—Me obligan las circunstancias á separarme de de ti, Francisca—dijo el conde á su joven esposa.

—¡Separarte! ¿y por qué?—exclamó vivamente afectada doña Francisca.

—Sí, necesito separarme, porque ese pobre Diego Corriente está en un gravísimo peligro. Ha consumado sus fechorías con una espantosa, de la cual dentro de poco se recibirán noticias; mejor dicho, las he recibido yo ya.

—¿Y qué ha hecho?

El conde de Rovira refirió á doña Francisca lo que Diego Corriente había hecho.

—¡Oh! el amor, el amor le ha extraviado, el amor ha acabado de perderle; y mi padre no podrá ya dejar de perseguirle. Esto es un escándalo que no permite la lenidad de los encargados de velar por la seguridad y el honor de las familias. ¡Oh, Dios mío, qué desgracia!

—Por lo mismo es necesario que yo vaya á ganar terreno á revienta caballo, que le alcance: yo llevo sus señas, sé en qué apariencia camina; le veré, le convenceré para que no pare en Portugal, y si es necesario le llevaré yo mismo á Inglaterra.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó doña Francisca—: no sé por qué se me aprieta el corazón cuando pienso que vas á separarte de mí; no sé por qué se me figura que no voy á volverte á ver.

—Aprensiones, Francisca, aprensiones.

—Tú has tenido serios disgustos con Diego.

—Sí, pero disgustos que han pasado, Francisca mía; disgustos nacidos de que yo no le protegí cuando buscó mi protección, pero le satisfago protegiéndole ahora. ¿Qué puedes temer? Diego es generoso y alentado; Diego no es criminal sino porque le han arrojado al crimen las circunstancias de su vida; Diego no ha matado á nadie; Diego se alegrará de salir de la situación terrible y angustiosa en que se encuentra; á Diego le haré yo rico cuando le ponga en seguridad en el extranjero.

—Bien, sí, todo eso es verdad; pero yo me estremezco, no sé lo qué presiento.

—Todo te asusta, estás demasiado excitada, hija mía; nada temas, nada tengo yo que temer de nadie.

—Dios quiera que este presentimiento obscuro, este presentimiento misterioso que me aterra, no se convierta en una terrible realidad.

Tranquilizó como pudo el conde á su mujer, acabó de vestirse con traje de camino, y se fué al cuarto de su tía la condesa de Puebla-rrica, á la cual manifestó lo mismo que había manifestado á su esposa.

La condesa no sintió presentimiento alguno, y cuando la habló de esto el conde de Rovira, contestó:

—Las recién casadas, cuando se separan de ellas sus maridos, aunque sólo sea para ir á paseo ó á misa, creen que no le van á volver á ver; pero ve, hijo mío, ve; ese pobre Diego me interesa demasiado; es muy disculpable lo que ha hecho, porque esto representa cuánto amaba á la hija del marqués de Rodovilla, y cuánto ella le amaba á él. ¡A cuánto se han atrevido ella y él! El, á casarse de esa manera audaz, metiéndose en la casa de su padre y robándole; ella, autorizando esa suplantación de persona. El amor es terrible, el amor, si no lo disculpa todo, obliga á lo menos á compadecer á los que por amor se pierden. Ve, hijo mío, ve al momento; que preparen los

caballos y que te acompañe uno de los criados de tu mayor confianza; vuela á salvarle.

—Sí, madre mía, le salvaré, le salvaré.

Y el conde mandó disponer dos caballos de primera raza, y acompañado de un criado tan jinete como él, se lanzó al galope, llenos los bolsillos y las alforjas de dinero para renovar caballos, si los que llevaban se les reventaban á causa de lo esforzado de la marcha.

Don Tadeo había salido á las doce de la quinta de la condesa de Pueblarrica.

La jaca que montaba era fuerte, brava, incansable.

á qué sabe esta trucha, porque te advierto que te la voy á dejar aquí.

—¡Que me va á dejar usted ahora, señor!—dijo Tola—: ¿en qué quedamos? ¿No dijo usted que me iba á llevar consigo y que me iba á hacer feliz?

—Deja, muchacha, que no tardaré en volver por ti; pero ahora me estorbas, pesas mucho, y la jaca no puede correr con los dos todo lo que quiera. ¿No sabes que tengo que ir á salvar á Diego Corriente?

—Calle usted: ¿y qué dice usted de ese mozo que se ha echado por la Tierra Baja

Y el Rayo y el Mochudo, la llevaron junto á un olivo y la ataron (pág. 71.)

Don Tadeo la mantuvo constantemente al trote y al galope, de manera que muy pronto ganó la carretera de Extremadura, y á las cuatro de la tarde llegó á la venta del Chaparro, situada á ocho leguas de Sevilla.

La jaca había hecho media hora por legua.

A un lado y otro del camino se extendían espesos olivares, y acá y allá se veían cortijos.

Don Tadeo se metió resueltamente en el ventorrillo, y dijo á una especie de tuno que estaba haciendo tomiza:

—¡Hola, Pedrote! ¿qué tal va?

—¡Calla!...—exclamó el otro dejando de hacer su tomiza y levantándose de un banco en que estaba sentado: ¡y quién se nos viene por aquí, y con qué compañía!... ¡Válgame Dios! ¿en dónde ha pescado usted esa trucha, don Tadeo? y debe ser de muy buen comer, porque tiene muy buena cara y está muy fresca.

—Pues, mira, guárdate tú de procurar saber y que tiene en ella más fama que todas las cosas?—dijo Pedrote.

—¿Pues qué, no le conoces tú?—dijo don Tadeo echando pie á tierra y tomando en brazos para poner en el suelo á Tola.

—No le conozco; pero por aquí han pasado hace poco todos los suyos, que él se ha separado de ellos, y dicen que va disfrazado á Portugal, llevándose con Colorín dos buenas mozas.

—Todo eso es verdad—dijo don Tadeo—: pero si tuvieras, como debes tener cuidado, porque se debe saber todo lo que pasa por el camino para avisar como está en el orden y saber qué clase de gente pasa, hubieras visto un capitán de infantería que llevaba á las ancas una buena hembra, y su asistente que también llevaba otra buena hembra á las ancas, porque ellos habrán pasado por aquí.

—Pues mire usted, no los hemos visto: tene-

mos aquí muchos entretenimientos, y además es preciso cuidar de la hacienda.

—Mira, llévate esa muchacha, y guárdala donde esté segura, que yo tengo que irme solo—dijo don Tadeo.

—No—exclamó Tola—; yo no me quedo aquí aunque me hagan pedazos.

—No resistas, porque todo es inútil—dijo don Tadeo—: vamos, Tola.

Pero Tola se resistía.

Don Tadeo la cogió y la arrastró tras de sí.

Pedrote iba delante por un callejón estrecho, por donde se metió don Tadeo llevando consigo á Tola, y entraron en un cuartucho obscuro y húmedo.

Pedrote levantó una trampa que había en el suelo de aquella habitación.

—¿Y he de entrar yo aquí?—exclamó Tola.

—Sí, es preciso que entres aquí, y entrarás que quieras que no quieras—contestó don Tadeo.

Y venciendo la resistencia que oponía Tola, desapareció con ella por el agujero, y á poco salió y echó la trampa.

—Mira, Pedrote—dijo al del ventorrillo—: en primer lugar, anda y lleva un pan empapado en vino á mi jaca; anda, que ha trabajado mucho y tiene todavía que trabajar, aunque espero no sea mucho lo que trabaje, y después le das una buena empajada; anda y vuelve pronto, que tenemos que hablar.

Pedrote salió á la puerta exterior del ventorrillo, tomó la jaca, la llevó á la cuadra, la dió lo que dijo don Tadeo, salió, y encontró á éste sentado en un ángulo en el cual no podía ser visto desde afuera.

—Y bien—dijo don Tadeo—: yo no voy á estar aquí sino el tiempo necesario para tomar algo y dar un pienso á mi jaca. Te encargo que respetes esa niña que te dejo ahí, ¿entiendes? la amo.

—Pues basta con eso, señor don Tadeo, aunque me parece á mí que por mucho que la ame usted, á ella no la dará tan fuerte.

—¿Qué sabes tú, estúpido?—contestó don Tadeo—: mira si tienes algo que darme de comer.

—Ahí tengo unos peces fritos, acabados de freir, frescos, hermosísimos.

—¿Y qué casta de peces son?

—Son barbos.

—Pues tráeme una docena de ellos, pan y vino.

—Parece mentira, señor don Tadeo, que siendo usted tan pequeño, coma tanto: mire usted que los barbos son asalmonados y cada uno pesa tres libras.

—Bueno, bueno; trae pronto la fuente, y yo comeré lo que quiera: ponme vino del mejor.

Pedrote sirvió á don Tadeo, poniéndole delante una fuente barreña, donde había doce barbos, dorados, calientes, humeantes, que estaban diciendo comedme.

Don Tadeo satisfizo su necesidad, y entretanto dijo á Pedrote:

—Dime: ¿hay por aquí á poca distancia, algún sitio enmarañado adonde pueda esperarse á un prójimo.

—¿A cuánta distancia le quiere usted, señor don Tadeo?

—A cinco ó seis leguas: son las cuatro de la tarde; el otro vendrá por el rastro, llegará pronto: de aquí al obscurecer tres horas, seis leguas; eso es, necesito un buen sitio de espera á seis leguas.

—Pues entonces, don Tadeo, la venta de Navalacebro, porque allí hay un monte espeso que da sobre el camino, y como á dos tiros de escopeta, una ermita destruída que se quemó y que tiene la cruz echada por tierra.

—Bueno, perfectamente—dijo don Tadeo—: anda, sácame la jaca; ya debe de haber comido el pienso, porque tiene muy buen diente.

Pedrote sacó la jaca.

Don Tadeo montó.

—Te repito que aunque tarde diez, quince, veinte, treinta días, un mes, un año, tengas guardada y respetes á esa joven: ya sabes que de mí no puede burlarse nadie.

—Descuide usted, don Tadeo, descuide usted.

—Y para el gasto que esa joven pueda hacer, toma; porque no sé si tardaré mucho ó poco.

Y dió dos onzas á Pedrote.

—Si tardo más de lo necesario para que se haya consumido ese dinero, procuraré que recibas otra cantidad, sea cualquiera el punto en que me encuentre; por supuesto, que no la vea nadie ni salga de ahí, ¿entiendes?

—Sí, señor, sí, descuide usted.

—Pues hasta la vista.

—Hasta la vista.

Y don Tadeo marchó al trote y al galope de su jaca.

No podía pedírsela más.

La jaca acababa de recorrer en posta ocho leguas, y don Tadeo la metió en el cuerpo otras seis.

Al obscurecer llegó á la venta de Navalacebro, que dejó atrás, inspeccionando los flancos del camino.

En efecto, á la derecha empezaba un monte bastante espeso, y á poco que adelantó don Tadeo, vió la ermita quemada, de cuya cruz, que estaba en tierra, no quedaba en pie más que el pedestal.

Este pedestal estaba además perdido entre la maleza.

Había empezado ya á obscurecer.

—Este es el sitio—dijo don Tadeo—; mejor no se le puede buscar ni con candil: aquí hace el camino un recodo, este monte es espeso y tiene buena salida por la espalda: el matorral que rodea el pedestal de la cruz está aquí como de encargo.

Y metiéndose por los flancos del camino, y luego por el monte bajo, penetró en él, se de-

tuvo á corta distancia, echó pie á tierra y ató su jaca á una madroñera.

En seguida quitó el encaro que siempre llevaba de la concha de la albardilla, miró minuciosamente su cebo, y á la poca luz que quedaba del día examinó también la piedra, vió si jugaban los muelles, y después de esto adelantó y fué á ponerse en acecho detrás del pedestal de la cruz, escondido entre la maleza.

¿A quién esperaba don Tadeo, armado de aquella manera y oculto?

Fácil es de comprenderlo: esperaba al conde de Rovira.

¿Y por qué don Tadeo esperaba de aquella manera terrible á un hombre que ningún daño le había hecho?

Es forzoso no olvidar el siniestro empeño de don Tadeo en vengarse por cuantos medios le era posible de don Francisco de Bruna.

Entre don Francisco de Bruna y el conde de Rovira existía una grande afinidad, como que el conde de Rovira era marido de su hija Curra.

La muerte del conde de Rovira debía causar una perturbación tal en la pobre doña Francisca, que tal vez la arrastrase al sepulcro, y cuando esto no fuese, debía causar la desgracia de aquella niña que tanto había sacrificado por amor á su marido.

No puede darse un alma más negra, un alma más sombría y más infame que la de don Tadeo.

Don Tadeo no había podido perdonar á don Francisco de Bruna que le hubiese robado la mujer que había amado con toda su alma y conmovido su corazón de piedra.

Esta mujer era doña Isabel Hernández de Lara.

Pero habían pasado muchos años.

Doña Isabel estaba envejecida, su corazón estaba destrozado por las desgracias, y ya no podía amarla: se había transformado, no quedaba de ella sino el recuerdo de lo que fué, y á don Tadeo le irritaba el recuerdo de aquella hermosura que había sido poseída por aquel terrible don Francisco de Bruna.

Todo lo que había hecho don Tadeo durante muchos años, se había encaminado á la venganza de esta desgracia de su corazón.

Doña Isabel le había enloquecido, y hervía toda la perversa sangre de don Tadeo cuando volvía la vista años atrás y contemplaba joven, hermosa, ardiente y palpitante de amor á doña Isabel, convertida en una ilusión que llenaba por completo todas las aspiraciones de la terrible alma de don Tadeo.

—¡Hasta el exterminio!—murmuraba siempre que recordaba al señor Bruna, lo cual era constantemente, porque al recuerdo de Isabel, que no se apartaba nunca del pensamiento de don Tadeo, se unía el recuerdo de Bruna.

Y de aquí su empeño por perder á Diego Corriente, y todo lo que contra aquella familia había hecho, y que él no ocultaba nunca, para satisfacer su venganza.

Esperaba, pues, al conde de Rovira para matarle, para llevar una nueva desgracia á la familia de Bruna.

El conde no debía tardar en aparecer.

Don Tadeo no había perdido nada de sus buenas cualidades de hombre terrible.

Todavía, como en otro tiempo, podía herir á un hombre á quien esperase, aunque este pasase á la carrera, y en la parte que quisiese.

El conde de Rovira debía caminar muy á la ligera, como que se trataba nada menos que de salvar á un hombre que, aunque bandido, estaba íntimamente enlazado con fuertes vínculos de parentesco con doña Isabel Hernández de Lara, por lo que debía ser terrible para ella una catástrofe justiciera que sobre aquel sobreviniese.

Hé aquí por qué el buen conde de Rovira se había puesto inmediatamente en marcha para alcanzar á Diego Corriente y salvarle.

Cerró la noche y salió la luna, una luna llena que brillaba de una manera clarísima en el diáfano cielo de Andalucía.

Don Tadeo consultó su antiquísimo reloj.

Eran las ocho y cuarto.

—Ya debía haber pasado—dijo—¿habrá renunciado? ¿habrá dejado de venir, ó habrá tomado por las trochas? No, por las trochas se pierde tiempo; el camino más corto es el de la carretera; las trochas se han hecho para la buena gente, para los contrabandistas, para los que no van por la carretera sino muy obscuro y tarde, ó cuando es necesario entrar en ellas. ¿Qué será esto? el conde es buen jinete y tiene magníficos caballos; pero ¡ah! el cuidado que tenemos por otra persona no nos aguija tanto como la sed de venganza. Además de esto, por buenos que sean los caballos del conde de Rovira, de seguro no aventajarán en nada á mi jaca; no sé por qué dudo, no sé por qué me impaciento; tal vez, y sin tal vez, habrá tenido necesidad de cambiar de caballos; un accidente cualquiera, una herradura que se cae... esperemos, esperemos; aun no tarda: yo he corrido demasiado.

Y don Tadeo esperó, siempre con el encaro en la mano, siempre atento, con el oído alerta, fijo en cada ruido lejano que sobrevenía.

El conde no había corrido poco, ni su caballo ni el de su criado habían perdido una sola herradura.

Todo consistía en que el conde se había detenido para echar pienso á los caballos algún tiempo más que don Tadeo, y en que los dos caballos no eran tan corredores como la jaca de aquel.

Poco antes de las ocho y cuarto llegó á la venta de Navalacebro el conde con su criado

Toribio; entraron, echaron pie á tierra, mandó el conde dar pienso á los caballos y pidió de comer.

Diéronle en la venta lo que tuvieron, comió de prisa el conde, y aparte del él comió también Toribio, y al fin montaron á caballo y siguieron su camino.

—¿Sabe vuecencia, señorito—dijo Toribio—, que no me gusta el sitio por donde vamos á pasar?

—¡Ah! descuida, hombre, descuida: á mí me conocen todos los muchachos de la Tierra Baja; conmigo no hay nadie que se meta; soy el conde de Rovira y saben que los pobres que se llegan á mí son amparados.

—Mire vuecencia, señorito, que están pasando unas cosas muy extrañas, y que desde que ese Diego Corriente está por esta tierra no se puede fiar en nada: pues qué, ¿no se acuerda vuecencia cuando ese maldito se metió en la quinta de la señora condesa, y á despecho de todos nosotros se llevó á la señorita Curra?

—Porque fuísteis unos cobardes que tirasteis las escopetas y huísteis á encerraros en los desvanes: no me vuelvas á recordar eso, porque me irrito.

No pudo seguir

En aquel momento pasaban junto á las malezas en que estaba oculto el pedestal de la cruz.

El conde cayó de improviso del caballo lanzando un gemido.

Había sonado simultáneamente el disparo de un arma de fuego.

—¡Ah! ¿no decía yo—dijo Toribio—, que el sitio era muy malo? ¡Ah! ¡María Santísima!

Y echó mano á la escopeta y la preparó, pero lleno de miedo.

—Mi amo está muerto.

No pudo continuar.

De improviso se sintió asido por la garganta de una manera terrible, y lanzado fuera de la albardilla cayó al suelo, y poco después se estremecía en una convulsión espantosa.

El estrangulador, el terrible estrangulador que había matado á Pitoclaro, allá en otro tiempo, y de la misma manera á tantos otros, había dado fin del pobre Toribio, para el cual había sido una desgracia acompañar á su amo.

———

El camino estaba solitario.

No se oía ni lejos ni cerca más ruído que el ladrido de los perros y el canto de los gallos de las quintas inmediatas.

Brillaba una luna clarísima.

Don Tadeo se dirigió al lugar donde cayó el conde de Rovira, y le examinó.

No había necesidad de más.

El conde de Rovira había sido herido en la cabeza, en una sien, y estaba definitivamente muerto.

Don Tadeo sacó su cartera, y escribió á la luz de la luna en una de sus hojas estas palabras:

«Bruna, el conde de Pinorrey te provoca de nuevo».

Luego arrancó de la cartera la hoja donde había escrito esto, y la metió en uno de los bolsillos interiores de la casaca del desdichado joven.

Los caballos, demasiado cansados, habían quedado inmóviles.

Don Tadeo registró al conde, le quitó el reloj, las sortijas, el alfiler de brillantes que llevaba en la camisa y el oro de que había llenado sus bolsillos, y después se fué adonde estaban los caballos y examinó las alforjas.

En el que había montado el conde de Rovira encontró un talego lleno de oro.

Después, como era feroz y cuando se irritaba no había nada que se opusiese á su instinto de exterminio, degolló cruelmente á aquellos pobres animales.

Los cuerpos del delito que quedaban de aquel crímen debían parecer horribles.

A seguida se metió en el monte, puso en las alforjas de su jaca lo que había robado al conde de Rovira, montó y se alejó por la otra parte del monte, adelantado á la carrera por una trocha á campo traviesa.

———

Aun no había pasado media hora, cuando una partida de migueletes que venía de la parte de Sevilla llegó al sitio de la catástrofe.

—Pues ya hemos tropezado con algo que nos indica que los que buscamos no deben estar lejos de aquí—dijo el sargento de migueletes que mandaba la partida. Y esto acaban de hacerlo ahora; los cadáveres están calientes, y todavía sale sangre de las degolladuras de estos pobres caballos; nos van á marear estos malditos; parece que se les tiene entre las manos, y entonces es cuando están más lejos de nosotros. ¿Y qué hacemos, muchachos? esto nos entretiene, porque no podemos pasar adelante sin dar parte de esto.

—¿Y qué quiere usted que hagamos, sargento Chinchilla?—contestó otro de los migueletes—: ello es verdad que usted no puede pasar de aquí sin dar parte al alcalde más inmediato, porque de otro modo se compromete.

—Pues bien—dijo el sargento—; que se queden aquí cuatro, que yo con otros cuatro me voy al Ronquillo, que es el pueblo que está más cerca, y daré parte al alcalde.

Y nombró á los cuatro que habían de quedarse en el lugar de la catástrofe.

—Pues ya tenemos aquí plantón hasta la una de la noche lo menos — dijo uno de los nombrados.

—Pero ahí tenéis la venta de Navalacebro—contestó el sargento—, en la que podéis meteros, porque basta con que se quede aquí un centinela, que no ha de faltar vino que beber

ni algo que comer, porque los venteros quieren estar siempre bien con nosotros.

—Bueno, bien—contestaron los cuatro.

—Y allá vosotros os compongáis para relevaros como os parezca mejor, con tal que siempre haya aquí un centinela y otro de los tres que estén en la venta no duerma.

—Muy bien, sargento—dijo uno de los que quedaban—; vaya con Dios y dele á los pies, porque mire usted que estamos deseando que nos deje libres esto para ir en persecución de esos bribones que dicen que llevan mucho dinero.

—Pues digo, yo no he de tardar, porque ya sabes que yo me ando una legua en media hora; esto consistirá en que menees bien las alpargatas los que vengan conmigo.

—Descuide usted, mi sargento—dijo uno—, que no nos hemos de quedar atrás.

—Ea, pues á ver la verdad—dijo el sargento.

Y afianzando su escopeta, se echó á trotar: los otros migueletes echaron á trotar detrás de él.

Muy pronto no quedó más que un centinela en el lugar de la catástrofe; los otros se habían metido en la venta de Navalacebro.

XVI

El Gallero estaba también en operaciones.

Conocía á todo el mundo, y todo el mundo lo respetaba y le temía, á pesar de lo que con él había hecho Diego Corriente.

Porque decían, y no sin razón:

—Diego Corriente ha podido hacer eso con él, pero es que como Diego Corriente no hay dos sobre la tierra.

Todo era relativo.

Lo que Diego Corriente había hecho, no se atrevía á hacerlo ninguno.

Había ocupado el primer lugar entre los valientes de Andalucía, pero el Gallero había quedado en el segundo sobre todos los demás.

No se destrona tan fácilmente á un valentón.

Si le hubiera vencido un cualquiera, un hombre pegado por otros, conocido notoriamente como cobarde y débil, hubiera sido otra cosa.

El Gallero hubiera caído definitivamente de lo alto de su posición, y todos se hubieran atrevido con él.

Pero como quien le había vencido había adquirido una reputación de héroe, la cuestión era distinta.

—A todo hay quien gane—decían los más descontentadizos—: el señor Diego Corriente, por lo que ha hecho, se ve que es mucha persona; porque no ha sido sólo lo del Gallero lo que ha hecho (y recordaban todas sus hazañas); y luego—continuaban—, que hay días en que un hombre está de mala suerte ó ha pisado una mala hierba ó le han hecho mal de ojo; pero todavía no se ha visto en lo que quedará esto, porque aunque el señor Diego Corriente ha malherido al Gallero y le ha señalado, todavía el Gallero está en el mundo, y esperad, que puede ser que todavía, cuando menos lo pensemos, nos cuenten algo bueno que el Gallero haya hecho con el señor Diego Corriente, porque esto de creer que Bernabé el Gallero se va á quedar con sus dedos y su cara cortada sin buscar satisfacción, es una tontería; y ya veréis como no tarda en suceder algo.

Esto es lo que se decía en los Palacios, en Dos Hermanas, en Utrera, y en los cortijos y en todas partes la gente brava.

Así es que cuando sin perder tiempo, aquella misma noche llegó con sus mozos á Dos Hermanas el Gallero, á pesar de que la hora era avanzada, en cuanto llamó á algunas casas se fué levantando toda la gente cruda que en el pueblo había, y poco después estaban con él en las eras del pueblo.

—Pues señor—les dijo el Gallero en cuanto los tuvo juntos—: ¿cuántos hombres hay aquí de sangre negra que se atrevan á echarle las calzonas al jaco y á venir conmigo y con mis dos mozos, que son dos fieras, á hacer una atrocidad y á ganarse algunos cuartos?

—Pues aquí estamos—contestó uno—, diez hombres, que somos, yo y el Sastre y Navasrudas y Pelele y Sartenilla y Tadeo y el Tuerto y Juan Espárrago y el Pollino y Diego Zotes, que los otros vienen de curiosidad á ver para lo qué nos querías tú.

—Pues que se larguen de aquí los curiosos, antes de que los eche yo á puntapiés—dijo el Gallero, que necesitaba gallear mucho más que antes por lo mismo que le había acontecido un siniestro.

—Vaya, hombre—dijo uno—, que no te hemos dicho ninguna mala razón para que nos quieras echar á patadas.

—A no ser que tú quieras sacar pescuezo—dijo el Gallero—; y si eso es así, ya estamos alzando.

—Hombre, no; yo no lo he dicho por eso, sino que como éramos amigos...

—Yo no tengo amigos que valen menos que un trapo—dijo el Gallero—: ea, que se queden aquí los que vienen, y los amigos de saber que se vayan á oler á otra parte, que aquí á lo que más pronto puede oler es á difunto; y no digo más, y largo por la sombra, que no tenemos tiempo que perder.

Los expulsados, esto es, los desechados, los que no servían para nada, se retiraron murmurando.

El Gallero se quedó con los diez que ya se han nombrado, y Esparragueras, que así se llamaba el que antes había hablado con el Gallero, dijo:

—Pues señor, ya me está á mí retozando el alma por saber qué vamos á hacer, qué dineros son esos que vamos á ganar.

Es admirable la facilidad con que los hombres del campo de Andalucía se prestan á se-

guir á este ó al otro buen mozo de reputación para dedicarse á un caballeo de algunas horas ó de algunos días; como que son pobres, se encuentran siempre dispuestos á ganar dinero, y el caballeo está en las costumbres de los campesinos de la Tierra Baja.

—Pues señor—dijo el Gallero—: ya sabéis que ese mozo crudo que ha salido hace poco de Utrera, que Diego Corriente me ha hecho á mí una.

—Hombre, hay días de desgracia—dijo Esparraguera—, y al mejor le sucede un desavío, que no siempre está la sangre en punto, y eso nada tiene de particular.

—Pues eso digo yo—contestó el Gallero—: al más pintado le sucede lo que me sucedió á mí; y mirad que yo no sé cómo estaba aquella noche; creo que el descuido mío, porque no creí que el mozo tuviera tanta alma, fué lo que me perdió.

—Eso sería—observó Navascrudas—; porque ya ves tú á ti quién te la da ni quién te la toma.

—Si yo hubiera sabido... —contestó el Gallero—; pero al principio han de hacerse los panes tuertos ó derechos: yo le miraba sobre el hombro como á un trapo cualquiera viejo, y ese mocito es muy «madrugón», y mientras estábamos hablando, me dió en la cara que me cegó.

—Pues lo que te perdió fué la confianza, Gallero—dijo Esparraguera.

—¡Qué! si es un tunantuelo sinvergüenza—continuó el Gallero—, que da mucha conversación, y cuando más descuidado está uno, allá va: pues si se hubiera venido á mí de peto á peto y como Dios manda, ¡hombre! lo ensarto á la primera; pero, amigo, estaba yo hablando con él tan sin cuidado, y de repente, sin avisar, allá va eso, y en mal sitio, y luego recargar en seguida: no hay quién lo aguante; el más blandote, si es un poco atrevido, se queda con una fiera; pero vamos andando, y á lo de los cuartos: va sabéis que le han pregonado y dan tres mil reales por su cabeza, y yo doy á más de eso lo que sea menester para que cada uno parta á mil reales, vosotros y más que vendrán, porque de aquí hasta que lleguemos al camino de Extremadura, que es por donde se larga el mozo, ya habremos recogido gente, y gente buena, y habremos soltado los espoliques y nos habrán dicho por dónde anda; y como que ahora lo que hacemos es en servicio del rey nuestro señor, no hay para qué taparse, y vámonos en seguida á casa del alcalde á que nos dé pasaporte, manifestándole que nos vamos, para que no tengamos tropiezos.

—Pues andando, que el tiempo se pierde—dijo Esparraguera.

Y todos juntos se metieron en el pueblo y se fueron á la plaza y llamaron á la puerta del alcalde, que se levantó en cuanto le dijeron que allí estaba el Gallero buscándole.

Cuando lo recibió, el Gallero le dijo:

—Señor don Mauricio, aquí estamos estos buenos mozos y yo para que su merced, como de justicia, nos dé pasaporte para ir en persecución de Diego Corriente, porque queremos ganarnos los cuartos que se dan por su cabeza.

—¡Hombre! — contestó don Mauricio — : ¿pues para ganar tres mil reales vais tantos? para piensos y costas de las posadas no alcanza.

—Deje usted, que ya hay quien pagará los gastos y quien dará tres tantos más porque se coja á ese tuno que está escandalizando y haciendo lo que nadie ha hecho, metiéndose con los alcaldes y con los cortijeros y con los guardas de campo: ya ve usted, robó ignominiosamente al alcalde de los Palacios, y se le llevó las sobrinas; luego, se fué á la quinta de la señora condesa de Pueblarrica y se llevó la novia de su sobrino, de resultas de lo cual me cogió á mí á traición y me malhirió, y luego me quemó el cortijo y se me llevó la moza, que dicen que la tiene allá en las Marismas: ya ve usted, si fuera un buen mozo que se buscara la vida como Dios manda, sin meterse con los alcaldes ni con los cortijeros ni con los propietarios, qué se había de hacer más que dejar al pobre que peleara con su sino; pero esto ya es harina de otro saco, señor don Mauricio: estamos todos expuestos á las «aratadas» de ese perdido, y es menester dar con él; porque supongamos que un día se viene á Dos Hermanas y le mete á usted mano y le quita lo que tiene y se lleva á la señora doña Estefanía, que es todavía una buena moza, y á las dos niñas, y le quema á usted la casa.

—Me parece que tienes razón, Bernabé—dijo el alcalde, á quien había puesto un poco serio aquello que había dicho, que podía hacer con él Diego Corriente, el Gallero.

—¡Pues no le ha de parecer á usted bien lo que yo digo!—insistió éste—: ¡si lo que yo digo le conviene á todo el mundo! Así, deme usted pasaporte y á estos muchachos, con expresión de que servirá para los que se nos reúnan y como que vamos á perseguir á Diego Corriente y á su cuadrilla; con más, que ruegue usted á las justicias de los pueblos por donde pasemos, nos den auxilio, y yo le aseguro á usted que antes de tres días entrego en Sevilla á Diego Corriente y á los que le acompañan, muertos ó vivos.

—Pues no hay más que hablar—dijo don Mauricio—: voy á darte el pasaporte, hombre.

Y abrió un cajón de su mesa, sacó un papel impreso y sellado, esto es, un pasaporte en blanco, y lo llenó tal como le pedía el Gallero, y se lo entregó.

Mandó en seguida traer vino y longaniza cruda y pan para que aquella buena gente comiese un bocado y tomase un trago y no se dijese que el alcalde de Dos Hermanas era miserable, y después de esto ellos salieron y el alcalde

se acostó, no sin su poco de cuidado por si Diego Corriente averiguaba que él había hecho aquello.

Quince minutos después salían de Dos Hermanas y tomaban el camino de Extremadura, el Gallero y los diez vecinos á caballo, armados hasta los dientes.

Al amanecer, los estómagos les avisaron de que necesitaban almorzar, y la laxitud de los caballos que era necesario darles un pienso.

Estaban en un lugar del camino en que había una alcantarilla y á la derecha una espesura de álamos negros.

—Pues, muchachos—dijo el Gallero—, en ninguna parte mejor que aquí podíamos parar para echarle un forro al estómago y darles un pienso á estos bichos. A la revuelta de aquellos árboles, como sabéis, y si no lo sabéis lo sé yo, está el cortijo de Pellico, y según mis noticias, en ese cortijo está un capitán de infantería con su asistente, al cual le ha quitado Diego Corriente el uniforme y los papeles que llevaba, y con ellos se ha metido en Sevilla y ha engañado al arzobispo y al capitán general y á los señores de la Audiencia, y se ha casado con una señorita que era su novia y se la ha llevado.

—¡Calla!—dijo Esparragueta—: no nos habías dicho nada de eso, Gallero. Mira tú que si eso es verdad, Diego Corriente es un mozo que vale todo el oro que pesa.

—¡Vaya! ¿si te empezará á entrar á ti «canguelo»?—dijo el Gallero—. Pues mira, no me vuelvas á hablar á mí de esa manera, porque te estampo; porque los hombres que yo traigo conmigo quiero que no se les pongan aprensiones en la cabeza, y no pienses en volverte, porque habiendo venido conmigo no puede ser sino que te vayas al otro mundo, que si Diego Corriente ha hecho todas esas cosas, es porque cree que lo puede hacer todo; y las cosas le salen bien porque tiene mucha suerte, pero ahora veremos la suerte en qué para; y no se hable más de esto y vamos al cortijo, y si no nos quieren enseñar por buenas ese capitán y ese asistente, les haremos que nos los enseñen por fuerza y... santas pascuas.

Y el Gallero, dirigiéndose por el camino que llevaba al cortijo, le siguieron todos con respeto por lo que acababa de decir, y á los tres minutos llegaron al cortijo que acababa de abrirse.

—¿Qué es esto?—dijo Pellico cuando vió desde lejos aquella tropa. ¿Tenemos ya otros en campaña?

Y les dió los buenos días.

—¡Ah! ¿con que eres tú?—dijo el Pellico reconociendo al Gallero—. Pero, hombre, no te basta con que te hayan sentenciado á muerte y hayas escapado por los buenos oficios del señor conde de Rovira, y con haber estado en presidio, sino que ahora te echas otra vez al camino? Hombre, no seas loco: ten prudencia, Bernabé, que tú estás bien y no te hace falta nada, para poder echar una gallina en la olla, y deja á otros infelices que saquen partido de esa vida y que se expongan ellos solos á que los descuarticen.

—¿Y quién te dice á tí que yo me he echado al camino?—contestó el Gallero desmontando y dando su caballo á uno de los mozos del cortijo que habían acudido á la puerta con la Mosquita, que como sabemos era la mujer del cortijero: yo no tengo necesidad ya de afanarme ni de andar aperreado, porque aunque me robó aquella bribona de la Vicenteja, que en cogiéndola la voy á abrir en canal, para irse con ese «chaleco» de Diego Corriente, con ese «bocarón», con ese don Nadie, que si me ha puesto así es porque me cogió á traición se quedó ahí mi buen padrino el señor conde de Rovira, porque en seguida empezó á hacer la obra que hacía falta en el cortijo y me dió otro tanto más que lo que la Vicenteja me ha quitado; y por lo mismo, si yo salgo al camino con todos estos buenos mozos que aquí están conmigo, es con pasaporte de la justicia de Dos Hermanas, que aquí está, para ir en persecución de ese valiente y desollarlo vivo y hacernos con el pellejo cananas; y ni más ni menos: ea, y ya que estamos aquí, por lo que sea, á ver si se les da pienso á los caballos; y á nosotros se nos dá bien de comer, que todavía tengo yo una onceja para regalársela á la Mosquita, que es muy buena mujer, para que gaste por mi salud unas arracadas de corales que la sentarán muy bien porque es muy blanca.

—Vaya, hombre, bien, pues más vale así—dijo Pellico—; entrad, muchachos, entrad, que voy á sacar un cántaro de vino para que remojéis el paladar.

—¿Sabes tú en lo que estoy reparando, Gallero?—dijo la Mosquita.

—¿En qué, mujer?

—En que te han puesto tan feo que no hay quien te mire á la cara.

Ardió una llamarada de cólera en los ojos del Gallero.

Pero se la tragó, y dijo:

—Pues más feo he de poner yo al que me ha puesto así, porque lo que lo que hay más feo en este mundo es un muerto.

—No te precipites mucho, Bernabé—dijo Pellico—; mira tú que á ese mozo le huele mal el resuello á quince leguas, y aquí estuvo y yo no necesito más que ver á un hombre para calarle las intenciones y lo que es y lo que puede; y mira tú que en mi vida he visto yo un «terne» como él, ni tan «apañado» ni tan bien compuesto ni tan buen mozo ni tan campechano ni tan serio: mira tú que yo te estimo á tí, que siento mucho lo que te ha sucedido, y que yo no me engaño, y te digo, y no hay más que incomodarse por esto, porque lo digo por bien, que con todo esto que

tú llevas no tiene para empezar el señor Diego Corriente.

—Vaya, bueno—dijo el Gallero—, no porfiemos sobre cosas que se han de ver pronto, ni nos incomodemos, porque sin poderlo remediar se me vuelve á mi lo de arriba abajo, y me da la sangre volteretas con sólo que digan que hay un hombre que se puede poner delante de mí, como no sea para quitarse el sombrero y tratarme con muchísimo respeto, por la cuenta que le tiene; y no hay que fiarse porque á mi ese «mandria» me haya cortado la cara y tres dedos de un cachete, que eso fué porque no me conocía y es muy «madrugón» y muy adelantado, y me tiró un corte primero por la derecha y luego por la izquierda, en menos de lo que yo he tardado en decirlo, que me mareo, hombre, porque no es uno de bronce, y hasta á los toros cuando los dan una estocada á traición los paran; y digo y repito, y diré siempre, que hizo esto porque no sabía quien yo era, que si él llega á saber que yo soy Bernabé el Gallero, ¡hombre, por Dios! en cuanto me hubiera visto se muere.

—Mira tú, si hubieras tú llevado en la frente un «rétulo» que hubiera dicho: yo soy el Gallero, no pasa nada de eso, hombre,—dijo la Mosquita.

—El «rétulo» quien te lo va á poner—dijo ya impaciente el Gallero poniéndose de pie, soy yo, y va á ser en los morros, so... más vale callar.

—Poco á poco—exclamó Pellico—, que delante de mi no le dice eso á mi mujer nadie, que eso es llamarme á mi lo que no soy, y si meto mano vamos á tener morcillas antes de San Andrés.

—Oiga usted, grillo fuera de tiempo—exclamó el Gallero—, que se entona usted como si pudiera usted hacer algo; no dé usted lugar á que yo haga con su cortijo de usted lo que hizo ese tuno de Diego Corriente con el mío, ¿entiende usted? y fuera de políticas con quien no las merece; y sepa usted que según lo canta ese pasaporte, nos tiene usted que dar alojamiento y auxilio y de comer y de beber, porque vamos nombrados por la justicia de Dos Hermanas, para perseguir á ese ladrón, ¿entiende usted? y si usted no nos da auxilio y alojamiento y manutención, es que es usted tan ladrón como él y tan ladrona como usted su mujer, y tan ladrona como es su mujer de usted los mozos, y los agarro á ustedes todos, porque sí, porque puedo, y los ato, y detrás de las colitas de los caballos me los llevo muy ricamente á Sevilla, y los entrego á los alcaldes de Casa y Corte, porque sí.

—Vaya, hombre, bien—dijo Pellico—; hínchate y hártate, que á bien que tienes la sartén agarrada por el rabo, y me coges con las manos en los bolsillos; no hay nada que decir, nada, todo eso está muy bien; y es más, que me hace á mí muchísima de la gracia y de tal manera, que voy á tener la gracia guardada para otro día, hombre, para otro día, que no siempre ha de estar uno como ahora, con la pretina de los calzones en la mano; en fin, á beber y á comer, y vayan con Dios los disgustos, que no sirven más que para que la sangre se «inrite», y le entre á uno una «cancamurria» que se lo lleve pateta; mira, Mosquita, hazme el favor de no decirle al Gallero nada, que lo toma todo por donde quema, y es lástima que se estrelle contigo que eres una infeliz.

—Eso sí que no—dijo el Gallero—, que yo estimo mucho á la Mosquita, porque es muy buena mujer, y sobre todo muy limpia, y cuando yo andaba como Dios quería me ha hecho muchos favores que no se me olvidarán nunca; verdad es que entonces no tenía yo la cara cortada, ni me faltaban tres dedos en la mano derecha; en fin bueno.

—¡Si siempre has sido tú un animal, hombre! y no lo digo para que te ofendas—dijo la Mosquita—, sino para decir que contigo ha sido siempre menester decir amén, aunque hayas rebuznado, porque si no, te metes por los trigos de Dios á lo bruto, y es menester soltarte la escandalosa.

—Ese es mi genio, mujer; pero ya sabes que en pasándome á mi el tufo soy un niño y se hace de mí lo que se quiera; ea, venga la mano, buena moza, venga la mano y no se hable más, y vamos á ver cómo nos haces pronto una buena fritada, que tenemos que irnos; y yo te regalaré, mujer, no por la fritada, sino por lo bien que te estimo.

—¡Vaya una estimación, y te has atrevido á ponerme á mi un mote que no me lo ha puesto nadie! y no hay que ponerle á una malos nombres que á una no le pegan, no sea que una se quede con ellos: mira tú que me has herido á mi allá dentro, Gallero, y que si no te he tirado la mano del almirez ha sido porque no sabes lo que te dices y de tí no hay que hacer caso, y en fin, «sonsi», que ya pasó, y á otra. Micaelilla, bájate de la cámara un jamón y una olla de magras de lomo para que estos caballeros maten el gusano. ¡Por vida de mi madre, haberme llamado á mi generosa! Bendito sea Dios, que del reconcomio que tengo me va á salir algo por la tapa de los sesos.

—¡Válgame Dios, mujer! ¿si será menester pedirte de rodillas que me pongas una penitencia?

—En fin, que ya pasó—dijo la Mosquita—, y fortunilla es que ya sabe cada uno quien es y Dios lo sabe, y aquel á quien le importa, y todos completos y en paz.

———

Después de esto hubo algunos minutos de silencio, porque la situación se había hecho tirante.

Los paletos que acompañaban al Gallero, estaban tendidos acá y allá, y algunos dormían.

El Gallero se había puesto á picar un cigarro, y Pellico había bajado á la bodega por un cántaro de vino.

—¡Cuándo se acabará esto!—dijo una persona que en la bodega estaba.

—Me parece, señor capitán—dijo Pellico—, que las cuartanas que usted tenía se le han acabado ya, y que echa usted luz y que se va usted poniendo gordo; y yo no quiero dejarle á usted todavía, porque puede usted recaer, y las cuartanas que usted tenía eran muy malas y si recae le puede á usted costar la vida: á más de eso, que todavía el señor Diego Corriente no ha enviado los papeles ni la ropa.

—¿Y qué me importa á mi de eso?—contestó don Gonzalo de Arias, que ya sabemos que así se llamaba el capitán á quien había suplantado Diego Corriente: porque con dar parte yo de la violencia que conmigo se ha hecho, estoy al otro lado, y esos papeles no son tan importantes, que no pueden reponerse, ni me importa el dinero que en la maleta iba ni la ropa; sólo siento lo que se haya hecho suplantando mi persona; pero eso no ha estado en mi mano evitarlo, porque ni aun salud tenía.

—De modo que va á ser menester tenerle á usted aquí toda la vida—dijo Pellico—; porque si usted sale, lo va usted á charlar todo y me voy yo á ver comprometido. Pues, hombre, más valía haberle dejado á usted que se hubiera muerto de las cuartanas y no haber tenido buenas intenciones. En fin, todavía no es tarde.

—¿Qué gente es esa que se siente arriba?—dijo el capitán sin reparar, como por desprecio, en las amenazas de Pellico—: yo creía que era ese Diego Corriente que venía á cumplir con su obligación de soltarme.

—No, señor, no—contestó secamente Pellico—: son otros; y vamos, ya he llenado el cántaro de que han de beber—añadió atando la boca del pellejo y quitando del cántaro el embudo hasta luego, y con Dios.

Y cargando con el cántaro, subió por las escaleras de la cueva, salió y entró en la cocina.

———

—¡Pues no has tardado tú mucho en subir el vino!—dijo el Gallero—: ¡ya se ve, te habrás estado en conversación!

—¿En conversación? ¿y con quién?

—¡Válgame Dios! con dos amigos que van á almorzar con nosotros.

—¿Y qué amigos son esos?

—Pues vaya, hombre, ¿qué amigos han de ser? un señor capitán de infantería á quien Dieguito quitó sus papeles y su ropa, y su asistente, que los tienes tú ahí sacrificados.

—¿Y quién te ha dicho á tí eso?

—¿Si creerás tú que yo no sé á lo que vengo? ¡pues válgame Dios!

—Mira, Gallero: ¿me estimas tú á mí?—dijo Pellico, que veía que se armaba algo serio.

—Vaya si te estimo.

—Pues mira, si me estimas, me lo puedes hacer bueno.

—¿Y cómo?

—¡Toma! yo te entregaré al capitán y su asistente, ¿entiendes tú? y tú no dices que te los has encontrado aquí sino una legua más allá, en el agujero de los Raposos.

—¿Y á qué Dios tenía yo que ir al Agujero de los Raposos? ¿no ves tú que no lo van á creer?

—¿No vas tú en persecución de Diego Corriente.?

—Sí señor.

—¿Y no has podido ir tú al Agujero de los Raposos porque te dijera alguien que allí se escondía?

—Sí, señor.

—¿Y no has podido tú encontrarte allí al capitán y su asistente?

—Sí, señor; pero ¿cómo digo yo que me los he encontrado vivos en aquel pozo, haciendo tanto tiempo que no parecen por el mundo?

—¡Válgame Dios, y qué torpe eres y qué bruto!

—Pues habla tú, sabio.

—¿Hay más que decir sino que el señor Diego Corriente sorprendió en el camino al capitán y al soldado y se los llevó al Agujero de los Raposos, y que allí los encerró, y los puso un hombre de guardia, y que aquel hombre tenía una carátula muy grande puesta, y que todos los días los llevaba una vez de comer?

—También es verdad; pero es menester que el capitán y el asistente digan lo mismo.

—¡Y vaya si lo dirán! como que el amo me está á mí muy agradecido, como que le he quitado con el secreto que tengo unas cuartanas muy malas, y el asistente ha vivido muy bien y á cuerpo de rey, aunque sin saber nada, porque se le ha tenido allá en los Quejigales en otro agujero, y se le ha llevado de comer todos los días; sólo que cuando iba Hormigón se ponía un pañuelo en la cara, y quién quita que el asistente crea que en otro agujero lo mismo ha estado su amo, y que se le saque de allí y se le haga dar vueltas para que crea que se ha andado mucho; y luego, con decir á la justicia que tú los has encontrado en el Agujero de los Raposos, para que esté lejos de aquí el escondite, en paz.

—Hombre, pues no has pensado mal—dijo el Gallero—: yo á tí no te quiero hacer daño, y me parece á mi que si le has cortado unas malas cuartanas á ese señor, estará agradecido, y con tal de verse en libertad, dirá lo que sea menester que diga, y que no ha conocido á nadie, y que cuando estaba encerrado hemos llegado y le hemos soltado. ¿Por qué no subes al capitán, hombre, por qué no le subes y hablaremos?

—Hombre, pues voy á subirle, que cabalmen-

te el pobre está desesperado y acaba de hablarme con muy mal humor.

A poco Pellico se fué y volvió con don Gonzalo de Arias, que estaba completamente vestido á lo paleto andaluz.

—Para servir á usted, señor capitán—le dijo el Gallero—; y sea enhorabuena, porque está usted en libertad.

—¡Hombre! ¿qué es eso? ¿en libertad yo? ¿y quién es usted?

—Yo soy un enemigo de Diego Corriente, el que «trincó» á usted y le quitó á usted su dinero, su ropa y sus papeles, y con ellos se ha ido haciendo la figura de usted á Sevilla, y se ha tratado con todas las gentes con quienes usted tenía que tratarse, y se ha casado con la hija del marqués de Rodovilla, como si fuera usted, y se ha ido con ella.

—Pues eso tiene mérito, mucho mérito—dijo don Gonzalo—; y á mí eso no me compromete porque puedo probar que cuando fuí secuestrado estaba muy enfermo.

—¿Y á usted que le ha de pasar, si usted no ha hecho más que aguantar por Dios, como le sucede á cada uno cuando no puede ser otra cosa? Pero el Pellico dice que siquiera porque le ha curado á usted las cuartanas no quisiera que le comprometiera usted y que usted dijera que le han tenido encerrado en una cueva y que á la cueva bajaba un hombre con una carátula muy grande en la casa á llevarle á usted una vez al día la comida, hasta que yo parecí por allí y lo saqué á usted y á su asistente, que estaba encerrado en otro lado de la cueva.

—Hombre, sí, mi pobre Ginés, que me ha tenido con mucho cuidado, aunque Pellico me aseguraba que se le cuidaba bien.

—Pero usted, señor capitán, ¿está en tapar á este pobre Pellico?

—Sí, hombre ,sí, él no tiene la culpa; Diego Corriente y los suyos me trajeron, y él ha tenido que guardarme para no ponerse mal con Diego; y el mismo Diego se ha portado bien conmigo, porque le ha dejado á Pellico el dinero que había en mi maleta, y más dinero que yo no acepto.

—Déjese usted de fonterías, señor capitán, que Diego Corriente es un maulón,y ya sabe lo que se ha hecho dándole á usted la contenta, aunque lo haya «trincado», porque al fin usted es una persona principal y muy rica y muy poderosa, que ya lo sé yo; y usted es capitán por gusto de serlo, y tiene usted montones de oro, y por eso Diego Corriente ha procurado que usted le estime en cuanto cabe, y el haberlo engañado á usted es porque es muy maulón y sabe meterse entre cuero y carne con buenas palabras.

—Sea como quiera—dijo el capitán—, yo no podía seguir adelante, me moría; aquí he encontrado la salud: Diego Corriente no me hizo violencia, me suplicó, me rogó: estaba loco por una mujer, por una señora, y aquella señora estaba loca por él: á mí me gusta la gente brava y lista, y me divierte lo que Corriente ha hecho con mis papeles y con mi nombre, porque tengo la facilidad de deshacer lo que sobre mi reputación pudiese venir. Así es que nada quiero ni contra Diego Corriente ni contra Pellico ni su mujer ni nadie de los que haya en este cortijo, y diré que me apresaron unos hombres á quienes no conocía, que me metieron en una cueva, y que me tuvieron en ella hasta que ustedes vinieron á sacarme.

—Pues mire usted, señor capitán—dijo el Gallero—, esto se hace de la manera siguiente: en cuanto comamos, y antes de que yo me vaya, se sale usted al camino, á caballo, acompañado de uno de mis muchachos, y se va usted á Sevilla, llevándose tanto dinero como el que usted tenía en la maleta, de lo que haya dejado Diego Corriente, para lo que le haga falta, que esto es muy justo; y si su asistente de usted no va mañana á presentarse á la justicia de Sevilla, y á quejarse de que lo han tenido encerrado y separado de su amo, ya sabe usted, señor capitán, dónde está, se viene usted con algunos migueletes y le busca.

—¡Cómo si fuera menester eso!—dijo la Mosquita:—¡cómo que nos vamos á descuidar nosotros! ¡cómo que en empezando á obscurecer no vamos á ir por él y sacarle con los ojos vendados y á llevárselo á Sevilla con el encargo que se presente á la justicia!

—Pues no hay más que decir—dijo el Gallero.

—Ni hay más que freir en esta otra sartén tres docenas de huevos—dijo la Mosquita—, porque todo está frito.

Poco después, todos, incluso el capitán don Gonzalo de Arias, comían.

Cuando se hubo acabado la comida, Pellico dió al capitán el dinero que Diego Corriente había dejado para él, sacó un caballo enalbardado, montó en él el capitán, y con el tío Navascrudas, que recibió orden de sacarlo hasta la carretera y volverse, partió.

En cuanto don Gonzalo, á quien se le había dado una espuela vaquera, se vió libre, puso al galope el jaco, y al obscurecer entraba en Sevilla por la puerta del Arenal y se dirigía al palacio de la capitanía general en demanda del conde del Alamo, con el cual tenía relaciones de familia, aunque no personales.

El Gallero se marchó en cuanto llegó el tío Navascrudas, siguiendo á toda prisa por el camino de Extremadura en demanda de Diego Corriente y de su partida.

XVII

El conde de Alamo, capitán general de Sevilla, se encontraba verdaderamente aburrido, lidiando

no menos que con el marqués de Rodovilla y con su sobrino el de Vadoclaro, el que después de haberse trasladado de Utrera á Sevilla con su mujer el uno y sin su mujer el otro, esto es, con la condesa de Puertocerrado Rodovilla, y Vadoclaro sin Pepa, porque se la había llevado Colorín; después de haber dejado en la casa que en Sevilla tenía Rodovilla á la condesa, se había ido á ver al capitán general y á pedirle explicaciones terminantes acerca de por qué había permitido que un capitán de ladrones, tomando el nombre de un capitán de infantería, persona ilustre por su casa, riquísimo por su hacienda, hubiese llegado hasta el punto de casarse con la señorita de Rodovilla y de llevársela.

El conde del Alamo estaba doblemente irritado, primero porque se le hacía responsable de haberse dejado engañar, y después por haber sido engañado.

—¿Y qué me cuentan ustedes á mí? decía: ¿acaso ese hombre no ha engañado también al Asistente y al presidente de la Audiencia y á los oidores y á los alcaldes y á todo el mundo, incluso un fraile, que es cuanto puede decirse porque engañar á un fraile es tanto como engañar al demonio? ¿Conocía yo al tal? ¿No me presentó cartas de recomendación de grandes amigos míos á los cuales yo no podía desatender? ¿No han hecho lo mismo las demás personas principales de toga, de golilla y de sotana, y aun de hábito, á las cuales se ha presentado? Y usted, señor primo ó señor demonio, señor marqués de Vadoclaro, ¿no ha sido usted camarada de peine suyo, y no me estaba usted moliendo siempre con que no había conocido usted una persona más recomendable ni más simpática que el señor don Gonzalo de Arias? ¿No pidió usted al mismo tiempo que él la licencia para casarse? ¿Y no se hacía usted cruces de que tan pronto hubiera encontrado á la señora condesa de Puertocerrado, que debía casarse con el señor marqués de Rodovilla á fin de que se legitimase á esa señora que ha desaparecido?

—Me parece que usted se recrea en lo que me sucede, primo—exclamó todo bilioso, todo cetrino, todo ira mal contenida el marqués de Vadoclaro.

—¡Hombre, si es que lo que ha hecho ese perdido—contestó el conde del Alamo—, tiene mérito! ¡si es que por más que uno se indigne, porque al fin y al cabo se ha burlado aquí de todo el mundo y se ha salido con la suya y ha cometido grandes crímenes, hay que reirse, porque la cosa, en fin, tiene gracia!

—Pues á mí maldita la gracia que me hace—exclamó el marqués de Vadoclaro—; y me irrita el que usted lo tome así, primo; y lo que me irrita sobre todo, es ver á mi buen tío, á mi excelente tío el señor marqués de Rodovilla, silencioso, sin ocurrírsele nada; y bueno es que sepa usted que le he traído hasta aquí á remolque y por la negra honrilla.

—Esa es una suposición digna de un hijo de una tal madre como la tuya—exclamó hosco Rodovilla.

—Tío—dijo el marqués de Vadoclaro—: no volvamos á sacar el gato, porque le advierto á usted que si lo saca, el gato araña: ya se ve, ¿á usted que se le dá? La soledad y la penitencia le han sentado tan bien á la condesa de Puertocerrado, su esposa de usted, que vale más que su hija y que mi mujer, y se encuentra usted viejo, achacoso y sin esperanza de nada, y todavía con hambre de amor, con una real hembra que le ha traído á usted una real hacienda; y usted no ha querido nunca á su hija, porque no ha querido usted á nadie, y sabe usted que su hija se ha ido con ese señor respetable por la gracia que tiene para hacer trastadas, porque ella estaba en el misterio, y se le importaba muy poco con tal de tener á su Diego, á su gracioso Diego; y si usted viene á quejarse á nuestro pariente el conde del Alamo y si pone usted pies en pared y reclama en justicia contra lo que le han hecho, es porque nadie extrañe que se quede usted callado después de lo grandísimo que le ha sucedido, que si no, usted se encogería de hombros y diría: á enemigo que huye, puente de plata, y se agarraría usted á la buena moza y á la buena hacienda que la casualidad le ha traído, y en paz con todo; pero á mí, que me la han dado por boca de títere, que se me ha metido entre cuero y carne sin saberlo yo un enemigo, por cuya causa me pegaron un escopetazo que todavía me pica, un hombre que me quitó mi primera novia y que ha sido la causa de que me quiten mi mujer, la mujer que más he querido y que más querré en este mundo, poniéndome en ridículo de tal manera, que voy por la calle con miedo, no sea que los chiquillos me tiren tomates: yo estoy que bufo, que muerdo, que araño, que bramo.

—Eso es, eso es—dijo el conde del Alamo—; usted brama, primo.

—Mire usted, señor primo ó señor infierno, que si usted quiere decir que yo soy toro ó venado ó cosa por el estilo, vaire usted que tiro del chafarote, y aunque usted sea más capitán general que el que los inventó, lo divido.

—Primo, va á ser menester enviarlo á usted á una casa de locos—dijo el conde del Alamo, que como andaluz no perdonaba la intención de la conversación ni el sacar partido de todo á pesar de lo serio de las circunstancias—; y dejémonos de tonterías y vámonos derechos al negocio, que el ridículo de lo que ha sucedido no nos lo podemos quitar ninguno de encima, con la diferencia de que aunque á mí me pica como al que más, tengo sangre fría y me río aunque sea de mí mismo; pero riéndome, riéndome y sin sofocarme ya he dado las órdenes convenientes, en unión con el Asistente, para que se persiga por cuantos medios están á nuestros alcances á ese bandolero; y si le cogemos,

después de decirle que es hombre de mucho ingenio y que vale mucho, le ahorcaremos con la mayor sangre fría del mundo.

—¿Y qué hago yo con mi mujer cuando me la devuelvan estropeada?—exclamó Vadoclaro.

—¿Qué ha de hacer usted? nada, porque á la señorita de Rodovilla y á la señorita de Vadoclaro las encerraremos en el convento de las Arrepentidas de Santa María Magdalena por locas, y allí se estarán hasta que se pudran.

—De suerte, que de todos modos yo soy quien pago las costas—exclamó el marqués de Vadoclaro—¡hombre, si yo no sé cómo me contengo y no empiezo á decapitar generales y golillas y frailes! ¡y luego hablará de su ciencia su paternidad el grave padre maestro don fray Zoilo de Manosmuertas, y él fué quien llevó á ese hombre al convento de Santa Clara y él quien ha andado en todo esto sin oler nada y sin avisarle á uno!

—Primo, deje usted en paz á ese respetable varón, que está el pobre con un tártago en la cama, que según me han dicho se lo han traído á puñados y á escape del Utrera, y tranquilícese y alégrese de que al fin, y al cabo las cosas han pasado así, que peor fuera que hubieran sucedido más tarde; porque al fin ahora todo esto no atañe al honor de usted, porque realmente no ha mediado más que el desposorio, y el fuego no ha llegado ni podido llegar á la familia: harto distinta es la situación de nuestro pariente el marqués de Rodovilla, primo, y lo lamento, porque al fin se trata de su hija.

—Yo estoy quebrantado, dolorido, aturdido, no sé lo que me sucede—dijo el marqués de Rodovilla con acento plañidero.

—A usted no le sucede nada, tío—dijo Vadoclaro—, que lo que á usted le sucede es estar casado, salir de aquí para encerrarse con su mujer y hacerla mártir, porque le advierto á usted que su mujer de usted no le puede ver á usted, ¿entiende usted? que le aborrece á usted con todos sus cinco sentidos, y que si se ha casado con usted ha sido por su hija, y además por echarse la mayor penitencia que se puede echar encima una criatura humana en descargo de sus culpas.

—Primo—dijo el marqués de Rodovilla al conde del Alamo—: es inútil pretender estar en paz con mi sobrino, porque es un animal, y con gato y sin gato es cosa de pegarle un tiro, como yo debí haber hecho una noche que fué á quemarme la sangre delante de los balcones de mi casa, que me se puso delante de ella á cantarle coplas á mi hija; y si yo aquella noche le aciguato, no sucede nada de esto, que si uno no quiere comprometerse para que le pongan en cuenta un hombre cuando ha matado un buey se va á cien leguas de él; y compraré un perro de presa para cuando vaya á mi casa con cualquier impertinencia echárselo.

—Usted se prevale, mi excelente tío, mi tío excelentísimo—dijo el marqués de Vadoclaro, que estaba lúgubre, de que es usted mi tío carnal, hermano de mi difunto padre, á quien Dios haya perdonado el pecado mortal que cometió viniendo al mundo para ser hermano de usted; y por lo mismo no vuelva usted á hablarme á mí, ni á mirarme á la cara, ni á acordarse que tiene tal sobrino, y adelante con el pleito del gato hasta que reviente usted á berrinches soltando dinero en costas, que es el mayor castigo que á usted se le puede dar.

—Bueno, pues adelante el pleito—dijo el marqués de Rodovilla—: gato vamos á tener aquí hasta nuestra quinta descendencia, y enemistad y odio implacable; en cuanto salgamos de aquí, voy á buscar á mi procurador.

—Vamos, vamos, primos—dijo el conde del Alamo poniéndose verdaderamente serio:—¿qué descompostura es esta? no lo digo por mí, que hago caso omiso de la parte de ofensa que á se me infiere con la extraña escena que tienen ustedes delante de mí, sino en atención á las circunstancias que tan de mancomun nos afligen.

—Es que á mí no me aflige nada—exclamó el marqués de Vadoclaro—; es que yo estoy hecho una fiera, que me comería á mí mismo, y es que, volviendo al objeto de mi venida, que se ha extraviado en la conversación, yo hago á usted responsable, primo, de lo que ha sucedido, é interpondré mi queja.

—¡Ah, sí!—dijo con una admirable calma el conde de Alamo:—¿y por qué soy yo el responsable?

—Porque usted ha sido el que más ha autorizado á Diego Corriente.

—Le creía el capitán don Gonzalo de Arias: yo no tengo obligación de conocer á todo el mundo; me presentó cartas respetables...

—Pero y cuando firmó la solicitud de licencia para casarse, ¿no reparó usted en la firma?

—¡La firma! ¡la firma!—exclamó el capitán general:—¿pues qué, hemos de identificar la firma de todo el mundo? ¡bah, bah! quéjese usted lo que quiera, primo; yo me río de sus amenazas de usted, y no le llamo al orden como autoridad, como jefe, porque estamos hablando de un negocio particular, porque le conozco á usted demasiado y me he previsto de tanta paciencia que aun me queda bastante para seguirle escuchando á usted tres años sin impacientarme.

—¿Es decir que yo no tengo otro remedio que apelar al moro Muza?—exclamó el marqués de Vadoclaro.

—¿Y qué quiere usted que yo haga, primo?—dijo el conde del Alamo—. Dios con ser Dios no puede deshacer lo hecho: ¿qué más recurso queda que ahorcar á ese hombre cuando se le encuentre y descuartizarlo después de ahorcado?

—Me parece que no le ahorcan—dijo el marqués de Vadoclaro levantándose—; porque aho-

ra mismo le pido á usted licencia, que usted no me negará porque no debe, de salir con mi regimiento en persecucion de ese hombre, y donde le coja, donde le coja, la puntita de la oreja ha de ser el pedazo más grande.

—Si hubiera usted ido á su casa ó á su cuartel, primo, se hubiera usted encontrado con la orden mía de que saliese inmediatamente el primer escuadrón, que debe estar ya fuera con su comandante en persecución de Diego Corriente; pero no doy á usted licencia, entiéndalo usted; está usted irritado, este es asunto propio de usted, y podía usted cometer un desacierto; como subordinado mío, se estará usted en Sevilla.

—¿Que me quedaré yo en Sevilla? Eso será lo que tase un sastre; ya puede usted estar dándome de baja, señor capitán general, porque yo me desentiendo desde ahora de mi regimiento y de todo lo que huele á uniforme, ¿entiende usted? y lo que se hace con un jefe cuando hace eso es darle de baja y no más, y yo no necesito para nada los tres galones; y no me dejo aquí el uniforme por no salir á la calle en calzoncillos blancos: ea, y se acabó, y ya está dicho; y ahora mismo me voy á casa de don Francisco de Bruna, que es el que maneja aquí todas las cosas de justicia, para lo que yo me sé.

—Vamos, primo, está usted terrible—exclamó el conde del Alamo—, y es necesario dejarle á usted, á ver si pasa tiempo y se le enfría la cabeza.

—Que no me hable usted á mí de cabeza, primo, porque me parece que me habla usted á mí de «guasa», y se me va acabando la paciencia: ¡pues bonito genio que tiene el niño para que se le enfríe la cabeza después de lo que ha sucedido! ha acertado usted: ¡ya se me va á mí enfriando, hombre, si me voy á tragar el mundo! Lo dicho, deme usted de baja, primo, porque yo no soy ya militar. Pero no, mejor será pedir yo mi licencia absoluta; es más decente: hágame usted el favor de un pedazo de papel.

—Primo, si está usted resuelto á dejar el servicio, más decente es que pida usted su licencia absoluta que no que se haga usted dar de baja, que esto es indecoroso; envíeme usted la solicitud, y yo la entretendré ocho días á ver si se le pasa á usted eso.

—No, señor, primo, no la envío, que la voy á escribir aquí: déme usted un pliego de papel sellado, primo.

—¿Y cómo va usted á escribir la solicitud, primo, si le están á usted temblando los dedos y las manos y los brazos y todo el cuerpo que parece que tiene usted azogue?

—Mire usted, primo, no me busque usted á mí la boca, que estoy desesperado, se lo suplico á usted; que no quiero ser más militar, que ya no soy militar; conque hágame usted el favor de ese pliego.

Se levantó el conde del Alamo, abrió una papelera, sacó un pliego de papel sellado, y lo dió al marqués de Vadoclaro, que se sentó en la mesa de despacho del capitán general y escribió con mano trémula:

«Señor:

»Don Pedro de Valcárcel, marqués de Vadoclaro, grande de España de primera clase, del hábito de Calatrava, gentilhombre de cámara de vuestra majestad, con ejercicio, coronel del regimiento de caballería de Dragones del Rey, primero de línea, puesto á los reales pies de vuestra majestad con el más profundo respeto, veneración y amor, expone: Que encontrándose en circunstancias muy difíciles que le tienen la cabeza vuelta é inútil para servir bien á nadie, ni á vuestra majestad, á vuestra majestad rendida, respetuosa y humildemente suplica se digne concederle su licencia absoluta para retirarse del servicio; gracia que espera alcanzar de la notoria munificencia de vuestra majestad, cuya preciosa vida guarde Dios muchos años para felicidad, gloria y regocijo de sus vasallos.—Sevilla 15 de Septiembre de 1780.—Señor.—A los reales pies de vuestra majestad.—Su reverente vasallo,

»El marqués de Vadoclaro.»

—Y se acabó—dijo al firmar de una manera nerviosa—; ya no soy coronel ni cosa que lo valga: hágame usted el favor de dar curso inmediatamente á esta solicitud mía, primo.

—Vamos claros—dijo el conde del Alamo—: si todo consiste en que yo no le dejo á usted ir en persecución de ese facineroso, salga usted cuando quiera con el segundo escuadrón; extenderé al momento la orden.

—No señor, no—dijo el marqués de Vadoclaro—; lo he pensado mejor: los dragones son muy pesados y muy grandes, y si los ladrones se meten en la Sierra no hay que contar con ellos; me afirmo en mi solicitud: ya no soy coronel.

—Pues como usted quiera, primo, como usted quiera; enviaré su instancia y la apoyaré.

—Pues muchas gracias; y como nada tengo que hacer aquí, ni quiero estar más tiempo al lado de mi excelente tío el señor marqués de Rodovilla, voy á quitarme este uniforme que ya no me pertenece.

—Mi general—dijo en aquel momento á la puerta un edecán—: el capitán de infantería del regimiento de Saboya, don Gonzalo de Arias, está aquí, y pide á vuecencia con encarecimiento una audiencia.

Hubo una conmoción violenta en los tres parientes.

—¡Se atreverá!—exclamó el marqués de Vadoclaro echando mano á la empuñadura de su espada.

Y como si él hubiera sido el capitán general, dijo al edecán:

—Que entre.

Pero el edecán no se movió.

—Que entre ese capitán—dijo el conde del Alamo.

Inmediatamente, y vestido de paleto, con su espuela vaquera en el botín izquierdo, entró don Gonzalo de Arias.

Esto completó la ilusión, porque todos creyeron, engañados por el traje, que Diego Corriente se atrevía á presentarse con su envoltura natural.

El marqués de Vadoclaro tiró de la espada y se fué como un rayo sobre don Gonzalo, exclamando:

—¡Ah! ¿y á tanto te atreves?

Pero don Gonzalo retrocedió vivamente, y exclamó:

—¡Vive Dios! ¿y así se recibe en casa del capitán general á los buenos soldados de su majestad?

El marqués se quedó inmóvil, representando con su actitud fiera y empuñada la espada, una especie de Marte disfrazado de coronel de Dragones, que amenazase muerte y exterminio.

Aquella no era la voz de Diego Corriente.

Aquella tampoco era su cara.

Hubo un momento de silencio, de admiración, de obcecación, de extrañeza.

Pero pasemos á otro capítulo.

XVIII

—Señor marqués—dijo el capitán general—, esa espada á su vaina: señor mío—añadió dirigiéndose á don Gonzalo de Arias—, ¿por qué se llama usted capitán de infantería?

—Porque lo soy, excelentísimo señor.

—¿Y el uniforme?

—Me ha sido arrebatado.

—¿Sí?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Hace un mes.

—¿Por quién?

—Por Diego Corriente.

—Muy bien. ¿Y en qué situación le fué á usted arrebatado su uniforme?

—Venía yo hacia Sevilla á evacuar asuntos propios, con seis meses de licencia temporal, transcurrido ya uno que me había detenido enfermo con unas peligrosas cuartanas, como podría demostrarlo si llevase aquí mi pasaporte.

—He visto ese pasaporte, señor mío—contestó el capitán general—, puesto que me lo ha presentado hace tiempo don Gonzalo de Arias, capitán de la segunda compañía del primer batallón del regimiento de Saboya, ¿no es esto?

—Sí, señor, sí, segunda compañía del primer batallón de Saboya.

—Pues bien, ese capitán...

—Permítame vuecencia: ese capitán, ó mejor dicho, ese que se ha presentado en Sevilla bajo mi nombre, bien merece ser general y aun príncipe.

—¡Cómo es eso! ¿usted defiende á un bandolero?

—Por lo que yo he visto en él, hay en ese bandolero mucho de misterioso, mucho de generoso, mucho de grande.

—¿Cómo, cómo?

—Sí, señor, me encontró en el camino, yo venía enfermo gravemente, no llevaba más escolta que mi asistente sin armas, me detuvieron muchos hombres armados á caballo: caballistas, en una palabra, señor general.

—Bien, ¿y qué?

—Me llevaron á un cortijo inmediato al lugar donde me hallaba.

—Muy bien, señor capitán: ¿y qué se hizo con usted?

—En aquel cortijo—respondió don Gonzalo de Arias, se me tuvo por poco tiempo; luego se me vendaron los ojos y se me trasladó á un lugar que debía ser subterráneo, porque sentí humedad; después de esto me quitaron la venda y me encontré en una especie de antro, en una caverna profunda, alumbrada por un candil, en la cual había un lecho y una mesa.

Don Gonzalo mintió por no comprometer á Pellico, que al fin y al cabo le había curado las cuartanas, y hubiera sido un desagradecimiento impío haberle comprometido después del beneficio que le había hecho.

—Continúe usted, señor capitán—dijo el conde del Alamo—, suponiendo que usted sea capitán.

—Puede practicarse la identidad de mi persona con hacer venir en comisión de servicio, por el proceso que de seguro se me instruirá, á cualquiera de mis compañeros de regimiento que está en Badajoz.

—Bien: yo no dudo de que usted sea capitán, porque ya se sabe que el que le usurpó á usted su nombre, quitándole su uniforme y sus papeles, proveyéndose de todo lo necesario para engañarnos, es el célebre bandido Diego Corriente.

—Sí señor, Diego Corriente ha sido—continuó el capitán—: se encerró conmigo, me habló patéticamente de la situación en que se encontraba, yo no tenía medios de resistir; pudo haberme quitado mi uniforme, mis papeles, y hasta la vida, sin entrometerse en disculpas de ningún género. Sin embargo, estuvo conmigo finísimo: él me confesó que era ladrón á la fuerza, y que unos amores locos con una alta dama le habían perdido.

—Bien, señor don Gonzalo: creo que no procurará usted convertirse en abogado de un ladrón.

—De ningún modo; y si alguna vez me tocase la desgracia de tener que prenderle, la buena manera con que me ha tratado no sería obstáculo para que yo le prendiese.

—Lo creo, señor don Gonzalo.

—Pero, en fin, la historia se ha concluído ya: es decir, Diego Corriente se apoderó de mi uniforme y de mis papeles y de todo cuanto le podía servir para representar mi persona.

y por lo que veo, la ha representado tan bien que ha engañado á todo el mundo. Si yo he faltado en algo, un consejo de guerra lo determinará.

—En verdad, en verdad, señor don Gonzalo, que no encuentro otro medio que arrestar á usted y someterle al fallo de un consejo de guerra, porque al fin resulta que Diego Corriente, usando el nombre de usted, ha cometido graves delitos, graves desacatos, y que ha burlado á todas las autoridades de Sevilla, por consecuencia, al rey y á la sociedad y cuanto hay de sagrado y respetable sobre la tierra, incluyendo á la justicia.

—Muy bien: me someto al fallo del consejo de guerra—contestó don Gonzalo.

—¡A ver, señor de Illescas!—dijo el capitán general tocando una campanilla.

Entró un edecán.

—Conduzca usted á este señor á la Torre del Oro, donde le dejará arrestado y en incomunicación.

—¿Y su asistente de usted, señor capitán?—preguntó el conde.

—Está abajo en el patio.

—Señor Illescas—añadió el conde—: ponga usted arrestado también y lleve al calabozo del cuartel más inmediato, á mi disposición y que le incomuniquen, al asistente del señor don Gonzalo de Arias. En cuanto á usted, señor mío, me apresuro á decirle que tengo la satisfacción, casi la seguridad, de que el consejo de guerra absolverá libremente á usted, sin que en esto le pare perjuicio alguno en su honor ni en su reputación. Vaya usted con Dios: todo lo que puedo hacer es activar la reunión del consejo.

—Muchas gracias, mi general; á la orden de vuecencia.

Y don Gonzalo de Arias salió, acompañado del edecán Illescas.

———

—Pues, señor, bien, perfectamente—dijo el marqués de Vadoclaro—: hemos concluído; yo creí que iba á tener el gusto de rajar de arriba abajo á ese miserable, que sin duda se atreve á venir á hacer su última hazaña, presentándose en casa del capitán general á burlarse de él. Me parecía ver asomar por la puerta de la antesala los trabucos de su gente; pero al oir su voz he comprendido que no era Diego Corriente, y después he visto un semblante que no era el suyo. En fin, nada tengo que hacer aquí; mi querido primo, quédese usted en buen hora con mi excelentísimo tío el señor marqués de Rodovilla, á quien juro no volver á ver en todos los días de mi vida. He dicho: queden ustedes con Dios.

—Vaya usted con Dios, señor marqués, y él quiera que no haga usted ningún disparate.

—Descuide usted, mi buen primo, descuide usted. Yo ya sé lo qué debo hacer.

Y el marqués de Vadoclaro, dejando solo al al capitán general con el marqués de Rodovilla, salió.

—¿Y qué piensa usted hacer, marqués?—dijo el capitán general en cuanto hubo salido el marqués de Vadoclaro.

—¿Y qué quiere usted que haga—respondió el marqués de Rodovilla, más que mostrarme parte contra ese Diego Corriente? ¡Dos hijas que me han quitado esos bandidos! ¡dos hijas á las cuales adoraba! No me consolaré nunca.

—Me parece, marqués, que su rudo, su brusco sobrino ha dicho la verdad: que usted tiene para consolarse la hermosura de su esposa y su inmensa hacienda.

—¡Ay mi buen primo! de ninguna manera. ¿Cómo puede consolarse un padre de la pérdida de dos hijas como las mías? ¡Mi Dolores! ¡mi pobre Dolores!... ¿Cree usted que no se ama á una hija que se ha visto criar, que se ha educado, y que viéndola desarrollarse y crecer se ha gozado tanto, que se la ha visto pasar de niña á joven, de joven á mujer? ¡Ah! esto no puede ser, conde, esto no puede ser. ¡Y mi otra hija! ¡Si viera usted mi otra hija, aquella hija natural que yo tuve de la condesa de Puertocerrado! ¡Qué hermosa niña! ¡qué simpática! ¡qué encantadora! Y pensar que esos canallas se las han llevado, pensar que han empañado mis canas...

—Marqués, yo he hecho todo cuanto puede hacerse; he mandado gente en persecución de ese bandido, he excitado, aunque no había necesidad de hacerlo, á la Audiencia.

—Pero el mal no tiene remedio.

—¿Y qué hemos de hacerle? tener paciencia, primo, tener paciencia. ¿Tengo alguna otra cosa en qué complacer á usted?

Esto era lo mismo que decir al marqués que el capitán general necesitaba su tiempo para asuntos importantes.

Comprendió la indirecta el marqués de Rodovilla, se levantó y salió murmurando:

—Y bien, lo siento, porque al fin y al cabo se murmurará de mí; pero Dolores ha hecho lo que le ha parecido, y á la otra no la conocía yo. Diego se largará al extranjero, se irá muy lejos; es rico, es hombre de talento, podrá cambiar de pelaje y hacer que no le conozca nadie allá donde se oculte. Ella le adora, porque si no lo adorase no se hubiera atrevido á tanto. No tardará mucho tiempo sin que sepamos en dónde se encuentra, y mi hija dirá todo lo que les suceda. Mi vida ha sido una vida inquieta y azarosa; una novela de las ejemplares de Cervantes, no tiene las cosas que tiene mi vida. En fin, vamos andando: es necesario que me haga amar de mi esposa, que es una real hembra, y sobre todo, que tiene una real fortuna. Conque adelante, adelante: ellas han hecho lo que han querido, y á enemigo que huye puente de plata. Hagámonos querer, que es lo que me conviene, ó por lo menos procuremos que nos sea sumisa la señora marquesa de Puertocerrado, que hasta ahora no es más que una huéspeda en mi casa.

Y el marqués, entrando en un coche que le espe-

raba á la puerta de la capitanía general, se hizo trasladar á su casa, y se encontró con doña Juana que le salió al encuentro, pálida y sombría.

—¿Y mi hija?—le preguntó.

—A nuestras hijas se las busca y se las encontrará. El capitán general ha enviado detrás de ese bribón un ejército, se ha avisado al Asistente y aun al mismo señor Bruna; esta es una sublevación de justicia, y estoy seguro que cogen á ese hombre antes de que llegue á la frontera.

—Bien—dijo doña Juana—; hay que tener paciencia, puesto que no tenemos otro remedio.

—Pero ¿y yo?

—¿Usted?

—Sí, ¿y yo? ¿por qué me has de hablar de usted? ¿soy algún extraño?

—Sí, señor, un extraño.

—¿Pues no te has casado conmigo?

—Por legitimar á mi hija.

—Esta es una iniquidad, esto es matarme.

—Como ha vivido usted sin mí tantos años, puede usted continuar viviendo muchos más. Mi resolución es irrevocable: viviremos juntos, no daremos escándalo, iremos juntos á todas partes, sí señor, procuraremos parecer los dos esposos mejor avenidos del mundo; comeremos juntos, porque los criados no tengan que decir nada; pero en lo demás, yo en mi cuarto y usted en el suyo, ¿entiende usted? Esto quiero y esto estoy decidida á hacer.

—Me precipitarás, me obligarás á cometer un crímen.

—Me importa poco. ¡Ojalá usted pensase en un crímen y me libertase de la esclavitud!

—Yo no cometo crímenes; eso se queda para mi hermano, aquel que mató el gato de Angola.

—¡El gato!

—Sí señora, un gato de Angola es la causa de todo esto; un gato que fué degollado hace veinticuatro años.

—¡Qué cosas tiene usted, marqués! hay que tomarlo á risa á pesar de lo triste de las circunstancias; me alegraría mucho de no tener que pedir le encerrasen á usted en una casa de locos. Hemos concluído: hasta mañana que almorzaremos juntos; voy á recogerme.

—Señora...

—A recogerme—contestó doña Juana, deteniendo con un ademán lleno de dignidad á su marido.

Este se quedó murmurando.

—Pues señor, me quedo sin mujer, sin hija y sin nadie; bien: de todo esto tiene la culpa Mistigrís.

FIN DEL TOMO QUINTO

Imp. de A. Marzo.—S. Hermenegildo, 32, dupdo.º

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

Se ha publicado el quinto tomo, Historia de la República Romana, por Michelet; El Imperio Romano, por Víctor Duruy, é Historia de la Literatura Romana, por A. Pierrón. Numerosísimas ilustraciones. Láminas y mapas en color. La Historia más moderna y más completa del mundo. CINCO pesetas tomo en rústica y SEIS pesetas encuadernada en tela.

Mesonero Romanos, 42.--MADRID

MAGNIFICAS TAPAS

en tela para encuadernar cuatro ó cinco volúmenes de la NOVELA ILUSTRADA. Tapas especiales para encuadernar.

Las novelas de Víctor Hugo, en 2 tomos. Las de Tolstoy, en un tomo.—*Los tres Mosqueteros y Veinte años después*, en un tomo.—*El Vizconde de Bragelonne*, en un tomo.—*El Conde de Montecristo*, en un tomo.—*Ascanio y Las Dos Dianas*, en un tomo.—*El paje del Duque de Saboya, El Horóscopo, y la Reina Margarita*, en un tomo.—*La Dama de Monsoreau* y los *Cuarenta y cinco*, en un tomo.—*Rocambole*, en ocho tomos.—*Memorias de un Médico* en un tomo.—*El Collar de la Reina*, en un tomo.—*El Tribunal de la Sangre*, en dos tomos.—*El Siglo de las tinieblas*, en dos tomos.

UNA PESETA

Forman un hermoso tomo de lujo, encuadernado á la inglesa.

Pedidos: **Mesonero Romanos, 42**, y á los corresponsales en provincias de la NOVELA ILUSTRADA.

Novísima Geografía Universal

POR Onésimo y Elíseo Reclús.

Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez.

Seis volúmenes en 4.°, compacta lectura, más de 1.000 grabados de Doré, Reinault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

4 pesetas el tomo.

Elegantemente encuadernado en tela, cinco pesetas.

LA OBRA MAS BARATA DEL MUNDO

La Editorial Española Americana.

Mesonero Romanos, 42, Madrid.

Grabador en metales.

FUENTES, 7.

Los Muertos Mandan

NOVELA

por

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Tres pesetas en todas las librerías.

LA CIENCIA PARA TODOS

MANUALES CIENTÍFICOS. LOS MAS PRACTICOS, LOS MAS ECONOMICOS

Historia de Europa.—El Polo Artico y sus misterios.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—La Vida íntima de los griegos y los romanos.

Numerosos grabados. Encuadernados en pasta. UNA PESETA VOLUMEN.

Las novelas del detective Sherlock Holmes.

por A. Conan Doyle.

Un crimen extraño.—El perro de Baskeville.—La marca de los cuatro triunfos de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.—Policía fina.—El Problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes. **Una peseta volumen.**

Lit. E. Fernández.-González de Córdoba, 17.-Madrid.